
Una
Serenata
para
Gwendolyne
SERIE EL QUINTETO DIVINO, LIBRO 2
Hilda Rojas Correa
ROMANCE & LETRAS

Contenido

Serenata

Preludio

Staccato

Sostenuto

Con moto

Fortissimo

Interludio

Doppio movimento

Adagio

Aria

Improvisación

Variaciones

Rubato

Espressivo

Cadenza

Appassionato

Legato

Dolce

Intermezzo

Crescendo

Sforzando

Con fuoco

Coral

Da capo

Adagio doloroso

Sotto voce

Serenata

Dies Irae

Allegro

Grave

Duetto

Bis

Agradecimientos

Sobre la autora

En memoria de Macarena Moscoso… Solo espero que, donde quiera que esté tu alma, tengas muchos libros que leer.

Serenata

En música , una serenata es una composición o interpretación musical que se realiza en honor a alguien o algo. Las serenatas suelen ser piezas musicales tranquilas y ligeras. El término proviene de la palabra italiana serenata que, a su vez, deriva del latín serenus. El sentido está influenciado por el italiano sera «atardecer», del latín sera, afín de serus «tarde».

Preludio

Fullham, 15 de noviembre de 1844.

El gran salón de la mansión ya estaba casi vacío. Algunos sirvientes se desperdigaban por el lugar para limpiar el feliz caos que quedó después de la boda. Gwendolyne estaba sentada en un rincón, entre sus dedos giraba una flor de azahar que perteneció al ramo de la novia.

Suspiró. Nunca había visto a una mujer tan feliz por casarse, tan plena, tan enamorada de su esposo.

El contraste con su vida era abrumador. Fue inevitable recordar su propia boda, realizada hacía tan solo tres meses. Su padre arregló un matrimonio por conveniencia, y ella no cuestionó ninguna decisión, ni siquiera la abismal diferencia de edad de casi treinta años.

El compromiso duró un año, en el que supuestamente debió conocer a su prometido, pero sus conversaciones siempre se trataban sobre sus deberes, de lo que se esperaba de ella… e intentar no respirar. Era extraño no recordar más allá de eso, su mente parecía estar en otra parte, pero era capaz de responder lo que los demás querían escuchar.

Su boda fue una fría ceremonia religiosa, coronada por un beso repugnante. Fue como despertar de un sueño y entrar en una pesadilla.

Era demasiado tarde.

Gwendolyne sonrió con amargura al recordar la dura voz de su padre, obligándola a demostrar gratitud y felicidad, y que se apresurara a lanzar el maldito ramo para terminar de una vez por todas. Justo había llegado el mejor amigo de su flamante esposo y quería salir a celebrarlo como Dios mandaba.

No vio a su esposo hasta el quinto día.

La soledad de su nueva casa en Silchester, una localidad rural, le anunciaba que sería fundida en el campo. Le rogaba a Dios que se la llevara al cielo, quería morir, pero no se sentía capaz de hacerlo por su propia mano.

Sus plegarias no fueron escuchadas, su esposo llegó borracho, listo y dispuesto a consumar su matrimonio…

Gwendolyne cerró sus ojos e intentó reprimir el estremecimiento de su cuerpo… No podía borrar de su mente el alarido que llenó la alcoba cuando su rodilla impactó en las repulsivas partes pudorosas de su esposo. Ese golpe no fue solo físico, era el eco de lo que había callado durante un año.

Y luego el silencio… Viuda.

Nadie, por más racionales que fueran sus argumentos, la podía convencer de que había provocado la muerte de su esposo. No importaba que ese viejo corazón fallara por la ira y el alcohol, ella estaba segura de que había contribuido a ese colapso.

Era una suerte que, en esa celebración, nadie la juzgó por asistir, habiendo enviudado hacía tan poco tiempo. Era *vox populi* la historia de su efímero matrimonio con un viejo de casi cincuenta años. Eran muy singulares esas personas, parecían entenderla. El círculo íntimo de su amigo, Edward Dutton, se amplió de un modo insospechado gracias a su unión con Emily Montgomery.

Ellos eran el epítome de una pareja enamorada y dichosa.

¡Qué envidia!

De súbito, en sus oídos penetró el sonido de una melodía que flotaba en el aire, y la sacó de sus recuerdos. Era hermosa, nunca la había escuchado.

Levantó su mirada y se encontró con el hombre que ejecutaba la dulce y alegre música del violín… Era como el aleteo de cientos de mariposas que levantaban el vuelo al mismo tiempo.

Esbozó una leve sonrisa y cerró los ojos, disfrutando de ese respiro. No quiso mirar fijo al hombre que parecía acariciar el instrumento en vez de ejecutarlo.

La música era perfecta en su sencillez, podía seguirla en ese misterioso ascenso al firmamento, rozar las estrellas con sus dedos y luego caer envuelta en un prodigioso hechizo, en un viaje suave e impredecible, como una pluma a merced de la brisa.

La última nota se desvaneció en sus oídos, dejándola, inexorablemente, en la tierra, huérfana.

Gwendolyne abrió sus ojos y, espontánea, aplaudió a ese

talentoso violinista que se inclinaba ante ella en una regia reverencia. Lo conoció hacía unas cuantas horas, era uno de los invitados, y también uno de los músicos del famoso Quinteto Divino, agrupación que se presentaba en teatros, festivales y reuniones familiares.

—Bravo, señor Whitney, bravo. —Anthony era su nombre—. Ha sido impecable y precioso.

—Muchas gracias, señora Langthorne. Fue un placer.

Gwendolyne se había acostumbrado más a andar de luto que a su apellido de casada. Le desagradaba. Pero no se sentía con la suficiente valentía de corregir a nadie y decir que prefería su apellido de soltera. Escandalizaría a los demás con esa afrenta a la memoria de su difunto esposo.

Cada vez que la llamaban «señora Langthorne», evocaba los ojos de su esposo, que le prometían las penas del infierno después de ese rodillazo en sus partes pudendas. Sin embargo, esa melodía que aún permanecía en su memoria atenuó esa visión, y le dio la entereza para no dejar de sonreír.

Anthony guardó el violín en un estuche que yacía sobre una silla. Ella lo observó en silencio. Los movimientos de él eran hipnóticos, trataba su instrumento con cuidado y reverencia, como si estuviera vivo.

Él la miró de soslayo y ella evadió el contacto, centrando su atención en el azahar, avergonzada de haber sido pillada *in fraganti*.

Con el azoramiento tiñendo su rostro, Gwendolyne preguntó:

—¿Por qué se atrevió a atrapar el ramo de novia? Los hombres no participan en esa tradición.

—En nuestra familia la pasamos por alto… —«Como a la mayoría de las tradiciones», pensó divertido—. Lo hice porque quise.

—¿Fue una broma? —Y sus ojos pasaron del azahar al rostro de él. La sonrisa pícara, varonil, sin rastro de vergüenza, respondió su pregunta—. Oh, qué desperdicio, le arrebató la posibilidad de casarse a una de sus primas o amigas por una broma.

Anthony cerró los broches del estuche y replicó:

—No se las arrebaté. A todas les di una flor, quise compartirles algo de esperanza. Incluso yo me quedé con una. —Y señaló su rosa

roja en el bolsillo superior de su levita.

—«Todos nos casaremos». Sí, recuerdo lo que les dijo… ¿Eso también fue una broma?

Anthony no supo responder esa pregunta, incluso él se lo cuestionaba. Ni siquiera entendía muy bien por qué interceptó la trayectoria del ramo. El impulso fue más fuerte que el sentido común.

Se dio cuenta de que la señora Langthorne tenía un azahar entre sus dedos. Estaba muy seguro de que no le había dado uno a ella, hubiera sido un desatino monumental. Ya se imaginaba a todos reprendiéndolo por regalarle una flor del ramo de novia a una viuda.

La curiosidad le ganó a la prudencia cuando preguntó:

—¿Quién le dio una flor del ramo?

La sonrisa de Gwendolyne volvió a adornar sus labios antes de responder:

—Su prima Sophie. Ella y sus hermanas son mis nuevas amigas… Y hoy he conocido a muchas damas con las que me hubiera encantado coincidir antes. —No quiso decir más, solo se encogió de hombros—. ¿Cómo se llama la pieza que acaba de tocar? Debo admitir que no soy buena identificando qué tipo es, pero ha sido la más preciosa que he escuchado en mi vida.

Anthony se rascó la rubia cabellera y respondió:

—Gracias… Aún no tiene nombre, es una serenata que acabo de improvisar.

Las cejas negras de Gwendolyne se elevaron hasta el nacimiento de su cabello del mismo color.

—¿Ha improvisado esa hermosa serenata? ¿Eso quiere decir que no podré escucharla otra vez? —Gwendolyne no supo por qué, pero sus ojos se anegaron en lágrimas. Con una mezcla de enfado y timidez, clavó su mirada en el suelo por su visceral reacción—. Oh… eso es… es muy triste.

Anthony se acercó a ella, se agachó ante Gwendolyne y quiso consolarla.

—La tengo en mi cabeza… La transcribiré en cuanto llegue a casa, se lo prometo.

Gwendolyne, sorprendida ante ese inusual acto de cortesía, lo

miró. Los ojos de él eran azules… como los de ella. Amables. Nunca hubiera imaginado que un color frío pudiera transmitir tanta calidez.

—¿En serio puede hacer eso?

—Sí, de verdad. Quizás no sea idéntica a la que he tocado ahora, pero conservará su espíritu.

—Espero que lo logre. El mundo debe conocer esa prodigiosa obra.

Anthony sintió que su cara se calentó.

—No fue para tanto…

—No sea modesto. Para mí ha sido un privilegio escucharla, aunque me hubiera encantado que tuviéramos más testigos.

—Ha sido un regalo para usted.

Anthony se levantó y tomó el estuche que protegía su violín.

Ella quiso agradecer el gesto y preguntar por qué le dio ese regalo tan especial, mas una voz grave irrumpió en el salón e hizo eco.

—Tony, ¿hasta qué hora te esperamos?

Gwendolyne dirigió su atención hacia la persona poseedora de esa voz. De hecho, era similar a la del señor Witney.

No tardó en descubrir que se trataba del padre de él, Andrew Witney, vizconde Rothbury. Un hombre con la mitad del rostro desfigurado por una cicatriz. Tenía una apariencia feroz, pero era solo eso, apariencia.

Andrew se acercó a ellos, cojeando.

Gwendolyne se apresuró a levantarse e hizo una reverencia. Padre e hijo eran idénticos, guardando las proporciones.

—Ha sido culpa mía, milord. Entretuve a su hijo sin querer.

Andrew esbozó una sonrisa y le brindó una impecable inclinación de cabeza.

—Me va a disculpar, pero conozco demasiado bien a Anthony, y él suele ser un conversador compulsivo. Creo que él la entretuvo más de la cuenta.

—Entonces, digamos que la culpa es compartida.

Andrew asintió, palmeó la espalda de Anthony y añadió:

—Debemos marcharnos ahora. Señora Langthorne, ha sido un placer conocerla hoy, espero que esta no sea la última vez que la

veamos.

—También espero lo mismo, milord.

Anthony se despidió de Gwendolyne guiñándole el ojo antes de brindarle una inclinación y dijo:

—Tendrá noticias mías, señora Langthorne.

Padre e hijo se retiraron.

El salón pareció duplicar su tamaño de un momento a otro.

Gwendolyne miró todo a su alrededor. La mansión de Edward —el flamante recién casado— era demasiado enorme para ella y su hermano, Hywel, pero a él le habían encomendado la misión de cuidarla mientras los recién casados permanecieran en la India. Unos dos años aproximadamente.

Era mucho tiempo para ella, y la mansión se encontraba aislada de la ciudad. Le iba a proponer a su hermano que ya era momento de irse, y que debía tomar posesión de Langthorne House, la casa que heredó de su difunto esposo —además de un cuantioso patrimonio, repartido entre propiedades y acciones. En otras palabras, era más rica que Creso—.

Eso fue lo único bueno que hizo su padre cuando la comprometió, negociar con Langthorne un testamento favorable para ella. Estaba segura de que su esposo lo iba a cambiar de un momento a otro, pero nadie esperaba su prematura muerte.

Inspiró hondo. No iba a ser fácil su conversación con Hywel. Todavía no se decidía qué hacer con su nueva posición y riqueza. Se sentía como un canario al que le dejaron abierta la puerta de su jaula. Estaba ahí, indecisa en el umbral, sin saber si emprender el vuelo o no.

La libertad era tan aterradora como el cautiverio.

Staccato

Londres, 8 de marzo, 1845.

Anthony se encontraba en la salita de música de Peony House, la residencia londinense del vizcondado. Después del desayuno, solía dedicarle un par de horas a componer o estudiar una pieza nueva.

Con la camisa arremangada y el semblante serio, escribía la partitura. Tarareaba la melodía y transcribía las notas. No era la primera vez que lo hacía.

Se levantó e inició el ritual. Abrió el estuche de su violín, un antiquísimo Stradivarius que le obsequió su padre cuando cumplió la mayoría de edad. Tomó el arco, tensó las crines y las preparó con la resina. Una vez listo, sacó el violín y comprobó si estaba desafinado, casi nunca tenía que hacer más que un leve ajuste. Practicó un par de escalas para calentar los dedos.

Miró la hoja con recelo.

Y ejecutó las notas recién escritas en la partitura. Las cuerdas vibraron y le entregaron una música dulce, armoniosa… Evocó el sentimiento que le impulsó a tocarle esa serenata a la señora Langthorne. Tan triste, tan solitaria y, sin embargo, hermosa como una misteriosa ninfa.

Ese día, cuando la vio, se preguntó si ella extrañaba a su difunto esposo, a pesar de que fuera casi treinta años mayor. Según sus matemáticas, la señora Langthorne no debía superar los veintiuno.

Sin embargo, dudaba que una mujer joven eligiera *motu proprio* a un viejo como esposo. Aunque, claro, siempre había una excepción.

¿Por qué estaba tan melancólica la señora Langthorne?

Y por eso, en vez de solo ir a guardar su violín, tocó una sencilla pieza que se fue construyendo con espontánea claridad. Nunca una melodía le había salido tan fácil. Parecía que sus dedos supieran antes que su mente cómo debía sonar. Quería que la señora Langthorne sonriera por un instante y olvidara sus tribulaciones.

Verla disfrutar de esa serenata con los ojos cerrados y esa tímida sonrisa fue más de lo que esperó… fue sublime.

Y cuando ya no le quedó más partitura, cuando tuvo que recordar y volver a sentir, sus dedos se paralizaron. Era como si se negaran a seguir. Ninguna nota vino a su mente para conectar con lo ya escrito, y alcanzar el anhelado clímax de la obra.

El frustrante y ensordecedor silencio llenó la estancia.

No entendía por qué no podía continuar. Llevaba meses intentándolo. Todas las semanas reescribía lo escrito, ajustaba el tempo, añadía adornos, cambiaba tonos, pero nada servía para continuar.

A veces, en su mente se atravesaba un insidioso pensamiento que le susurraba: «No la terminarás nunca, te falta ella para continuar».

Y tal como aparecía esa idea, la descartaba. Era absurda. ¡Ridícula!

No creía en las musas o en la mágica inspiración, sino en el trabajo, en la voluntad de sacarlo adelante, cueste lo que cueste.

No obstante, esa sequía creativa solo le sucedía con esa serenata en particular. Para el Quinteto Divino escribió un vals en menos de una semana para los conciertos de San Valentín, y Grace lo reprendió por estar componiendo a última hora.

Pero se llevaron una ovación de pie cuando la ejecutaron.

Resopló con la nariz y cerró los ojos. Sus labios se convirtieron en una línea tensa, por no poder cumplir con su palabra.

—Estúpido arrogante, ¿cuándo aprenderás? Menos mal que no te has vuelto a cruzar con ella. —Abrió los ojos y observó la solitaria partitura.

Parecía que esa simple hoja lo desafiara con sorna.

Dejó su violín sobre el escritorio, tomó la partitura y, justo cuando la iba a romper en cientos de pedazos, abrieron la puerta, arruinando sus intenciones.

La frustración quedó atragantada en su pecho, como si atascara el bombeo de su sangre.

Una cabeza rubia se asomó. Era su hermano, Elijah.

—Tony, papá quiere hablar contigo. Está en la biblioteca con

mamá. —Hizo una mueca—. Es raro que te reprendan. ¿No has hecho nada inapropiado?, ¿cierto? Aunque, ahora que lo recuerdo, la última vez que tocaste con el quinteto, vi a una dama casada muy interesada en ti.

Anthony se masajeó la frente y, conservando el poco temple que le quedaba, dijo:

—No digas ridiculeces, pequeño diablo. Ya sabes que las casadas son peligrosas, es la regla número uno de esta casa.

—Me encanta sacarte de quicio. —Y cerró la puerta.

Anthony puso sus ojos en blanco y masculló:

—No puedo creer que este idiota tenga veinte años, parece un chiquillo de doce.

Elijah volvió a asomarse y contraatacó:

—¡Y tú pareces un viejo amargado y solo tienes veinticinco! —Y volvió a cerrar la puerta lanzando risotadas.

Anthony resopló otra vez. Dejó la hoja de la partitura sobre el escritorio y salió de la estancia.

No pasó demasiado tiempo para estar frente a sus padres. Lo observaban desde los sillones orejeros de la biblioteca.

Su madre, Olivia, le sonrió y le ofreció asiento con un ademán.

—Hijo, ¿por qué esa cara?

—Elijah me fastidió.

—Ya sabes cómo es, en un tiempo se le pasará. Siéntate, querido, tu padre y yo queremos pedirte un favor.

Anthony se sentó en la *chaise longue* que estaba entre los dos sillones. Tenso y envarado, apoyó las manos en las rodillas.

Andrew lo miró, dubitativo, y preguntó:

—¿Todo bien, hijo? ¿Hay algún problema con tu trabajo?

Anthony negó con su cabeza. Como heredero del vizcondado se preocupaba de administrar las tierras y el presupuesto, mientras que su padre se dedicaba a las labores legislativas en el Parlamento.

—No, todo marcha bien. —Forzó una sonrisa—. Bueno, ustedes dirán.

Olivia y Andrew se miraron de reojo y acordaron fingir demencia. Su hijo no iba a hablar por el momento. La vizcondesa inició la entrevista:

—Ayer visité a tu hermano en su estudio. Will me comentó que en un par de semanas por fin tendrá su viaje de luna de miel con Laura. Irán a Italia para aprovechar la primavera mediterránea. Ah, qué envidia.

Anthony, con un inusual alivio, se relajó.

—Oh, qué bien. Al fin podrán disfrutarla como Dios manda.

Olivia asintió, orgullosa, del enlace que había logrado su primogénito, construido desde el más profundo amor.

—Así es, querido. Pero, lamentablemente, este hecho nos presenta un problema.

Andrew tomó la palabra y añadió:

—No hay reemplazo para Laura en la dirección de la Academia Hope. La sucesora natural era Emily, pero la India no se encuentra a la vuelta de la esquina.

Anthony frunció el ceño sin entender qué tenía que ver él, y sugirió:

—¿Y Sophie no puede reemplazarla?

Olivia negó con la cabeza.

—Se lo propusimos, pero no se siente preparada para ello. Considera que lleva poco tiempo en la academia.

—¿Y Marian? Mi hermana fue la directora muchos años.

Andrew hizo una mueca poco tranquilizadora.

—Marian no se puede hacer cargo. Suficiente tiene con la dirección del colegio estando embarazada. Menos mal que Horatio la apoya con la crianza de Scarlett, si no ya habría tenido que dejar de trabajar.

Y Anthony sintió un escalofrío en la espalda. Ahora lo entendía todo. Era una emboscada. Se aferró a su última esperanza:

—¿Y Florence?

Olivia, alzó levemente su barbilla y respondió casi sin respirar:

—Tu hermana no puede dejar su puesto de maestra en la academia de Grace. Este año se llenaron las vacantes antes de iniciar la temporada. Entre las debutantes se han desperdigado los buenos resultados de estudiar ahí para perfeccionar sus habilidades. Florence tiene una excelente reputación como maestra.

Anthony temió lo peor. No le quedó más remedio que preguntar

lo que ya sabía:

—¿Quieren que yo me haga cargo de la dirección de la academia?

Olivia sonrió, había algo burlón en su gesto, y confirmó:

—Solo serán tres meses, querido. Tienes experiencia en administración. La academia es más sencilla de llevar que las tierras de Rothbury. Laura podrá enseñarte lo esencial en estas semanas que quedan y, lógicamente, no es necesario que estés todo el día allá. Las maestras son un gran equipo y te apoyarán en lo que necesites.

Anthony tuvo el mal presentimiento de que no podía negarse a esa petición. Era el hijo de la gestora de la Fundación Hope, la que financiaba el colegio y la academia del mismo nombre.

Era el siguiente en la sucesión en la dirección, al menos de forma interina. Aquello confirmaba que, en cuestión de géneros, no les importaba quién llevara el cargo, sino quién estuviera disponible y apto.

Y, en ese preciso momento, él cumplía con esas condiciones.

«Solo serán tres meses», pensó para convencerse. Tampoco era algo definitivo, y sentaría un precedente para los otros varones de las familias fundadoras. Estaba seguro de que pensaban que la Academia Hope era un lugar vedado para ellos.

Si él podía, los demás también… Si se daba el caso.

—Supongo que no hay problema.

Olivia aplaudió, contenta.

—Oh, qué maravilla, hijo. Sabía que podía contar contigo, muchas gracias.

Andrew le dio una palmada en el hombro y le animó:

—Siempre has enfrentado los desafíos, hijo. Estoy muy orgulloso de ti.

La sonrisa de Anthony parecía tirada por dos hilos atados a sus comisuras.

—Sí, creo que podré con ello.

*****

Dos días después, Anthony tomó la aldaba de la puerta de la Academia Hope y dio tres golpecitos.

La puerta se abrió y la gobernanta lo recibió con una sonrisa.

—Oh, y yo que no le creí a la señora Laura. De verdad usted va a reemplazarla. —Fue el singular saludo de la mujer.

Anthony se encogió de hombros. Ni siquiera fingió una sonrisa y dijo:

—No me dejaron muchas alternativas, señora Waters.

—No se preocupe, no es tan terrible como parece. Pase, por favor.

Anthony cruzó el umbral e interrogó con un tono acusador:

—¿Y por qué no reemplazó usted a Laura? Yo creo que está más que capacitada.

La gobernanta cerró la puerta y respondió sin un atisbo de vergüenza:

—¿Y perderme la diversión? Oh, no, señor, por nada del mundo.

—Me temo que usted disfruta del sufrimiento ajeno.

La señora Waters solo rio y lo guio a la dirección. Anthony conocía el lugar como la palma de su mano. Cuando era pequeño su madre siempre lo llevaba. En aquellos años, la dirección de la academia era rotativa entre las Grandes Damas, las fundadoras de la institución. Se turnaban cada tres o cuatro años.

Su hermana mayor, Marian, fue quien las relevó cuando falleció su prometido. En esa época le hizo bien trabajar y ahí encontró su vocación.

Había olvidado que le gustaba el ambiente de la Academia Hope. Poseía algo especial.

¿Qué podía salir mal?

Llegaron a la puerta que tenía el membrete de «Dirección» en una placa de bronce. La señora Waters golpeó, abrió y lo anunció. Anthony oyó la voz de su cuñada-prima dando su venia.

Cuando entró a la oficina, Laura ya se levantaba de su asiento, fue hacia él y le extendió sus manos. Él las tomó y le besó su mejilla.

—Oh, Tony. No sabes el alivio y alegría que me da que hayas

aceptado reemplazarme. Sé que no fue una decisión fácil.

Por primera vez desde que le propusieron —más bien, impusieron— ese cargo, la sonrisa de Anthony fue genuina. Esa felicidad permanente en Laura era contagiosa. El matrimonio le había hecho muy bien. Sus ojos brillaban con un fulgor que solo veía en las parejas que vivían un amor profundo. No se podía comparar con esa otra clase de sentimiento, intenso y primordial, que surgía cuando dos personas se veían influenciadas por una inexplicable química que alteraba el juicio.

Anthony había aprendido por las malas a reconocer ese cegador sentimiento. No le bastó con caer una vez, sino dos.

—Bueno, aquí estoy para ponerme al día de cómo es el trabajo antes de que te marches.

—Maravilloso, toma asiento, por favor.

—Gracias.

—¿Quieres té? ¿Galletas?

—Sí y sí.

—Perfecto.

Y así, entre té y galletas, Laura le enseñó a grandes rasgos cómo funcionaba la administración de la academia; manejo de proveedores; cálculo de sueldos de maestras y funcionarias; procedimientos cuando llegaba una alumna nueva; reglamentos internos; códigos de vestimenta y conducta; y un sinfín de asuntos que Anthony no hubiera imaginado que estarían involucrados en aquella institución.

Si antes admiraba la labor de las Grandes Damas, sus primas y amigas, ahora se le sumaba el respeto y la gratitud. Administrar esa academia superaba su trabajo con las tierras del vizcondado.

Se dio cuenta de que no sería tan sencillo como supuso al principio.

—Bien —concluyó Laura cuando sonó la campana que anunciaba la hora del almuerzo para las alumnas—. Creo que por hoy ha sido suficiente para introducirte en los aspectos principales. Mañana iniciaremos el trabajo en conjunto para que vayas acostumbrándote. —Sonrió—. Aunque las maestras ya saben que me reemplazarás, no está de más que te presente formalmente… Eso no

lo olvides, Tony, aquí y frente a las alumnas, ellas no son tus primas, amigas o conocidas; son tus subordinadas, y las jerarquías se respetan.

—Entendido.

—Iré a buscarlas, espérame aquí.

Anthony se quedó estudiando lo que sería su oficina en los próximos meses. En ese preciso lugar surgió el amor entre Marian y su primo político, Horatio; y también el romance de William y Laura. «Estas paredes han visto demasiado».

Rio ante ese pensamiento.

La decoración del lugar era, como cabía esperarse, femenina; floreros rebosantes, muebles impolutos, todo ordenado y clasificado, olía a cera de abejas y rosas. También contaba con un rincón frente a la chimenea que funcionaba como sala de estar, el que podría utilizar para sus ensayos y estudios.

Pese a ser un lugar de trabajo, era cómodo y acogedor.

En ese momento, entró Laura, seguida de las maestras de la academia. Todas eran caras conocidas para él, pero, al ver una en particular, sintió un golpe en el estómago.

¿Qué hacía ahí la señora Langthorne?

Sus miradas se cruzaron y se reconocieron al instante.

Ella pensó que el señor Witney la había olvidado, tal como la serenata que le dedicó. Nunca tuvo noticias de él.

Pero Gwendolyne no olvidaba.

Huyó de esos amables e intensos ojos azules. Cabizbaja, entrelazó los dedos por delante y jugueteó con los pulgares.

Laura, ajena a la reacción de ambos, dijo:

—Bien, creo que las presentaciones están de más. Una vez que me vaya, Anthony será el director oficialmente. —Miró a su primo y añadió—: Lo principal es que desde ya sepas qué asignatura imparte cada maestra. Sophie es la maestra de Ciencias; Charity, Cuidado de Enfermos; Rachel, Matemáticas y Administración; Eleanor, Literatura; la señora Betty McGuire, Gastronomía; la señora Marjorie Trainor, Etiqueta, Modales y Buenas Costumbres; y, por último, la señora Gwendolyne Langthorne, quien se incorporó hace poco, instruye a las alumnas en Historia y Música.

Anthony les brindó una leve inclinación y dijo:

—Será un placer trabajar con ustedes. Por favor, si hago algo mal, tengan la libertad de comentármelo, ojalá, sin golpes. —Todas rieron—. Soy hombre, pero entiendo con palabras.

Eleanor no se abstuvo de comentar con una sonrisa guasona:

—Ver para creer, señor Witney. —Era divertido tratarlo con formalidad, a pesar de que era su primo.

La señora McGuire apostilló:

—Hacía tantos años que no lo veía señor Witney, que incluso es raro para mí llamarlo de esa manera. Cuando lo conocí era un chiquillo así. —Señaló una altura hasta su cadera—. Y ahora es todo un hombre.

—Veinte años han pasado desde que usted fue de las primeras alumnas, señora McGuire.

La señora Trainor también fue alumna en aquellos años, y agregó con una expresión nostálgica:

—Todavía recuerdo cuando usted corría por los pasillos de la academia. Su madre es de las pocas aristócratas que conozco que se dedicaba tanto a sus hijos, venía con usted y luego con la señorita Florence cuando era apenas una bebita.

Anthony se sobó el entrecejo y admitió:

—Le mentiría si le digo que lo recuerdo todo. Pero sí puedo evocar como si fuera ayer cuando me caí del caballo. Creo que estaba en el patio interior…

La señora McGuire y la señora Trainor soltaron un tierno «Ooooooooh». El pequeño Anthony se impulsó demasiado con un caballito mecedor, cayó de espaldas y, al mismo tiempo, el juguete se le vino encima haciéndole un corte justo entre ceja y ceja. Fue toda una conmoción cuando vieron su carita bañada en sangre.

No fue algo grave, pero sí bastante escandaloso. Las heridas en esa área eran sangrientas.

Sophie ladeó la cabeza y se fijó en el entrecejo de su primo. Jadeó y dijo:

—Ooooh, todavía tienes la cicatriz.

La señora Trainor repuso:

—Costó mucho para que sanara, porque el señor se rascaba la

costra y se la quitaba antes de tiempo.

Anthony debía admitir que tenía varias cicatrices por culpa de esa manía. Observó de reojo a la señora Langthorne. Ella todavía miraba el suelo. No recordaba que fuera tan tímida.

Seguía de luto… y no había mella en su hermosura.

Y la curiosidad fue más fuerte. Con un tono amable, preguntó:

—Señora Langthorne, cuando la conocí, no hubiera imaginado que tenía habilidades musicales.

Gwendolyne alzó la mirada y respondió con un tono monocorde:

—Mi nivel no es como el suyo, pero mi conocimiento es suficiente para transmitirlo a las futuras institutrices.

—¿Qué instrumento toca?

—Arpa, señor.

Los ojos de Anthony se fijaron en los dedos de Gwendolyne. Largos, gráciles, uñas limpias y bien cortas. Su mente no alcanzó a frenar el impulso, y la pregunta salió de su boca:

—¿Por qué está impartiendo clases aquí?

—Prefiero estar haciendo algo productivo… —«En vez de solo ver la vida pasar», pensó con amargura.

—Entiendo. —En realidad no, pero no podía seguir interrogándola frente a las demás. Les sonrió y dijo—: Espero que esta experiencia sea inolvidable para todos. Es seguro que las fastidiaré cuando esté estudiando mis partituras. ¿En qué horario sería menos perturbador?

Laura respondió:

—Después de almuerzo. A esa hora las alumnas suelen hacer sus deberes en la biblioteca o pasan su tiempo libre en el patio.

—Perfecto. —Inspiró y añadió—: Bien, me parece que es momento de retirarme. —Les brindó una inclinación—. Muchas gracias por todo. Hasta mañana.

Un coro femenino le replicó:

—Hasta mañana, señor Witney.

Cuando cerró la puerta tras de sí, Anthony escuchó risitas ahogadas.

Fue inevitable sentir que se había metido en un problema

enorme.

Bendito fuera entre todas las mujeres.

Sostenuto

Esa tarde, Gwendolyne entró a Langthorne House. La recibió el anciano mayordomo, solemne y erguido.

—Bienvenida, señora Langthorne. —Su voz era cálida y amable. Tomó el velo y los guantes negros que su ama le entregaba.

—Buenas tardes, Matley. ¿Hay alguna novedad? —Le entregó el bonete y luego el chal.

—La está esperando el señor Welsh en la sala de estar. Llegó hace unos momentos.

—Fabuloso, muchas gracias. ¿Me lleva té y galletas, por favor?

—Su hermano se ha adelantado y ha pedido por usted. —Una leve sonrisa adornó el rostro del hombre. La nueva señora de la casa fue un soplo de aire fresco. Era como si todos los sirvientes hubieran vuelto a la vida. Nadie extrañaba al despótico señor Langthorne.

Gwendolyne sonrió y fue a la sala de estar.

Al entrar, su hermano estaba comiéndose una galleta. Con la boca llena se levantó y le tomó las manos.

Tragó con dificultad y, con su voz estrangulada, dijo:

—Hola, Gwen.

—Hola, Hywel, *cariad*[1]. —Le dio un beso en la mejilla.

Se sentaron y Hywel le sirvió té a su hermana. Él la observó en silencio, mientras se atiborraba de galletas. Con la boca llena dijo:

—Quien diría que estar rodeada de esas… —Tragó—… ovejitas negras te sentaría tan bien. —Con ese apodo Hywel se refería a algunas maestras de la Academia Hope. El año anterior tuvo el placer de conocer a varias de esas extraordinarias damas.

—Esos modales… —Sonrió y evocó lo bien que se sentía educar a otras mujeres, contribuir a la segunda oportunidad que la academia les daba, la que el mundo y la sociedad les negó—. Ese lugar era lo que necesitaba. Las maestras y las alumnas son un cambio refrescante. Nunca imaginé que enseñar… Entregar mis conocimientos, sería el camino para encontrarme de nuevo. La música ya no es para agradar a un hombre, sino para formar a futuras institutrices. Y las clases de historia… Ahora que las imparto,

puedo ver las cosas con más perspectiva, como si el mundo hubiera cambiado.

Hywel le apretó la mano y dijo:

—Me alegro mucho por ti… Espero que las ovejitas negras sigan descarriándote y que ese lugar continúe llenándote el corazón.

Y, de pronto, Gwendolyne evocó el instante en que su mirada se cruzó con la del señor Witney. Se deshizo de esa imagen en el acto, y bebió té.

Carraspeó. Miró a su hermano y se atrevió a preguntar:

—¿Y por qué no habías venido? Me tenías preocupada.

—Oh… No fue mi intención. Perdón por haberte dejado abandonada tantas semanas. Pero te aseguro que tengo una buena justificación.

Gwendolyne parpadeó. Rara vez su hermano se disculpaba. Ladeó la cabeza y le preguntó:

—Pensé que no me visitabas porque estabas molesto conmigo.

—¿Y por qué lo iba a estar?

Gwendolyne no quiso responder. En su mente tenía sentido, pero la mirada sorprendida de su hermano le confirmó lo contrario. Se dio cuenta de que solo era la costumbre de que su padre estuviera disgustado con ella la mayor parte del tiempo.

Era difícil deshacerse de ese sentimiento, de ser un estorbo, un fastidio.

Ante ese silencio y el cambio de postura de su hermana, Hywel insistió:

—Dilo. No te preocupes, no me enfadaré contigo.

—No, son cosas mías… —Por un segundo quiso explicar, pero no quería que su hermano sintiera compasión o creyera que la necesitaba.

Cuando su hermana se encerraba, surgía en Hywel la necesidad de sonsacarle la verdad a toda costa. La última discusión grave que tuvieron, él terminó con la nariz quebrada. Gwendolyne tenía un derechazo de temer.

Inspiró profundo para no volver a presionarla y, muy a su pesar, dijo:

—Cuando te sientas preparada me lo puedes contar, *cariad*.

—Su nariz lo iba a agradecer. Su hermana asintió con gratitud. Hywel retomó el hilo de la conversación—: Bien, he estado desaparecido por tener contentos a los accionistas de la compañía. El asunto del contrabando fue como una patada en las bo…

—Hywel… Esos modales

—…las… En fin, ese fue el motivo principal. El segundo… Esteeeee, tengo una buena y una mala noticia. Pero no te daré a elegir, te contaré primero la buena.

—Oh, eres terrible. Anda, dilo de una vez.

—El albacea del testamento de Langthorne ha terminado de legalizar todo lo relacionado con tu herencia. Las acciones fueron más complicadas de traspasar, debido a que el difunto era el accionista mayoritario. Y, ya sabes, a esos viejos vinagres no les agrada que haya una mujer entre ellos… Sobre todo a padre, no sé por qué puso tantas trabas ridículas. —Resopló—. En fin, hermanita, oficialmente, eres más rica que Creso.

—¿Y cuál es la mala noticia, entonces?

—La mala noticia es que confirmé que Langthorne era el cómplice del infeliz que contrabandeaba opio usando nuestra flota. Se hacía llamar Rhys. Lo que significa que todos sus negocios tienen algún grado de dinero sucio.

—Oh, cielo santo. —Su taza de té tambaleó. Se apresuró a dejarla sobre la mesita de centro—. Apenas tolero la idea de poseer todo esto, usarlo… y ahora resulta que… *Duw fy nwyd*[2]… —Se agarró la cabeza con ambas manos y se quedó en silencio por inacabables segundos. De pronto, miró a su hermano con los ojos enrojecidos pero fieros—. No quiero tener nada que ver con esas empresas y propiedades, incluso esta casa… Véndelo todo.

—Eso mismo te iba a recomendar, que liquidemos tu fortuna y después veas qué hacer con ese dinero; invertirlo, guardarlo en el banco… donar una parte si así lo deseas. —Alzó su dedo—. Lo que no te voy a permitir es que temas usarlo, quiero que tengas una vida tranquila. Ese malnacido se merece que estés disfrutando de todo esto, porque estoy seguro de que, si hubiera tenido tiempo, habría cambiado el testamento para solo dejarte una paupérrima

asignación. —Se levantó y se masajeó la nuca—. Padre siempre tuvo la mala costumbre de confiar en la palabra de otro hombre, solo porque le simpatizaba… *Ffŵl*[3]… Tan obtuso. —Se paseó por la estancia, frustrado—. ¿No ha intentado hablar contigo?

—No lo veo desde el funeral. Ya sabes que para él solo éramos una carga de la cual se debía deshacer.

—Mejor. ¿Has tenido noticias de Eira?

Gwendolyne negó.

—Le escribí cuando Langthorne murió. Me envió sus condolencias y me dijo que no podía venir… No me explicó por qué. Como siempre, solo me aseguró que está bien.

Su hermana mayor apenas le respondía un par de cartas al año y nunca mencionaba a su esposo, pero ella sabía que su situación no era de las mejores. Eira ni siquiera asistió a su matrimonio. Su padre también le arregló un enlace con un viejo adinerado, que tenía la esperanza de que una esposa joven le diera descendencia…

Eira llevaba tres años viviendo en Escocia y todavía no concebía un heredero.

Desde que Gwendolyne se convirtió en una jovencita, dejó de ser unida con su hermana, congeniaban muy poco. Sin embargo, aquello no significaba que le alegrara la situación, ni tampoco la tranquilizaba. Esa distancia le hacía sentir que estaba atada de manos.

Hywel la sacó de sus cavilaciones cuando dijo:

—Bien, haré lo siguiente: iniciaré la liquidación de todas tus posesiones, e iré a visitar a Eira a Escocia. Necesito saber qué diantres está sucediendo allá. Debió venir a tu boda, debió estar contigo en el funeral... ¡Diablos, pasé demasiado tiempo en India!

—No tienes por qué sentirte culpable.

—Sí, Gwen. Pude haber peleado por ustedes, pude protegerlas de esto y…

—Padre se hubiera desquitado con nosotras, y tú no habrías podido amasar la fortuna que ahora posees. Hace diez años era imposible para ti, para todos.

Hywel sabía que su hermana tenía razón, pero de todas formas

el corazón le pesaba por lo hecho y lo no hecho. Se sentó al lado de ella, y le tomó las manos.

—¿Estarás bien, *cariad*?

—Sí. —Suspiró—. No me falta nada.

Y, sin embargo, a veces sentía que le faltaba todo. Que su vida vacía recién la estaba llenando con pequeños y grandes muestras de hacer su voluntad. De acostumbrarse a no pedirle permiso a nadie.

Todavía recordaba ese día cuando le comunicó a su hermano su decisión de irse a vivir a Langthorne House. Él le sonrió y le dijo que le iba a ayudar en todo lo que ella quisiera. No hubo discusiones, ni él intentó convencerla de lo contrario. Desde diciembre, ese lugar era su casa.

Hywel, la Academia Hope y las mujeres que le daban vida a esa institución la colmaban de valentía, de ser, poco a poco, ella misma.

Por primera vez en mucho tiempo, no temía hacer planes o atisbar el futuro. Solo le costaba convencerse de que tenía el poder de hacerlo sola.

*****

Cuando Anthony entró en la sala de ensayos de la Academia de Música Cross, fue recibido con aplausos y silbidos provenientes de sus compañeros del Quinteto Divino, quienes ya estaban ocupando sus posiciones correspondientes.

Grace, la directora de la academia y fundadora de la agrupación, se levantó y exclamó:

—¡Viva el nuevo director interino de la Academia Hope! ¡Bravo!

La hermana de Anthony, Florence, se burló:

—Ahora sabrás lo que es bueno, hermanito. Yo no envidiaba precisamente el trabajo de Marian.

Anthony puso sus ojos en blanco.

—No es para tanto. La Academia Hope es como cualquier otro lugar.

Caleb, hermano de Grace y también conocido como el marqués de Windlesham, lanzó una risotada y dijo:

—Sí, claro. Es idéntica a Almack’s. Sobre todo en la parte

puritana.

Anthony se masajeó la frente, era inútil replicar. Solo esperaba que Matthew impusiera su título de lord Hudswell para decir:

—Cada vez que tengas que reprender a una alumna, tendrás que hacerlo con escolta y la puerta abierta… Hay que conservar tu reputación de santo.

De todos los apodos que tenía Anthony, ese era el que menos le gustaba.

—Se supone que estamos aquí para ensayar, ¿no?

Grace se apiadó del alma de Anthony y carraspeó. Le palmeó la espalda y dijo:

—De verdad, Tony, es una gran responsabilidad la academia. Sé que podrás hacerlo a la perfección. —Miró a su hermano y a su primo—. Yo que ustedes no me reiría tanto. Va a llegar un momento en que Laura no podrá ser la directora. Cualquiera que esté disponible y tenga experiencia, ya sea hombre o mujer, tomará el cargo.

Los gestos burlones de Matt y Caleb se borraron. Florence esbozó una sonrisa maléfica y se dedicó a afinar su viola, señal suficiente de que el ensayo iba a empezar. Anthony se sentó, abrió el estuche de su instrumento. Él era el segundo violinista.

Caleb calentó sus dedos practicando unas escalas en el piano, Matthew lo siguió con su violonchelo.

Grace era la primera violinista y también solista. Le entregó partituras a cada uno de sus compañeros y dijo:

—Nuestra reputación nos está precediendo, y nos han invitado a participar en una serie de conciertos que se está organizando en el Covent Garden Theatre. Nos presentaremos junto a otras agrupaciones y solistas, dos veces a la semana, a finales de mayo y principios de junio.

Anthony estudió la partitura, la autora era Grace. Ella solía ser exigente con sus composiciones para sacar a relucir todo el potencial de la agrupación, y la que tenía en sus manos era una serenata.

Últimamente ese tipo de pieza parecía perseguirlo.

La imagen de la señora Langthorne, cabizbaja, evitándolo, se presentó en su mente. No le gustó la sensación de ser eludido sin

saber si había un motivo plausible. ¿Sería posible que ella no aprobaba que él fuera el próximo director? O…

Sudó frío.

¿Estaba esperando la serenata?

¿Y si ya lo había juzgado como un hombre de promesas vacías y emociones volátiles?

Santo cielo, estaba perdido.

Caleb probó interpretar un pasaje bastante complejo.

Pero falló.

—Grace, ¿pretendes que mis dedos se enreden con estos cambios tan rápidos?

—Podremos ir haciendo ajustes si lo deseas… —Sonrió—. No me pareció tan complejo cuando lo ejecuté.

Grace conocía muy bien el ego de su hermano.

—Oh, está bien, lo intentaré

—Después te hago una demostración. —Estudió a los demás y añadió—. Si hay pasajes complejos, podremos realizar seccionales para mejorar o hacer cambios en la partitura… Bien, no solo presentaremos esta serenata que es bastante breve. Tenía pensado que podríamos interpretar tres o cuatro más, cada uno sacando a relucir su instrumento. Sé que al menos Caleb, Matt y Florence tienen en su portafolio una composición que podríamos añadir a este repertorio.

Matthew asintió, le gustaba la propuesta.

—Creo que, si le hago unos ajustes, podría ensamblarla a la tuya. —En su mente iba comparando su serenata con la de Grace. Al cabo de un rato dijo—: Sí, creo que sonará bien.

Caleb arqueó sus cejas y señaló:

—No es mala idea, podría hacer lo mismo, que un motivo de la serenata de Grace se vaya repitiendo en el resto… ¿Qué opinas, Florence?

—La mía requiere de más trabajo, considero que aún está en bruto. Pero supongo que, a medida que vaya estudiando la de los demás, podré afinarla.

Grace sonrió, satisfecha. No obstante, su gesto desapareció al notar la mirada perdida de Anthony.

—Tony, ¿pasa algo malo? ¿No tienes una serenata?

Anthony parpadeó y resopló.

—La verdad es que tengo una, mas no he podido terminarla. La improvisé hace unos meses. Todas las semanas retomo el trabajo, pero, llegado a cierto punto, no puedo avanzar.

—Oh… entiendo. Bueno, no pasa nada. Trabajaremos con lo que tenemos y, si la terminas antes de mediados de abril, la incorporamos al repertorio. Puede que el desafío te ayude a progresar con tu trabajo. ¿Quién sabe y nos sorprendes como en los conciertos de San Valentín?... O, a propósito, estas presentaciones tendrán por nombre «Promesas Londinenses». Muy *ad hoc* diría yo. —Tomó su violín, marcó el tempo haciendo un breve pizzicato, e hizo contacto visual con sus compañeros—. *Da capo*…

Mientras Grace tocaba los primeros acordes y los demás esperaban su entrada, Anthony creyó reconocer una secuencia de notas. No eran idénticas, pero algo había en el ritmo, en la respiración.

Era como si le estuviera respondiendo a su serenata, como si fuera su contraparte.

Y no sabía si eso le ayudaba, o si lo empeoraba.

Se incorporó a la ejecución del quinteto. El trabajo de Grace era impecable y la melodía fluía natural y compleja a la vez.

Pero en su interior, todo estaba en el aire… suspendido.

Con moto

La rutina de Anthony cambió. Como visitaba la academia todos los días, se vio en la necesidad de llevar su propio trabajo de administración del vizcondado a la oficina de Laura, la que le fue delegando más responsabilidades paulatinamente.

Cada día su jornada se alargaba y su vida tomó un rumbo que jamás imaginó. Una cosa era estar rodeado de hermanas, primas y amigas, pero otra muy diferente era llevar las riendas de una academia femenina.

Al inicio de la segunda semana de trabajo, Laura abrió el cajón superior de su escritorio y sacó un manojo de llaves de diferentes tamaños. Anthony, quien estaba sentado frente a ella, arqueó sus cejas, era como el que poseía su madre.

—Y con esto termino mi entrenamiento intensivo de director. Aquí están las llaves del reino. —Las dejó sobre la mesa, otorgándole a su primo el acceso a todas las puertas de la Academia Hope.

Anthony las tomó… eran bastante pesadas. Como su responsabilidad.

—Gracias, Laura.

—Te recomiendo que las vayas probando de vez en cuando para que memorices qué abre qué… De momento, te puedo decir lo principal: la grande es de la puerta de acceso; esas doradas son de los dormitorios; y la pequeña y extraña abre la caja fuerte.

Anthony estudió el pesado manojo. Decidió que, en los ratos que estuviera harto del trabajo, se pondría a averiguar qué puertas abría cada llave como pasatiempo. Sin embargo, una de ellas llamó su atención.

—¿Sabes qué abre esta llave? —Señaló una plateada.

—¿Esa? La sala de música.

Y la imagen de la señora Langthorne tocando el arpa llenó la cabeza de Anthony por un fugaz segundo.

—Perfecto.

Laura esbozó una sonrisa y elogió:

—Tengo que decir que al principio pensé que te costaría más,

pero eres un alumno muy aplicado.

—Debo serlo. Tuve hermanos mayores que no me permitieron ser un holgazán, y hermanos menores a quienes no podía darles un mal ejemplo.

—Oh, lo dices como si hubiera sido una tortura.

—Debes admitir que tiene cierto grado de presión estar en el medio de la familia. Las nuestras en particular.

Laura se quedó pensativa. Anthony tenía razón. Sus respectivas familias se construyeron con pedazos rotos de otras.

En el caso de Anthony, su hermana Marian era, en realidad, prima de Andrew, quien la adoptó cuando heredó el vizcondado. En ese entonces, Olivia vivía en una precaria cabaña, cercana a la propiedad de Rothbury. En ese lugar criaba a su pequeño hijo, William, fruto ilegítimo de su relación con lord Felton, quien falleció antes de casarse con ella. Su abuelo la había repudiado y relegado en ese rincón de Inglaterra.

Andrew y Olivia se conocieron en Cragside, cuando él la contrató como institutriz para Marian… Se enamoraron con una fuerza arrolladora y se casaron.

El resto fue historia.

Anthony fue el primer hijo de esa unión, y aquello le dio el derecho de ser el heredero del vizcondado. Luego nacieron Florence, Elijah y Violet.

Laura, por su parte, fue el fruto de la relación entre Michael Martin —hermano de Olivia—, y Margaret Croft —hermana de Andrew—. Él era viudo y tenía un hijo llamado Lawrence. Ella era la condesa de Swindon y tenía dos hijos: Thomas y Alec.

Su historia tuvo tintes más sórdidos y escandalosos. Margaret fue apostada por su esposo, y Michael ganó la partida. Sus intenciones para aceptar esa infame apuesta fueron honorables… Pero el amor tenía caminos misteriosos.

Cuando la fue a buscar a Richmond para informarle la situación y ofrecerle su protección, el hijo de Michael enfermó. Solo bastaron unas semanas de convivencia para consolidar un amor tan profundo como el océano, el que ni siquiera sufrió mella cuando Swindon intentó reclamarla de vuelta mediante una demanda civil.

Pudieron casarse cuando ella enviudó. Swindon fue asesinado por su propio concuñado, el marqués de Somerton.

¿El motivo? El sucio dinero.

De la unión de Margaret y Michael nació Laura, Gabriel y Charity.

Laura se casó con su primo William… Y, después de largos meses, al fin iban a tener su luna de miel.

Ella soltó un suspiro y repuso:

—Si lo pones en esos términos, tienes toda la razón. Nosotros fuimos los hijos del medio, pero a la vez también fuimos los mayores. —Anthony asintió con resignación—. Cambiando de tema, ¿estás de ánimo de presentarte oficialmente como director a las alumnas?

Él hizo una mueca, se encogió de hombros y respondió:

—Este momento es tan bueno como cualquier otro.

—Tendrás que dar un breve discurso. Y quizás poner algunas reglas, el hecho que seas hombre…

—Lo tengo claro, no es recomendable que esté a puerta cerrada con alguna alumna.

—Sí, lo siento, pero a veces hay visitas imprevistas de nuestros patrocinadores. Nunca se sabe si te sorprenderán en una situación comprometedora…

—Entiendo… Y, para la mayoría, cualquier cosa es comprometedora, hasta tocar la mano de alguien sin guantes.

—Exacto. Toma tus precauciones y nada fallará.

Laura se levantó de su escritorio, e invitó a Anthony a seguirla al salón de ceremonias.

Cuando llegaron, Laura tocó la campana que estaba a la entrada de la estancia. Le sonrió a Anthony y dijo:

—Las maestras ya saben que te presentarás.

—Siempre anticipándote. Lo tenías fríamente calculado.

—Claro, querido. Me quedan unos pocos días para preparar mi viaje. Si me necesitas para algo importante, envía un mensaje a casa y vendré.

—Espero no tener que hacerlo.

El ambiente se llenó del femenino murmullo de las alumnas;

sus pasos apresurados, sus voces claras, algunas risas se elevaban, alegres, en el aire.

Las alumnas fueron ingresando al salón, no sin antes darle una mirada subrepticia a Anthony, quien estaba al lado de Laura, y hacía leves y solemnes gestos de bienvenida

Las maestras iban tomando lugar al lado de él después de saludarlo. La última que faltaba era la señora Langthorne y su grupo de alumnas.

Y el tiempo pasó sin dar señales de ellas. Laura frunció el ceño y dijo:

—Qué raro, mejor iré a ver si está… Ah, no. Ahí vienen.

Los apresurados pasos de un grupo de mujeres llamó la atención de Anthony. Él consultó la hora en su reloj de bolsillo. Llegaban con un retraso de cinco minutos.

Las alumnas ingresaron al salón evitando el contacto visual con Anthony. La señora Langthorne hizo una reverencia ante él y Laura y, con una incipiente sonrisa, dijo:

—Disculpen el retraso. Nos emocionamos porque al fin pudimos tocar los instrumentos todas juntas. —Su sonrisa se ensanchó—. Fue hermoso.

Ese brillo en los ojos azules de la señora Langthorne le dieron diez años de vida a Anthony. De pronto, sintió los latidos de su corazón; acelerados, fuertes… vivos. ¿Hacía cuánto tiempo que no lo sentía?

¿Cinco años tal vez?

La voz de Laura lo sacó de esa epifanía.

—Me alegro, señora Langthorne. Su justificación es más que satisfactoria. Bien, entremos.

Rato después, Laura se encontraba frente al podio informando su próxima ausencia. Anthony y las maestras estaban sentados en primera fila, a la expectativa de cuando fuera a mencionar lo primordial.

—… Y es por este motivo, que mi reemplazo durante los siguientes meses será el señor Anthony Witney, hijo de la gestora de la fundación Hope, su señoría, la vizcondesa Rothbury. —Los murmullos de las alumnas se esparcieron por todo el salón. Una

mezcolanza que iba entre la sorpresa y risitas coquetas. Laura esperó unos segundos para reanudar su discurso, y se dedicó a observarlas. Arqueó una ceja y añadió—. Silencio, señoritas… Gracias… Sé que siempre ha sido tradición que una mujer dirija esta institución, pero no es una regla escrita en piedra. Y, tal como ha sido con mi persona, vean al señor Witney como una guía, o como un hermano mayor feo. —Las alumnas rieron—. Sí, no somos ciegas, sabemos que él es de buen ver, pero no alimenten su ego, por favor… Bien, espero que esta experiencia sirva para todos. El señor Witney ahora se dirigirá a ustedes.

Las alumnas y las maestras aplaudieron. Anthony, quien a pesar de estar habituado al aplauso y a presentarse ante cientos de personas, tembló.

Se aclaró la garganta y esperó a que el silencio se hiciera.

—Tal como ha dicho la señora Witney… —Risitas evidenciaron lo divertido que era la situación, era de dominio público que eran parientes. Anthony reprimió su naturaleza afectuosa que siempre sacaba a relucir en los conciertos, y se mantuvo serio y solemne. Aguardó unos segundos y continuó—: Será una nueva experiencia para nosotros, sin duda alguna, y espero estar a la altura. Es mi deseo que, al retorno de la directora, encuentre este lugar tal como lo dejó. Por mi parte, mi compromiso será brindarles apoyo, consejo y llevar la dirección de esta institución con dignidad. La puerta de mi oficina siempre estará abierta para ustedes y las funcionarias. Muchas gracias, a todas por su atención y su cálida bienvenida. Pueden volver a sus actividades habituales.

Un breve aplauso finalizó la ceremonia. Anthony bajó del podio, recibió el cariño y gratitud de Laura. El salón se fue vaciando poco a poco. Las maestras, antes de ir tras sus respectivos grupos, se despidieron de la directora. No volverían a verla hasta el verano.

La señora Langthorne fue la última. Le tomó las manos y dijo:

—Espero que su viaje sea de ensueño, señora Witney.

—Muchas gracias, señora Langthorne. Le traeré un recuerdo de Italia.

—Oh, no se tome la molestia, solo disfrute.

—No es molestia, para nada. Paso más tiempo con ustedes que

con mi esposo. —Rio—. Nos conocemos hace poco, por lo que no sé qué traerle, ¿qué desea de regalo?

Anthony observaba la escena de reojo, fingiendo que no prestaba atención, por lo que fue consciente del cambio en la expresión de la señora Langthorne. Parecía perturbada, de un modo que él no pudo interpretar del todo, pero le transmitió la certeza de que a ella pocas veces le habían hecho esa pregunta.

Tras un silencio que pareció demasiado largo, las palabras de la señora Langthorne salieron vacilantes.

—Si… encuentra de casualidad alguna partitura para arpa… Sería más que feliz… O… o mejor aún… —Apretó un poco más las manos de Laura—… Compre todas las que encuentre y yo se las pagaré de vuelta.

Laura asintió y le sonrió.

—Por supuesto, usted es muy talentosa, ha sabido ocupar el lugar que Grace dejó vacío cuando abrió su academia de música.

—Oh, nada de eso. La duquesa de Oxford es una eminencia, no hay punto de comparación.

Laura no quiso seguir insistiendo en elogiar a Gwendolyne. Le costaba encajar las alabanzas a su talento, o a cualquier cosa en la que sobresaliera.

Anthony percibió esa vulnerabilidad, era un reflejo de la que él mismo sentía. Cuando sus padres lo elogiaban, sus amigos, sus seres queridos… simplemente no podía creerles del todo.

¿Por qué? Se preguntó… La respuesta llegó de inmediato. En sus años más juveniles era más arrogante. Sentía que podía comerse el mundo, no importaba trastabillar; las caídas no eran significativas. Pero solo una noche bastó para que le demostraran lo equivocado que estaba.

La farsa que él era.

Sintió la necesidad de comprobar si los elogios que le brindaba Laura a la señora Langthorne eran ciertos, o solo se trataban de un producto de la compasión.

Él sabía lo que era ser consciente de no ser apto. Sin embargo, si la señora Langthorne demostraba que sí merecía esas palabras de aliento, entonces él sería el primero en brindárselas para que ella,

poco a poco, cambiara esa imagen de sí misma.

*****

Se volvió una costumbre para Anthony averiguar para qué servía cada llave, con la excusa de pasar por la sala de música. Todos los días probaba una. Identificó la que abría la bodega, la habitación de la directora —por si debía pernoctar en la academia—, la de la biblioteca.

Al final de la semana, escuchó el sonido del arpa. La señora Langthorne tocaba notas que parecían no tener sentido; eso habría dicho una persona común y corriente. En cambio, para un músico, era señal de que ella estaba estudiando.

Se quedó un rato en el umbral de la puerta, esperando el momento adecuado para interrumpirla.

Y de pronto, la música se dispersó en la estancia como un torrente de notas que lo transportaban a una idílica tarde de primavera; acostado en el césped bajo la sombra de un árbol, el sol cálido, la brisa que traía el aroma de los parterres cuajados de rosas. Las risas de sus hermanos y primos.

Rosebud Manor.

La voz de la señora Langthorne lo trajo al momento. Ella había dejado de tocar, y solo en ese preciso segundo él se dio cuenta de que traspasó el umbral de la puerta.

Anthony parpadeó, desconcertado. La voz de la señora Langthorne se escuchaba como un eco lejano. Se obligó a concentrarse en ella y dijo:

—Perdón, ¿qué me ha dicho?

—Le preguntaba si estaba inspeccionando mi trabajo.

—Oh, no, nada de eso —mintió—. Todos los días pruebo una llave del manojo. La música desvió mi camino. —Entrecerró sus ojos, pero no con suspicacia. Una sonrisa suavizaba el gesto que era más bien una tierna amonestación—. Laura tenía razón, usted es muy talentosa.

El rostro de ella se tiñó de un leve carmín. Algo muy fácil de lograr en esa nívea piel.

—Gracias, señor Witney. Pero no hay que exagerar. Siento que me falta mucho para tener un buen nivel.

Anthony se adentró más en la estancia hasta situarse frente a Gwendolyne.

—¿Puedo sentarme a su lado?

A ella le sorprendió la petición, pero había suficiente espacio para los dos. Quiso saber qué pretendía el señor Witney.

Tal vez en otro tiempo su rostro habría enrojecido como una amapola y hubiera balbuceado, pero en ese momento su voz sonó segura al decir:

—Por supuesto.

Anthony se sentó, guardando una decorosa distancia y, sin embargo, pudo sentir la suave fragancia que desprendía ella. Si tuviera que definirlo, era como estar en medio de un jardín de jazmines frescos.

Ladeó su cabeza al ver la partitura que la señora Langthorne estudiaba.

Tomó el cuadernillo. Era de Louis Spohr, *Sur l'air: je suis encore dans mon printemps*. Al son de: todavía estoy en mi primavera.

—A juzgar por lo que escuché y por lo que veo en su partitura, considero que tiene un nivel mucho más que aceptable. No debe ser tan modesta. ¿Cuántos años lleva estudiando el arpa?

La señora Langthorne sacó la cuenta con sus dedos. Arqueó sus cejas con el resultado y respondió:

—Si no me lo pregunta no habría notado que llevo más de la mitad de mi vida tocándola. Empecé a los siete años.

Anthony pensó que la señora Langthorne de por sí se veía pequeña al lado de semejante instrumento. Debió ser desafiante e intimidante para ella siendo una niña que apenas logra alcanzar las cuerdas agudas.

—El arpa no es una elección habitual de las señoritas. Es enorme, pesado, costoso y difícil de transportar.

—Es cierto, pero tiene su encanto. Las jóvenes suelen tocar el piano, la flauta o el violín. A pesar de que mi padre nos impuso este instrumento, yo me enamoré del sonido. A él le daba igual si lo disfrutaba o no, mientras saliéramos de lo común con dignidad, para

él era suficiente.

—No me imagino al señor Welsh tocando el arpa… ¿Quién lo diría?

Gwendolyne lanzó una risita ante esa imagen que se formó en su cabeza y luego aclaró:

—Oh no, Hywel jamás tocó una cuerda. Él estaba destinado a seguir el camino de mi padre y fue educado para ello. Se suponía que heredaría las tierras en Gales y sus múltiples negocios, hasta que se descarrió.

—Entonces, tiene más hermanas.

—Una más, de hecho… Eira. Éramos seis hermanos, pero solo tres sobrevivimos a la infancia. —«Los tres peores», rememoró las palabras de su padre.

—Lo siento mucho.

—Gracias. Aunque no los conocí, padre siempre lamentó su partida. Yo soy la menor… Eira es mayor que yo por tres años y Hywel, casi once… —Sintió que estaba hablando demasiado, por lo que mejor desvió la conversación hacia el señor Witney. Lo primero que se vino a su mente fue preguntar—: Al final, ¿pudo transcribir la serenata?

Anthony dejó la partitura en su lugar y, con cierto aire distraído, tocó algunas cuerdas del arpa intentando reproducir parte de la serenata, mas no era lo mismo que el violín. Gwendolyne observaba esos dedos largos y masculinos, las venas se marcaban en cada sutil movimiento. Era fascinante, nunca se había fijado en las manos de un hombre.

Tras un largo silencio Anthony se vio en la obligación de admitir:

—Si le soy sincero, solo he podido escribir una parte de ella. Llevo meses tratando de avanzar en un pasaje crucial, pero me estanco. Es como si algo no encajara, como si esa nota que estaba ahí se hubiera perdido para siempre. No sé si me he explicado bien.

A Gwendolyne le asombró —y también le produjo un inusitado regocijo— saber que él no había olvidado su compromiso. A pesar de ese bloqueo creativo, no abandonaba su propósito.

Quiso consolarlo, tal como él lo hizo con su alma ese lejano día

de noviembre.

—Quizás se está concentrando demasiado en solo una nota… —Pulsó una cuerda. El sonido agudo reverberó largo hasta que se desvaneció—. ¿Y si prueba con dos? —Gwendolyne tocó dos logrando una nota diferente, pero no tan alejada de la primera, y que le daba otra dimensión—. A veces, hay que perderle el miedo a equivocarse…

Anthony no supo si ella se refería a la serenata o a algo más. Pero sí iba a tomar en cuenta su consejo.

No perdía nada con intentar.

—No me gusta la sensación de fallar —reconoció y de inmediato se arrepintió de haberlo dicho, se sintió expuesto. Tal parecía que la señora Langthorne tenía el poder de derribar sus defensas.

—A nadie le gusta el sabor de la equivocación, pero usted es libre de hacerlo. Es hombre, después de todo, tiene ganada una gran cuota de indulgencia solo por serlo.

—¿Y usted no la tiene? Digo, la libertad.

—Estoy aprendiendo, mas es difícil desarraigar algunas costumbres. —Inspiró profundo y se levantó—. Bueno, me tengo que ir a casa.

Anthony también se puso de pie y preguntó.

—¿Tiene como transportarse?

—Sí, mi cochero viene a buscarme a esta hora… —Hizo una ligera reverencia, la que él respondió con una inclinación de cabeza—. Que tenga buenas tardes, señor Witney… Suerte con su serenata.

—Gracias, señora Langthorne… Que llegue sin contratiempos a su casa. —Ella asintió y se dirigió a la salida. No obstante, a él le surgió una pregunta que pasó más por su corazón que por su mente y dijo—: ¿Todavía la recuerda? Digo, la serenata.

Gwendolyne miró por sobre su hombro y respondió:

—Recuerdo lo que sentí, principalmente. Como si mil mariposas emprendieran el vuelo al mismo tiempo. —Esbozó una sonrisa y siguió con su camino.

Aquello desarmó a Anthony. Esa confesión tan pura y sin

pretensiones removió algo dentro de él. No era una sensación desconocida, pero sí olvidada en un rincón oscuro de su corazón, a la espera de ser encontrada.

Miró de reojo la partitura que estudiaba la señora Langthorne… Él pudo evocar la primavera que ella creó con su interpretación.

Se preocupó tanto de lo que él vio y sintió al improvisar esa serenata que olvidó lo esencial, lo que despertaba en la persona que recibía ese regalo.

Era un vuelo de libertad.

Fortissimo

Anthony consultó la hora en su reloj de bolsillo, eran las tres de la tarde. Debía partir al ensayo del quinteto, era la tercera sesión en la que practicaban la serenata de Grace. Lo bueno de ser el segundo violinista era que no se llevaba todo el peso de la melodía. En ese caso en particular, lo agradecía. Su amiga era muy exigente.

Leyó el último documento del día, era la solicitud de la señora Langthorne para una salida académica al Museo Británico, la cual se realizaría en dos semanas más.

Entintó la pluma para rubricar su aprobación. No obstante, su acción quedó en el aire. La señora Waters golpeó la puerta y entró. Anthony la miró y frunció el ceño, algo perturbaba el perenne buen humor de la gobernanta.

—Lamento interrumpirlo, señor Witney… —Resopló por la nariz y agregó—. El señor Ferdinand Welsh exige hablar con usted.

A Anthony le costó cinco segundos asociar ese nombre con una persona.

—¿Es pariente de la señora Langthorne?

Con desdén ella respondió:

—Dice que es su padre.

—Hágalo pasar.

La gobernanta alzó su barbilla y se retiró. A juzgar por el rato que tardó la visita en entrar, Anthony conjeturó que la señora Waters lo hizo esperar en la calle. Pocas veces alguien asesinaba el buen humor de ella.

Lo entendió cuando el señor Welsh entró a su oficina, con una actitud de ser el dueño de la academia. Estudiaba todo a su alrededor con una ceja arqueada, juzgando y desaprobando. Ni siquiera se tomó la molestia de cerrar la puerta, la dejó abierta de par en par.

Anthony por pura costumbre se levantó y le brindó una leve inclinación.

—Buenas tardes, señor Welsh. Tome asiento, por favor.

—Buenas tardes, señor Witney. —Ambos hombres se sentaron y se dedicaron sendas miradas escrutadoras—. Gracias por

recibirme.

—No me dio muchas alternativas para rechazarlo. Dígame ¿en qué lo puedo ayudar?

—Quisiera saber, ¿cómo es posible que una institución como esta tenga entre sus maestras a una mujer viuda? Su lugar es en su casa, sufriendo la pérdida de su esposo. No exhibiéndose frente a las alumnas como si no tuviera nada que lamentar. ¡Es impresentable que avalen esa absoluta falta de decoro!

Anthony no respondió enseguida, pero sus cejas se arquearon ante aquel feroz ataque. Pocas veces alguien hacía tambalear su temple, y menos era el blanco de esa clase de acusaciones. Le enfadaban esas personas que enarbolaban la bandera de la moral y el decoro solo cuando les convenía. ¡Hipócritas! ¡Cuánto los detestaba!

Después de que el silencio se extendiera por interminables segundos, él recompuso su expresión y respondió:

—Señor Welsh, hasta dónde sé, no es ilegal que una viuda trabaje. De lo contrario, ¿cómo lo harían las viudas pobres que tienen que mantener una familia? Cuando se trata de ellas, no es inmoral ni se están exhibiendo… —Entrelazó sus dedos y lo miró a los ojos—. ¿Qué pretende con esta interpelación?

—¿Acaso no es obvio? Quiero que mi hija vuelva al lugar que pertenece.

—¿Y ese lugar sería…?

—Su casa, por el amor de Dios. El cadáver de su esposo apenas se ha enfriado en su tumba. ¡Es inconcebible!

Los pulgares de Anthony juguetearon y él se tomó unos segundos para contraatacar. Quería jugar con la paciencia del señor Welsh. Ese hombre le repugnaba.

—Muchas personas no lidian bien la pérdida estando solas y encerradas, por lo que prefieren estar activas y desafían las convenciones. La señora Langthorne es una de ellas. Por mi parte, no veo motivos para despedirla, ella ha cumplido con su labor a cabalidad.

—Como padre de la señora Langthorne le exijo que lo haga. ¡Despídala!

—Ella es mayor de edad, usted no tiene la potestad de exigir nada. Es una ciudadana que está en plena facultad de hacer lo que le plazca. La señora Langthorne ha decidido trabajar aquí, y yo no se lo impediré mientras siga siendo diligente, como lo ha hecho hasta ahora. Le recuerdo que en esta institución yo soy la autoridad máxima, no usted.

—Esto es inadmisible. Mi hija no está en sus cabales, no sabe lo que hace. ¿Acaso encuentra apropiado que ella esté tratando de deshacerse de las acciones que heredó? Posee el cincuenta por ciento de la Langthorne Shipping Company.

—¿Y eso qué tiene que ver con su trabajo académico?

—Ella cree que puede hacer lo que quiera, ¡y me está perjudicando! Si logra su cometido, yo perderé poder en la junta directiva. Esas acciones son mías por derecho moral.

Y ahí estaba el verdadero motivo del señor Welsh: poder y dinero. En realidad le importaban tres pepinos su hija y su decoro luctuoso.

—¿Derecho moral?… Vaya. Corríjame si me equivoco, pero la ley no se basa en derechos morales. La señora Langthorne puede hacer con su patrimonio y su vida lo que se le venga en gana.

Por el rabillo del ojo, Anthony notó que la señora Langthorne lo miraba con los ojos desorbitados.

Y vio el pánico. Duro y crudo.

La voz de Gwendolyne era apenas un hilo cuando intentó preguntar:

—¿Qué est…? —Carraspeó—. ¿Qué hace aquí, padre?

Al escuchar a su hija, el señor Welsh se levantó y la enfrentó:

—¿Y me lo preguntas? Vengo a salvarte de ti misma y de tu ineptitud, muchacha estúpida.

Gwendolyne odiaba que le dijeran estúpida. No lo era… No obstante, se dio cuenta de que los insultos de su padre ya no dolían tanto como antes. Quizás fueron los meses en que no estuvo bajo su yugo, o tal vez la influencia de sus nuevas amistades obró un cambio profundo que no previó. Lo cierto era que estaba muerta de miedo, pero también tenía la certeza de que enfrentarse a su padre.

Con el pecho subiendo y bajando con furor, se internó en la

estancia y, por primera vez en su vida, se negó a los deseos de Ferdinand Welsh.

—No necesito que me salve… —Tragó saliva y añadió—: Le recuerdo que, el día que salí de su casa hacia la iglesia, me dijo que, desde ese momento, era propiedad de mi esposo… Que ya no era su carga.

—Y ahora no tienes uno. Debes volver a mi protección. Ha quedado claro que no puedes conducirte sola.

Gwendolyne abrió más sus ojos. No, prefería vivir bajo un puente antes que volver a la casa de su padre. El corazón le aporreaba el pecho cuando dijo:

—¡No! Ahora soy dueña de mí misma. No le pertenezco a ningún hombre. A nadie, ni a Langthorne ni a usted.

El ojo de Ferdinand se entrecerró temblando involuntariamente. Era un maldito tic que aparecía cada vez que discutía con alguien.

—¿Y todo lo que hecho por ti? Malagradecida. Ropa, comida, la mejor educación… Me lo debes, niña. ¡Negocié tu matrimonio, te di una posición y ahora ostentas una fortuna! Todo eso tienes gracias a mí.

Ferdinand acortó la distancia con su hija, amenazante. Gwendolyne retrocedió y replicó:

—Usted me dio todo eso para tener una buena mercancía para transaccionar. Una muñeca bien vestida, callada e inmaculada. No lo hizo ni por amor ni por deber. ¡Me vendió a ese viejo asqueroso como si fuera una vaca!

—¿¡Quién te has imaginado que soy para tratarme de esa manera!? —Alzó su mano, listo para asestar una bofetada. Gwendolyne por simple costumbre se encogió. Cerró los ojos y esperó que el dolor se propagara, ardiente, en su mejilla.

Nada pasó. Solo escuchó los bufidos furibundos de su padre.

Abrió sus ojos. Anthony lo tenía cogido por la espalda. El fuerte brazo rodeaba el cuello de su padre como un cepo.

El rostro de Ferdinand enrojeció y se aferró al brazo de Anthony mientras soltaba un ahogado:

—Suél… teme…

Sin dejar de mirarla, Anthony, con una voz tan afilada como

certera, le dijo a Ferdinand:

—Le exijo que se vaya ahora mismo de mi academia. La señora Langthorne está bajo mi dirección y la protección de mi familia. No volveré a permitir que ocurra un episodio como este… —Apretó un poco más. Una parte de él quería molerlo a golpes hasta el cansancio. La otra, la que todavía conservaba algo de juicio, lo conminaba a contenerse. Ferdinand manoteaba al aire, no podía respirar—. Y si me llego a enterar de que usted vuelve a intentar ponerle un dedo encima, lo lamentará el resto de su miserable vida… —Bajó su tono hasta convertirlo en un susurro acerado, y agregó—: Me aseguraré de que será breve.

Lo soltó con brusquedad.

Ferdinand, resollando, se agarró el cuello y declaró:

—Usted se arrepentirá, Witney. Barreré el piso con la reputación de esta… «Academia».

Anthony hizo una mueca de desdén, se metió las manos a los bolsillos y replicó:

—Quiero ver cómo lo intenta, señor. Usted es el que no tiene idea de nada. No sabe con quién se está metiendo.

Ferdinand se atusó el cabello y enfiló sus pasos hacia la salida. Se detuvo al lado de su hija, que solo tenía ojos para el señor Witney. El director de la academia se había convertido en el único puntal que la mantenía firme. Estaba a punto de ceder ante la presión de su padre, y obedecer una vez más para no manchar la reputación de la academia. No quería ser una carga.

La voz de Ferdinand susurró, preñada de ira:

—Algún día te arrepentirás de lo que estás haciendo.

Gwendolyne dio un respingo y cerró los ojos. Sudaba frío, pero se obligó a no responderle. De todas formas, era inútil. Ninguna palabra que saliera de su boca iba a satisfacer a su padre.

Cuando ella escuchó que la puerta se cerró, ya no soportó más. Dos lagrimones cayeron pesados, y surcaron su tez enrojecida. Su respiración se aceleró al punto de no sentir que entraba el aire. Boqueaba y boqueaba, y no era suficiente.

Sus huesos parecían haberse licuado… No sostenían su propio peso.

Anthony, asustado por aquella reacción, no lo pensó dos veces. Por puro instinto la abrazó fuerte para no permitir que cayera. Su voz era un grave susurro que intentaba consolarla:

—Ya pasó… ya pasó, señora Langthorne… Estoy aquí, nadie le hará daño.

Gwendolyne escuchaba esa voz lejana, que la buscaba y clamaba por ella en medio de la oscuridad. El miedo trepaba por su pecho como una serpiente, y ahogaba su respiración.

¿Y si su padre volvía con más hombres? ¿Y si intentaba llevarla a la fuerza? ¿Y si la obligaba a casarse otra vez? O, peor aún, ¿y si la acusaba de loca y la llevaba a un manicomio como a su madre?

Su garganta se apretó más. No podía respirar. Iba a morir…

—Respire lento… Conmigo… Gwendolyne… —La voz de Anthony penetró en las tinieblas, era un verdadero rayo de luz en medio de esa oscuridad. Era más clara, más firme. Su calor la rodeaba como una manta acogedora, y ella se aferró a él—. Gwendolyne, respire… Siga mi ritmo… Inspire hondo, todo lo que pueda… —Ella obedeció y sus pulmones se llenaron del vivificante aire—. Eso, manténgalo un poco más… Suéltelo, poco a poco… Muy bien. Respire conmigo una vez más.

Y durante largos minutos respiraron a un solo compás, compartiendo el mismo aire. Los latidos de Gwendolyne se apaciguaron, y el simple acto de inspirar y espirar ya no era un suplicio… Anthony también se tranquilizó. Por momentos pensó que la señora Langthorne se desvanecería inerte en sus brazos. Ahora entendía tanto ciertas actitudes de ella; esa inseguridad, ese rechazo a admitir los cumplidos sinceros como si no los mereciera…

Ese convencimiento de no ser suficiente, pese a que lo era y más. Ferdinand Welsh manejaba la vida de su hija con puño de hierro. De no haber enviudado, también le habría arrancado el alma.

Y no le extrañaría que el viejo era capaz de hacerlo con el resto de su progenie.

—Ya pasó… —Anthony suspiró, esas palabras no las decía solo para ella, sino para sí mismo. Debía estar firme para sostenerla—. Ya pasó.

No obstante, sentía todo lo contrario. Tener a la señora

Langthorne entre sus brazos estaba removiendo sensaciones olvidadas y deseos enterrados. Su lado egoísta no quería soltarla, necesitaba extender un poco más ese reconfortante contacto íntimo.

De pronto, Gwendolyne fue consciente de dónde y con quién estaba. Jamás se había sentido tan a salvo como en ese segundo. Nunca nadie la había defendido como el señor Witney. Incluso sin conocerla del todo, le dio el beneficio de la duda, no cedió a las palabras y la presión de su padre.

Ni una sola palabra de Ferdinand Welsh afectaba a Anthony Witney. Ni sus amenazas, ni lo que dijera de ella.

No quería salir de ese cálido refugio, pero las consecuencias serían terribles si eran sorprendidos en esa situación más que comprometedora. No le quedó más remedio que romper el contacto. En contra de su voluntad, se enderezó y se separó de él, intentando retener cada vestigio del calor compartido.

—Muchas gracias, señor Witney. —Se secó las lágrimas con el dorso de su mano. Anthony, raudo, le ofreció su pañuelo—. Gracias, muy amable. —Lo recibió, olía a lavanda y a algo más que ella no pudo reconocer, pero lo hacía único y le transmitía seguridad.

—Es lo mínimo que le puedo ofrecer… ¿Necesita que haga algo más por usted?

—Dudo que pueda convertirme en una mujer que no tiemble cada vez que escucha la voz de su padre. —Se secó y se limpió la nariz.

—Yo vi a una mujer que enfrentó con valentía al hombre que le falló.

—Solo vio una actuación, créame no soy así…

—No, usted no actuaba, se defendía.

—No lo suficiente. Si usted no interviene, mi padre me habría golpeado. Justo cuando no debía, me paralicé como una cobarde y hubiera cedido a sus demandas.

—Es demasiado dura consigo misma, señora Langthorne. ¿Era la primera vez que enfrentaba a su padre? —Ella asintió—. Si vuelve a suceder, no se paralizará. Usted le va a lanzar por la cabeza lo que pille a mano. Y para que lo sepa por adelantado, si sucede en esta oficina, no me molestará si le lanza un florero o la tetera…

—Es un poco extremo su consejo.

—Conociendo el tipo de persona que es su padre, nada es extremo. Sé de buena fuente que usted tiene un buen derechazo también.

Gwendolyne no pudo evitar sonreír. A Anthony ese gesto le llenó el corazón. Sí, lo peor ya había pasado. En sus labios también surgió una sonrisa.

—Oh, mi hermano se ha dedicado a contarle a todo el mundo que le quebré la nariz hace unos meses.

—Le enorgullece mucho. De lo contrario, guardaría ese secreto bajo siete llaves… —La sonrisa se desvaneció—. Su carruaje debe estar esperándola. La acompañaré a su casa, no confío en que su padre se vaya a quedar de brazos cruzados.

La razón le dictaba a Gwendolyne que debía negarse, mas su corazón y el miedo le rogaron que, por esa vez, podía confiar en él.

—Está bien. ¿No interferirá en lo que sea que tenga planeado? —Y Anthony ahí volvió a identificar esa manera que tenía ella de protegerse, de evitar ser una carga, una molestia.

—En este instante, su seguridad es lo más importante para mí… Ah, casi lo olvido. Deme un segundo. —Anthony fue a su escritorio, entintó su pluma y firmó. Apresurado, se puso la levita, el sombrero, los guantes, tomó el estuche de su violín y un maletín.

Gwendolyne lo observaba sin poder moverse, era extraño ver a un hombre haciendo algo simple y cotidiano. De hecho, solo en ese instante se dio cuenta de que él trabajaba sin levita.

Medio desnudo, hubiera dicho una de sus estrictas institutrices. Y, por supuesto, escandalizada por un hombre indecoroso que solo usaba un chaleco, y exhibía las mangas de su camisa para firmar documentos.

Azorada con ese pensamiento, recordó que había dejado sus cosas en el vestíbulo. Ahí estaba cuando escuchó la voz de su padre exclamando: «¡Despídala!».

Sentía que había pasado una eternidad, y solo habían transcurrido… Consultó su pequeño reloj de bolsillo. Eran las tres y media.

Anthony le sonrió, abrió la puerta y la invitó a salir de la oficina

haciendo un ademán. Ella tomó una honda bocanada de aire, enderezó su postura y dirigió sus pasos hacia la salida.

En el aire algo nuevo se respiraba entre los dos. Fingían que nada había cambiado, pero muy en el fondo sabían que la irrupción de Ferdinand Welsh marcó un antes y un después.

Esa distancia cordial y profesional que mantenían se diluyó. Gwendolyne reveló más de lo que hubiera querido al increpar a su padre. Sus secretos y sentimientos respecto a ello ya no eran solo de ella, los había compartido con Anthony. Y él, contra todo pronóstico, no había actuado como la mayoría de las personas que rodeaban a su padre, sino lo contrario, la apoyó, confió en ella y su palabra.

Anthony caminaba detrás de ella en aparente serenidad. No obstante, sentía que todo su cuerpo temblaba. Él no sabría decir si la causa era el remanente de la ira que lo consumió al ver a Welsh levantándole la mano a Gwendolyne, o si se trataba de algo más que no podía definir o ponerle un nombre.

Se sacudió sus pensamientos, después lo meditaría. Su deber era acompañar a la señora Langthorne y asegurarse de que llegara sana y salva.

Gwendolyne se detuvo. Anthony también. Ella suspiró entrecortado, miró por sobre su hombro y dijo:

—Gracias… otra vez.

—Para eso estoy. Nunca lo dude.

Interludio

El lacayo cerró la puerta del pequeño carruaje. Anthony se vio en la inesperada obligación de compartir un espacio reducido con Gwendolyne. Su maletín y el estuche de su violín parecían demasiado grandes en ese cubículo. Ante lo obvio, él le ofreció una tensa sonrisa de disculpa, la que ella, a través del velo negro, respondió del mismo modo, aceptándola.

Él miró por la ventanilla, un palio de nubes cubría el sol. No obstante, la primavera, tímida, impedía que hiciera demasiado frío. A pesar de ello, al poco rato de trayecto, los vidrios se empañaron por el calor corporal. La costumbre de Anthony, desde muy niño, era dibujar una carita feliz en el vidrio y escribir «Hola». No podía evitarlo, el impulso infantil era más fuerte que la contenida adultez.

Gwendolyne intentó reprimir la risa, pero se le escapó cuando él empezó a dibujarle bucles a la cabeza, imitando los elaborados peinados femeninos.

Anthony carraspeó, dándose cuenta de que era observado. No le quedó más remedio que decir:

—Por eso soy músico, William y Marian son los que se llevaron todo el talento pictórico.

—Ya somos dos. —Su sonrisa tambaleó—. Eira fue la que más sobresalía en pintura y dibujo. También tocaba el arpa, ella es mucho mejor que yo.

—Solo la he escuchado a usted, así que no puedo compararlas. Ya se lo he dicho, tiene un nivel muy bueno, y no me interesa si su hermana es mejor… Usted ostenta una cualidad muy importante en música y es interpretar desde el corazón. Esa vez que estuvo tocando la pieza de Louis Spohr me transportó a las primaveras que vivía en Cragside. Y no piense que es un elogio vano, pero pocos músicos logran transmitir tanto… Y si no me cree, pues un día podría tocar frente a mi amiga Grace. Si a ella algo no le gusta, va y lo dice. No, la duquesa no da palmaditas condescendientes en la espalda.

Gwendolyne entreabrió su boca, dispuesta a rechazar por enésima vez los halagos de Anthony, pero una epifanía la frenó. Por primera vez advirtió que era un acto compulsivo. Silenció en su

mente esas palabras negativas que siempre intentaban menoscabar sus logros. Se dio cuenta de que estaban teñidas con la voz de su padre, no con su propia voz.

En vez de ello, solo dijo:

—Si un día se da la oportunidad, tocaré para ella.

—Ensayamos dos veces a la semana, la puedo llevar un día.

Anthony no sabía que, con aquella propuesta, despertaba esa parte sedienta de Gwendolyne de ampliar su mundo, de conocer más personas afines a sus gustos, de conversar un mismo idioma… Salir de su jaula y volar.

Corroborar que su padre se equivocaba. No era tonta, no era inútil, no era un desperdicio.

Dios, estaba harta de compadecerse, de verse siempre como una víctima.

—¿En serio? ¿No será una molestia?

—Para nada. A Grace le encanta conocer a nuevos músicos, sobre todo si son mujeres.

—Entonces será un placer… ¿Le puedo pedir un favor?

—El que quiera.

—Me sentiré muy nerviosa y observada si toco una pieza solista… Si tiene algo de tiempo, ¿podríamos ensayar un dueto de arpa y violín? Louis Spohr ha compuesto varios.

Anthony asintió con una sonrisa. Lo cierto es que se imaginó tocando algo con ella y un inusitado entusiasmo lo llenó de energía.

—Por supuesto, será un gran placer.

—Muchas gracias. —Se quedó unos segundos en silencio, debatiéndose. El señor Witney era un hombre atípico, ¿cuál sería su límite? No lo sabría si no lo intentaba y se decidió a preguntar—: ¿Le puedo pedir otro inmenso favor?... Me parece que es más grande que el anterior.

—No importa, creo que usted puede pedirme lo que quiera. No me siento capaz de negarme a sus deseos.

Si no fuera por el velo que usaba para salir en público, Anthony habría visto el rostro incendiado de Gwendolyne.

Ella carraspeó, no se podía retractar. Intentó imprimirle seguridad a su voz cuando pidió:

—Algún día, ¿puede tocar parte de la serenata que improvisó? La verdad es que siempre he querido escucharla de nuevo.

Anthony apretó los labios. Lo cierto era que…

—Aún está incompleta… Trabajar en la academia resultó ser tan complejo como administrar un vizcondado. Apenas le dedico tiempo a estudiar y ensayar mis partes para los conciertos organizados por el Covent Garden Theatre. —No era una simple excusa, no había podido siquiera retomar el ejercicio de volver a interpretarla. «¿Y si vuelvo a tocar para ella surgirían de nuevo esas notas perdidas?», pensó con esperanza—. Pero quizás tocarla para usted es lo que me falta para terminarla. Después de todo, fue un regalo.

Y después de tantos meses, Gwendolyne tuvo la oportunidad de preguntar:

—¿Por qué lo hizo?

Él también se lo preguntó más veces de lo que ella imaginaba. Recordó ese día de otoño en la mansión, la boda, el ambiente festivo, las parejas que se habían formado a lo largo de los últimos cinco años. Esa contagiosa felicidad, esperanza… Y Gwendolyne, vestida de negro, resaltaba entre esa marea de colores vibrantes. Él la observaba casi sin querer, a cada momento aparecía en su campo visual: a veces sonreía cuando conversaba con Laura, Sophie y Eleanor; aplaudía con entusiasmo al ver las parejas bailando; se secaba unas incipientes lágrimas al escuchar los emotivos discursos de los amigos y familiares de los novios; disfrutaba de la comida y las limonadas; movía sus pies siguiendo el ritmo de la música.

Anthony podía decir que Gwendolyne disfrutó de esa boda, pero cuando todos se fueron y la vio tan sola en el salón, con la mirada triste y perdida en ese azahar, lo conmovió en el fondo de su corazón. Tan joven y a la vez parecía cargar con el peso de haber vivido más de cien años. Le dolió esa imagen. Solo quiso sacarla de ese estado de la única forma que sabía.

—Quería verla feliz. Ahora que la conozco un poco más, sé que muchas cosas que usted reflejaba ese día no eran imaginaciones mías.

—¿Y qué reflejaba yo, según usted?

—Una mujer con ganas de vivir, pero que no sabía cómo o dónde empezar.

Un manto silente ahogó cualquier palabra. Gwendolyne no podía negar los dichos de Anthony. De pronto, sintió que él era capaz ver su corazón y leer sus pensamientos a través del velo. Y, para mayor consternación, ella tenía la sensación de que podía confiar en él y decir lo que sentía sin temor a recibir silencio, desdén o indiferencia.

Anthony, pensó que había hablado de más. Ese silencio se sentía demasiado denso y pesado. Tal vez lo había arruinado y dijo:

—Discúlpeme si la he ofendido, yo…

—No… No me ha ofendido. —Suspiró—. Resulta abrumador que usted pueda ver tanto en mí, siendo que me conoce desde hace tan poco. Podría esperar ese hecho de mi hermano, que es a quien estoy más unida, pero nos perdimos demasiados años. El amor que nos tenemos está ahí, intacto, y al mismo tiempo, es como si nos estuviéramos conociendo de nuevo… Y con mi padre… Bueno, ya vio qué clase de relación tenemos. Qué patético, ¿no?

Y apretó los labios para no llorar otra vez. Estaba cansada de hacerlo. Lloraba, lloraba… Todos los malditos días había algo que le hacía esconder su cara entre sus manos para ocultar su lamento.

—No, no lo es… Todos tenemos días oscuros en nuestras vidas, en que nos sentimos así, patéticos. —Él en ese momento se sentía así, intentando reconfortar a Gwendolyne cuando él mismo era el menos indicado. Ni siquiera se consideraba como un hombre completo—. A veces el tiempo se siente como una eternidad, y otras resulta ser solo un suspiro… Me atrevería a decir que usted recién está saliendo a la luz, con un temor inenarrable, pero aun así, lo enfrenta… Es más valiente de lo que piensa.

«Ojalá sea cierto», pensó mientras el peso de su pecho se aligeraba. Debía dejar de castigarse a cada momento.

El carruaje iba por Regent Street, viró y se detuvo frente a una propiedad de considerables dimensiones, que se extendía por la calle antes mencionada, Oxford Street, Swallow Place y Princess Street, lugar donde estaban. El lacayo abrió la puerta. Anthony bajó con cierta dificultad gracias a su maletín y estuche, pero se las arregló

para ofrecerle su mano a Gwendolyne y que se apeara.

Anthony admiró la mansión de arquitectura moderna, parecía no tener más de veinte años de antigüedad.

—Impresionante, señora Langthorne. —Volvió la mirada hacia ella… Maldito velo. Luego estudió la calle, pocas personas transitaban por ahí. Nada parecía fuera de lugar—. Bien, he cumplido con mi misión, ha llegado sana y salva. Para suerte de ambos, la academia de Grace está a la vuelta.

—¿En serio?... O sea, sabía que quedaba en Oxford Street, pero no tan cerca.

Anthony se encogió de hombros y se dio cuenta de que Gwendolyne solo salía de la mansión para ir a la Academia Hope… o la próxima excursión al Museo Británico.

—Si ocurre cualquier cosa, avise a la academia de Grace. De hecho… Mejor le muestro. —Le ofreció el brazo a Gwendolyne y enfilaron sus pasos hacia Regent Street, y de ahí, caminaron unos cuantos metros hasta llegar a la esquina—. Desde aquí se ve el letrero de la Academia Cross, ¿lo ve?

—Oh, sí… Vaya, somos vecinas.

—El acceso es por la puerta que está al lado de la tienda de música —precisó. Gwendolyne asintió. Era cruzar la calle y ya estaba. Aquello le hizo sentir mayor seguridad.

Volvieron sobre sus pasos hasta llegar a la puerta de acceso, en la cual ya estaba el mayordomo aguardando por su ama. Gwendolyne hizo una leve reverencia y se despidió:

—Gracias por acompañarme, señor Witney.

—Ha sido un placer y, además, me ahorró alquilar un carruaje. —Le guiñó un ojo y le brindó una regia inclinación.

Ella rio. No quería separarse de Anthony, sentía que podrían estar conversando todo el día si quisieran… Pero los deberes y la vida se imponían.

Anthony se quedó esperando a que ella entrara a la casa. No se fue de inmediato, No se fue de inmediato, se tomó un par de minutos para asegurarse de que no ocurriera algún imprevisto.

Diablos, el señor Welsh le dejó los pelos de punta. No dudaba que ese hombre haría cualquier cosa por recuperar el control sobre

su hija.

Legalmente el viejo estaba atado de manos, pero como padre, podía tener cierta potestad si alegaba alguna clase de incapacidad de Gwendolyne.

La mayoría de las veces, a quien escuchaban era a un hombre. Una mujer que levantaba la voz y se defendía era tratada como una histérica que no podía dominarse.

Se obligó a caminar, a avanzar rápido hacia la Academia Cross. Ya veía venir la severa reprimenda que su amiga le iba a dar…

Era mejor correr.

*****

Entretanto, Gwendolyne ejecutaba el ritual de entregarle sus pertenencias al mayordomo.

—Gracias, Matley… Eeeeh, ¿por casualidad usted conoce a mi padre?

—Sí, mi señora. Visitó esta casa varias veces cuando el señor Langthorne aún vivía.

—Bien. Si él se presenta, no es bienvenido. Tiene prohibida la entrada a esta casa. Es más, no le abra la puerta a ningún desconocido.

Matley arqueó sus cejas hasta formar profundos surcos.

—¿Y si es un mensajero?

—Sin abrir la puerta, le ordena que deslice el mensaje.

—¿Sucedió algo grave? ¿Por ese motivo el caballero la acompañó?

—Así es, mi padre hizo algo deleznable en la academia. Me avergonzó y humilló frente a mi superior. La persona que me acompañó es precisamente el director de la Academia Hope, el señor Anthony Witney, él es el heredero del vizconde Rothbury. —Los títulos impresionaban al servicio doméstico. Era mejor acentuarlo y dejarlo claro, a pesar de que a ella no le importaba la posición en la sociedad, le bastaba la decencia… La mayoría de las veces, olvidaba que el señor Witney era un aristócrata—. Por el momento, solo mi hermano y él pueden venir a mi casa, con el tiempo, y de ser

necesario, le iré indicando quién más está autorizado a entrar o no.

—Como ordene, mi señora.

—Subiré a descansar.

Y vaya que lo necesitaba. «Hoy estoy drenada», pensó. No obstante, mientras se dirigía a las escaleras, se dio cuenta de que sí, estaba agotada, pero, por algún extraño motivo, no sentía un miedo profundo o una avasalladora desesperación. Tuvo la entereza de hacer lo que hubiera sido impensable hacía unos meses; cortar relaciones con su padre, prohibirle que se inmiscuyera en sus asuntos.

Sabía que él era capaz de todo, pero ya no se sentía sola, contaba con el apoyo de las maestras de la academia, del señor Witney… Incluso sabía que él ya estaba poniendo al tanto a la directora de la Academia Cross y aquello le daba otro respaldo.

Había mucha gente que la estimaba y valoraba…

Y la sensación era maravillosa.

*****

—Y por eso llegué tarde… —finalizó Anthony a sus compañeros del Quinteto Divino, quienes permanecieron en respetuoso silencio.

Grace, quien también sufrió en el pasado una situación peligrosa, dijo:

—Vaya… Creo que, como bien dijiste, no hay que tomar las amenazas del viejo Welsh a la ligera. No hay nada peor que un hombre con sed de dinero… Trae un día a la señora Langthorne para que la conozcan aquí en la academia y en la tienda de música, y así no tendrá inconvenientes en caso de emergencia.

—Sí… pero de todas formas iba a traerla para que midieran su habilidad. Ella toca el arpa, lo hace muy bien, pero no tiene confianza en sí misma. Quiero demostrarle que mis elogios son genuinos y no por lástima.

Caleb y Matt se miraron de reojo, mas no dijeron nada. Florence arqueó una ceja y preguntó con un falso tono reprobador:

—¿Acaso quieres convertir el quinteto en un sexteto cuando te cases con ella?

Anthony entreabrió la boca y su piel se tiñó de un intenso y acusador rojo.

Caleb y Matt estallaron en carcajadas y contagiaron a Grace, quien intentó imponer el orden:

—Ay, Florence, deja a tu hermano tranquilo.

—No, he soportado sus bromas toda la vida. Este es mi momento.

Mathew entre carcajadas señaló:

—A ver si la señora Langthorne le quita lo santo de una vez por todas.

Caleb añadió:

—¿Por qué diablos Tony atrae a viudas y casadas? Pareciera que tiene una diana en la cabeza para que lo cacen.

El color rojo se intensificó en el rostro de Anthony, más por la ofuscación que por la vergüenza.

—Dejen de decir estupideces ustedes dos… tarados.

Grace aplaudió, autoritaria.

—¡Ya basta, niños! ¡Silencio! ¡Dejen a Tony en paz! Es un tema serio. —Carraspeó para no ceder al impulso de reír—. Bien… Ay, Dios, dejen de reír.

Anthony soportó, estoico, las risotadas de sus compañeros. Debía admitir que si Matt o Caleb hubieran pasado por lo mismo, él también estaría lanzando bromas sin compasión.

Las risas cesaron. Matt se apretaba el vientre que le dolía de tanto reír, Caleb se secaba una lagrimilla, Florence se masajeaba las mejillas y Grace se apoyaba en sus rodillas para recobrar el aire.

Cuando hubo un ligero silencio, Anthony dijo:

—¿Podemos empezar con el ensayo?

Caleb se aclaró la garganta y sin ceder al impulso de volver a reír, dijo:

—Por supuesto…

Matthew se afirmó del hombro de Caleb y añadió:

—Ya, pero en serio… Tú y la señora Langthorne…

—No, no hay nada…

—¿Ni siquiera algo platónico?

—¡No, hombre!

Florence no se abstuvo de comentar:

—Tony, tú no te ves la cara ni te oyes cuando hablas de ella. Es evidente que te gusta mucho.

—Es una ridiculez. Es obvio que hablo de ella por todo lo que ha sucedido y porque es mi subalterna.

Florence negó con la cabeza. La actitud defensiva de su hermano lo confirmaba más.

—Cuando hablas de otras mujeres es diferente.

Grace asintió con la cabeza, dándole la razón a Florence y añadió:

—Lo siento, Tony, pero es cierto… —Decidió cambiar de tema, mas no del todo—. ¿Hace cuánto tiempo que enviudó?

—Creo que desde finales de agosto. —Contó con sus dedos—. Siete meses…

—Y en siete meses ¿recién ahora aparece su padre?

—Ya te dije, como ella está vendiendo las acciones, el viejo pierde poder… Creo que estaba convencido de que su hija se limitaría a apoyarlo con su parte para hacer su voluntad… Es que ustedes no vieron cómo se puso ese hombre, de verdad lo creo capaz de todo. Es escalofriante.

—Intenta guiarla y acompañarla en ese tema. Con un padre como ese, es lógico que a veces ella pierda el control.

—Sí, eso haré.

—Bien, empecemos. Hoy ensayaremos mi serenata y la ensamblaremos con la de Matt… —Tomó posición y dio la señal para empezar.

Y mientras Anthony tocaba junto con Grace, debió reconocer que se negaba a admitir para sí mismo que le atraía mucho la señora Langthorne.

Desafinó una nota. Tensó una sonrisa.

—Perdón me distraje.

Grace, asintió y señaló:

—Desde el compás nueve… y…

La música volvió. Anthony se concentró en la partitura, porque si evocaba los ojos de Gwendolyne, si tan solo se imaginaba qué podría surgir entre ellos… Llegaría lo inevitable.

Sus dedos temblaron… Una gota de sudor corrió por su sien.

«La partitura, ¡lee la partitura, maldita sea!… Fa, Sol, La, Do… La, Sol… La, Sol…».

Y ya no pensó más.

Doppio movimento

Esa mañana, Anthony asomó su cabeza por la puerta de la salita privada de su madre. Ella, concentrada, escribía una carta.

—Madre…

La pluma de Olivia se detuvo, lo miró y le sonrió.

—Pasa, hijo. —Terminó de escribir la oración que quedó en el aire, y dejó la pluma en el tintero. Anthony se sentó frente a ella, y le brindó una sonrisa tirante—. ¿Qué te trae a mis dominios?

—Tengo un problema con la señora Langthorne.

Olivia arqueó las cejas y se apresuró a decir:

—¿En serio? Pero si es una jovencita tan encantadora, menos mal que enviud…

—No, no… —Se masajeó el ceño—. No es eso, madre. Me expresé mal… Verás, ayer en la tarde me visitó el padre de la señora Langthorne…

Y le relató el altercado que tuvo con Ferdinand Welsh. Olivia se llevaba la mano al pecho, escandalizada, y se mordía la lengua para no lanzar palabras malsonantes. Anthony pocas veces vio a su madre reaccionando así ante una injusticia.

Cuando terminó, Olivia dijo:

—La actitud de ese hombre me hace recordar a mi abuelo… Ese era otro viejo que disfrutaba provocar la desgracia en los demás… ¡Aaaah! ¡Bien muerto está! —Parpadeó rápido. Una avalancha de recuerdos dolorosos la sepultó en dos segundos—. Mi padre estuvo a punto de perderlo todo por su culpa… Perdón, hijo… —Se secó las lágrimas que cayeron sin más—. A veces lo extraño mucho. Siento que nos dejó demasiado pronto, no alcanzó a ver que sus nietos han formado enlaces felices.

Olivia ya había aprendido a vivir con la ausencia de su padre, pero, cuando menos se lo esperaba, los recuerdos dolían como heridas frescas, sin importar cuántos años hubieran transcurrido.

Anthony le tomó la mano a su madre y se la acarició con el pulgar.

—Lo sé, mamá. Yo también lo extraño, fue el mejor abuelo. Lo disfruté mucho, siempre lo recordaré.

Olivia le sonrió con sus ojos llorosos. Inspiró y retomó el tema principal de la conversación:

—Hiciste muy bien en acompañar a la señora Langthorne, nunca hay que bajar la guardia con sujetos como Welsh…

—Hoy ella me informó que también tomó medidas y que solo yo y su hermano podemos visitarla. Su padre y cualquier desconocido tienen prohibida la entrada a la casa.

—Muy sabio de su parte… Pero tampoco es la idea de que sea prisionera en su propio hogar. —Sonrió—. Honra la confianza que ha depositado en ti la señora Langthorne… Y a todo esto, ¿dónde está el señor Welsh…? Me refiero al hermano.

—De hecho, hoy le pregunté. Partió a Escocia hace unos días, pero la señora Langthorne no ha tenido noticias.

—Bien… No la pierdas de vista… Y respecto a las amenazas de difamar a la academia, déjalo en mis manos.

—Gracias, madre. —Se levantó y le besó la frente—. Me voy ahora a la academia. Nos veremos en la cena…

—Un día de estos, invita a la señora Langthorne a cenar con nosotros. Le hace falta un poco de vida social.

Anthony sonrió.

—Claro… Así lo haré.

Salió de la estancia y su hermana menor, Violet, lo interceptó. Llevaba una partitura.

—Tony… Ay, menos mal que no te has ido. Florence me encargó que te diera esto. —Le entregó la partitura. Anthony al leer el título sonrió. Ella añadió—: Dijo que espera que le guste a nuestra futura cuñada… ¿¡Estás cortejando a alguien!?, ¿mamá lo sabe?

Anthony se masajeó el ceño y contó hasta diez para no descargarse con su hermana. Florence se aprovechó y usó a Violet como carne de cañón para sus bromas. Era terrible… Una desalmada.

—Dilo más fuerte para que todos te oigan, pimpollo… —Bajó el tono de su voz y, discreto, dijo—: Para tu información no le he dicho nada a nuestra madre porque no estoy cortejando a nadie. Florence es una metomentodo con mucha imaginación. —Era mejor cambiar de tema o Violet insistiría más—. ¿Cómo van las clases de francés?

El buen humor de su hermana menor se esfumó.

—*La leçon se passe bien, mais le professeur est amer*.

—Oh, pequeña… Lo siento, Los franceses suelen ser así, amargos, sobre todo, las profesoras. Veo que tienes buen acento.

—Según *mademoiselle* Lacroix es solo aceptable. —Con su dedo levantó la punta de su nariz e imitó el tono afrancesado de su profesora—: Si sigue así, *señoguita*, no *conseguigá* un *maguido*.

—A ningún francés le gusta cómo los extranjeros hablan su idioma. Corrigen como si un mal acento fuera una blasfemia.

Violet resopló y repuso:

—No sé qué es peor, soportar a *mademoiselle* Lacroix o resignarme a que el próximo año seré presentada en sociedad. Con tan solo pensar en que tendré que inclinarme ante la reina, mis piernas se vuelven de gelatina.

—No será tan terrible, pimpollito.

Violet le dedicó una mirada incrédula:

—Lo será. Ustedes no tienen que debutar.

«Debutamos, pero en otros sentidos más humillantes», pensó Anthony con acritud, y se deshizo de esa punzada en las vísceras que siempre lo atacaba cuando evocaba cierto episodio. Le pellizcó la mejilla con cariño a su hermana y repuso:

—Te lo concedo, pero todas las mujeres de esta familia lo han hecho de maravilla. Estar nervioso es normal, mas recuerda que mamá no las presiona como a las otras muchachas. Piensa en eso cuando salgas al mundo, te darás cuenta de lo privilegiada que eres.

—Lo sé…

«Ah, está en la edad sabionda», pensó divertido. Le dio unas palmaditas en la espalda.

—Sé que sabes… Bueno, me voy a la academia. Nos vemos en la noche. —Le besó la frente—. Estudia y pórtate bien.

—Nos vemos, Tony.

Él le guiñó un ojo y se dirigió a la salida.

*****

Esa tarde, cuando las clases concluyeron, Anthony se presentó en la

sala de música. Ahí estaba Gwendolyne tocando la misma pieza que la vez anterior. No se atrevió a interrumpirla. Por algún extraño motivo que no quiso analizar, le recorría un ligero temblor en sus piernas.

Debía admitir que la última vez que se sintió así fue hacía una eternidad. No obstante, también la sensación tenía un matiz diferente, ya no era un jovencito arrogante que estaba seguro de saberlo todo, de hacerlo todo bien… Ahora… Ahora no tenía idea de nada, de cómo actuar… Si valía la pena arriesgarse.

Era un idiota, daba igual si corría el riesgo, el resultado sería el mismo, infructuoso. La señora Langthorne ni siquiera debía considerar atar su vida a un hombre otra vez. No, de ninguna manera repetiría la experiencia. Tuvo la suerte de enviudar tan solo unos días después de casarse, pero, a juzgar por la discusión que ella tuvo con el viejo Welsh, su experiencia debió ser para el olvido.

Debía mantener todo dentro de lo estrictamente profesional. Se convenció de que lo único que lo llevaba hasta allá era ser un apoyo para su subalterna a seguir creciendo, a que dejara atrás a la hija de un padre opresor. Era su deber como director, guiarla.

Esa atracción que sentía no entraba en esa ecuación.

El sonido del arpa diluyó sus pensamientos. Las notas se escuchaban más pulcras y brillantes que la última vez que ella interpretó esa pieza. Los dedos ágiles pulsaban las cuerdas como si fueran mariposas posándose de flor en flor.

Gwendolyne se mecía con gracia al ritmo de la música. Una sonrisa bailaba, tímida, en sus labios, como si apenas pudiera contener sus ganas de hacerlo en todo su esplendor.

Anthony se la imaginó riendo a carcajadas sin importarle nada ni nadie. Como si no tuviera que fingir el dolor de la pérdida, como si ese atuendo negro no existiera… Se preguntó cómo se vería ella de blanco.

La melodía terminó. Anthony carraspeó para anunciar su presencia y Gwendolyne se giró.

Ella le sonrió de una manera tan sincera que en su pecho solo hubo espacio para un tonto y dulce orgullo. Se inclinó en un silencioso saludo y se internó en la estancia.

Ella lo miró de arriba abajo. Como siempre, él iba sin levita, solo el chaleco cubría su «escandalosa desnudez». Gwendolyne no podía olvidar a su institutriz, se la imaginaba abanicándose la cara, a punto de tener un colapso nervioso.

Se centró en las manos de él, le gustaban mucho y le producían una extraña y adictiva sensación. Era un buen remedio para no reírse del recuerdo de la institutriz mojigata.

Se obligó a hablar:

—Veo que ha venido con su violín, señor Witney. ¿Por qué?

—Tenemos un compromiso, le hablé a Grace sobre usted… Tome. —Le entregó un cuadernillo—. Conseguí esta partitura, trae tres sonatas para arpa y violín, aunque da la opción de otros instrumentos. Elija la que más le guste.

Gwendolyne la leyó, era de Louis Spohr. Él no olvidó que ella tocaba una pieza de él… No se lo había comentado, pero ese era su compositor favorito. Era tan popular como Haydn, Mozart o Beethoven; sin embargo, a ella le gustaba su obra porque, en cierta forma, la identificaba; no se podía definir de una manera concreta alguna corriente musical, era… híbrida, dual… Estaba en el medio de algo indefinible.

Hojeó la partitura a consciencia, leyó algunos pasajes y en su mente fue interpretando la melodía. El entusiasmo le recorrió la punta de sus dedos al imaginar cómo se escucharía acompañada… Solo había hecho duetos con su hermana —Eira tenía una voz hermosa—, pero nunca con alguien ajeno a su reducido mundo.

Miró a Anthony… De pronto, se dio cuenta de que ya no eran dos conocidos unidos por las circunstancias, sino algo más. Sabía… No, más bien sentía que podía hablar con él sin experimentar ese constante temor a ser cuestionada, disminuida o atacada… No obstante, ahí estaba ese miedo a recibir una respuesta agresiva. Su voz sonó insegura cuando preguntó:

—¿Podemos probar la *Sonata Número 6*?

—Claro, transcribí el primer movimiento para mí.

Gwendolyne soltó el aire de sus pulmones ante esa natural y amable respuesta. No se había dado cuenta de que estaba aguantando la respiración.

—¿Cómo supo que iba a elegir esa sonata?

—Coincidencia, fue la que más me gustó… Aunque debo admitir que todas tienen algo especial, fue difícil elegir cuál iba a transcribir primero.

—Ya veo… Debo confesarle que no tengo experiencia en ejecutar duetos, ¿tiene algún método especial para practicar?

—En el quinteto solemos estudiar por separado y luego ensamblamos. Pero, ya que estamos aquí, podemos empezar y resolver dudas.

—Me parece perfecto. ¿Qué día ensayaremos?

—Ensayo con el quinteto los lunes y viernes. Podemos reunirnos martes, miércoles y jueves… Pero, preferiría que sea en otro lugar. Ya sabe, las alumnas y las maestras tienen una imaginación muy fértil cuando ven a un hombre y una mujer pasar mucho tiempo juntos.

Gwendolyne no se podía explicar por qué sintió una fugaz y aguda decepción. Sabía que lo que Anthony planteaba era razonable, y así evitarían malos entendidos.

—Claro… —Carraspeó—. Creo que no sería apropiado que usted vaya a mi casa. Pese a que cuento con la lealtad del personal doméstico, me sentiría observada. Además, con la irrupción de mi padre, prefiero no alimentar ningún rumor infundado que le haga creer que tiene la potestad de ir a salvarme de mí misma.

—¿Qué le parece si ensayamos en Peony House? Vivo con mi familia, por lo que sería más que respetable que visite la residencia del vizcondado.

Gwendolyne lo meditó. Lo cierto era que ningún lugar parecía apropiado, pero entre todas, la que le daba Anthony era la más inofensiva. No obstante…

—¿Y la Academia Cross?

Fue el turno de Anthony para meditarlo… Había descartado la academia solo para que Grace y Florence no lo fastidiaran, pero también estaba el hecho de que quería que Gwendolyne los impresionara. Si ensayaban ahí, su hermana y su amiga serían testigos del proceso, y la sorpresa perdería impacto.

Se vio tentado a mentir para no darle alternativas, pero

consideró que ese acto era bajo. No le quedó más remedio que decir:

—También es una opción… decida usted.

Gwendolyne se quedó en silencio y sus dedos tamborileaban sobre su rodilla. La academia era un terreno neutral, pero estaba a la vuelta de la esquina de su casa… Ella prefería moverse, salir a otra parte.

Conocer otras personas, respirar otro aire…

—Que sea Peony House. ¿No importunaremos a su familia?

—Para nada. De hecho, mi madre le ha extendido una invitación a cenar, cuando usted quiera.

Gwendolyne sonrió.

—Me encantaría.

—Bien… Podríamos estudiar los primeros compases y definir algunas cosas.

—Hagámoslo.

Anthony sacó la copia de su parte y también su violín. Arremangó su camisa, y afinó su instrumento. Cuando terminó, tomó una silla cercana y la situó al lado de Gwendolyne, quien ya tenía su parte lista para ser estudiada.

Acordaron la velocidad del *tempo allegro*, hicieron algunas anotaciones en algunas notas, solfearon y tocaron la música con sus respectivos instrumentos.

Primero a un *tempo* lento, para conocer la melodía, identificar los pasajes más complicados…

Y a medida que pasaban los minutos, pequeñas barreras se fueron derribando sin que se dieran cuenta. Los roces accidentales, la cercanía, esa sincronía que emergió espontánea al unir sus partes. Las risas cuando se equivocaban…

Una y otra vez…

La luz del sol se fue apagando poco a poco… Las sombras tenues pero inexorables devoraban la claridad.

Anthony se restregó los ojos y advirtió que le costaba ver. Consultó su reloj. Arqueó las cejas, sorprendido.

—Y yo que pensé que apenas había pasado una hora. Son las seis, señora Langthorne.

—¿En serio? Ay, con razón me estaba dando hambre. —Abrió sus ojos de par en par—. ¡Dios, el cochero! Seguro que ha estado esperando afuera desde las tres.

—Lo lamento mucho, no fue mi intención entretenerla… Debí suponer que tenía otros compromisos.

Apresurados, comenzaron a guardar sus pertenencias. Anthony cerró el estuche, plegó sus hojas y las metió en uno de sus bolsillos. Gwendolyne tomaba la partitura para llevársela.

—No se preocupe, señor Witney. Yo me olvidé del mundo… —Y en ese preciso instante recordó que tenía que revisar unas pruebas de Historia y calificarlas.

Detuvo sus movimientos de golpe y dio media vuelta.

De súbito, solo sintió que su cuerpo colisionó con el de Anthony.

Y todo sucedió en dos segundos…

Un gritito quedó enganchado en su garganta… Un brazo firme la rodeó por la cintura y una mano protegió su cabeza… Piernas enredadas, cuerpos enredados. La voz grave y masculina de Anthony que mascullaba:

—¡Demonios!

Trastabillaron por volver a recuperar el equilibrio perdido, mas fue inútil. Gwendolyne sintió el calor de Anthony propagándose en todo su cuerpo y, por medio segundo, la gravedad dejó de existir.

Suspendidos…

Y cayeron.

Solo se escuchó el golpe seco y sus respiraciones agitadas. El peso de Anthony la aplastó.

Cerró sus ojos con fuerza.

Y ese instante oscuro fue eterno. La mente de Gwendolyne solo pudo evocar su noche de bodas. Langthorne borracho, pestilente, forcejeando para penetrarla.

Ella no quería así, no de esa forma… Él era tan asqueroso y violento… y luchó… Un simple rodillazo la salvó.

Y luego él estaba muerto. Mirándola fijo.

Volvió al momento… Esa sensación de no poder respirar la invadió. Jadeaba y jadeaba, mas sus pulmones no eran capaces de

llenarse de aire.

Estaba segura, ¡se iba a morir!… Otra vez sintió que su corazón latía tan rápido que estallaría dentro de su pecho.

Abrió los ojos y buscó la mirada de Anthony. Había miedo… pánico. Él ya no estaba sobre ella, sino a su lado, arrodillado, pero sin tocarla.

Su voz se escuchaba lejana. Como un eco apenas perceptible.

—Gwendolyne, vuelva conmigo… —El recio pecho subía y bajaba, agitado. Le acarició la frente—. Por favor, respire conmigo… Se lo suplico…

Ella abrió su boca para respirar y no podía, sentía que algo pesado constreñía su pecho. Alzó su mano temblorosa. Él se la tomó y la instó a sentarse.

Su cuerpo obedeció a ese contacto… La voz de él se volvió más clara, más firme.

—Respire conmigo… Solo respire…

Parecía que despertaba de una pesadilla. Era la sala de música, estaban ensayando, el tiempo pasó volando…

Intentó volver a aspirar… Dios, le dolía el pecho…

Lo hizo otra vez…

Y el aire entró por fin… Tenía frío, tanto, tanto frío. Tiritando, jadeó:

—Abrázame, por favor…

Anthony no la cuestionó, pese a que segundos antes ella luchaba como un animalillo por quitárselo de encima. Solo la obedeció.

Gwendolyne sintió que ese calor la arropaba y la reconfortaba; no la apresaba, la sostenía, era como un refugio en medio de una tormenta desatada. Esa tranquilidad le dio el impulso de seguir el compás de la respiración de Anthony. Honda, constante, firme. Se aferró a él.

¿Por qué el recuerdo de esa noche se apoderó de su mente?

A pesar de saber que era Anthony el que estaba sobre ella, de que fue un accidente, tuvo ese visceral terror. Revivió el miedo, la ira, la incertidumbre y la desesperación de esa noche. Ser total y absolutamente consciente de que no tenía escapatoria, que así sería

su futuro con Langthorne.

Se quedaron abrazados en el suelo… solo respirando. Gwendolyne ni siquiera tenía fuerzas para llorar. Se acurrucó en el pecho de Anthony, olía tan bien, tan limpio y fresco.

Incluso podría quedarse dormida en ese lugar.

—¿Se siente mejor, señora Langthorne?

Gwendolyne se dio cuenta de que él cambiaba el trato a uno informal cuando ella tenía esos episodios… Solo eran Anthony y Gwendolyne.

El miedo parecía acercarlos. No quería que fuera de esa manera. Quería que el tiempo retrocediera unos cuantos minutos, donde esa cercanía era ligera, natural… sin barreras.

—Sí… Creo que ya me puedo levantar.

—Muy bien, yo le ayudo… Con cuidado.

El silencio que siguió una vez que estuvieron en pie fue más que incómodo, era como estar en arenas movedizas; cualquier palabra o movimiento parecía ser fatal.

Anthony sentía que había cometido una torpeza garrafal, y que había arruinado lo que fuera que estuviera surgiendo entre ellos.

Por su parte, Gwendolyne apenas entendía sus propias reacciones, que eran contrarias a sus deseos. Ella quería cercanía, tener amigos, ser valiente… Y ahora se sentía tan rota, descompuesta, inservible como un reloj averiado, incapaz de mover sus manecillas, y hacer algo tan sencillo y mecánico como dar la hora.

Anthony fue el primero que se atrevió a romper con ese denso mutismo y, sin hacer contacto visual, dijo, vacilante:

—Creo que es mejor que la acompañe al carruaje. Ha sido un día extenuante.

Una tristeza inmensa embargó el corazón de Gwendolyne. Esas palabras que parecían amables, dolieron. Sin querer, ella había construido un muro impenetrable. Volvían a ser extraños. Esa luz en medio de la oscuridad se apagó.

No pudo hablar, solo asintió.

El silencio regresó. Recogieron sus cosas y él la acompañó al vestíbulo, lugar donde estaban colgados en el perchero sus guantes

y su velo.

Anthony abrió la puerta. El carruaje de ella estaba ahí, esperándola. El cochero, sentado en el pescante, leía el periódico. Al menos no se había aburrido tanto.

—Que tenga un buen viaje, señora Langthorne. Hasta mañana.

—Gracias…

Gwendolyne le ordenó a sus piernas que caminaran. Sus miembros obedecían a regañadientes, pero daban la falsa impresión de que los movimientos eran fluidos y naturales. Subió al carruaje sin mirar atrás, apenas y saludó al cochero, quien solo respondió con una inclinación de cabeza. Luego, el hombre fustigó a los caballos con las riendas y partieron.

Anthony se quedó en el umbral de la puerta observando cómo se alejaba. Se refregó la cara, frustrado. Estuvo a punto de dirigirse a la esquina para tomar un carruaje de alquiler, pero…

—Maldición, la levita.

Volvió sobre sus pasos hasta su oficina. Tomó la prenda del perchero y se la puso para aparentar que era un caballero. Cabizbajo, soltó un resoplido.

La angustia que sentía parecía comprimirlo, como si la misma academia se derrumbara sobre él.

No importaba cuánto intentara acercarse; el miedo siempre ganaba.

Se llevó una mano al pecho, tratando de contener la punzada de vacío.

Lo sabía. Esa noche, ni siquiera durmiendo encontraría alivio.

Adagio

Gwendolyne abrazó la almohada y se ovilló en la oscuridad. La soledad de la habitación parecía devorarla. Intentaba hacerse pequeña para contener el temor y las lágrimas. Estaba cansada de ser débil, de reaccionar de esa manera sin quererlo.

Exhausta de alejar a los demás cuando, en realidad, deseaba lo contrario.

No entendía cómo se malogró ese hermoso día. Por primera vez se sentía cómoda haciendo algo que le gustaba, con la punta de los dedos rozó la felicidad. Durante horas olvidó que era la señora Langthorne, solo era Gwendolyne encontrándose a sí misma, la mujer que soñaba con ser libre, ser respetada, que consideraran sus sentimientos y sus opiniones.

Una mujer que buscaba perseguir un sueño… Aunque no tenía claro qué camino seguir o qué objetivo lograr.

Odió el autoritarismo de su padre, ese afán de cortar alas, de destruir futuros y sueños. Era como si le hubiera castrado el alma y algo tan simple como conocer al señor Witney, se convertía en un hecho trascendental; era el primer hombre —aparte de Hywel— que la trataba como una persona, con calidez, paciencia y amabilidad.

¿Y qué hacía ella? Lo alejaba, y ni siquiera era a propósito.

Evocó las horas previas al incidente. Entre ellos se sentía un ambiente ligero, de complicidad por buscar una meta en común, reír, compartir opiniones… Era más que un simple ensayo, para ella fue algo profundo, significativo.

Era como si no llevara ese maldito luto, sin velos que le impidieran ver el mundo cómo era… que la vieran a ella.

Y todo se arruinó en tan solo un segundo.

Estranguló la almohada cuando revivió el peso de él sobre ella… Sus pulsaciones se aceleraron… Temió volver a perder el control de su cuerpo, de su voluntad.

—No era él, no era él, no era él… Entiéndelo, Gwen. Chocamos, caímos… —Pero había un gran vacío en su memoria. No supo en qué instante él se quitó de encima. Solo sabía que, al abrir los ojos, se encontró con su propio miedo reflejado en la mirada de Anthony—.

Quizás qué hice, o qué le dije… No puedo recordarlo.

Sus fosas nasales se dilataron, su mentón tembló. Todo cambió, no había alcanzado a asentar los cimientos de su amistad con Anthony, y lo había arruinado.

Y ya no pudo contenerse más. Una vez más, su almohada se convirtió en su paño de lágrimas.

¿Algún día dejaría de llorar?

*****

Anthony se giró incómodo y las sábanas se enredaron en sus piernas. Resopló por su nariz y se levantó. A oscuras se paseó por la habitación para relajarse, le dolía el cuello, los hombros y la espalda.

Se llevó las manos a las caderas, e intentó destensar sus músculos moviendo su cabeza con suavidad. Sus pasos se sentían pesados, como si llevara grilletes atados a sus tobillos.

—Eres un idiota… La dañaste con tu torpeza.

¿Cómo resolverlo? Era Anthony Witney por todos los demonios, heredero de un vizcondado, un hombre que conocía su tierra, educado, refinado. Siempre rodeado de familiares y amigos que lo amaban. Era parte de ese círculo de hierro que conformaban los Herederos del Diablo, esa cofradía de hombres y mujeres que se protegían y se ayudaban.

Incluso su sobrenombre era el más pomposo: Leviatán.

Desde hacía años que no se refería a sí mismo de ese modo, y apenas llamaba a los demás por sus apodos.

No era digno.

Era una farsa.

Olvidaba todo eso cuando estaba con Gwendolyne. Durante esas horas que ensayaron, ella parecía florecer; emergía esa seguridad que le otorgaba el saber que hacía algo a la perfección, era dueña de sus actos, era libre de bromear, sonreír… Cuando tocaron juntos los primeros compases, ocurrió algo parecido a la magia; todo era simple, fácil, iban al unísono… Incluso cuando se equivocaban.

Su mente no dejaba de torturarlo al revivir una y otra vez su

caída. No alcanzó a frenar sus pasos cuando ella dio una inesperada media vuelta, solo atinó a proteger su cabeza y su espalda.

Lejos de poder recrearse con el calor de Gwendolyne bajo su cuerpo, solo sintió miedo a ser malinterpretado. Y todo se confirmó en el acto, cuando la vio manoteando y retorciéndose. Luchaba con toda su fuerza por apartarlo, como si él fuera a atacarla.

Podía jurar que sintió que le arrancaban el corazón de cuajo. Ni siquiera pudo excusarse, justificarse. Cualquier cosa que dijera podría hundirlo más.

Y luego, sucedió otra vez ese episodio en el que ella parecía que no podía respirar. Estaba seguro de que no era una enfermedad contagiosa. Su instinto le decía que aquel comportamiento era algo más complejo. Pero eso no lo alejaba, porque sabía que un acto tan sencillo como un abrazo podía traerla de vuelta. Muy en el fondo, Gwendolyne tenía la certeza de que podía confiar en él en ese instante, en el que era más vulnerable.

Incluso después de esa caída.

Debía disculparse, aclarar todo, pero no sabía cómo. No existía ninguna palabra en el mundo que pudiera expresar a cabalidad que él jamás haría algo para dañarla.

Se masajeó el cuello, sentía la urgencia de hablar con ella, pero presentía que nunca hallaría la forma y el tiempo adecuado.

Por tercera vez en su vida, sentía que había arruinado su oportunidad de construir algo.

Debía prepararse para el silencio.

*****

Al siguiente día, todo se sintió extraño para ambos. Si bien sus respectivas actividades cotidianas eran las mismas de siempre, satisfactorias y desafiantes, en el fondo, experimentaban una dolorosa tensión en cada movimiento, un vacío en el pecho, una sensación de pérdida.

Un par de dedos chasquearon frente a los ojos de Anthony.

—¿Me escuchaste? —Charity, su prima y maestra de la academia, lo amonestaba con la mirada.

Anthony parpadeó y se masajeó la sien.

—Lo siento, me distraje. Anoche no dormí bien.

—Se nota, esas ojeras te delatan… Bien, te pregunto de nuevo, ¿apruebas cómo vamos a dividir a maestras y alumnas para la excursión al museo?

Anthony supo que Gwendolyne no quería hablar con él, ese era el motivo por el cual su prima se presentó en su oficina, para organizar la salida académica. Claro que Charity justificó a la señora Langthorne diciendo que estaba muy atareada calificando unas pruebas de Historia, mas él no le creía.

Y de verdad lo entendía.

Pero no lo aceptaba.

—Sí, no hay problema. Ustedes conocen mejor a las alumnas que yo.

—Bien, entonces el grupo A serán Rachel y la señora McGuire; el grupo B estará compuesto por Sophie y la señora Trainor; yo iré con Eleanor en el grupo C ; y en el grupo D tú irás con la señora Langthorne. —A Anthony se le heló la sangre, aunque lo disimuló muy bien. No podía retractarse, ya lo había aprobado. Con suerte había leído el documento que tenía frente a él—. Cada grupo se compone de quince alumnas.

—Perfecto. Por mi parte, he firmado el contrato de alquiler de los carruajes para el próximo viernes. También he finalizado el trámite con las autoridades del museo. En vez de ir por nuestra cuenta nos ofrecerán una visita guiada. —Y leyó el documento para no encontrarse con ninguna otra sorpresa.

Dios, iba a pasar toda la jornada con la señora Langthorne, iba a ser más que incómodo para ella y, para empeorar el asunto, las alumnas se darían cuenta en el acto. Ellas eran mujeres experimentadas y que habían visto la maldad del mundo, no era posible engañarlas.

En cuestión de días serían la comidilla de la academia y, más pronto que tarde, el chisme llegaría a oídos de las Grandes Damas.

No, debía impedirlo. No deseaba perturbar más a la señora Langthorne, él no sería el culpable de someterla a una situación innecesaria.

Tenía que buscar una forma para disculparse con la señora Langthorne y volver a tener, al menos, una relación normal de director y maestra.

Necesitaba buscar consejo.

*****

Anthony llegó una hora antes a la Academia Cross. Esa tarde de viernes correspondía ensayar la serenata que había compuesto Matt. Debía admitir que su amigo se superaba con cada propuesta, era una pieza que evocaba amor y perdón, un bálsamo para el alma.

Sin embargo, ni siquiera cuando recordaba esa hermosa serenata, se sosegaba.

Golpeó la puerta del piso de Grace, ella pasaba gran parte del día en la cuarta planta. En ese lugar estaban sus hijas adoptivas y su bebé que tenía cuatro meses. Fue su residencia de soltera hasta que se casó con Sebastian March, duque de Oxford.

Esa fue la forma que encontraron para que Grace siguiera dirigiendo su academia y pudiera pasar tiempo con sus hijos.

El ama de llaves abrió la puerta y le sonrió.

—Bienvenido, señor Witney, su excelencia está mudando a lord Halewood.

—Señora Doris, ¿por qué tanta pompa? Vincent es solo un bebé. —Entró propinándole una cariñosa mirada de amonestación.

—Un bebé con título de cortesía. Hay que mantener las formas, ¿no cree?

—Si usted lo dice… Esperaré a la duquesa en la salita… —Miró a su alrededor—. ¿Y las niñas?

—Salieron a comprar con su padre. Volverán pronto.

Anthony sonrió.

El piso de Grace era un espacio abierto, la salita no era más que un rincón amoblado como si fuera una sala de estar corriente.

Se sentó en el sofá, mas no tuvo que esperar demasiado. Grace llegó con su bebé en brazos. No fueron necesarias tantas cortesías. Ella se sentó frente a su amigo, y el pequeño empezó a gimotear.

—Tengo que alimentarlo… Es el precio por no contratar una

nodriza. ¿No te importa si cierras los ojos un momento?

—Claro. Mi madre pensaba igual que tú: ella es la madre, ella alimenta. Recuerdo que Violet no la dejó en paz hasta los cuatro años. —Anthony se tapó la cara con las manos y añadió—. Necesito conversar contigo.

—Lo supuse. Nunca llegas con tanta anterioridad. —Grace descubrió uno de sus pechos y se lo dio a su hijo, luego se cubrió con un chal ligero—. Uy, este niño está hambriento. Ya puedes ver, Tony.

Él se descubrió la cara. Grace en su rol de madre, se asemejaba a la pintura de una sagrada Madonna del renacimiento.

Carraspeó y dijo:

—Tengo un problema…

Y le relató el incidente de la sala de música, y se atrevió a revelar, en parte, lo que sentía. Grace lo escuchaba con atención y solo lo interrumpió cuando Vincent se durmió y ella necesitaba adecentarse de nuevo.

Cuando Anthony finalizó, dijo:

—No sé cómo mirarla otra vez sin sentir vergüenza, o peor aún, que me escuche, pero que no me crea.

—Oh, es complicado… Lamentablemente, la solución es sencilla, pero tú tienes miedo a arruinarlo más. Pienso que callando lo estás haciendo peor. Considero que esos episodios que sufre la señora Langthorne son alguna clase de respuesta instintiva, de supervivencia, pero involuntaria… ¿No sabes si siempre ha sido así? —Anthony negó con la cabeza—. Si lo pensamos, las dos veces que sucedió ha sido bajo una situación de presión extrema.

—Lo de Welsh lo puedo entender, pero ¿por qué habrá reaccionado de esa forma cuando caí sobre ella?

—Bueno, para una mujer, tener un hombre encima puede resultar… abrumador si no se tiene ninguna clase de experiencia. En el caso de ella… —Se quedó un rato en silencio. La historia de la señora Langthorne era de conocimiento público, pero había detalles que se mantenían en el más absoluto secreto—. Es cosa de analizar lo que ha sucedido en los últimos meses. Ella enviudó en su noche de bodas. De por sí eso es algo que no se olvida con facilidad. A eso

debes agregarle que su esposo era un viejo y llegó borracho a reclamar su derecho marital.

»Ella no se casó porque quería, su padre prácticamente la obligó. No tengo claro si esa unión se consumó o no, pero, independiente de ello, dudo que ella lo haya disfrutado, esos viejos son unos animales… Pobrecilla.

Anthony se tapó la boca, impactado. Escuchar aquello le hizo encontrar la posible respuesta.

—Dios, debí recordarle a Langthorne. Todo mi peso descansaba sobre ella. Estaba fuera de sí.

—Cuando trabajé en la Academia Hope vi varias veces ese tipo de reacciones, que eran, digamos, viscerales, de las jóvenes que ahí estudiaban. El estímulo que gatillaba ese evento podía ser algo tan inocente como un sonido, un olor… o reconocer a la persona que le hizo daño. Es triste.

—Santo cielo, ahora me siento peor.

—No fue tu intención, yo creo que ni siquiera ella comprende por qué le sucede… En fin, lo que puedes hacer es tantear el terreno, ¿qué tal si le envías una nota preguntando si desea seguir ensayando el dueto? Lo peor que puede pasarte es recibir la palabra «No» como respuesta. Con eso ya tendrás algo por donde empezar.

Anthony se quedó mirando un punto indeterminado. Las palabras de Grace le dieron mucho qué pensar.

Y mucho qué confirmar. Debía estar atento a Gwendolyne. La mayoría de las veces, ella era tan transparente como un cristal, pero, en otras, le costaba saber qué pensaba o qué sentía.

El sonido de las campanadas del reloj señalaron que eran las cuatro de la tarde, y sacó a Anthony de sus pensamientos. Se levantó y dijo:

—Gracias, Grace… Me adelantaré e iré a la sala de ensayo. Los demás ya deben estar allá.

—Empiecen sin mí. Dejaré a Vincent en su cunita… Deséame suerte, espero que no despierte.

*****

Al día siguiente, Gwendolyne desayunaba en su salita privada, pasaba más tiempo ahí que en cualquier otra estancia, las cuales eran enormes y ostentosas. Aquel era un rincón que no le hacía sentir pequeña. Tenía todo lo necesario para estar a gusto: el enorme escritorio donde ella estaba; muebles confortables frente a la chimenea; estantes con libros sobre diversos temas, que iban desde novelas góticas hasta economía moderna. En el ambiente se respiraba el aroma de los floreros llenos de rosas, a cera de abejas y limón.

Con la mirada perdida, mordisqueaba una tostada embadurnada en mermelada. El periódico yacía plegado a un costado y su té ya se enfriaba.

Matley entró en la estancia y anunció:

—Ha llegado un mensaje para usted, señora.

Gwendolyne sudó frío. De inmediato pensó en su padre. El mayordomo le comentó que el jueves el señor Welsh se había presentado a las tres y media de la tarde. Estuvo diez minutos vociferándole a la puerta, exigiendo la entrada.

Intentó disimular su miedo. Su voz no la traicionó cuando preguntó con seguridad:

—¿Tiene remitente?

—Solo las iniciales A.W. —Y le entregó el sobre lacrado—. El mensajero espera respuesta.

«Anthony», pensó ella de inmediato. En su mente ya no era el señor Witney.

—Gracias, Matley, puede retirarse. Lo llamaré en cuanto esté lista.

El mayordomo obedeció, y cuando Gwendolyne se vio a solas, volvió a respirar.

Con manos temblorosas, rompió el sello y desplegó la nota.

Estimada señora Langthorne:

Primero que nada, debo disculparme por el incidente del pasado jueves. Le juro por mi vida que no fue intencional, y que lamento mucho si la ofendí de alguna manera.

Sé que es de cobardes no mirarla a la cara para pedirle perdón, y tampoco sirve de mucho hacerlo por escrito, menos aún después de tantos días. Sin embargo, lo que pretendo es no volver a importunarla más de lo debido, y si quiere reducir el contacto a lo estrictamente necesario, entenderé y respetaré su decisión.

Por eso mismo también le he escrito, quisiera saber si desea seguir ensayando conmigo el dueto o no. Independiente de su respuesta, no quiero que sea un impedimento para que se presente ante Grace, y que ella evalúe sus aptitudes. Sé que si prepara una pieza solista, se lucirá.

Estaré esperando una respuesta, me basta con tan solo una palabra.

Sin nada más que agregar, me despido.

Respetuosamente,

Anthony Witney

—Santo cielo, todo ha sido un malentendido…

Con la nota temblando en su mano y con el corazón acelerado, Gwendolyne apartó su desayuno para reemplazarlo por pluma, tinta y papel.

Garabateó su respuesta, apresurada. Una sonrisa esperanzada iluminaba su rostro.

Él no la detestaba… No la rechazaba… No la consideraba una loca.

Dejó de escribir…

¿Será lástima?

De inmediato descartó ese pensamiento. Si fuera lástima, él habría sido capaz de disculparse sin tanto agobio. Anthony se preocupaba por ella.

Siguió escribiendo.

Su corazón no dejaba de golpear las paredes de su pecho, pero no era esa sensación de que se iba a morir. No, era lo contrario, era la vida misma bombeando sangre en sus venas.

Dobló el papel y lo lacró con un sello personal. Nunca quiso usar el que usaba Langthorne.

Sus ojos ardieron. Se secó las incipientes lágrimas, pero aquello no la entristeció. Eran de emoción, de esperanza… de una chispa de felicidad.

*****

Media hora después, Anthony tenía la respuesta en sus manos.

Desesperado y con el pulso frenético, rompió el sello y la desplegó.

Estimado señor Witney:

Gracias por escribirme, no sabe el alivio que me ha dado…

Anthony cerró sus ojos y por fin pudo respirar. No era solo una palabra, eran oraciones completas que le mostraban ese tierno corazón.

No era un categórico «No».

Se secó el sudor de su frente y siguió leyendo.

Por supuesto que quiero seguir ensayando con usted… Pensé que no me hablaba porque… ¿Podríamos conversar en persona? Soy muy torpe expresándome por escrito.

Lo estaré esperando, no me moveré de esta casa. Siempre será bienvenido.

Con toda mi gratitud.

Gwendolyne Langthorne

Anthony sonrió. Tomó su levita y partió rumbo a la casa de Gwendolyne.

No importaba que el cielo estuviera nublado, para él había salido el sol.

Aria

—El señor Witney, mi señora —anunció Matley, solemne. Le permitió entrar a Anthony a la salita y los dejó a solas.

Los latidos del corazón de Gwendolyne se dispararon, sentía la sangre caliente fluir en sus venas. Por un segundo, intentó mantener la compostura y no demostrar su efervescente emoción, pero fue inútil, los labios se le curvaron en una radiante sonrisa mientras se levantaba.

Y esa sonrisa fue la que le dio la bienvenida a Anthony.

Una primigenia sensación lo embargó, ella estaba contenta de verlo. Ese gesto era real, prístino y le llenó el corazón.

Apenas pudo dominar el impulso de ir y estrecharla entre sus brazos. En vez de ello, le brindó una regia y contenida inclinación.

—Señora Langthorne, muchas gracias por recibirme.

Ella respondió esa reverencia y replicó:

—No, gracias a usted por enviarme su mensaje. Ha sido un gran alivio.

Ninguna palabra emergió de sus labios por largos segundos, solo se limitaron a mirarse. Lo cierto era que no sabían cómo empezar.

—Señor…

—Señora…

Sus palabras chocaron. Una torpeza en toda regla. Ambos rieron como dos jovencitos en su primer encuentro. El sonido de sus voces flotó en el aire dejando una estela de calidez que se difuminó.

Otra vez silencio.

Gwendolyne con un gesto invitó a Anthony a sentarse en el sofá, ella hizo lo propio en el sillón orejero, situado al lado de la chimenea que proporcionaba un ligero calor.

Antes de que el mutismo volviera a envolverlos, Anthony tomó la palabra.

—Señora Langthorne... Por favor, le ruego que acepte mis disculpas por el accidente del jueves pasado, yo…

—No hay nada que disculpar, señor Witney. —Anthony iba a replicar, pero ella se lo impidió con un leve gesto—. Permítame

continuar. Mire… Yo sé… Estoy muy segura de que fue un accidente y que no hubo premeditación. —Tomó una profunda bocanada de aire y mientras se retorcía las manos agregó—: Creo que soy yo quien le debe una explicación… La verdad es que no recuerdo bien lo que pasó en ese lapso entre que caímos y cuando ya no podía respirar. —Tragó saliva—. No sé si hice o dije algo que lo ofendiera… No lo culparía si piensa que mi comportamiento es propio de una desquiciada, pero…

—No, por nada del mundo pienso así, señora Langthorne. —Gwendolyne no dudó de él ni por asomo, le brindó un gran alivio que él se lo confirmara en persona—. Creo que en su caso hasta podría ser lógico que actúe como lo hizo.

—¿Y qué fue lo que hice? —Un nudo se apretó en su vientre. Quería y no quería saber, pero la pregunta saltó de su cabeza a sus labios.

—Se defendió de un agresor, luchó por liberarse… O al menos así lo dictó su instinto de supervivencia.

—Pero es que usted no me agredió. Sé que esa no fue su intención.

—Lo sé, pero quizás… sentir mi peso sobre usted le hizo recordar algo similar. Algo que, tal vez, quiere olvidar.

El mentón de Gwendolyne tembló. Sus fosas nasales se dilataron con cada respiración. Miró sus manos y jugó con su alianza de matrimonio.

¿Por qué seguía usándola? Era absurdo.

Se la quitó. Sus dedos titubearon y el anillo cayó. No hizo el ademán de recogerlo. Anthony tampoco se movió. Solo observaban cómo rodaba por el suelo hasta que perdió fuerza y quedó inerte sobre la alfombra. Así se sentía ella cuando pasaba demasiadas horas en esa casa, sin vida.

Todas las veces que Gwendolyne narró lo que sucedió esa noche fue porque se veía obligada a hacerlo. Independiente de si era la versión real o la ficticia, siempre se sentía como si viviera todo de nuevo. No tenía escapatoria, no tenía derecho a olvidar, no podía permitir que impugnaran el testamento. Cualquiera de los herederos tenía la potestad de solicitar que se comprobara si su matrimonio se

consumó o no.

No estaba dispuesta a pasar por esa humillación de ser revisada por un médico. No solo sería denigrante, además, descubriría su mentira y la dejaría sin derecho a la herencia. No quería regresar a la casa de su padre tan pobre como se fue, y que la obligara a volver al mercado matrimonial… Quizás sin dote, como si fuera una pieza defectuosa de segunda mano.

Ese instante en que miraban el anillo fue eterno. La reluciente joya de oro parecía desafiarla a recogerla y ponerla de nuevo en su lugar. Recordó cuando Langthorne lo deslizó en su dedo, condenando su existencia.

«Está muerto... ¡Muerto!». Gwendolyne no sabía cuántas veces debía repetírselo para convencerse. Quizás ya era hora de dejar que su fantasma la gobernara.

Se levantó, tomó el anillo, abrió la ventana y lo lanzó a la calle. Anthony arqueó sus cejas, sorprendido. Recompuso su gesto cuando ella dio media vuelta y volvió a sentarse. Los ojos de Gwendolyne se centraron en los dedos que entrelazaba sobre su regazo. En cierto modo se sentía desnuda.

Sin levantar la vista, dijo:

—Muchos dirían que Dios me protegió, que me bendijo por haber enviudado en el momento preciso. Otros pueden decir que estoy exagerando y que soy una malagradecida, si al final nada malo pasó y me quedé con todo el dinero. —Anthony prestaba atención, dilucidando lo que Gwendolyne le revelaba de manera indirecta. No quiso interrumpirla, iba a dejar que se desahogara. Ella suspiró entrecortado. Recordó cuando era mucho más joven y llena de preguntas y nadie respondía; las miradas evasivas de sus tías, los silencios de sus institutrices, la ausencia de una madre… Sus ojos estaban centrados en sus dedos desnudos, ahí tampoco se encontraba la respuesta. Levantó la mirada e interpeló—: ¿Por qué a las mujeres nunca nos cuentan qué es lo que pasa en la alcoba de los esposos?

Anthony solo repitió lo que cientos de hombres deseaban de una mujer, pero lo ocultaban para perpetuar ese *statu quo*.

—Una mujer ignorante, es una mujer sumisa y obediente. No

cuestiona, solo acepta la verdad y la realidad que le imponen… Y lo aprendido lo traspasan a la siguiente generación.

—Así es. Resulta muy loable de su parte que lo diga en voz alta… Yo era así, obediente, sumisa. ¿Sabe? Nadie me dijo cómo era, lo que de verdad implicaba, lo que se sentía… Ahora lo sé gracias a las maestras de la academia. Me ayudaron cuando más lo necesitaba, ya no soy como una niña ignorante y tonta…

Gwendolyne recordó con gratitud esa reunión para instruirla, debía dar un testimonio plausible, y convencer a cualquiera que quisiera insinuar que seguía siendo virgen. No le sorprendió cuando la cuestionaron en plena lectura del testamento.

Volvió al momento. Esta vez nadie la obligaba a relatar, pero sentía que era justo que Anthony comprendiera la magnitud de los hechos.

—En mi noche de bodas lo único que sabía era que no quería obedecer cuando él me ordenó que abriera las piernas. Me sentía como un animalillo indefenso. Una voz dentro de mí gritaba que me iba a hacer algo malo, que eso no podía ser la «sagrada unión de un hombre y una mujer». —La boca de Anthony se secó y apretó la mandíbula, se mordió la lengua para no maldecir en voz alta a Langthorne. No concebía que un hombre se excitara con el dolor, el miedo y la angustia de una joven como Gwendolyne. Ella, tras una larga pausa, añadió—: Los cardenales en mis muslos tardaron semanas en desaparecer. Aun así, podría decir que el precio fue bajo… Justo cuando lo tenía sobre mí, recordé a mi hermano. —Una sonrisa de amarga ironía curvó sus labios—. Vaya momento para hacerlo… Cuando era una niña, una vez me dijo que si quería vencer a un hombre en una pelea, debía apretar o patear sus partes sensibles… Y lo hice, le impedí que me hiciera daño. —Ella se estremeció, al recordar como estrujaba esa masa blanda y pestilente—. Tal vez propicié su muerte, no fui capaz de hablar o pedir ayuda, estaba paralizada.

Anthony no se abstuvo de interrumpirla. No importaba que fuera la enésima persona que se lo decía, pero Gwendolyne debía entender que…

—No, usted no propició nada… Langthorne lo hizo, todas sus

acciones lo llevaron a ese final… Bien merecido, por cierto, porque se comportó como una bestia desalmada. Usted no estaba en condiciones de ayudarlo, no puedo imaginar siquiera el miedo que la embargaba en ese momento.

—Es que él no dejaba de mirarme fijo a los ojos. No me podía insultar porque parecía que el aire no entraba en sus pulmones… Ahora entiendo el miedo que usted ha de sentir cuando a mí me pasa lo mismo.

—Debo admitir que sí, me aterra cuando usted se queda sin aire. Y lo único que se me ocurre hacer es abrazarla, pedirle que respire… Quizás así puedo recordarle que está a salvo. Es lo que mi padre hacía cuando me caía. Era un niño muy torpe. —Tensó una sonrisa, seguía siéndolo. Se amonestó mentalmente, siempre hacía comentarios inapropiados para el momento. No obstante, ella rio con suavidad, y él se vio con la libertad de agregar—: Manos raspadas, rodillas magulladas, cortes en la cabeza, pasaba más en el suelo que corriendo… Pero hablando más en serio… Si a usted no le perturba, seguiré abrazándola cada vez que sea necesario.

—Me encantaría decirle que no volverá a suceder… Lo cierto es que ahora siento que en cualquier momento perderé el control otra vez. Me da miedo que otras personas lo vean, que mi padre se entere… que me envíe a un manicomio para que me curen… nunca he visto que alguien salga de ahí. Todo el mundo confía en el gran Ferdinand Welsh, todos lo conocen… ¿Quién le va a creer a una niña que ni siquiera puede mantenerse en pie?

—Comprendo, y su temor no es infundado… Sin intención de ofenderla, debo decir que su padre es una bestia que no tiene escrúpulos.

—No, y sé que se valdrá de todos sus recursos para doblegarme.

—Lo que le dije a su padre el otro día no fue una mentira piadosa, pero sí debo rectificar una cosa, usted está bajo mi dirección solo en la academia. Fuera de ella, contará con mi protección y la de mi familia. No permitiremos que nada malo le ocurra.

—Muchas gracias, es usted muy generoso y amable… Y debo

reconocer que, si mi padre me sorprende sin compañía, no me sentiré preparada para enfrentarlo. Sé que volveré a quedar sin aire… y se aprovechará de ello. —Un sudor frío le recorrió la espalda. Para mantenerse centrada se fijó en el pecho de Anthony y siguió el ritmo de su respiración.

Él, ajeno a la lucha interior de Gwendolyne, añadió:

—En ese caso… Le ofrezco mi compañía, mi amistad y mis recursos hasta que se sienta preparada para enfrentar al mundo. Si me permite el atrevimiento, creo que usted necesita salir un poco más, sin velos, tomar aire fresco… ¡Que se vaya al demonio el luto! —Carraspeó y recompuso su tono—. Aunque puede optar por el semiluto si prefiere un cambio más gradual. Usted solo va de la casa a la academia ida y vuelta. Permítase disfrutar de su posición, de su juventud… Su padre y Langthorne no le cortaron del todo sus alas.

—Pero, señor Witney, no quiero ser una carga para usted. Tiene su propia vida, sus responsabilidades. No puedo aceptar que deje de hacer sus cosas por mí.

—Nunca diga que usted es una carga para mí, jamás lo ha sido ni lo será. Se lo estoy ofreciendo porque puedo, porque me interesa su bienestar. Tenemos los ensayos en Peony House, la salida académica. Podemos planear un paseo en Hyde Park, una cena en un restaurante… Incluso podría asistir a un baile, ¿por qué no? No se encierre en esta casa, respire…

«Quiero verla feliz»…

Y esa nota perdida en su memoria apareció, y se encadenó a otra, y a otra, y a otra…

—¿Qué le pasa señor Witney? ¿Por qué de pronto está tan serio?

Anthony parpadeó. Se encontró con los ojos azules de Gwendolyne. Sonrió.

—Oh… es que acabo de recordar… lo que me falta para completarla… —Se levantó y le ofreció su mano—. Venga, acompáñeme a Peony House… Voy a darle una serenata.

Gwendolyne, pese a su desconcierto, no se resistió. Tomó la mano de Anthony y salieron de Langthorne House… A paso vivo, sin mirar atrás.

Y por primera vez en siete meses, Gwendolyne caminaba por la calle sin velos, sin sombras, sin miedos… Y respiró aire puro y fresco, como si volviera a nacer.

Improvisación

Anthony caminaba dando largas zancadas y llevaba a Gwendolyne de la mano. Ella intentaba seguir su ritmo, pero lejos de sentir que él la dejaba atrás, sonreía gustosa. Sus piernas se movían con brío, su corazón latía vigoroso, sus pulmones se llenaban con el aire cargado de primavera.

Atravesaban Hanover Square y a ella no le importó que varios transeúntes la miraran con una expresión de reprobación; sin guantes, sin sombrero, sin velo. Sin tristeza en su rostro.

Era, sin lugar a dudas, la personificación de una indecorosa viuda alegre.

Aquel pensamiento le arrancó una risita.

Anthony la miró y se encontró con la imagen más hermosa y dulce que había visto en toda su existencia; Gwendolyne con las mejillas arreboladas y unas cuantas hebras oscuras fuera de lugar. El pecho subía y bajaba con alegre brío. Una sonrisa luminosa. Tan viva, tan inocente… Tan pura.

Sus pasos se ralentizaron. Suprimió el impulso de besarle los delicados nudillos. En vez de ello, guio la mano de ella para que se aferrara a su brazo y dijo:

—Lo siento, me he dejado llevar por la emoción. La he traído casi corriendo por dos cuadras… No he sido considerado con usted.

Gwendolyne negó con la cabeza y repuso:

—Jamás me he sentido tan viva… Ni cuando era niña. —Se llevó la mano al pecho y añadió—: Pero debo admitir que no estoy en buen estado físico. Usted se ve fresco…

—Suelo mantenerme en movimiento. Voy a casi todas partes a pie, menos a la academia. Un músico necesita fuerza, no solo en la voluntad y el alma, sino también en el cuerpo si quiere sostenerse durante horas.

—Sí, tiene razón. En la academia me he dado cuenta de que cansa estar de pie mucho rato, o cuando estoy ejecutando el arpa… Es hora de que empiece a moverme más… —Al girar en Brook Street, se internaron en el corazón de Mayfair—. Señor Witney, ¿dónde queda Peony House?

—Justo en esta calle. A una cuadra de Hyde Park. —La miró y le guiñó—. Vivimos bastante cerca.

—Me alegra mucho… Somos casi vecinos.

—Sí, ante cualquier emergencia estamos a cinco minutos… corriendo. —Inspiró profundo—. ¿Hace cuánto que no daba un paseo?

—¿Uno que haya disfrutado? Desde hace casi dos años. Cuando me comprometí con Langthorne, solo salía con él… Era tortuoso. Lo único que le puedo agradecer a mi padre es que nunca nos permitió estar a solas sin carabina.

—Entiendo, señora Langthorne. —Anthony pensó lo mismo. En su fuero interno, sabía que Ferdinand Welsh no la había protegido por ternura o amor, sino por cálculo. No podía permitir que su mercancía se dañara.

La voz de ella irrumpió en sus pensamientos.

—Señor Witney, ¿le puedo pedir un favor?

Su voz sonó como un tímido ruego, la miró y se encontró con sus ojos suplicantes. Posó su mano sobre la de ella y respondió:

—Lo que usted me pida.

—Cuando estemos a solas… ¿Me puede llamar por mi nombre de pila?

—Por supuesto… ¿Cómo desea que la llame? ¿Señora Gwendolyne o solo Gwendolyne?

Ella lo meditó. Ya no era una señorita propiamente tal, y que usaran el título de «señora» ponía una barrera que era ridícula, dadas las experiencias vividas con el señor Witney.

—Solo Gwendolyne. La verdad es que nunca me acostumbré a que me llamaran «señora Langthorne». Es un nombre que jamás sentí como mío.

—Entonces, para que sea más justo, usted me puede llamar Anthony o Tony… ¿Por qué frunce el ceño? ¿No le parece bien?

—Oh, no. Nada de eso. Es que tengo entendido que los varones de su círculo íntimo se hacen llamar los Herederos del Diablo, y que cada uno tiene un apodo. Pensé que lo iba a proponer, pero entiendo que no lo quiera usar conmigo. Eso sería demasiado íntimo, incluso con nuestra creciente confianza.

—¿Considera que mi apodo es más íntimo que Tony?

—Creo que sí… Su apodo es un nombre que usted escogió a voluntad. Tony, en cambio, es más propio de amigos y parientes. Por el momento, lo llamaré Anthony.

Y a él le gustó cómo sonaba su nombre en la voz de ella.

—Así será, Gwendolyne… Asumo que las personas más cercanas la llaman Gwen.

—Sí, solo Hywel usa ese diminutivo. —Y la curiosidad sobre la vida de ese hombre emergió—. ¿Cuál es su apodo de… demonio?

Anthony apretó los labios. Con cierto pudor dijo:

—Leviatán.

—¿Leviatán? Como la bestia que aparece en el Génesis. Vaya… es…

—¿Grandilocuente?, ¿pomposo?, ¿ostentoso?... ¿Ridículo?

Ella rio. Soltó una carcajada suave y cristalina, casi musical, y más de algún transeúnte arqueó una ceja inquisidora. Una mujer de luto no tenía derecho a reír en público.

A ninguno de los dos les importó.

—No nada de eso… Es interesante. ¿Por qué lo eligió?

—A los ocho años mi inteligencia brillaba por su ausencia, eso es todo. No lo suelo usar.

—¿Le avergüenza? Sus amigos y parientes parecen llevar sus apodos con orgullo. En el matrimonio de Edward solían llamarse de esa forma… Incluso su hermana mayor y la duquesa de Oxford tienen uno.

Anthony dudó en contarle una verdad que solo era de él. No obstante, sentía que no era justo. Gwendolyne había desnudado su alma solo hacía unos momentos, no podía darle menos. Su orgullo masculino lo guardaría para otro día.

En el fondo, él confiaba en ella y su discreción.

Volvió a concentrarse en el camino. Su tono de voz tomó un cariz severo al admitir:

—Me avergüenza, no me siento digno de usarlo.

Gwendolyne arqueó sus cejas. ¿Cómo era posible que un hombre como él no se sintiera digno?

—¿Por qué? —La pregunta emergió sin siquiera pensar si era

correcto o no ir más allá.

Anthony la miró subrepticiamente, ella estaba atenta a él.

—La vida se encarga de poner a los arrogantes en su sitio. El apodo me quedó demasiado grande. Estoy lejos de ser como mis primos y mis amigos… y mucho más lejos de ser como mi padre. —«Él es inalcanzable», pensó con admiración. Andrew Witney era un hombre con todas sus letras.

Al escuchar esa declaración, Gwendolyne se burló de ella misma en su fuero interno. Era toda una ironía, iba a replicarle los mismos argumentos que los demás le daban para animarla:

—Creo que usted se trata con demasiada dureza, Anthony. No entiendo por qué se considera inferior a los demás.

—Las apariencias engañan…

—¿Usted me ha tratado tan bien solo por aparentar?

—No, por supuesto que no. Solo me comporto como un humano medianamente decente.

—¿Ha tomado con valentía la misión de dirigir la academia solo por aparentar?

—No, era mi deber…

—Me parece que tal vez no es que su apodo le quede grande, sino que todavía está creciendo para llenarlo. Usted es joven, tiene mucho por recorrer… Pero aun así, considero que usted es un gran hombre. Estoy segura de que pronto llegará el día en que se sienta cómodo consigo mismo, y será tan imponente como el Leviatán que eligió como nombre. Indomable. Majestuoso.

Anthony negó con su cabeza. Debía admitir que era extraño volver a ser elogiado por una mujer ajena a su círculo cercano.

Tampoco contaban las palabras de aliento ni el aplauso del público en sus presentaciones. Eran otra cosa. Más efímeras. Menos íntimas.

Detuvieron sus pasos frente a una casa que era más pequeña que Langthorne House y quizás menos ostentosa. Sin embargo, no por ello dejaba de ser elegante, con clase.

—Hemos llegado. Bienvenida a Peony House.

—Ya comprendo el nombre. El jardín es una verdadera joya… y los pimpollos de las peonías prometen que serán una inigualable

muestra de color y fragancia.

—Londres tiene aroma a peonías y Cragside a rosas. La propiedad que posee el vizcondado en ese pueblo se llama Rosebud Manor.

—Imagino que debe ser hermoso.

—Lo es, rosas de todos los colores y tamaños rodean la propiedad. Hay un lago, un bosque… Cada tres meses visito ese lugar, por asuntos de administración. —Se mordió la lengua para no decir: «Cuando quiera la llevaré». Lo pensó con tal fuerza que casi creyó haberlo dicho en voz alta—. ¿Entramos?

Gwendolyne asintió.

Anthony golpeó la puerta con la aldaba. Carruthers, el mayordomo, no tardó en abrir. Su expresión solemne no tambaleó pese a la curiosidad de ver al joven señor acompañado por una dama de luto.

—Sea bienvenido, señor Witney.

Mientras Anthony entraba le dijo al mayordomo:

—Gracias, Carruthers… Le presento a la señora Gwendolyne Langthorne, es maestra de la Academia Hope. Visitará la casa con regularidad, para que se ahorre las formalidades.

El hombre dio una leve inclinación de cabeza.

—Sea bienvenida, señora Langthorne. Carruthers a su servicio.

—Muchas gracias, es muy amable…

Anthony atravesó junto con Gwendolyne el pequeño vestíbulo y anunció:

—Estaré con mi invitada en la sala de música.

—Muy bien, señor. Estaré atento entonces.

—¿Mis padres ya salieron al picnic de los Wexford?

—Así es, sus hermanos los acompañaron. Partieron hace una media hora, señor.

—Estupendo. Gracias, Carruthers. —Miró a Gwendolyne—. Mejor, así nadie andará husmeando. Elijah suele ser un fastidio… ¿Vamos?

Gwendolyne asintió con suavidad.

Mientras iban a su destino por el pasillo que conectaba diversas estancias, ella miró a su alrededor. Las paredes empapeladas en

colores ocres ostentaban hermosas pinturas y retratos de algunos antepasados; los floreros de porcelana rebosantes de rosas rojas descansaban sobre mesitas lustrosas y elegantes; del techo colgaban lámparas de cristal de exquisita manufactura; y el suelo de reluciente madera casi los reflejaba.

Y, a pesar de toda esa muestra de poder adquisitivo, ella sintió algo singular, una mezcla de comodidad y calidez. Era muy distinta a la frialdad y tensión que siempre se vivía en la casa de su padre, o incluso en Langthorne House, en donde apenas se sentía a gusto en su dormitorio y en la salita que tomó como propia.

Anthony se detuvo frente a una puerta, la más alejada de todas, giró el pomo y la invitó a entrar primero.

Ante ella se presentaba una habitación sencilla y bien iluminada que no solo parecía ser la sala de música. En un rincón había un escritorio plagado de papeles y anaqueles repletos con registros de contabilidad. El resto de la estancia contaba con sillas, atriles, estantes con partituras, un piano de pared, estuches que guardaban violines y violas.

Anthony la tomó con suavidad por el hombro y dijo:

—¿Le puedo pedir un favor?

—Por supuesto

—Vaya al escritorio. Ahí tengo el fragmento de la serenata y también hojas preparadas para escribir música. ¿Podría ir anotando mis indicaciones? Así no perderé el tiempo… Siéntase con la libertad de dar sugerencias. Quizás pueda recordar cuando escuche lo que llevo escrito.

Gwendolyne entreabrió sus labios. Sintió que no era capaz de realizar esa tarea tan importante, pero él la miraba de una forma que no podía negarse… Como si confiara en ella con todo su ser.

—Esteeee… No estoy muy familiarizada con las partituras de violín, pero lo intentaré.

—Yo creo que sí, usted maneja varias claves por el arpa, el violín solo usa la de Sol. —Se quitó la levita y se arremangó las mangas de su camisa.

Gwendolyne no podía dejar de admirar los movimientos masculinos y elegantes que él ejecutaba para ponerse más cómodo.

A sus fosas nasales llegó una ráfaga de la fresca fragancia que Anthony usaba. Parpadeó y se reprendió en su fuero interno. Su voz sonó vacilante al decir:

—Oh… En ese caso, sí podré.

—Estupendo. Muchas gracias…

Anthony sacó el violín de su estuche y lo afinó. Mientras tanto, Gwendolyne se acomodaba en el escritorio. Se concentró en la partitura; la hoja estaba arrugada y rasgada por uno de sus lados. La frustración personificada.

Quizás cuántas veces lo intentó sin éxito. Le sorprendía que él no la odiara por someterlo a ese martirio de tratar de recordar una pieza que improvisó.

Pero una parte de ella se alegró, él no la había olvidado y la mantuvo en sus pensamientos todo ese tiempo.

Enderezó su espalda y preparó tinta y pluma. Quería estar a la altura de la tarea encomendada. Centró su atención a la partitura.

La voz de él, amable, como última indicación, dijo:

—Empezaré desde el principio… cuando llegue al final, ejecutaré lo que sigue y le iré dictando las notas…

Clave de sol… Armadura de la tonalidad de La mayor, Fa sostenido menor… Compás de cuatro tiempos…

Y Anthony inició su serenata para Gwendolyne…

El timbre del violín acariciaba las paredes con dulzura; tembloroso al inicio, luego firme, decidido, como si la melodía hubiese aguardado todo ese tiempo para salir frente a ella.

Gwendolyne escuchaba y leía. Su corazón latía colmado de emoción, esa hermosa música la envolvía cálida, alegre, tierna. Las mariposas emprendían nuevamente su vuelo a la libertad…

Se elevaban, alto, muy alto… Anthony siguió con la música llevándola al cielo, y luego…

Se acababan las notas.

Silencio.

La voz de él, emocionada, dictó apresurada:

—*Tempo adagio*… Empiece en un Do menor. Negra, blanca ligada, negra, sobre ella un trino. Ahora un silencio de negra. Luego…

—Espere, espere, que casi no lo sigo… —Gwendolyne anotaba a una velocidad frenética. Su pulso iba al mismo compás de su mente que intentaba capturar cada indicación con presteza—. Listo, continúe.

—La corchea que sigue es Mi bemol… No, espere… no… Fa natural. Añada un trino a la segunda negra… Ahora… —Solfeó en voz baja las siguientes notas—. Una corchea en Re, otra en Mi. Una blanca en Fa, líguelas todas. En *decrescendo*. Blanca en Sol… Espere, tache eso… Blanca en Si sostenido, y una negra…. Dos compases con negras en Do sostenido. Que se sienta como un tirón antes de ceder. ¡Pam! ¡Pam! ¡Pam!

—¿*Staccato*?

—¡Exacto!…¿Lo tiene?

Gwendolyne le ofreció el papel a Anthony, y él leyó mientras secaba el sudor de su frente con el dorso de su mano que sostenía el violín y el arco. Asintió…

—Está perfecto… —Le entregó la hoja a Gwendolyne y volvió a tomar posición.

Anthony cerró sus ojos y ejecutó lo que seguía. Evocó los pozos azules de Gwendolyne cuando reía. Lo viva que se veía, casi corriendo, tomada de su mano.

Y otra variante de esa serenata apareció en su mente. No podía volver atrás. Era una melodía nueva, anclada en las notas que perdió en su memoria, pero que resurgieron de otra forma, en un nuevo sentir. Sus dedos viajaban por las cuerdas, y el arco arrancaba esas notas que fueron esquivas durante meses, y que en ese momento se dejaban capturar.

Esa serenata hecha para reconfortar a esa mujer que, pese a todas las adversidades, a su fragilidad, intentaba no ser derribada en su camino hacia la felicidad.

Esa mujer que incluso veía algo dentro de él. Algo que ni él mismo era capaz de ver… o aceptar.

Gwendolyne lo observaba, casi sin poder respirar. La música era diferente y, sin embargo, la sentía más profunda, con más matices. Le llegaba al corazón de un modo que la primera vez no alcanzó.

Parecía que él acariciaba su alma con la música. La consolaba y

también le inspiraba a no caer, a ser más fuerte.

La serenata en un lento y cálido descenso… se apagó.

—Falta anotar lo último…

Y esa interacción en la que se sumergieron minutos atrás se repitió, más urgente, más exigente, más vertiginosa.

Anthony sentía que las notas fluían desde su pecho a su voz. En su mente se reproducía esa música que no solo estaba componiendo él, sino con esa mujer que escribía lo que salía de su boca, y que personificaba lo que alguna vez quería alcanzar.

Valentía. A pesar de los errores, los defectos y lo vivido.

Conocerla fue como enfrentar un espejo y obligarse a sentir la cobardía al verse reflejado. Aquello fue lo que le impidió completar por tanto tiempo esa serenata que buscaba dar cariño, comprensión… decir: «Aquí estoy para ti».

No era capaz de decirse eso a sí mismo. Y ahora lo estaba haciendo.

No era fácil admitirlo, quizás nunca se acostumbraría del todo, pero era un paso para ser más amable consigo mismo.

—Listo. —Gwendolyne le tendió la partitura a Anthony, respirando superficialmente.

Él la tomó, pero no la leyó. Sus ojos se encontraron y el silencio se alzó entre ellos. No se atrevieron a romper ese momento de inusitada tensión en el que se hallaban sumergidos. Hablaban el mismo idioma, se alimentaban de la misma emoción. Sus almas se habían unido de una forma que jamás previeron.

Mística, vulnerable…

Estaban vestidos, pero a la vez despojados de cualquier artificio, tan sinceros y abiertos, como si fuesen los primeros humanos en existir sobre la faz de la Tierra.

Ambos pensaron que aquel privilegio nunca sería para ellos.

La hoja tembló en la mano de Anthony y se obligó a romper el hechizo antes de cometer una locura…

—Gracias, Gwendolyne… Por devolverme lo perdido. —Y no se refería solo a la serenata.

—Ha sido un placer, Anthony. Siempre estaré para usted. —Y ella sintió que nunca rompería esa promesa. No era una mera

cortesía, salió espontánea y febril desde el mismo centro de su corazón.

Anthony creyó en la palabra de Gwendolyne. Sabía que nada en ella era vano e insustancial.

Suspiró entrecortado. Leyó lo que ella escribió, y confirmó lo que ya intuía, lo siguió al pie de la letra… Tenía ante él lo primordial, la serenata que se escapó y que recuperó gracias a Gwendolyne.

La miró. Ella le sonrió con los ojos vidriosos y le dijo:

—¿Podría tocarla otra vez para mí? Completa, sin interrupciones.

—Todas las veces que quiera… Es suya…

Y de pronto, un estremecimiento lo recorrió de pies a cabeza. Era como estar al borde de un acantilado. ¿Cómo era posible sentir miedo por saltar y a la vez querer arrojarse con una valentía irreflexiva? Volvía a sentir aquella reacción química, esa atracción que venía desde sus entrañas… ¿Se estaba equivocando otra vez? ¿Iba a estar a la altura? ¿La terminaría decepcionando?

¿Estaba listo para siquiera intentarlo?

Y su corazón, indomable, gritó: «¡Soy suyo!».

Variaciones

«¡Soy suyo!».

Y cuando ese pensamiento atravesó la mente de Anthony, el sentimiento se volvió tan sólido como su pulso acelerado.

Sudó frío.

Intentó convencerse de que solo era la atracción física, que quizás llevaba demasiado tiempo encerrado en su rutina, y que Gwendolyne solo era la novedad…

Sí, era la novedad... eso era. La novedad de esos ojos azules que lo miraban con calidez y gratitud. La novedad de establecer un nuevo vínculo con alguien diferente a su círculo íntimo. La novedad de encontrarse con una mujer que luchaba por hacer su voluntad en medio de una realidad impuesta.

La novedad de ser importante para alguien.

Se secó el sudor de la frente con el dorso de la mano que sostenía el arco. No tenía que leer la partitura, la primera parte se la sabía de memoria.

Inspiró y el arco acarició las cuerdas.

Fue una torpeza hacer contacto visual con ella mientras ejecutaba la pieza. Por mero impulso buscó su mirada, y se encontró con esos ojos anegados de intensa emoción, brillantes y devotos.

Su mente lo traicionó mostrándole una vida plena al lado de esa mujer… Un reflejo de lo que veía a diario en sus padres y sus hermanos que ya se habían casado.

Anthony no podía eludir la certeza de que ya no era capaz de ir en contra de su corazón, incluso teniendo una razón de peso para hacerlo.

Y se sumergió en la profundidad azul de los ojos de Gwendolyne.

Era débil. Sucumbía ante ella con flagrante facilidad. No ganaba nada con buscar excusas para explicar lo inexplicable. Se dio cuenta de que encontrar la serenata extraviada junto a ella fue una bendición y a la vez su perdición.

Porque sabía que debía esconder lo que sentía.

Callar y solo hablar a través de las notas que le arrancaba a su

violín.

Era su sino, enamorarse de una mujer que jamás lo correspondería como él anhelaba. Gwendolyne menos que nadie… Aunque una parte de él se empeñara en creer lo contrario.

Era tan ambicioso, tan obcecado.

Él no quería una amante, ni mucho menos saciar sus instintos sin un compromiso de por medio.

Tampoco deseaba ser uno más de una larga lista de relaciones pasajeras.

Quería una unión tan imperecedera como las estrellas.

Pero debía ser realista. Una viuda solo consideraba el matrimonio si no tenía un buen pasar económico. Era lo único que quebrantaba su voluntad de no volver a ser la posesión de un hombre.

Gwendolyne poseía dinero, posición, autonomía. Lo poco que duró su violento matrimonio debió ser suficiente para no arriesgarse a repetir la experiencia.

Él encajaba en la vida de ella solo como un amigo, un compañero en ese proceso de transformación. Ser algo más quedaba descartado; lo sabía, porque eran parecidos. Ella estaba protegiendo su bien más preciado, su corazón y su libertad.

Desvió sus ojos para leer la partitura, se perdió en la música que le brindaba un tibio consuelo…

En todo caso, daba igual lo que él sintiera. Si ocurría el milagro de ser correspondido por ella, tanto como para dar el gran paso y convertirlo en su esposo. Que lo amara… ¡Daba lo mismo! ¡Era un idiota! Si ni siquiera él era capaz de… ¡¿En qué diablos estaba pensando?! Había olvidado que uno de los pilares que sustentaban un matrimonio exitoso era… Y él no podía.

Iluso.

Diminuendo…

Silencio…

Cuando terminó de ejecutar la serenata, Anthony no se atrevió a mirar a Gwendolyne. Disimuló que se restregaba los ojos para justificar ese ardor que amenazaba con convertirse en un torrente de lágrimas.

El solitario aplauso de Gwendolyne se escuchó más fuerte que quinientas personas ovacionándolo de pie… Y él quiso que ese instante fuera eterno.

—Bravo, Anthony, *bravissimo*… Oh, ha sido mejor que la primera vez. ¡Sublime!

Anthony se tragó el nudo de su garganta y le brindó una reverencia de gratitud. No tuvo que fingir su sonrisa, porque fue sincera cuando por fin sus ojos se encontraron.

Y se rindió. No sabía cómo iba a soportarlo, pero lo haría hasta que su alma no diera más.

Gwendolyne se secó las incipientes lágrimas. Era imposible no emocionarse con esa hermosa serenata. Se trataba de aquellas piezas especiales que le producían placenteros escalofríos, los que partían en su cuello y terminaban en la punta de sus pies.

Era como si él le hablara sin palabras, mostrándole su alma.

Era como si la amara.

Casi pudo saborear esa sensación. Su corazón bombeó sangre a cada sensible recoveco, impeliéndola a levantarse y abrazar a ese hombre que la observaba como si fuera un verdadero tesoro… Como si no existiera nadie más…

¡Qué tonta! ¡Como si eso fuera posible!

Domó su ímpetu y se mantuvo en su lugar.

¿Por qué pensaba en Anthony de esa forma?

Nunca le ilusionó ser amada por un hombre y amarlo.

Nunca pensó en ir más allá del deber y la obediencia ciega.

Gwendolyne siempre supo que el día que se casara, no habría amor. Quizás si su futuro esposo era bueno, cultivaría un trato cordial y pacífico. Si hubiera sabido todo lo que debía entregar, lo que tendría que soportar por lograr una «vida asegurada», habría sido menos sumisa.

Aunque, lo más probable era que tal sublevación habría sido inútil. Su padre, hasta hacía muy poco, obtenía de ella lo que se le antojara.

Su independencia y su fortuna casi le costó la cordura —o quizás ya estaba un poco loca—, y no renunciaría a ello a menos que la amaran y le garantizaran que su dinero —pese a lo que decía la

ley— era suyo y solo suyo.

En todo caso, ¿quién amaría a una mujer rota y defectuosa como ella? No debía ilusionarse, Anthony solo era un hombre amable y afectuoso. Un caballero en toda regla que, seguramente, era movido por la compasión.

Un amigo, un compañero. Nada más.

Y, a fin de cuentas, ella no sabía si lo que sentía era amor.

Tal vez solo se trataba de cariño, gratitud… Esa inesperada amistad le demostró que era digna de recibirla, sin pedir nada a cambio, y que la conminaba a crecer, asegurándole que estarían a su lado en cada paso…

Y quizás, cuando ya pudiera andar sola, sin temores, él la dejaría.

Hasta que eso sucediera, disfrutaría y atesoraría esa relación de amistad. Aprendería todo lo que Anthony estuviera dispuesto a enseñarle.

No había duda alguna, ese mundo que estaban construyendo tenía fecha de caducidad. El día que él se comprometiera con otra, se convertirían en cordiales conocidos.

Y, tan solo imaginarlo amando a otra, le dolió, pero no quiso ahondar en ese pesar. Aún no ocurría…

Ya pensaría qué hacer cuando eso sucediera.

Se obligó a sonreír y dijo:

—Creo que mi misión ha concluido por hoy. —Se levantó—. ¿Ya ha titulado su serenata?

Anthony asintió y respondió:

—«Un vuelo de libertad»… Como las mariposas que usted evoca al escucharla.

Gwendolyne se concentró en mantener la compostura, mas su voz se escuchó trémula al añadir:

—No pudo titularla de mejor manera.

—Ahora me queda componer unos tres movimientos más. Este solo ha sido el primero.

Gwendolyne arqueó sus cejas, sorprendida.

—¿No está completa?

—Podríamos decir que cuando toqué para usted la primera vez,

solo fue un movimiento. Para que pueda ser parte del concierto que ofreceremos en unos meses, debe cumplir con ciertas normas.

—Oh, entiendo… Supongo que, como ya ha completado el primer movimiento, el resto debería surgir con más facilidad. Usted es un compositor muy talentoso.

—Debería. —Ladeó levemente la cabeza—. ¿Sabe? Toda la vida fui un escéptico acerca de esa mística que hay alrededor de la música, esa que habla de musas inspiradoras. Para mí siempre ha sido algo más… ¿Cómo decirlo?... Más práctico. La música solo surge debido a mis conocimientos. No obstante, con esta pieza en particular, no pude hacer nada hasta que usted volvió a aparecer en mi vida.

Una inevitable sonrisa bobalicona adornó el rostro de Gwendolyne. No frenó su lengua al insinuar:

—¿Me está diciendo que he sido su musa?

Si ella supiera que no era solo su inspiración, sino su esperanza. Anthony blandió con pereza el arco de su violín, intentando ignorar el acelerado golpeteo en su pecho, y confesó:

—Para mi gran consternación, sí. Así que tendré que estar cerca de usted cuando componga el resto.

—Vaya… Entonces, es un honor. —Suspiró. Ay, ¿por qué solo quería sentir un abrazo de él? Era maravillosa esa sensación de estar envuelta en esos cálidos brazos, aspirando ese aroma que solo era de Anthony—. Se siente muy lindo pensar que he inspirado algo tan sublime. De verdad lo aprecio mucho.

Y Gwendolyne recordó que tenía que huir. Estaba perdiendo el control sobre esa avalancha de emociones. Necesitaba recomponerse para mantener una distancia prudente… No sabía si estaba a tiempo de protegerse, o si ya estaba irremediablemente enamorada, o si solo era así cómo se experimentaba el cariño hacia alguien que no era de su sangre.

Odiaba sentirse así, vulnerable, inexperta y torpe. Detestaba esa sensación tan humillante. Era como si el afecto la hubiese tomado por sorpresa y la dejara sin defensas.

Eso mismo la impulsó a excusarse:

—Debo volver a casa, tengo que… —Le costó tres segundos

encontrar una justificación—. Ocuparme de rellenar mis libros contables, lo he postergado demasiado. Hywel me va a reprender si no cumplo con mis deberes, ha sido muy majadero con el orden del dinero. Me dice que si no lo hago bien quedaré en la bancarrota.

—Entiendo… Y yo me la he llevado de su casa sin más.

—Pero ha sido por una buena causa. Me ha dado la experiencia más inolvidable de mi vida. No me arrepiento de nada.

—No rechazaré su cumplido. Para mí también ha sido inolvidable. Me temo que usted será mi primera y última musa.

—No lo creo… Algún día usted se casará, su esposa será su musa.

Anthony se encogió de hombros, fingiendo que no la imaginó siendo la fuente de toda su felicidad. Guardó su preciado violín, destensó las crines del arco…

Gwendolyne lo observaba, hipnotizada con esas manos que se movían con sutil elegancia.

—Siempre me ha llamado la atención la reverencia con la que trata su instrumento. Como si estuviera vivo.

Anthony guardó el arco en el estuche y lo cerró.

—En cierto modo lo está, es un auténtico Stradivarius. —Gwendolyne entreabrió su boca, ¡era una verdadera reliquia! ¡Una pieza maestra única! Anthony rio ante esa reacción, y añadió—. Debería estar en un museo, pero siento que su creador no hubiera deseado que uno de sus instrumentos juntara polvo en un atril de exhibición. Puso su alma en él, debo honrar su trabajo, inmortalizándolo con mi música.

—Tiene razón. Estoy segura de que el maestro, desde el cielo, debe estar orgulloso de usted y de todos quienes aún usan sus creaciones.

—Ojalá. —Adecentó su camisa y se puso la levita. Le ofreció el brazo a su musa—. La llevaré de vuelta a su casa.

—Gracias… —Se aferró al brazo y aquel contacto la confortó. Sí, eso necesitaba. Le sonrió y agregó—: Pero esta vez, camine más lento. La verdad es que quiero disfrutar del trayecto. —«Y de su calor», pensó.

—Sus deseos son órdenes para mí.

Poco rato después, caminaban a paso relajado hacia Langthorne House. Durante el transcurso de la mañana, las nubes que cubrían el cielo se dispersaron formando enormes motas algodonosas, las que dejaban pasar los rayos del sol que les entibiaba la cara.

Ambos se permitieron olvidarse por unos minutos de las tumultuosas emociones vividas, y se acompañaron en un silencio que aparentaba ser cómodo y casual. La revelación de que había algo más gestándose en sus corazones no era fácil de digerir. Parecía un vertiginoso vaivén que iba de la ilusión a la desesperanza, de la emoción a la angustia.

Anhelo y ansiedad.

Anthony se mintió a sí mismo. Insistía en que solo sentía cariño por la mujer que iba de su brazo. Ese pretexto era para poder hablarle sin experimentar la acuciante necesidad de albergar una esperanza.

Tras cinco minutos logró articular una pregunta:

—Entonces, ¿el martes ensayaremos?

—Sí… Aunque, ahora que lo menciona… No vi un arpa en la sala de música. ¿Pretende que todos los días transportemos la que está en la academia hasta Peony House?

Anthony se golpeó mentalmente por su torpeza. No consideró que el arpa medía casi dos metros y pesaba unos cincuenta kilos.

—Iré a ver si tienen arpas en la tienda que está debajo de la academia Cross. Compraré una.

—Pe… pero es demasiado dinero… No puede hacer un gasto tan exorbitante solo por animarme a tocar frente a la duquesa.

—Para que vea que tengo fe en su talento, querida. —La expresión de Anthony era el epítome de la tranquilidad. Sin embargo, en su fuero interno ya se daba de cabezazos contra los adoquines de la calle por su lengua suelta. «¿Cómo se te ocurre llamarla de ese modo, imbécil?».

Era inevitable, como si sus resoluciones fueran más débiles que un castillo de naipes.

¡Ni media hora!

Gwendolyne lo miró de soslayo, él iba imperturbable. Llamarla

«querida» no significaba mucho. Todos los caballeros, con un mínimo de confianza, usaban esa palabra con las damas. Pero se sentía tan bien, lo dijo de una forma tan cálida y natural que casi le creyó.

Convencida con aquella explicación, insistió en rechazar la propuesta de Anthony.

—Aun así, no puedo aceptar que compre un instrumento tan costoso. Es muy mal visto que reciba semejante regalo de parte de un caballero soltero. Imagine cuánto hablarán si se enteran. De por sí la gente se escandaliza con obsequios como guantes o pañuelos.

—A mí no me interesa lo que digan los demás.

—A usted no le dirán nada, a mí me van a tratar de casquivana, por lo bajo. No puedo quebrar tantas reglas al mismo tiempo. Sé que cualquier cosa que haga llegará a oídos de mi padre, y no quiero provocarlo.

Ferdinand Welsh era un factor que Anthony no había considerado. ¿Cómo podía liberar a Gwendolyne de esa carga?

«Matrimonio», la palabra cruzó su mente sin control. No, no deseaba poner a la conveniencia de por medio. Era bajo aprovecharse de ello para tenerla en su vida.

«¡Así no!», su corazón y su mente por fin coincidieron.

Gwendolyne, ajena a los pensamientos de él, añadió:

—Pero he decidido que pasaré a medio luto antes de tiempo. Creo que la gente será más comprensiva, dado que mi matrimonio fue breve. Dos años de luto riguroso es un exceso en mi caso.

—Gris y lavanda son mejores colores que el negro. Se verá hermosa.

—Gracias, es muy amable. —No quiso rechazar el cumplido por esa vez. Sabía que no era una mujer fea, pero tampoco una beldad despampanante. Era consciente de que el color de sus ojos contribuían a que no fuera catalogada como corriente.

—No lanzo cumplidos por deporte, es la verdad, Gwendolyne.

—Como sea. No nos desviemos del tema inicial: el arpa que pretendía adquirir. Le propongo algo mejor… Yo la compraré y la mantendremos en Peony House mientras duren nuestros ensayos. Y cuando ya cumpla mi objetivo, me la llevaré a casa para practicar.

De hecho, por ese motivo me quedo un rato más en la academia. Las Grandes Damas fueron muy generosas y consideradas al incorporar ese instrumento a mi llegada.

Anthony estuvo a punto de insistir en rechazar esa propuesta. Pero la idea de obligarla a recibir ese regalo y quitarle la iniciativa de que ella se comprara algo propio, le hizo claudicar. La gracia de tener hermanas y amigas era haber aprendido a ser consciente de las necesidades femeninas.

Gwendolyne necesitaba comprar su propia arpa.

—Está bien. Yo averiguaré precios y disponibilidad y, basándose en ello, usted la elegirá y la comprará. Entretanto, ensayaremos en la academia.

Gwendolyne sonrió, orgullosa de sí misma. Aliviada de que él no la presionara.

—Trato hecho, Anthony… —De soslayo, notó una mole gris y fría aparecer. Su voz se desvaneció al decir—: Oh, ya llegamos.

Ante ellos se imponía Langthorne House, el fin de ese recorrido. No deseaban culminar ese paseo, pero la cruel realidad se cernía sobre ellos, inexorable, tan inexorable como los contradictorios sentimientos que los embargaban.

Cuando llegaron ante la puerta de acceso, Gwendolyne fue más valiente que Anthony. Inspiró profundo, rompió el contacto y lo enfrentó para despedirse…

¿Por qué no había notado que ese rictus enmarcado en cejas gruesas y arqueadas parecían las de un hombre severo? Con razón las alumnas de la academia no se agolpaban en su puerta con cualquier excusa tonta. Atolondrada por esa revelación, dijo:

—Muchas gracias por todo lo que ha hecho por mí… Sé que no debería decirlo, pero, lamento ser una inesperada carga.

—Inesperada, sí, pero de ninguna manera la catalogaría como una carga… Prefiero llamarla desafío. —Y le guiñó el ojo.

Y vaya que esa mujer lo era, casi un imposible.

—Oh, no sea adulador, ambos términos están a punto de ser sinónimos.

—Usted no es fácil de convencer. —Entrecerró sus ojos—. Por eso es un desafío… Que tenga buenos días. Nos vemos el lunes,

Gwendolyne.

—Nos vemos… —Tomó la aldaba y golpeó la puerta de un modo musical.

En el aire flotaba una inusitada tensión. Parecía que debían alargar más ese momento compartido. No se resignaban a que ese encuentro terminara a pesar de la confusión que cada uno albergaba en su interior.

El mayordomo no tardó en abrir y la saludó:

—Bienvenida, mi señora.

Ella le sonrió y le brindó una última mirada a Anthony. Hizo un leve gesto con sus dedos y solo pudo susurrar un «Adiós» que se sintió como si un vacío devorara lo que encontrara a su paso.

Anthony respondió al gesto. La puerta se cerró, y no pudo moverse. Se quedó paralizado con la sensación de haber soñado, pero sabía que no era así, estaba demasiado despierto; el ruido ensordecedor de las avenidas circundantes caían sobre él, aturdiéndolo.

Necesitaba gobernar su cuerpo, porque su indomable corazón ya no había remedio. Miró hacia la segunda planta de esa inmensa casa, se preguntó cuál sería la habitación de Gwendolyne.

Si tan solo hubiera un jardín o una añosa enredadera afianzada a la pared… Sería una copia anodina de Romeo clamando por su Julieta, pero en vez de dar rimbombantes palabras en verso al anochecer, solo le brindaría una serenata para obtener su amor.

Negó con su cabeza… Su imaginación también se gobernaba sola.

Logró dar un paso. Otro. Y otro más… Era lo único que podía hacer.

Rubato

Para Gwendolyne los lunes eran sinónimo de levantarse un poco más tarde. Su clase de historia la impartía al mediodía, por lo que podía desayunar y leer el periódico con tranquilidad. Sin embargo, a su mente volvían los hechos vividos el sábado anterior.

Cada vez que evocaba la serenata, a Anthony tocando el violín con tanta pasión, su mirada, su calor y las sensaciones que despertaba en ella, experimentaba una tensión, una especie de nudo en su vientre, que respondía a una extraña necesidad de verlo, sentir su toque o de escucharlo.

Nunca le había sucedido algo así. Y todavía no sabía qué nombre ponerle a sus sentimientos.

Maldijo a su padre por mantenerla alejada del mundo. No supo lo que era coquetear, ser invitada a bailar o que la cortejara un hombre joven. No la casó antes solo porque no pudo. A los dieciocho años ella enfermó de fiebres. En ese entonces, Ferdinand ya estaba recibiendo propuestas para negociar un matrimonio y aquella enfermedad retrasó todos sus planes.

Para no pensar en Anthony trataba de mantener su mente ocupada, pero era peor, sus pensamientos se desviaban hacia sus hermanos.

Pasaba de una incertidumbre a otra.

Por lo general, ella no esperaba ninguna clase de correspondencia. Los asuntos financieros que pudieran llegar por ese medio los solía ver con su hermano mayor.

No obstante, desde hacía unas semanas, esperaba con ansias una carta o cualquier señal que le diera noticias de Eira o Hywel.

Todos los días —en la mañana y en la tarde— preguntaba al mayordomo si había novedades, y la respuesta siempre era la misma: «Nada, mi señora».

Sin embargo, esa mañana Matley entró en la salita privada de Gwendolyne portando dos cartas.

—Ha llegado la correspondencia, mi señora. —Extendió la bandeja de plata hacia ella, quien las tomó con demasiada rapidez.

—Gracias, Matley…

El mayordomo asintió y se retiró. Gwendolyne revisó los remitentes. Una carta era de la junta de accionistas de la naviera y la otra era de Hywel. Abrió esta última con premura y la desplegó con un ligero temblor de manos.

Edimburgo, 24 de marzo de 1845

Mi querida Gwen:

Perdón por no haberte escrito antes, las cosas no están saliendo como pronostiqué. Me encantaría no alarmarte, pero me temo que la situación es peor de lo que imaginé.

Llegué hace diez días con la esperanza de poder ver a Eira, pero lo único que encontré fue un ambiente tenso y hostil. Solo he hablado con el mayordomo, quien se limitó a darme la información de que sus amos se encuentran de viaje en las Highlands. Pedí las señas, y esto es lo raro, el viejo estirado me dijo que no podía dárselas a un extraño solo por decir que era el hermano de la señora Craig. En apariencia, su excusa es lógica pues no me conoce, pero al mismo tiempo me parece sospechoso tanto secretismo.

No me quiero ir de este lugar hasta encontrar a nuestra hermana y asegurarme de que está bien, por lo que deberé averiguar su paradero de otras formas. Todo esto me huele demasiado mal.

Sería de gran ayuda si le escribes a Eira… Invítala a pasar una temporada en Londres, no sé, dile que necesitas su compañía… Inventa cualquier excusa. A ver qué te responde.

Este mismo problema me lleva a otro punto que ya debes estar imaginando. Solo alcancé a publicar en el periódico el anuncio de la venta de tus acciones, pero el resto de las gestiones que pretendía hacer en tu nombre no las podré terminar de momento. No sé cuánto vaya a tardar, y si lo que deseas es deshacerte de todos los bienes que heredaste lo antes posible, tendrás que

hacerlo por tu cuenta.

Creo que este problema es una oportunidad para que pongas en práctica lo que te he enseñado, pero si necesitas ayuda legal, puedes apoyarte en el señor Montgomery y las ovejitas descarriadas de la academia. Ellas tienen conexiones en todos los ámbitos que puedas imaginar.

Bien, espero que puedas llevar a cabo lo que te has propuesto sin problemas. Sé que podrás sentirte insegura, pero ten fe en ti misma, eres más capaz de lo que crees… Padre hizo un gran trabajo en convencerte de lo contrario.

Te estaré informando cualquier cosa por mínima que sea. Puedes remitir tus cartas a la misma dirección que está escrita en este sobre.

Tu hermano que te ama.

Hywel.

Gwendolyne se quedó mirando la hoja durante largo rato. La invadió una culpa gigantesca. Debió insistir más, no conformarse con aquellas respuestas que sabían a evasivas. Debió intentar acercarse más a ella. Debió… Debió…

Pero no podía ver más allá del mundo que su padre construyó. Las silenció, las ató de manos, las hizo obedientes… las dejó a merced de hombres mayores que ejercían ese mismo poder.

Se preguntó si Eira alguna vez tuvo su despertar, si se llegó a dar cuenta de lo terrible que eran sus existencias. Si fue castigada por cuestionar.

En su posición no tenía mucho más que hacer, salvo escribirle a su hermana todos los días. En algún momento ella tendría que contestar de vuelta. No sabía si ayudaría de mucho, pero no dejaría de intentarlo. Hywel tenía más posibilidades de descubrir la verdad.

Con eso en mente, escribió de inmediato una carta, contándole a Eira lo que estaba viviendo en la Academia Hope, sobre lo hermoso que era sentirse útil. Se guardó la existencia de Anthony, eso lo dejaría para otra ocasión, pues ni ella misma podía

comprender del todo la situación.

Al terminar de redactar, se dispuso a escribir su respuesta a Hywel, pero al ordenar sus ideas recordó la carta que llegó de la junta de accionistas de la naviera.

Ese era otro problema… Hacerse cargo del patrimonio que heredó era abrumador, sabía que todo estaba corrupto y manchado y que, tarde o temprano, traería consecuencias.

Se preguntó si los demás accionistas sabían lo que Hywel averiguó acerca de Langthorne y su rol en el contrabando de opio.

Dando un largo suspiro, abrió la carta de la junta.

Londres, 27 de marzo de 1845

Estimada Señora Langthorne:

Se le cita a reunión extraordinaria de la junta de accionistas el día 15 de abril del año en curso, a las diez de la mañana en punto.

Se tratarán los siguientes temas:

1.- Venta ilegal de acciones por parte de la señora Gwendolyne Langthorne.

2.- Examinación de estatutos respecto a los requisitos que deben cumplir los miembros en las reuniones de la junta directiva.

Se le recomienda que, hasta la celebración de esta reunión, suspenda la venta de las acciones que posee, o se arriesgará a represalias judiciales.

La asistencia a esta reunión es de carácter obligatorio, so pena a una multa de 10 libras.

Saludos cordiales.

Ferdinand Welsh
Secretario de la junta directiva
Langthorne Shipping Company

Las pulsaciones de Gwendolyne se dispararon al leer el nombre de su padre al pie de la carta. Se imaginó esa reunión con una decena de hombres iguales a Ferdinand, observándola, acusándola, apuntándola con el dedo, reprendiéndola…

Se sintió pequeña… minúscula. Como cuando tenía siete años y veía a su padre como un gigante. Una mancha accidental de tinta en la alfombra. Su vozarrón reprendiéndola. La bofetada que la dejó en el suelo, saboreando su propia sangre.

Otra bofetada por mirarlo.

Otra más por llorar.

Sintió que el pecho se le constreñía… Una vez más no podía respirar… Estaba sola. Anthony no estaba con ella. El dolor era desesperante, como si su corazón fuera explotar. ¡Ahora sí que se iba a morir!

Se aferró al recuerdo de él abrazándola… A sus palabras serenas.

«Respire conmigo»…

Se abrazó a sí misma y se frotó los antebrazos.

Temblaba.

Cerró sus ojos y se meció como lo hacía él.

Intentó tomar una honda bocanada evocando la voz de Anthony, mas fue inútil.

«Respire, Gwendolyne»…

Solo pensó en él, en el ritmo que siempre le marcaba.

«Inspire… Todo lo que pueda»…

Un jadeo…

Por fin el aire entró por sus fosas nasales y lo mantuvo por largos segundos.

«Así… Largo… Largo… Suéltelo»…

No supo cuánto tiempo permaneció en ese trance. Solo se concentró en evocar el calor de Anthony rodeándola. Su aroma a limpio. Esa ligera brisa de lavanda que aliviaba sus sentidos.

Poco a poco fue recobrando el dominio sobre su cuerpo. El alivio llegó junto con la certeza de que no corría peligro. No moriría. Sus pulsaciones volvían a ser normales.

Respiraba… mas anhelaba el consuelo de Anthony.

Al darse cuenta de que había logrado recomponerse sola, se llenó de una sensación totalmente opuesta al miedo que le producía la idea de enfrentar a su padre, o de sentir el peso de un hombre sobre ella. No iba a morir, no iba a ser castigada… Ya no vivía bajo la

opresión de Ferdinand Welsh.

Sin embargo, no podía cantar victoria. Se sentía débil, como si una súbita extenuación azotara su cuerpo.

Fue una tarea titánica tomar la pluma y entintarla para escribir una nota. No le importó que tuviera manchas o que su caligrafía fuera vacilante. No se encontraba en condiciones de impartir su clase de historia.

Nunca había faltado a su trabajo, pero no se atrevía a ir y desvanecerse en plena lección.

Su pequeña victoria tenía un sabor amargo.

*****

El mayordomo golpeó la puerta de la alcoba de su señora con cautela.

—Adelante, Matley. —La voz adormilada de Gwendolyne hizo que él cerrara sus ojos, reprendiéndose.

Entró sin hacer ruido, y se encontró con la habitación iluminada con la luz mortecina del atardecer. Su señora se incorporaba con movimientos perezosos.

Matley recordó el día que conoció a Gwendolyne en Silchester, en la casa de campo del señor Langthorne. Nunca había visto tanto temor reflejado en ojos tan inocentes.

Era como un cordero que llevaban al matadero.

Por fortuna, después de la muerte del señor Langthorne, no volvió a ver esa mirada, hasta esa mañana.

Supuso que una de las cartas que recibió la descompuso.

Matley se aclaró la garganta y anunció:

—Disculpe la molestia, mi señora, pero ha venido el señor Witney acompañado de las señoritas Montgomery. Preguntan por su estado de salud y si necesita algo.

La sonrisa que le dio Gwendolyne alivió en parte las preocupaciones de Matley.

—Oh… —Se tocó la cara y se atusó el cabello como acto reflejo—. Me tardaría demasiado si me arreglo y bajo a mi salita privada… Ya se han tomado la molestia de venir, no me gustaría

hacerlos esperar… ¿Será muy escandaloso si los recibo aquí?

Matley negó con su cabeza y respondió:

—Escandaloso sería que nadie se preocupara por usted. Si me permite el atrevimiento, me alegra mucho que hayan venido a verla. Nadie le reprocharía por recibir a sus visitas en su estado convaleciente.

Los ojos de Gwendolyne se tornaron vidriosos. A ella también le alegraba y la llenaba de vitalidad.

—Entonces los recibiré aquí. Muchas gracias, Matley.

—Es un placer. Encenderé unas velas para que no se vea tan oscura su alcoba.

Minutos después Sophie asomó su cabeza por la puerta y le sonrió. Abrió más y entró su hermana Eleanor con expresión vivaracha. Anthony fue el último en aparecer, parecía incómodo.

Sophie se adelantó al verla de buen semblante y le dio un ligero abrazo.

—Oh, Gwendolyne. ¿Te sientes mejor?

—Sí, gracias, Sophie. —Esbozó una sonrisa y dijo una verdad a medias—. A veces me siento débil y me cuesta respirar.

Eleanor se acercó, le tocó la frente y las mejillas comprobando su temperatura.

—Ah, no tienes fiebre… Menos mal… No toses con sangre, ¿cierto? Ay, sería terrible si sufres de consunción y…

Anthony, a pesar de intuir qué fue lo que le sucedió a Gwendolyne, imaginó ese terrible escenario y reprendió a su prima:

—No digas sandeces, Ellie… Gwendolyne goza de perfecta salud.

Ambas hermanas lo miraron inquisidoras, arqueando sus cejas, mas no le replicaron a su primo. Gwendolyne sonreía, y tal vez fue una alucinación, pero le pareció que él se ruborizó.

Quizás solo era la luz de las velas.

Ella tranquilizó a Eleonor diciendo:

—No, nada de eso. Hay momentos en que uno no se siente bien y basta con descansar… Pero ya me encuentro mucho mejor gracias a su visita, se los agradezco de corazón. A veces me olvido de que no estoy sola.

Sophie le tomó la mano y le dijo:

—Siempre nos tendrás, Gwen… Además, el señor Welsh, antes de partir, nos encargó que te cuidáramos mucho. No tendré valor para mirarlo a la cara si algo te pasa. —Y justo en ese momento lo recordó—: A propósito de él, ¿no has tenido noticias?

La sonrisa de Gwendolyne se ensombreció y les contó lo sucedido en Escocia. Anthony la observaba serio mientras escuchaba el relato.

Eleanor se llevó la mano al pecho y repuso:

—Ay, ojalá el señor Welsh encuentre pronto a tu hermana. Con todo respeto, tu padre era nefasto eligiéndoles marido.

Gwendolyne se encogió de hombros.

—A veces una vive demasiado tiempo creyendo que con tan solo callar y obedecer nuestra vida está garantizada. Lo cierto es que no hay alma que aguante tanto. —Miró a Sophie y a Eleanor—. ¿Mañana puedo ir a visitar al señor Montgomery? Necesito asesoría legal, me han citado a una reunión extraordinaria de accionistas. Supongo que padre está agotando todos sus recursos para impedir que me deshaga de mi parte de la naviera.

Aquellas palabras confirmaron las sospechas de Anthony sobre el causante de la ausencia de Gwendolyne. Una oleada de ira lo tomó por sorpresa, y su tono sonó severo cuando interpeló:

—No me diga que el cretino de su padre se atrevió a venir a importunarla. —Gwendolyne entreabrió su boca con una expresión desconcertada. Él malinterpretó su gesto y elevó su tono de voz al exigir—: ¿Dónde vive? Lo voy a ma…

—Oh, no, no, no sucedió nada, Anthony. —Gwendolyne se apresuró a aclarar. Eleanor y Sophie se miraron de soslayo—. Mi padre es secretario de la junta directiva, y me ha enviado una citación por escrito. No ha vuelto… Bueno, una vez, pero yo me encontraba en la academia ensayando con usted.

—Pero basta con una carta de él para fastidiarla. —Hasta ese momento había mantenido una distancia prudente. Se acercó lo suficiente para que ella sintiera el característico aroma de él—. Se lo advertí una vez y cumpliré mi palabra…

—No, no haga nada que pueda lamentar, Anthony. Estoy bien…

Me afectó, sí, lo reconozco. —Lo miró a los ojos con fiereza—. Pero logré controlarlo… lo mejor que pude.

Anthony resopló de pura impotencia. Sabía lo desesperante que eran para ella esos episodios. ¡Y no estuvo ahí para sostenerla! ¡Era un inútil!

A Gwendolyne le sorprendió esa reacción visceral de él, pero le sorprendió más que no le temía. Podía hablar sin ese miedo a ser agredida de una u otra forma.

Por eso mismo, añadió:

—Gracias a usted pude controlarlo y recordé cómo respirar… Y ahora estoy mucho mejor. Mañana acudiré a la academia como todos los días, y recuerde que tenemos un ensayo.

Eleanor no pudo más de curiosidad y preguntó:

—¿Qué están ensayando?

Anthony, apenas domando su malgenio, replicó:

—Es un secreto.

—Oh, no seas quisquilloso, primito, lindo, precioso.

Anthony puso sus ojos en blanco. Muchachita aduladora, no iba a funcionar.

Sophie puso paños fríos al asunto y repuso:

—Déjalos tranquilos, cielo, ya nos enteraremos a su debido tiempo. —Le arqueó una ceja, conminando a su hermana a mantener el silencio.

Eleanor alzó su barbilla fingiendo indignación.

—Está bien… —Sonrió—. Cuando terminen su ensayo te llevaremos a nuestra casa para que hables con papá… ¿Necesitas algo más?

Gwendolyne asintió y preguntó:

—¿Conocen a alguien que me pueda asesorar con la venta de las propiedades que heredé?

Sophie y Eleanor dijeron al mismo tiempo.

—Lawrence.

Anthony añadió:

—¿Esta casa también la va a vender?

—Es lo que pretendo, quiero deshacerme de todo lo que perteneció a Langthorne.

—¿Tiene pensado qué va a hacer con ese dinero?

—Quiero ir paso a paso. No deseo abrumarme antes de tiempo.

—Entiendo… Gwendolyne, lo que necesite, basta con que me lo pida.

—Gracias… No quiero abusar de su buena voluntad.

—Jamás. Su bienestar es primero. —Solo en ese momento se dio cuenta de que había sido demasiado vehemente. Su ardor fue obvio. Estiró una sonrisa a sus primas y dijo—: ¿Conformes?

Eleonor y Sophie asintieron. Gwendolyne las miró con desconcierto.

—¿De qué están conformes?

Eleonor respondió:

—De que estás bien y que no es grave tu estado de salud. Cuando llegó tu nota a la academia quisimos venir a verte todas las maestras. —Miró con reproche a su primo—. Pero Tony insistió que él se haría cargo y que no nos necesitaba. Además, argumentó que éramos muchas y te íbamos a importunar más de la cuenta. Por supuesto que no se lo permitimos, así que nosotras nos autodesignamos como delegadas del cuerpo docente para visitarte. —Tensó una sonrisa—. ¿Cierto, primito?

—Ajá.

—Y aquí estamos, querida Gwen.

Gwendolyne rio. Ligeras carcajadas llenaron la estancia, contagiando a los demás. La mirada de ella se cruzó con la de él y bromeó:

—Vaya autoridad, apenas pudo contener una rebelión.

Anthony se encogió de hombros.

—Con suerte pude negociar, son terribles… Bien, es hora de marcharnos. Nos vemos mañana, Gwendolyne.

—Hasta mañana, Anthony… Eleanor, Sophie.

Eleanor se despidió dándole un beso en la frente. Sophie con un abrazo. A Gwendolyne le llenó el corazón recibir tanto cariño, demostrado de tantas formas.

Pero lo que más la impactó fue cuando él le encerró la mano entre las suyas y le besó el dorso. No fue más que un toque ligero de sus labios, pero fue suficiente para que el rostro se le calentara.

Agradeció que nadie lo hiciera notar.

Y cuando se quedó a solas, Gwendolyne cedió al impulso de besar su mano, justo en el punto en que él posó sus labios.

Fue su propio *rubato*. Un instante robado al miedo.

Espressivo

Los ensayos se volvieron un momento anhelado por ambos. Mientras Anthony trabajaba en su oficina, miraba a cada rato el reloj, esperando que fueran las tres de la tarde.

Situación similar sucedía con Gwendolyne. Después de almorzar algo ligero con las maestras de la academia, se ocupaba de planificar sus lecciones. Era en ese lapso que consultaba su reloj de bolsillo. A veces le ganaba la ansiedad y se instalaba en la sala de música quince minutos antes.

Esa tarde de jueves, se encontró con que Anthony se había adelantado. Le daba la espalda. Como siempre, solo cubría la camisa con el chaleco y las mangas enrolladas hasta el codo. Tensaba las crines del arco.

No anunció su presencia, prefirió estudiar cómo se marcaban los músculos y venas de sus antebrazos, o la tensión del chaleco con cada movimiento de su espalda.

Suspiró entrecortado. Ahora podía definir esa emoción que la embargaba cuando lo miraba más de la cuenta. Era como un llamado primitivo que provenía desde sus entrañas y le hacía ser consciente de su propio cuerpo. Como si sus sentidos hubieran estado adormecidos toda su vida, y recién notaba que estaba viva.

Carraspeó para sacudirse esa sensación y romper el hechizo.

Anthony dio media vuelta… Esa mirada emocionada que la repasó de arriba abajo, ella jamás la olvidaría.

Dios, la sonrisa que él le brindó, tan amplia y satisfecha.

—Por fin ha dejado el luto, señora Langthorne. —Debía mantener las formas en la academia, aun así ella arrugó la nariz como muestra de desagrado, pero lo aceptaba por ese mismo motivo. Anthony se acercó a ella a paso vivo. Fue inevitable, lo atraía como el polo opuesto de un imán—. Sabía que se vería hermosa.

Ella alisó una arruga imaginaria de la falda de color lavanda. El vestido era recatado, sin demasiados adornos, pero era suficiente para verse menos pálida y apagada.

—Sí, estuve buscando entre mi ropa que usaba cuando estaba soltera. —Sonrió—. Es como si me hubiera quitado un peso de encima.

—Imagínese cómo será cuando pueda usar colores más vivos… —Anthony nunca imaginó que le haría tan feliz verla con ese cambio, él también se sentía más liviano—. Bien, ¿empecemos?

—Por supuesto.

Ella se sentó derecha e inclinó el arpa sobre su hombro. Él prefirió quedarse de pie. Había estado todo el día hundido en el sillón del escritorio, necesitaba moverse.

Sus expresiones cambiaron a una solemne concentración y el ensayo inició.

Dentro de esa sala se precipitaron las notas errantes y dispares, típicas de la afinación. Luego practicaron unas cuantas escalas para entrar en calor. Ambos eran metódicos en ese sentido, no se lanzaban a tocar sus instrumentos con sus músculos en frío. Aquello condenaba al músico a lesiones crónicas e incluso invalidantes.

Al culminar con la preparación, Anthony miró a Gwendolyne e hizo una leve señal. Ya iban a comenzar.

—Creo que hoy podremos ejecutar todo el primer movimiento, ¿le parece bien?

—Sí, estoy más que lista.

—Bien… Si uno de los dos se equivoca, el otro se va a limitar a continuar, debe ser capaz de alcanzarlo… Es un ejercicio para que cuando nos presentemos ante Grace no haya espacio para el silencio y disimulemos cualquier fallo.

—Nos cubriremos las espaldas.

—Exactamente, no se debe notar el error… Ni siquiera en el rostro, nada de gestos ¿de acuerdo?

—Va a ser difícil.

—Lo sé, usted frunce el ceño y aprieta los labios cuando se equivoca.

—Y usted chasquea la lengua.

Anthony arqueó sus cejas, pero de inmediato esa expresión cambió a una inquisidora mirada.

—No le creo.

Una sonrisa ladina emergió en los labios de Gwendolyne y asintió burlona.

—Pues sí lo hace… Cuando lo escuche se lo haré saber.

—Entonces haré lo mismo. ¿Trato hecho?

—Hecho.

Al unísono iniciaron el primer movimiento de la sonata, la cual tenía una extensión de unos trece minutos. No obstante, cuando apenas llevaban dos, Anthony susurró con un leve tono de amonestación:

—Esa boca…

Gwendolyne bufó por la nariz y se apresuró a alcanzar a Anthony en el siguiente compás.

Ella tuvo su revancha cuatro minutos después.

—Esa lengua… —Rio—. ¡¿Lo ve?! ¡Volvió a hacerlo!

Anthony negó con su cabeza reprimiendo una sonrisa. Se centró en la partitura, mas sus ojos se iban hacia ella de vez en cuando. No podía evitarlo, ni quería.

¿Cómo sería besarla?

Una imagen tan fugaz como pasional atravesó su mente. Ella entre sus brazos, con los ojos cerrados, ofreciéndole su cuello.

¡La partitura!

—¡La lengua, señor director! —Lo amonestó Gwendolyne.

Anthony volvió al momento. Las notas se transformaron en una montaña de manchas negras sin sentido. Resopló, frustrado. No pudo seguirla. Bajó los brazos y frunció los labios.

El sonido del arpa de Gwendolyne murió.

Anthony estiró una sonrisa apretada y luego dijo:

—Perdón… Creo que fue una terrible idea, me distraigo con su boca. —Lamentó de inmediato sus palabras y se apresuró a rectificar—: No de mala manera… O sea… Solo la miro… —Prefirió callar ante las cejas arqueadas de ella—. ¿En qué parte íbamos cuando me equivoqué?

—Ah… Esteee… —Leyó la partitura, y señaló el inicio del segundo sistema de compases de la tercera página. Él asintió y buscó ese mismo lugar en su hoja—. ¿Vamos a seguir con ese

ejercicio?

—Creo que me distrae más de la cuenta… —«No puedo dejar de mirar su boca». Se volvió a reprender en su fuero interno, no sabía cómo decirlo sin que ella lo malinterpretara o, peor aún, descubriera que él estaba enamorado. Esa tarde se sentía más torpe que nunca—. Perdóneme, no es mi intención culparla. Mejor seamos conscientes de lo que hacemos cuando nos equivocamos, e intentemos avanzar.

Gwendolyne no quiso señalarle a Anthony que estaba ruborizado. Ya parecía bastante mortificado. Sin embargo, sus últimas palabras cobraron otro sentido más profundo.

—No se preocupe tanto, señor Witney. Ha sido un ejercicio interesante. ¿Avancemos?

—Claro.

Anthony movió con suavidad su cuello de un lado a otro para deshacerse de una súbita tensión. Gwendolyne lo observó, hipnotizada. La manzana de Adán subió y bajó con sutileza, ella juntó y tensó sus muslos sin darse cuenta. Su boca se secó.

Cuando él tomó posición para comenzar. Ella parpadeó, centró su vista en la partitura y situó los dedos en las cuerdas, lista para continuar con la sonata.

A lo largo de sus ensayos, Anthony le indicaba el *tempo* con el pie e inspiraba profundo para señalar el inicio. Solo eso le bastaba a ella para acoplarse a él. Y esa vez no fue la excepción.

La música volvió a reinar en la sala. Ninguno de los dos desvió la mirada o se preocupó de algún sonido externo al violín o al arpa. Todo fluyó, igual que un río tranquilo en un día soleado.

Gwendolyne se sentía acompañada de una manera profunda, era como si sus corazones latieran al mismo tiempo. La melodía alternaba momentos de música, silencios, *crescendos* y *diminuendos* que se repartían entre ellos. A veces iban juntos, en otros pasajes, separados, pero siempre a la espera del compañero.

Y se dio cuenta de que un dueto era confiar, ir a la par, preocuparse del otro sin perder de vista el rumbo propio.

Al final del movimiento, la última nota moribunda se desvaneció en el aire hasta convertirse en silencio.

Anthony miró a Gwendolyne. Se encontró con sus ojos y su sonrisa amplia. Su pecho subía y bajaba con alegre rapidez.

Él conocía esa emoción, esa euforia de saber que había sido perfecto.

Y antes de que pudiera decirle algo, espontáneos aplausos surgieron desde la puerta y las ventanas de la sala. Hasta ese momento, no notaron que tenían como público a algunas alumnas de la academia.

En medio de la algarabía se escuchaba:

—Oh, maestra Langthorne, ha sido magnífico.

—Otra vez, otra vez…

—Bravo, bravo…

—Señor Witney, quiero tocar el violín como usted. Enséñeme.

—No seas descarada, Mirna.

—No perdía nada con intentarlo.

—¿Van a presentar un concierto a las alumnas?

Anthony le ofreció su mano a Gwendolyne para que se pusiera de pie. Y le susurró:

—Hay que agradecer al respetable público.

Ella le tomó la mano y se dejó guiar hasta quedar al lado de él. Sin romper el contacto, hicieron una reverencia que avivó los aplausos y los elogios.

Anthony hizo un ademán hacia ella, como si dijera: «Su maestra es la que merece la atención». Gwendolyne, con el rostro colorado, les brindó una nueva reverencia. Y los aplausos se elevaron al cielo, incluso unos silbidos emergieron espontáneos.

Se dedicaron una mirada fugaz. Él le guiñó un ojo, le dio un leve apretoncito y le dijo:

—Ahora vamos a tener que darles un concierto a ellas también.

—Así parece…

Anthony se obligó a soltar a Gwendolyne y elevó su tono de voz:

—Gracias, señoritas… —Hizo un ademán solicitando silencio, los aplausos se extinguían poco a poco—. Gracias, señoritas… Bien… Gracias… —La sala por fin se envolvió en un expectante silencio—. Como han podido apreciar, estamos ensayando un dueto de arpa y

violín. ¿Les ha gustado?

Un coro afinado y alegre respondió:

—Sí, señor Witney.

—Me alegra mucho. Cuando esté lista la sonata la presentaremos ante ustedes y… y podría invitar a otros músicos, algo así como un festival.

Una voz preguntó:

—¿Habrá alguna clase especial para las alumnas?

—Depende de muchos factores, pero si se da la oportunidad, podríamos impartir alguna clase magistral para las que se interesen.

—¿Habrá cantantes de ópera? —preguntó otra.

—Tengo que evaluarlo, pero es una buena idea. La voz es el primer instrumento que usamos en la música. —Las jóvenes con inusitada emoción comentaban esa novedad. Nunca se había organizado un festival—. Bien, señoritas. Si nos disculpan… Debo conversar algunos asuntos con la maestra Langthorne. —Las muchachas hicieron caso omiso—. En privado. —Risitas coquetas y burlonas llenaron la estancia. Anthony endureció su tono, que sonó más severo y amonestó—: Señoritas, por favor, compórtense como adultas.

Más risitas.

En ese momento, la voz de Gwendolyne emergió firme:

—Señoritas, ya habló el director, respétenlo antes de que se arrepienta del festival y lo cancele… Vuelvan a sus actividades de siempre, por favor. El ensayo ha concluido.

Algunas rezongaron con guasa, pero obedecieron y se fueron dispersando. Él aprovechó ese interludio para guardar su violín y sus partituras.

Al poco rato volvieron a quedar a solas. Anthony puso sus manos en jarras, y con su cejo fruncido le dijo con un tono decididamente infantil:

—¿Por qué diablos no me respetan como autoridad y a usted sí?

Gwendolyne rio.

—Porque han obedecido por demasiado tiempo a los hombres que las han dominado… Digamos que aquí tienen cierta libertad para

desafiar esa autoridad masculina sin recibir un castigo demasiado severo. Además, debe admitir que ellas ya se habían tardado en soltarse con usted, siempre está serio y las espanta. Ahora que lo han visto más humano, se han atrevido a confiar.

Anthony se lo pensó por largos segundos y convino:

—Tiene razón. Pero me parece que tendré que dar órdenes tras sus faldas.

—No crea que ya no lo respetan, de verdad lo hacen, pero usted ahora no representa un peligro para ellas. Debería sentirse halagado, no le temen.

—Como dice Sophie: «Me ofende muchísimo, pero lo tomaré de todas formas».

Gwendolyne rio.

Anthony soltó un suspiro, que ella interpretó de diversión. Él supo ocultar muy bien la fascinación que le producía escucharla reír, cada vez era más seguido, más alegre, más libre.

Y a propósito de libertad, esa misma palabra le recordó a él:

—Pasando a otro tema, supe que no pudo ver a mi tío August el lunes.

—No, pero ayer sí pude reunirme con él.

—¿Y qué le comentó sobre la reunión de accionistas?

—Oh, revisamos el reglamento interno de la junta directiva. No hay nada que me impida la venta de las acciones. No es ilegal.

—Eso quiere decir que su padre solo está… —«Jodiendo», pensó—… fastidiando.

—Quizás cree que puede manipularme a través del miedo… —Tomó una bocanada de aire para domar la angustia que sentía ante esa imagen—. Aunque debo reconocer que me aterra verme rodeada de tantos hombres viejos, intentando presionarme.

Anthony quiso ofrecerse para escoltarla y darle su apoyo moral. No obstante…

—¿La va a acompañar mi tío en esa reunión?

—Así es. Lamentablemente, si voy sola me comerán viva, la presencia del señor Montgomery será un elemento disuasorio… —Apretó los labios, se debatió por largos segundos y pidió—: Aun así… Sé que puede sonar absurdo, pero… ¿Podría acompañarme

usted también? Siento que… No sé si podré manejar esa situación sin perder el aliento… pero, si eso sucede…

—Por supuesto que la acompañaré. No se preocupe, siempre estaré a su lado.

—Gracias, por todo lo que ha hecho por mí.

—Es un placer… —Su mirada se desvió a los labios rosados de ella, justo los humedecía con su lengua. Fue una enorme prueba a su autocontrol, aquel era un gesto sin coqueta premeditación, pero, de todas formas, lo sedujo. Desvió su atención hacia el arpa, y fue su salvación—. Ah, casi lo olvidaba. —De su bolsillo sacó un papel plegado y se lo dio a Gwendolyne—. He anotado cuatro opciones que he encontrado para comprar el arpa. Todas están disponibles para adquirirlas de inmediato, descarté las que nos obligaba a esperar el tiempo que tarda la importación desde Francia. Entre ellas hay una usada, pero se veía en excelentes condiciones.

—Entiendo. —Gwendolyne leyó y preguntó—. ¿Podemos ir a verlas y probarlas?

—Así es. Estaba pensando que el martes, en vez de ensayar, salgamos temprano. Haremos un recorrido por todos los vendedores para probar y finiquitemos ese asunto. Así podremos ensayar a gusto.

—De acuerdo, me alivia mucho que tenga un plan… A veces los vendedores tienden a ser… —Arrugó su nariz con desagrado.

—¿Idiotas que no respetan a una mujer que desea comprar algo y la tratan como si fuera una niña de dos años?

—Sí, e intentan enseñarme cosas que ya sé. Me ha pasado en librerías o cuando quiero comprar una partitura… Una vez un vendedor me quiso explicar que una mujer como yo no puede tocar el arpa, porque mis dedos son frágiles y además soy de complexión pequeña… Idiota.

—Los hombres tendemos a ser imbéciles a veces. En el pasado también he pecado de intentar explicar algo que alguna de mis hermanas o primas ya sabían… Ahora me muerdo la lengua a menos que me pregunten. Me gané muchos reproches y largos sermones por esa actitud condescendiente.

—Creo que ha aprendido muy bien cuando callar. —Anthony se

encogió de hombros. Ella sonrió con esa despreocupada reacción y añadió—: ¿Va ahora a Peony House?

—Sí, ¿por?

—Lo llevo, debo pasar a la casa de su primo, lord Bolton. Tengo una reunión con él para conversar sobre las propiedades que quiero vender.

Por un segundo Anthony quiso usar esa visita como excusa para acompañarla a casa de Lawrence, pero Gwendolyne no se lo había pedido. No le quedó más remedio que aceptar lo que le ofrecían. No podía estar cerca de ella a cada momento… Además, la casa de su primo era un lugar seguro.

—Muchas gracias, así me ahorra alquilar un carruaje.

Gwendolyne ladeó su cabeza y preguntó:

—¿Por qué no tiene un carruaje propio?

—No lo he necesitado antes. Y es bastante costoso mantener ese lujo. Prefiero darle prioridad a que se muevan con seguridad mis padres o mis hermanas… Y como siempre estoy con mi violín, un caballo no es opción, podría dañarlo con el movimiento.

—Oh, entiendo… Bueno, ¿vamos?

—Deme unos minutos. Iré a buscar mi levita…

Y por mero impulso, ella quiso saciar su curiosidad preguntando:

—¿Por qué siempre se la quita?

Anthony se rascó la nuca, buscando una forma apropiada para responderla. Fue inútil, por lo que optó por la verdad.

—Si fuera por mí, andaría hasta descalzo. Va a sonar escandaloso, pero no me gusta usar tanta ropa.

Lo que imaginó Gwendolyne fue escandaloso, y eso que fue bastante recatado: él, descalzo, solo vistiendo pantalones y una camisa desabotonada, mostrando la piel del pecho.

Esa imagen espoleó otra interrogante:

—¿Y no le da frío? No digamos que la primavera inglesa se caracteriza por el calor.

—Pues a veces sí, pero opto por la comodidad… Bien, voy a buscar la levita, nos encontramos a la salida.

Anthony la dejó a solas. Gwendolyne suspiró. Se tocó las

mejillas, ardían.

¿Qué le estaba pasando?

Disfrutaba de la compañía de Anthony, le gustaba mucho su forma de ser, de pensar… Pero de ahí a fijarse en su cuerpo, imaginarlo, anhelar el calor de él, tocarlo… era algo que nunca se le cruzó por la mente.

¿Eso era lo que le contaron las maestras de la academia meses atrás? ¿Atracción física? ¿Excitación? ¿Deseo?

Al recordar sus explicaciones, el calor se avivó extendiéndose por el cuello, el pecho, incluso las orejas. Terminó abanicándose el rostro con la mano, tal como lo hacía su institutriz.

Ah, qué fastidio. Extrañó el velo del luto. Al menos con eso podía esconder lo que ahora se le escapaba por cada poro de su piel.

Sin embargo, abrazó esa sensación. Ese deseo… Esa necesidad… era algo nuevo, y era suyo, solo suyo. Le demostraba que estaba viva. Y, por primera vez en toda su existencia, quería experimentar sin reglas, sin censuras.

Como la serenata improvisada de Anthony; vivaz, libre, que salía del alma… sin partituras rígidas que delimitaran su sentir.

Cadenza

A la mañana siguiente, una hilera de carruajes aguardaba a las afueras de la Academia Hope. Anthony llevaba el listado de alumnas de cada grupo con su respectiva maestra, la que oficiaba como responsable de ellas.

Cada carruaje tenía capacidad para diez personas, por lo que iban a bordo ocho a siete alumnas por cada maestra a cargo.

Anthony tachó a la última alumna del grupo C, cerró la portezuela, miró al cochero y dijo:

—Ya puede irse… Nos vemos en el museo, buen viaje.

El cochero se tomó la visera de su gorro, movió las riendas y partió. Anthony rio bajo al escuchar las risitas nerviosas de las jóvenes.

Dirigió su atención hacia la puerta, ahí se encontraba Gwendolyne guiando a sus alumnas que formaban una fila. A los pocos segundos, él tenía a la primera frente a él y la nombró:

—Mirna Jones… —Hizo una marca al lado del nombre y le ofreció la mano.

La joven, antes de tomarla, se atrevió a comentar:

—¿No me diga que le ha ayudado a subir a todas las muchachas sin guantes? —La expresión mortificada de Anthony hizo reír a la joven—. No se preocupe, de cualquier modo es una ridiculez, solo era una broma, señor Witney.

—Aunque sea una ridiculez debo seguir las normas, señorita Jones. Está bien que ya lo tenga interiorizado, porque cuando le toque trabajar de institutriz tendrá que estar pendiente de esas nimiedades.

—Sí, ya me han arruinado. Soy una alegre mojigata. —Tomó la mano de Anthony y subió.

Las demás alumnas no le comentaron nada, pero lo miraban con una expresión risueña y burlona. Lo cierto era que les encantaba poner en aprietos al director.

Al final de la fila estaba Gwendolyne.

Solo se miraron, él hizo una marca al lado del nombre de ella y le ofreció su mano susurrando:

—Con cuidado, señora Langthorne.

Apenas se tocaron, ella percibió el calor y una ligera caricia en sus dedos. Fue tan fugaz como un suspiro, pero también se sintió como si hubiera durado una eternidad.

Anthony cerró la portezuela y le dio la orden al cochero para que partiera. Se frotó los dedos sobre su palma, intentando preservar el fugaz calor del contacto.

Soltó un suspiro resignado cuando se desvaneció.

Mientras el carruaje se alejaba, se oyeron risitas. No obstante, para él eran diferentes a las de los otros grupos, había un tinte coqueto que conocía bien.

Se dirigió hacia la entrada para encargarse del último grupo y repitió la misma rutina. Cuando ayudó a subir a la última alumna, él hizo lo propio y dio la orden de partir.

El carruaje se meció e inició la marcha. El grupo de Anthony correspondía a las alumnas más jóvenes, muchachas que tenían entre quince y diecisiete años.

Por algunos momentos, el silencio reinó en la cabina. Anthony se distraía con el paisaje que se apreciaba desde la ventanilla, mas se sentía observado.

Una de las alumnas, Magnolia Burton, carraspeó y preguntó:

—Señor Witney, ¿es verdad que después de que termine su reemplazo se casará con la señora Langthorne?

Las cejas de Anthony se alzaron, al punto de formar cuatro surcos en la frente y entreabrió la boca. Recompuso su expresión y le propinó una mirada severa a la muchacha. Solo le respondió un lacónico:

—Sin comentarios. —No se le ocurrió otra respuesta más contundente. Lo cierto era que esa pregunta reavivó ese anhelo que cada día crecía a la par de sus incertidumbres.

Si el cielo lo bendecía y Gwendolyne le correspondía, si ella lo aceptaba, ¿él sería suficiente? ¿Estaría a la altura de las expectativas? ¿Podría ser un esposo que hiciera feliz a su mujer en todos los aspectos?

Las muchachas, sin atisbar sus tribulaciones, rieron. Magnolia volvió al ataque y añadió:

—Las chicas dicen que la silla de la oficina del director debe estar hechizada.

Anthony entrecerró sus ojos ante aquel cambio de tema tan brusco. Algo se traía entre manos esa joven.

—¿Por qué dicen semejante ridiculez?

—Porque todas las personas que se sientan ahí terminan casadas.

Otra muchacha, Gloria, añadió:

—Es cierto, señor. Su hermana mayor fue directora y se casó, su prima también se casó y se convirtió en su cuñada… —Sonrió—. Usted es el próximo.

—¿Y qué les hace suponer que yo me casaré con la señora Langthorne? —interpeló, pensando cómo demonios esas muchachas habían llegado a esa conclusión.

Gloria se encogió de hombros y respondió:

—Hacen bonita pareja.

Cierto alivio lo invadió. Las razones carecían de peso, solo eran las ensoñaciones románticas de esas muchachas. Por un angustioso segundo pensó que no estaba siendo cuidadoso en ocultar sus emociones, y aquello podría dificultar el trabajo de Gwendolyne como maestra. Lo que menos deseaba era incomodarla.

Negó con su cabeza y dijo:

—Ustedes tienen demasiada imaginación.

Las muchachas rieron y pronto su atención se volcó en el trayecto. El paisaje cambió del cielo a la tierra cuando cruzaron el puente Waterloo y se internaron en la zona más elegante de la ciudad.

Para Anthony, aquel paisaje era algo normal, pero para sus alumnas era diferente. La mayoría vivió en la marginalidad de la pobreza y los burdeles. En sus ojos se reflejaba una mezcla de asombro y cierto resentimiento. Él había tenido el privilegio de nacer hombre, en el seno de una familia con poder. En cambio, a ellas les tocó vivir en un mundo mucho más violento y despiadado.

Como academia solo podían hacerse cargo de un puñado de ellas. No era viable salvarlas a todas, pero a esas pocas se lo darían todo en la medida de sus posibilidades.

Cuando llegaron al museo, los otros grupos ya se encontraban a la entrada. Las maestras ya tenían a sus alumnas organizadas, y se respiraba en el ambiente una contenida emoción.

Las alumnas, con sus uniformes impolutos, dejaron de lado las risas y se transformaron en la seriedad personificada. Eran las representantes de un proyecto, dependía de ellas que siguiera habiendo ese tipo de instancias para las futuras alumnas; el buen comportamiento era un asunto primordial. No se trataba de una simple visita al museo, era una prueba en la que demostrarían sus avances, querían ser dignas de esa segunda oportunidad que les otorgaba la vida y el destino.

Anthony ayudó a sus alumnas a descender del carruaje y luego buscó con la mirada a Gwendolyne. No le costó encontrarla, su vestido lavanda era inconfundible entre las alumnas, cuyo uniforme era azul marino. Ella se reunía con el resto de los grupos.

La fachada del Museo Británico se encontraba en proceso de edificación. Durante décadas, la antigua Montagu House se fue ampliando y remodelando poco a poco, y solo quedaba la finalización del pórtico que emulaba las monumentales construcciones griegas.

Un hombre alto, canoso y de aspecto bonachón se acercó a Anthony con una sonrisa, extendía su mano para ser estrechada. Con un marcado acento italiano, saludó:

—Buenos días, señor Witney.

—Buenos días, señor Panizzi. —Estrechó la mano con firmeza—. Muchas gracias por recibirnos.

—Es un placer. —Sonrió y rompió el contacto.

—Le presento a las maestras de la Academia Hope: lady Charity Martin, hija del duque de Hastings; lady Rachel Moore, hija del conde de Corby; las señoritas Sophie y Eleonor Montgomery, hijas del ilustre abogado August Montgomery; y por último las señoras Betty McGuire, Marjorie Trainor y Gwendolyne Langthorne. —Todas las maestras hicieron una respetuosa reverencia. Anthony se dirigió a ellas y a las alumnas, y añadió—: El señor Antonio Panizzi es el Conservador de Libros Impresos del Museo Británico, y tendremos el privilegio de que sea nuestro guía el día de hoy.

Las alumnas le brindaron una respetuosa reverencia y dijeron a coro:

—Estamos agradecidas, señor Panizzi.

El hombre asintió con una sonrisa satisfecha y dijo:

—Damas y señoritas, sean bienvenidas. Que su curiosidad erudita y hambre de conocimiento sea saciado en este viaje. Síganme, por favor.

Y así se inició la visita guiada. Las maestras iban de a dos resguardando sus respectivos grupos. Las alumnas, entretanto, tomaban notas en sus libretas acerca de lo que observaban y lo que el señor Panizzi comentaba.

Primero entraron en el Salón Egipcio, lugar donde se encontraban los vestigios de monumentos, esculturas colosales, y sarcófagos. La atracción principal era la Piedra Roseta, con la cual los arqueólogos pudieron descifrar los jeroglíficos de tan ancestral civilización.

Contigua a ese salón se encontraba la Sala Egipcia. En ella se exhibían objetos domésticos, vestimentas, momias de animales y humanas.

Todos observaban con fascinación y escuchaban atentos la información que proporcionaba el señor Panizzi.

Anthony se sintió orgulloso de las alumnas que estudiaban con silenciosa diligencia, pero también se atrevían a formular preguntas precisas al señor Panizzi, quien las respondía con presteza.

Luego pasaron al Salón de Bronce, el cual contenía valiosas figuras griegas y romanas, una colección de jarros decorados con escenas mitológicas y de la vida cotidiana.

La Sala de Medallas contenía una gran colección de monedas modernas y antiguas —griegas, romanas, etruscas, púnicas y españolas—, y también medallas.

Luego se encontraba la sala zoológica con un gran número de animales exóticos disecados, mamíferos, aves, insectos, crustáceos, esponjas y moluscos. Al lado de ella, se encontraba el salón que contenía una colección mineralógica. A continuación, la sala con restos orgánicos, la cual albergaba fósiles y esqueletos de especies extintas de un pasado remoto, antes de la existencia del ser

humano. Las alumnas apenas hablaban, impresionadas de aquellos vestigios que evidenciaban que la historia de la Tierra era mucho más que lo que se contaba en la Biblia.

La última sala en visitar fue la Galería Townley, en la que se exhibían esculturas de mármol de la cultura greco-romana.

En cuanto se adentraron, sonrisas apenas contenidas se instalaron en los rostros de las alumnas. En sus expresiones había un atisbo de picardía al admirar tanto las figuras femeninas, como las masculinas de aquella colección. Sus miradas eran inofensivas, pero tenían un matiz afilado, certero, uno que tuvieron que aprender y perfeccionar para sobrevivir en un mundo donde las palabras no importaban.

Anthony se fijó en cómo Gwendolyne intentaba no parecer inexperta e impresionable ante El Discóbolo. Estudiaba las formas masculinas con interés, mas no con morbo. Había algo de inocencia, era como si fuera la primera vez que se presentaba ante ella un hombre desnudo. Su actitud era todo lo contrario al de las otras maestras, que parecían indiferentes ante esa representación de la perfección física del atleta.

En el laberinto de los pensamientos de Anthony, se preguntó si Gwendolyne lograría alguna vez exorcizar al fantasma de Langthorne y su fatídica noche de bodas, si podría despojarse del miedo, y entregarse a los placeres que podía proporcionarle un encuentro íntimo. Él, como todos los Herederos del Diablo, era consciente de que el placer femenino existía, y una prueba de ello eran las sonrisas satisfechas de las esposas de sus amigos y parientes. Para ellos era una gran mentira esa creencia de que ellas no sentían nada. Quizás ese mito se instaló porque los hombres no eran capaces de complacerlas, o porque las mujeres no deseaban intimar con un hombre más de lo necesario, solo para concebir.

No obstante, Anthony estaba seguro de que él no podría brindarle placer a una mujer. No importaba todo el conocimiento que tenía acumulado, si en la práctica él era inservible… No era un hombre.

Magnolia Burton levantó su mano y, con una seriedad digna de una erudita, preguntó:

—Señor Panizzi, ¿por qué a las esculturas masculinas les han extirpado sus genitales?

Anthony sintió esa pregunta como una nota chirriante y desafinada. Casi se le salieron los ojos de sus cuencas ante semejante atrevimiento. Gwendolyne frunció el ceño y se fijó en el detalle que la muchacha señalaba. Su rostro se incendió.

La galería se inundó con un silencio denso y sepulcral, incluso se escuchaban los sonidos de los trabajos de la construcción del pórtico.

El señor Panizzi, estudió a la joven que esperaba su respuesta con solemne atención, al igual que las demás. Se aclaró la garganta y dijo:

—Hay diversas explicaciones. Unas sugieren que el paso del tiempo y de los elementos afectó a las partes más… frágiles de las esculturas. Eso también sucede con manos, brazos y otros apéndices de la estructura. Otras obras, lamentablemente, pudieron ser vandalizadas por personas que se ofendían con la desnudez representada.

—Oh, entiendo. Es una lástima no poder apreciar en su total dimensión algunas de estas obras de arte. Estoy segura de que reflejan la perfección de Dios para crear al ser humano.

—Así es, señorita. —El señor Panizzi sonrió, satisfecho.

Anthony soltó el aire de sus pulmones, Magnolia fue muy astuta en poner a Dios en su argumento.

Nadie podía negar la perfección de Dios.

El recorrido llegó a su fin, el señor Panizzi se despidió de todos, esperando que el próximo año volvieran a visitar el museo.

Aquella declaración alivió a Anthony. La impertinente pregunta de Magnolia los puso en la cuerda floja por inacabables minutos. Pudieron ser vetados para siempre, si otra persona hubiera oficiado de guía. El señor Panizzi era uno de los miembros del museo más liberales, cualquier otro se habría escandalizado. Por ese mismo motivo, se contactó con él en primer lugar para organizar esa visita.

Con pasos lentos, alumnas y maestras volvieron a recorrer de vuelta las otras salas y salones. Anthony se mantuvo a la retaguardia del grupo y Gwendolyne, discreta, se acercó a él.

Como si lo hubieran acordado sin palabras, ralentizaron su andar y se rezagaron por un par de metros. Él le ofreció su brazo, ella lo tomó sin dudar y dijo en voz baja:

—Magnolia se atrevió a hacer esa pregunta que todas teníamos en nuestra mente. Menos mal que su tono de voz no era bobalicón.

Anthony miraba al frente, mas se inclinó levemente hacia ella y susurró:

—Sudé frío cuando la escuché. Imaginaba todas las penas del infierno cayendo sobre nosotros.

—Yo también, pero el señor Panizzi fue muy amable y considerado… Creo que, independiente de esa pregunta, todas se comportaron más que bien.

—Coincido… El señor Panizzi es un defensor del conocimiento. Él considera que todos tienen derecho a acceder a la información, eso no les gusta demasiado a los intelectuales que dirigen el museo y…

Las palabras de Anthony murieron.

Ante ese repentino silencio Gwendolyne lo miró. Su expresión era como si hubiera visto un fantasma. Extrañada, buscó la fuente de ese temor.

Una mujer… No una cualquiera, sino una beldad, tan perfecta como las esculturas que acababan de apreciar. Exudaba clase, distinción y una especie de poder femenino que llegaba a ser intimidante. Iba del brazo de un hombre tan atractivo y viril, que hacía que los demás varones parecieran niños. Una pareja perfecta que se susurraban, cómplices, y no dejaban de mirarlos.

Gwendolyne notó la tensión en Anthony cuando ellos se aproximaron con sendas sonrisas. La mujer lo saludó con voz cantarina:

—Tony, querido. Tanto tiempo, te ves impresionante.

Él solo inclinó su cabeza con un movimiento rígido y seco, y se obligó a contestar:

—Milady.

La mujer sonrió. Dientes blancos, perfectos… Ignoró la evidente incomodidad de Anthony.

—He ido a los conciertos del Quinteto Divino. No sabía que

poseías algún talento. Me has sorprendido mucho. —Gwendolyne frunció el ceño, el tono tenía un tinte despectivo—. Oh, qué torpe soy, Tony. Te presento a mi esposo, Massimo Thornton, conde de Crawley. Massimo, él es el señor Anthony Witney, heredero del vizcondado de Rothbury.

Ambos hombres se estrecharon las manos con firmeza. Massimo apretó más fuerte, casi como un desafío.

—Me han hablado mucho sobre usted, señor Witney. Un placer.

—No soy digno de mención, milord —repuso Anthony y rompió el contacto. No pretendía seguir ese juego.

La sonrisa de Massimo se estiró maliciosa, y añadió:

—Su velocidad es célebre. —Miró de soslayo a su esposa—. Ingrid me ha dicho que nadie lo supera.

Lady Crawley rio al notar cómo Anthony apretaba la mandíbula.

—Oh, mi vida. No lo avergüences frente a… Perdón no hemos sido presentadas. ¿Nos haces el favor, Tony?

Anthony, tenso como las cuerdas de su violín, asintió. No podía huir ni dar un espectáculo en público. Sentía que todos los miraban. Se preguntó qué pensaba Gwendolyne, si ella ya estaba conjeturando.

—Lady y lord Crawley, les presento a la señora Gwendolyne Langthorne, accionista mayoritaria de la naviera Langthorne Shipping Company.

Gwendolyne conocía la naturaleza de esa presentación, debían exhibir lo que poseían, medir quién tenía más. Esas eran las normas que imperaban, y tal parecía que aquellas personas se iban a aferrar a cualquier recurso para imponerse.

Siguiendo ese juego, ella dijo:

—Es un placer conocerlos.

Ingrid no se abstuvo de comentar:

—¿Al señor Langthorne no le molesta que esté paseando del brazo de otro hombre?

Gwendolyne alzó su barbilla y respondió:

—Supongo que no. Desde que el señor Langthorne murió, no tiene opinión sobre ello.

Lejos de fingir compasión, Ingrid miró a Anthony y repuso:

—Veo que tu afición por las viudas no ha cambiado en cinco años. —Arqueó una ceja y le dijo a Gwendolyne—: Señora Langthorne, no se ilusione demasiado con el señor Witney, se puede llevar una decepción… Si es que ya no lo ha hecho, pobrecilla.

La paciencia de Gwendolyne llegó a su límite. ¿Por qué Anthony no los mandaba a freír espárragos? ¿Qué se creían? Con mucho esfuerzo domó todas sus ganas de insultarlos y maldecirlos, y solo se limitó a decir:

—Es muy generosa con su advertencia, pero resulta bastante inútil. El señor Witney jamás me ha decepcionado en nada. Desde el primer día ha sido un hombre excepcional. Me extraña que no sepa que en cinco años una persona puede cambiar hasta ser irreconocible. No se atreva a juzgarlo con tanta ligereza, milady… Si nos disculpan, debemos marcharnos, tenemos asuntos muy importantes que atender. Quisiera decir que ha sido un placer, pero me enseñaron que mentir es un pecado. Agradezcan que soy una dama educada y no digo lo que pienso de ustedes, les escocería los oídos.

Solo bastaron esas palabras y Anthony por fin sintió que el aire entraba a sus pulmones. Se dejó llevar por Gwendolyne y ni siquiera se tomó la molestia de decir algo más. No le importaba que pareciera que se escondía tras las faldas de ella. Era como volver al pasado, no podía dejar de sentirse paralizado y humillado…

Defectuoso, vacío. Tal como hacía cinco años.

Anthony sabía que no debía mirar atrás, pero el eco de los recuerdos le palpitaban en la nuca, incitándolo a convencerse de que lo que había vivido hacía segundos era real… Que ellos eran reales.

Las zancadas decididas de Gwendolyne le confirmaban que no era una pesadilla, sino la realidad. No sabía si ella lo intuía, pero estaba seguro de que callada no se iba a quedar, le iba a preguntar.

Y cuando él le diera las respuestas…

No quería imaginar.

Appassionato

El trayecto de vuelta se ejecutó tal como el de ida. Sin embargo, Anthony se envolvió en silencio, el cual se reflejaba en las oscuras nubes aglutinadas en el cielo. En el aire se olía esa humedad que anunciaba una tarde lluviosa.

En el carruaje, a las alumnas no les pasó desapercibido el cambio en el ánimo del director. Su semblante era diferente a la del hombre de hacía media hora. Facciones duras, líneas severas y un mutismo que era mejor no perturbar.

Cuando llegaron a la academia, cada maestra se hizo cargo de sus alumnas y fueron ingresando al edificio. El último en entrar fue Anthony, quien pagó a uno de los cocheros el importe del servicio completo.

La visita al Museo Británico había llegado a su fin.

Gwendolyne arribó antes que él. Preocupada, se mantuvo a una distancia prudente para observarlo. Luego del encuentro con la condesa, él se encerró en sí mismo y limitó sus palabras a solo monosílabos, por lo que ella decidió no buscar ni presionar por una respuesta… Al menos no una inmediata, pero tarde o temprano la obtendría.

Y es que sentía un dolor inmenso por Anthony, sabía que algo importante había pasado entre la condesa y él, y que, de alguna u otra forma, terminó mal y lo dejó herido.

Ahora se daba cuenta de que esa herida seguía abierta.

Nunca olvidaría cómo se esfumó esa sonrisa satisfecha y se convirtió en una línea fina, tensa… Triste. Los ojos de Anthony, siempre risueños y cálidos, se transformaron en dos pozos tormentosos y él, en vez de huir o replicar con acidez esos comentarios ambiguos pero venenosos, parecía hundido en el suelo, como si estuviera dispuesto a recibir aquel castigo.

Como si lo mereciera.

En la academia, su cambio tampoco pasó inadvertido, pese a que respetaron su excusa de que le dolía la cabeza. En el ambiente se percibía que algo andaba mal; las sonrisas se atenuaron, las risas espontáneas se apagaron… Las alumnas no se habían dado cuenta,

hasta ese momento, que le habían tomado mucho cariño al director, al punto de afectarlas anímicamente cuando él no era el de siempre.

El día transcurrió envuelto en esa pesadez. La campana incluso sonó melancólica cuando anunció el término de las clases a las dos de la tarde.

Gwendolyne despidió a sus alumnas de la clase de historia y se dirigió a la sala de música. Era viernes, por lo que practicaría en solitario, a Anthony le tocaba ensayar con el quinteto en la Academia Cross.

Sin embargo, cuando se dispuso a pulsar las cuerdas del arpa, no hubo sonido ni emoción. Se sentía vacía, como si ella hubiera sido el blanco del ataque de los condes.

—No, esto no puede ser…

No aguantó más. No tenía planeado ir a buscarlo, al menos no tan pronto. Pero no soportaba verlo encerrado, marchitándose en un silencio que era más doloroso que cualquier palabra.

Dejó el arpa en su lugar y, dando largas zancadas, fue a la oficina de Anthony. Por lo general, la puerta permanecía abierta, pero en ese instante estaba cerrada. Aquello confirmó la gravedad del asunto, no eran suposiciones exageradas.

No dudó ni un segundo más y golpeó.

Silencio. Ninguna respuesta.

Aquello no la detuvo, abrió la puerta y se encontró a Anthony poniéndose la levita. Su cabello parecía haber sido víctima de un vendaval, revuelto, como si hubiera tirado de él sin cesar. Pero lo que le hizo entrar sin pedir permiso fueron sus ojos enrojecidos.

Él la miró y no dijo nada. Tampoco cuando ella cerró la puerta tras de sí.

Gwendolyne alzó su barbilla, tomó una honda bocanada e indagó:

—Esa mujer le hizo mucho daño, ¿cierto?

Por medio segundo los movimientos de Anthony se paralizaron, para luego continuar adecentando el cuello de la levita.

—No sé de qué habla, Gwendolyne.

—Estoy hablando de esa víbora que no hizo más que hacer comentarios venenosos y fuera de lugar. Usted tuvo algo con ella, ¿o

me equivoco?

La palabra «víbora» le arrancó una amarga sonrisa a Anthony.

—A veces el veneno puede ser el remedio para muchos males.

—O los puede empeorar. Ellos fueron muy desagradables con usted, ni siquiera se contuvieron ante una extraña como yo. —Anthony desvió sus ojos. Gwendolyne, resopló frustrada—. ¿Por qué no se defendió, *cariad*?

Él frunció el ceño al escuchar esa última palabra, era galesa. A veces olvidaba que Gwendolyne lo era.

Significaba «querido».

¿Cómo podía sentir esperanza y derrota al mismo tiempo?

—¿De verdad quiere saberlo? ¿Aunque cambie la imagen que tiene usted de mí y la decepcione?

—Voy a correr el riesgo… Toda historia tiene dos versiones, ellos ya mostraron la suya, y no les favorece.

Anthony suspiró y le ofreció que se sentaran en el área de estar de la oficina. Gwendolyne tomó lugar en un sillón, él en el sofá contiguo a este.

El silencio reinó. Anthony no tenía idea de cómo empezar a relatar algo tan íntimo, tanto que nadie lo sabía. Ni siquiera Caleb o Matt, sus mejores amigos, estaban enterados. Entrelazó sus dedos y clavó su vista en sus pulgares inquietos. No se atrevía a mirar a Gwendolyne.

—No creo que Ingrid sea el comienzo de todo, sino alguien antes que ella... Se llamaba Anna. En esa época yo estaba en Oxford estudiando en la universidad. Tenía dieciocho años la primera vez que me enamoré. Ella era hija del posadero donde me hospedaba… —Detuvo su relato y miró de soslayo a Gwendolyne, esperando a que lo interrumpiera, pero ella solo lo observaba con una expresión inescrutable y una postura envarada—. A diferencia de usted, yo tenía mucha información respecto a lo que sucede entre un hombre y una mujer cuando están a solas en una alcoba… Hay una regla no escrita de los Herederos del Diablo respecto a ello: para ser un buen amante, hay que estar pendiente de la respuesta de nuestra compañera. Mientras más sepamos, mejor.

Gwendolyne apretó los labios, se imaginó a Anthony con otra y

sintió una extraña e inusitada ira. Celos. En su vientre se ceñía un visceral nudo.

Anthony solo continuó con su relato:

—Nuestra relación avanzó lo suficiente como para aprender a obtener el placer femenino sin llegar a quitarle la virtud… —Detuvo su relato, no sabía si era apropiado entregarle más detalles. No obstante, su dilema no se extendió por demasiado tiempo, no pecaría de omisión—. Hay lugares sensibles en las mujeres que ni siquiera tienen idea de que lo poseen… y obtener ese conocimiento hace que uno se vuelva arrogante. Quise casarme con ella y nos comprometimos en secreto a inicios del verano. Volví a Londres por el receso de agosto en mis estudios… No le hablé a mis padres de ella, temí que la rechazaran por su origen humilde. Decidí que me casaría a mi regreso a Oxford, así nadie podría impedirlo. —Carraspeó—. Cuando volví en septiembre, Anna se había casado con otro… Su única explicación fue que nunca creyó que me iba a casar con ella, y aceptó la propuesta de un hombre mayor que también la pretendía. Ese golpe no hizo que fuera menos arrogante y, decidido a hacerle daño, le dije que nadie le haría sentir como yo… Ella respondió que fingió para no herirme, que en realidad nunca experimentó placer alguno. La verdad es que no le creí y eso fue mi perdición.

—¿Por qué? —La pregunta salió espontánea de la boca de Gwendolyne por más que intentó no interrumpir a Anthony.

—No me di cuenta hasta que conocí a Ingrid… En ese entonces era la condesa viuda de Grantham, ella me puso los pies sobre la tierra. Una mujer de mundo, con la libertad que le daba la viudez, desinhibida, liberal. Ah, me volví loco por ella. Ni siquiera me importaba que fuera mayor que yo o que tuviera un abultado historial amoroso. Para mí, cinco años no eran nada, sentía que era la mujer de mi vida, que lo que vivía era recíproco y que experimentaría todo con ella. Pronto los besos y las caricias no fueron suficientes para ninguno de los dos, y una noche me llevó a su alcoba… Al fin iba a tener mi primera vez, y se lo oculté; no quería parecer un jovencito recién salido de Eton. Según yo, tenía la experiencia suficiente para volverla loca…

Anthony se tapó la boca. Sus dedos se arrastraron sobre la incipiente barba que le raspó las yemas. Intentó controlar su desbocada respiración que le quemaba sus fosas nasales. Expresar con palabras sus recuerdos, decirlo en voz alta, resultaba ser tanto o más doloroso que revivirlo en su mente.

Aquello le hizo dimensionar lo terrible que debió ser para Gwendolyne relatarle su noche de bodas con Langthorne. Ella era mucho más valiente, porque quizás cuántas veces tuvo que hacerlo. Lógicamente, no había comparación; no era la misma experiencia, ni el mismo sufrimiento, pero el desafío era el mismo: enfrentar el dolor y exponerse al otro, darle un poder que podía sanarla o destruirla.

Gwendolyne no soportó más ver a Anthony tan solo y vulnerable. Se levantó y se sentó al lado de él y, aunque se sentía demasiado pequeña para confortarlo, se atrevió a poner su mano sobre la rodilla de él.

Ese simple y significativo gesto fue suficiente para Anthony, cubrió la mano de ella con la suya, entrelazaron sus dedos y continuó:

—Me di cuenta de que no estaba preparado justo cuando entré en ella. Fue… Dios, la sensación fue indescriptible… tanto que no soporté y… —Se encogió de hombros. Su arrogancia se desplomó esa noche, fue la primera vez que deseó no haber nacido—… Demostré que no era un hombre ni un buen amante. Fue éxtasis y decepción. Confirmé con hechos las palabras de Anna, no era capaz de complacer a una mujer.

Y grande fue la sorpresa para Anthony sentir un atisbo de alivio. Había dicho la verdad, y no importaba si eso lo condenaba a una existencia solitaria, no arrastraría a una mujer a soportar un matrimonio con una vida íntima mediocre.

Gwendolyne le apretó los dedos con gentileza. Él agradeció ese calor amable, que contrastaba con las cáusticas palabras de Ingrid cuando se dio cuenta de que él era una farsa.

—Ella… Ella se enfadó tanto cuando fue consciente de todo. Me expulsó de su cama y me lanzó la ropa para que me vistiera. Me gritaba que era un mentiroso, que, de haber sabido que era un niño

ignorante, no me habría invitado a su cama… En resumidas cuentas, solo fui un chiquillo inexperto y farsante…

Anthony no quiso decir más, volvía a sentirse humillado ante la cruel verdad que Ingrid le lanzaba a la cara.

«No eres un hombre, Tony, eres un inútil en una cama»…

«Más te vale no haberme embarazado, ni loca me casaría contigo»…

«Jamás ningún hombre me ha decepcionado como tú. Ni siquiera el imbécil de mi difunto esposo. Eres un fiasco»…

—La última vez que la vi, fue un par de semanas después, cuando me dijo que mi veloz estupidez no tuvo consecuencias. —Tomó una bocanada de aire que sonó entrecortada—. Y esa es la verdad: nunca seré un hombre como los que me rodean, solo soy una mala imitación de ellos, un impostor… Quizás soy una buena persona, pero jamás seré el tipo de hombre que una mujer desea, no del todo. Nunca haré feliz a nadie por más que lo desee…

Ni un sonido se escuchó en esa habitación, salvo el de sus erráticas respiraciones. Para Gwendolyne, todo cobró sentido: las palabras ponzoñosas de los condes, esa vergüenza que él sentía por su apodo, esos momentos en los que él se despreciaba… Leviatán había recibido un golpe mortal.

Gwendolyne apretó más los dedos de Anthony y se apoyó en él. Necesitaba calmar su ira que se mezclaba con compasión y un sentimiento que se alzaba por sobre ellos, la impotencia. Habían herido a la persona que más quería en el mundo.

No, la que más amaba en el mundo.

Sí, eso sentía, no era cariño ni afecto. Aquellos sentimientos eran tibios comparados con esa hoguera que incendiaba cada rincón de su alma. Amaba a Anthony de una forma que jamás imaginó, tanto que sería la única persona con la que intentaría entregarse, porque sabía que sería hermoso.

Porque sería con él.

—Esa mujer fue perversa contigo. Ella fue la que se comportó como una niña frívola y caprichosa. No valoró tu corazón, tu bondad y amabilidad, solo se preocupó de lo que podía obtener de un cuerpo… Oh, si yo hubiera sido lady Crawley… —Gwendolyne calló.

Vaya ironía, ella no tenía idea de nada.

Anthony se dio cuenta del cambio de trato. Le enterneció que ella se enfadara tanto, que lo defendiera… Quizás si solo hubiera recibido entendimiento esa noche, todo habría sido diferente.

Era probable que nunca hubiera conocido a Gwendolyne tal como lo hacía en ese momento… Solo por eso no se arrepentía del camino recorrido, aunque fuera de espinas.

—Dime, ¿qué hubieras hecho tú?

—Te habría tratado con ternura, comprensión… paciencia. Eso es lo que esperamos todos la primera vez. Nadie quiere crueldad, violencia, desdén… o que nos traten como si fuéramos cosas… Cuando las maestras de la academia me enseñaron sobre… sobre las relaciones íntimas, me dijeron que el gozo era algo que se aprendía con la práctica, que no salía de la nada ni por arte de magia. Supongo que pasa lo mismo con los hombres. Ni tú, ni yo, ni nadie nace sabiendo… No te trates como ella lo hizo, sé más amable contigo mismo, *cariad*. Las palabras de una bruja cruel no tienen valor… —Gwendolyne no pudo contenerse más, necesitaba escupir su ira. Se levantó empuñando sus manos y exclamó—:¡¿Qué se cree esa *cynnig*[4]?! ¡*O, rwy'n ei ffieiddio hi*[5]! *Mae hi'n ddynes brydferth, ond mae ei chalon yn ddu*[6].

Pese a la congoja, esas palabras ininteligibles para él le arrancaron una risa floja. Nunca había escuchado a Gwendolyne hablar galés.

Los galeses tendían a esconder su dialecto para no ser juzgados por los ingleses. Que ella lo hiciera frente a él era porque confiaba. Estaba, en cierto modo, a salvo de cualquier comentario desdeñoso.

Gwendolyne dejó de hablar cuando escuchó la risa de Anthony, no importaba que sonara triste…

—Lo siento, me dejé llevar… Ay, cómo la aborrezco.

—El galés suena muy pasional, me gusta cómo lo hablas. Aunque creo que no dijiste nada bueno de Ingrid.

—Nunca diré nada bueno de esa víbora. Cuando me la vuelva a cruzar, más le vale no hacer lo que hizo esta mañana, le arrancaré la

lengua y la lanzaré al...

—Gracias, querida… Aprecio tus buenas intenciones, pero no me gustaría que te ensucies las manos con ella. No te merece.

Gwendolyne esbozó una sonrisa. Solo en ese momento notó que el trato formal entre ellos se había esfumado. Se sentía correcto y natural.

Esa certeza la impulsó a acercarse a él y acariciarle el rostro con ternura, esa ternura que él debió recibir esa denigrante primera vez.

—Ella nunca te mereció. —La incipiente barba le hizo cosquillas en la palma. Anthony entornó la mirada y le tomó la mano con gentileza. La dejó quieta para disfrutar de ese contacto. Abrió los ojos y se encontró con los de ella—. Yo lo habría atesorado. Nunca se habla de las primeras veces de los hombres, es como si no nacieran castos… Creo que tiene el mismo valor que la de nosotras, pero no se aprecia como se debe y se deshacen de ello lo antes posible. ¿Acaso es un requisito que sean expertos?

—Podría decirse que sí. Aunque a algunos les da lo mismo si son expertos o no, no les interesan los sentimientos de su compañera…

—Sí, como Langthorne.

—Sí… él era un cerdo… Fue una bendición que no lograra arrebatarte tu inocencia. Tienes la oportunidad de vivirla como es debido, con amabilidad, ternura… amor.

Y Gwendolyne vio en los ojos de Anthony un reflejo de lo que sentía su propio corazón. No se atrevió a preguntárselo. No, no era el momento, tal vez era una ilusión. Sin embargo, nada perdía con darle una señal de que ella sentía lo mismo.

—Espero que algún día suceda, que aprecie mi entrega… porque yo apreciaré la de él, como si fuera su primera vez. Creo que el deseo no se debe medir. No es una proeza, sino algo más sublime… como dos almas que se tocan a través de los cuerpos. —Acarició con su pulgar la piel de Anthony—. Gracias por confiar en mí. Sé que no ha sido fácil.

Anthony le besó la palma de la mano. Gratitud en su máxima expresión.

El reloj que descansaba sobre la chimenea dio tres lánguidas campanadas, y los trajo de vuelta a la realidad.

Ambos suspiraron. Esa cómplice intimidad se rompió, dejando entre ellos algo nuevo, sagrado, pero en suspenso.

Anthony liberó la mano de Gwendolyne y se levantó. Se permitió por primera vez en años ser indulgente con él mismo. Con premeditación y alevosía la estrechó con fuerza entre sus brazos. Ella se aferró a él del mismo modo, ansiaba su calor y su contacto desde hacía días.

¡Cómo necesitaban ese abrazo! Se sintió como si recogieran todos los pedazos del alma que estaban repartidos en el suelo, y los pusiera en su lugar.

—Tengo que irme y no quiero… Oh, demonios, Grace me matará si llego tarde al ensayo. —Gwendolyne rio. Sentía lo mismo, pero lo entendía—. ¿Vamos mañana a comprar tu arpa?

—Sí… Ve a buscarme temprano.

—¿A las nueve?

—A las nueve.

Contra su voluntad, Anthony se separó de ella. Una promesa, una confesión no dicha flotaba en el aire.

Gwendolyne le sonrió. Él tomó su violín y se retiró de la estancia, dejando su corazón y su esperanza con ella.

Y un nuevo movimiento de la serenata emergió. Anthony la guardó en su memoria, sabía que esta vez no olvidaría esa melodía preciosa. Porque su musa estaba con él, en su pensamiento y en su alma, a todas horas.

Legato

Anthony golpeó la puerta de Langthorne House con la aldaba de bronce y esperó. Las nubes del día anterior se disiparon y dieron paso a una mañana soleada, pero aun así, sintió un ligero escalofrío. Se acomodó el cuello de la camisa, ajustó su sombrero y se aclaró la garganta. El ramo de tulipanes blancos e ilusiones que llevaba consigo soltaron su aroma y penetraron sus sentidos.

El mayordomo abrió la puerta y, sin ceremonias, lo dejó entrar.

—Mi señora lo espera en su salita privada, señor Witney. Sígame, por favor.

—Muchas gracias, Matley.

El mayordomo asintió y lo dejó entrar esbozando una sonrisa a sus espaldas.

Al cabo de unos segundos, Anthony ya había atravesado la propiedad hasta llegar a su destino. Esperó ser anunciado y la dulce voz de Gwendolyne dio su venia.

Cuando la vio, solo pudo sonreír. No importaba que su vestido fuera recatado y gris, porque la radiante sonrisa que ella le devolvía era una oda a la vida.

El mayordomo cerró la puerta y los dejó a solas. Anthony se aproximó a ella, las piernas le temblaron cuando le ofreció el ramo.

—Buenos días, querida.

Ah, a Gwendolyne le encantaba que la llamara de esa forma. Tomó el ramo y sus dedos se rozaron.

—Es precioso, muchas gracias, *cariad*. —Inspiró la fragancia de los tulipanes—. Es la primera vez que me regalan flores.

—Es un honor ser el primero… —Se quitó el sombrero y lo puso debajo del brazo—. ¿Alguna vez has leído *El Lenguaje de las Flores*?

La sonrisa de Gwendolyne se torció en una especie de mueca resignada.

—No, pero siempre quise… A padre no le gustaba ese tipo de lectura, no le veía sentido. Todo el tiempo nos decía que él se encargaría de los pretendientes, y que no necesitábamos saber sobre mensajes ridículos escondidos en las flores… ¿Lo has leído? —En sus ojos brilló una candorosa ilusión, la que se avivó cuando él

asintió—. ¿Qué significa?

—Te lo diré en el momento apropiado. —Y le guiñó el ojo.

—Oh, te estás burlando de mí.

Un breve silencio flotó entre ellos, cómplice.

—Jamás lo haría.

—¿Y cuándo será el momento apropiado?

—Créeme que lo sabrás cuando suceda… ¿Ya estás lista para que salgamos?

—Oh, sí. Pero primero, déjame poner en agua estas preciosuras.

Gwendolyne llamó a Matley. No alcanzó a pedir un jarrón con agua, el mayordomo, siempre anticipándose, ya lo traía.

Anthony admiró la inamovible sonrisa de ella mientras ponía en agua el ramo y acomodaba las flores. Aquella imagen le hizo recordar el día que la conoció, con su mirada perdida y melancólica en un azahar.

Ahora la entendía tanto… la amaba tanto.

La voz de ella lo trajo al momento.

—¿Por qué me has traído flores? —Acariciaba los pétalos, distraída, enamorada de ese obsequio.

«Porque te amo», susurró su corazón acelerado.

—Para demostrarte, en parte, mi gratitud… Lo de ayer… No sabía cuánto necesitaba conversar con alguien respecto a ello hasta que pusiste el asunto sobre la mesa. Fuiste muy valiente, pocas personas se hubieran atrevido a preguntar de una forma tan directa.

Gwendolyne le lanzó una breve ojeada y dijo:

—La verdad es que no soporté verte tan… destruido. Me partía el corazón no hacer nada. Últimamente, me he dado cuenta de que muchas cosas es mejor no guardárselas con tanto recelo.

—¿Qué hubiera pasado si te hubiera rechazado?

Ella dejó las flores de lado y lo miró arqueando una ceja.

—Te habrías ganado un derechazo. —Ambos rieron con timidez—. Lo cierto es que no pensé si me ibas a rechazar o no. El impulso fue más fuerte. —Ladeó su cabeza—. Aunque, si lo pienso mejor, no te imagino reaccionando mal o de un modo agresivo, al menos no conmigo.

—Supongo que eso es bueno.

—Contigo no siento miedo. Y eso es algo muy bueno… Listo. Ya he terminado. —De un perchero cercano tomó un bonete y un chal, y se los puso. Acto seguido, tomó un ridículo, del cual sacó sus guantes—. ¿Nos vamos?

Anthony se puso el sombrero y le ofreció el brazo.

*****

El primer lugar que visitaron fue la tienda que se situaba debajo de la Academia Cross. Para su mala suerte, la única arpa que tenían disponible fue vendida el día anterior.

Sin perder el ánimo, se dirigieron a otra tienda situada en la misma calle. Ahí encontraron un arpa reluciente, la perfección hecha instrumento. El precio era el más alto de todas las opciones.

Anthony, al ver cómo Gwendolyne admiraba las cuerdas y la madera, no tardó en preguntar al dependiente:

—¿Podemos probarla?

—Por supuesto, señor. —Le acercó un taburete—. Puede sentarse aquí.

—Oh, no… Mi... —«Mujer», traicionó su mente—… Mi amiga lo va a probar.

Los ojos del dependiente se desorbitaron, y su expresión pasó de la condescendencia al horror cuando Gwendolyne se sentó con propiedad frente al el arpa y se quitó los guantes.

—Co… co… con cuidado, por favor. —Jadeó aterido cuando ella inclinó el arpa y la apoyó en su hombro.

Anthony reía a carcajadas en su fuero interno ante aquella ridícula reacción, pero su rostro era una máscara de la seriedad. Severo, posó su mano en el hombro del dependiente y dijo:

—Hágame el favor de no subestimarla. Ella sabe lo que hace.

Y Gwendolyne pulsó las notas del segundo movimiento de la sonata que ambos ensayaban.

El dependiente no podía creer que esa música estuviera saliendo de los dedos de esa mujer menuda. Parecía que ella no se esforzaba en sostener el peso del instrumento. Anthony se cruzó de

brazos, con el pecho inflado de orgullo.

La música cesó de golpe. Gwendolyne arrugó su nariz y dijo al dependiente:

—Hay un par de cuerdas desafinadas. ¿Tiene el afinador a mano?

—Eh… Sí, pero tendría que buscarlo.

—Bien... —Dejó el instrumento en su lugar y se levantó para tomar el brazo de Anthony—. El arpa es magnífica, pero estamos viendo varias opciones. Volveremos si me decido por esta.

—Por supuesto.

—Muchas gracias por su tiempo.

Salieron de la tienda y tomaron rumbo hacia la siguiente. Gwendolyne negó con su cabeza y dijo:

—Resulta insultante que siempre pase lo mismo, menos mal que me acompañaste.

—Tendremos que armarnos de paciencia… ¿Te gustó esa arpa?

—Es divina… Pero nunca se sabe si habrá otra que la supere.

—Así es… Cambiando de tema, ¿cómo te fue con Lawrence?

Gwendolyne sonrió.

—Oh, tu primo fue muy amable. Respondió toda mis dudas, y contraté sus servicios para que fuera a evaluar las propiedades y que se hiciera cargo de la venta. Le entregué la documentación y los inventarios. De hecho, ayer en la tarde visitó Langthorne House para tasar su valor.

—Ojalá puedas vender todo pronto.

—Sí, para mí es una carga… Sobre todo, porque parte de la fortuna de Langthorne proviene del contrabando de opio.

—Santo cielo… ¿Cómo lo sabes?

—Mi hermano me lo contó antes de su partida. Llevaba un buen tiempo investigando si la relación que tenía Langthorne con Jonah Northwood iba más allá de la amistad.

—¿Northwood? ¿Es el mismo tipo que estaba usando la flota de Edward para contrabando?

—Precisamente. Langthorne resultó ser quien manejaba el negocio en Inglaterra. Se hacía llamar Rhys.

—Ahora entiendo más tus motivos para deshacerte de todo…

Cuando ya esté ese asunto finiquitado, ¿ya has pensado qué hacer con ese dinero?

—Creo que me faltará vida para gastar esa fortuna, pero de todas formas me gustaría hacer alguna inversión. Lord Bolton me comentó que puedo pedirle asesoramiento a tu primo, el señor Adams o a lady Croft, quien también es versada en ese tema. Independiente de ello, una parte del dinero la destinaré a la Fundación Hope.

—Eres muy generosa. Mi madre y las Grandes Damas estarán muy agradecidas.

—Es lo mínimo, me han dado más de lo que imaginan. —Inspiró profundo—. He encontrado un trabajo que me encanta, he vuelto a la música, me han sacado del pozo oscuro de la ignorancia femenina… Y te enviaron a hacer un reemplazo. De otra forma, creo que no nos hubiéramos podido conocer como lo hacemos ahora.

—Tienes motivos de sobra, querida.

No dijeron nada más. Disfrutaron del simple hecho de caminar juntos, al mismo *tempo… Andante.* Ni rápido, ni lento, era la medida justa. El sol entibiaba sus cuerpos de un modo relajante. No importaba que la calle estuviera llena de urgente actividad; carruajes que circulaban a toda velocidad, vendedores ambulantes pregonando a viva voz, personas comprando apresuradas. Ellos, en su paseo matutino, parecían ajenos a tal ajetreo.

Giraron en Duke Street. El nombre de la calle hizo que Gwendolyne recordara a Grace y preguntó:

—¿Y la duquesa te reprendió por llegar tarde al ensayo?

—Me salvé —Rio—. Si Grace era de temer antes de ser duquesa, ahora es peor. Pero debo reconocer que aquello nos ha puesto donde estamos. Anoche terminé la primera versión del segundo movimiento de tu serenata. Me inspiraste como no lo imaginas.

—¿En serio? Oh, ya quiero escucharla.

—Cuando compremos el arpa, si quieres, vamos a Peony House y la tocaré para ti.

—Me encantaría. —Y a ella misma le sorprendió su propia respuesta; libre, sin miedo, sin inseguridades, sin pensar si era una

molestia o una carga para él.

Tal vez con otras personas podría seguir siendo más cautelosa, pero con Anthony todo era diferente. Podía mostrar una parte de sí misma que muy pocas personas conocían.

Y Gwendolyne se dio cuenta de que, quizás, nunca había sido tan libre como en ese preciso momento.

Anthony se detuvo frente a una tienda que vendía instrumentos musicales y accesorios, tanto nuevos como usados.

—En esta tienda mi padre consiguió mi Stradivarius. Venden un arpa que ya tiene sus años, pero se ve impecable.

—Veámosla, ojalá el dependiente no sea un idiota.

—El señor Reeves no es idiota. Por lo menos trata bien a Florence cuando viene a comprar cuerdas, resinas o partituras.

—Es un buen antecedente.

Ambos entraron. Los recibió un hombre robusto que parecía un poco mayor que Anthony.

—Señor Witney. Qué placer tenerlo de vuelta.

—Buenos días, señor Reeves. ¿Todavía tiene el arpa que me mostró el otro día?

—Sí. —Miró a Gwendolyne—. Asumo que usted la va a probar. Mi amigo, el señor Witney, es de cuerdas frotadas, no pulsadas.

Ella sonrió. Definitivamente, no era un idiota.

—Así es, señor Reeves. —Extendió su mano—. Gwendolyne Langthorne.

Él la estrechó breve y firme.

—Es un placer, señorita. —Ninguno de los dos quiso sacarlo de su error—. Síganme, por favor.

Se internaron en lo profundo de la tienda. En una esquina escondida reinaba el arpa.

Con tan solo verla, Gwendolyne retrocedió en el tiempo. A aquellos años, cuando era una niña y recibía sus primeras lecciones por parte de su madre.

Su voz se escuchó estrangulada cuando dijo:

—Dios santo… —Se adelantó para observarla más de cerca. El aroma, el tono dorado de la columna, la suavidad de la madera… Todo era familiar.

El señor Reeves le acercó un taburete para que Gwendolyne se sentara. Orgulloso, dijo:

—Es una maravilla. Una auténtica joya de Sébastien Érard. Esta es una de las primeras que fabricó en 1811.

Gwendolyne en vez de sentarse se agachó, buscando una pequeña imperfección en el pie del instrumento.

La encontró y miró al señor Reeves.

—¿Quién le vendió esta arpa?

—Oh, cómo olvidarlo. Qué hombre más insufrible, Ferdinand Welsh. Quería recibir la misma suma como si estuviera nueva, lo cual es imposible… ¿Lo conoce?

—Tristemente es mi padre. ¿Cuándo se la vendió?

—Hace unos ocho meses, más o menos.

Gwendolyne apretó los labios y se tragó una maldición.

—Oh, ya veo… —Tensó una sonrisa—. Espero que suene como antes.

Se levantó para sentarse en el taburete. Acarició la madera con reverencia y pulsó las cuerdas.

Anthony, sorprendido con aquella situación, solo se limitó a observar a Gwendolyne y a escuchar la música que ella ejecutaba. Era un fragmento del *Concierto para arpa número 6* de Händel.

Gwendolyne se mecía, sus dedos pulsaban las cuerdas con agilidad y elegancia. Parecía sumergida en un trance del que nadie podía sacarla. Anthony y el señor Reeves disfrutaron en respetuoso silencio de ese breve concierto privado.

Cuando las últimas notas quedaron en el aire, ella se secó unas incipientes lágrimas. Miró al señor Reeves y dijo:

—Me la llevo. El valor es el mismo que le dio al señor Witney, ¿cierto?

—Así es, señorita. Quince mil libras.

—Perfecto. ¿Acepta billetes bancarios?

Las cejas del señor Reeves llegaron hasta el nacimiento de su cabello. El pago efectivo era tan extraño como ver una vaca volando. Para montos tan altos, los aristócratas y comerciantes preferían los pagarés, y más extraño era aún que una mujer manejara tan exorbitante suma de dinero. Pero ¿quién era él para negarse a tener

un pago al instante?

—Por supuesto, señorita. Podemos enviársela ahora mismo donde desee.

Gwendolyne miró a Anthony. Él asintió y dijo:

—Envíela al 68 de Brook Street, por favor.

—Ah, a Peony House.

—Así es.

El señor Reeves dirigió su atención a Gwendolyne y dijo:

—En una o dos horas podrá estar tocando su arpa, señorita.

—Gracias, señor Reeves.

Diez minutos después, Gwendolyne salía de la tienda siendo la propietaria del arpa que su padre vendió cuando ella se casó.

Sin embargo, lejos de verse contenta, durante largo rato, Gwendolyne se mantuvo en consternado silencio. La única certeza que tenía Anthony, era que esa arpa debía significar mucho para ella, de lo contrario, no la habría comprado.

Llegaron a Grosvenor Square, pero en vez de girar en dirección a Peony House, él guio el paseo hacia el centro la plaza.

Gwendolyne notó el cambio y lo agradeció. Necesitaba unos minutos para recomponerse. Era como si la vida misma hubiera caído pesada sobre ella, colmada de recuerdos, de preguntas sin respuestas, e incertidumbres que se enterraban en lo profundo de la memoria, solo para poder seguir adelante.

Anthony la invitó a descansar en el césped, a la sombra de un añoso roble. Se quitó la levita para que ella se sentara sobre ella y no ensuciara su vestido. Al cabo de un rato, ambos se habían quitado sus sombreros y guantes. Sus espaldas se apoyaron en el grueso tronco y se dedicaron a ver a la gente pasar.

Una brisa leve acarició sus rostros y meció las hojas de los árboles. El verde susurro era como una acogedora canción de cuna.

Transcurrieron unos minutos hasta que él rompió el silencio con una simple pregunta:

—¿Quieres hablar sobre ello?

Como única respuesta, Gwendolyne apoyó su cabeza en el hombro de Anthony y suspiró. Él la abrazó.

—Es triste no saber si mi madre está viva o no. Pero es más

triste aún olvidarla… Vivir sin evocar su recuerdo… Un día, cuando tenía diez años, padre dijo que mi mamá se volvió loca y que la metió a un manicomio. Nunca nos reveló en cuál estaba… —Se sorbió la nariz y enjugó las incipientes lágrimas. Anthony le ofreció su pañuelo y ella lo tomó—. Eira y yo nunca sospechamos que algo así estuviera pasando. Mamá no parecía estar perdiendo la razón; nos quería mucho, era amable, cariñosa, risueña… Pero cuando estaba con padre, parecía ser otra mujer, como si se encogiera, convirtiéndola en una sombra muda. De cualquier modo, no era de extrañar, todas nos comportamos diferente cuando él está presente.

»Nunca más la volvimos a ver y padre prohibió hablar de ella… —Guardó silencio, recordó la única vez que Eira lo desafió preguntando en qué manicomio estaba su madre. Gwendolyne todavía podía escuchar los gritos ahogados de su hermana y el sonido de los correazos propinados por Ferdinand—. Lo único que conservamos fue el arpa con la que mamá nos enseñó a mí y a Eira, la misma que acabo de comprar. Después, él contrató a un maestro para que continuáramos perfeccionando lo aprendido. Yo creo que la conservó solo porque es un instrumento costoso y nosotras ya éramos demasiado «viejas» para aprender otro.

—Y tu hermano, ¿dónde estaba?

—En la India… Padre revisaba las cartas que le enviábamos, nos prohibió que le contáramos. Hywel se enteró demasiado tarde, cuando volvió dos años después. Sus visitas eran breves, no soportaba estar mucho tiempo en casa, padre le hacía la vida imposible. Jamás pudo sonsacarle la verdad y, por más que averiguó en sus cortas temporadas, nunca pudo obtener noticias de ella.

Anthony hervía de indignación. Ferdinand Welsh parecía disfrutar haciéndole la vida miserable a todos los que lo rodeaban. ¿Por qué Dios permitía que existieran personas tan despreciables? Se suponía que eran sus hijos, su esposa, su familia. Jamás iba a entender por qué despreciaba tanto a su sangre, a su legado.

¿Cuál era el objetivo de formar una familia para luego destruirla?

No culpaba a Gwendolyne por olvidar, por seguir adelante. Con un padre como Ferdinand Welsh, la prioridad era sobrevivir.

—Podría averiguar dónde se encuentra… Si me das su nombre y cualquier información adicional, yo creo que con eso tendríamos para preguntar en manicomios, registros de iglesias, cementerios. Mi primo Horatio nos podría ayudar. Ya te dije, tienes mi apoyo y el de toda mi familia.

—Te lo agradezco mucho… Hace un rato me di cuenta de que ya no me siento como una carga para ti… Pero cuando pasan este tipo de cosas, resurge esa parte de mí que tiene miedo, la que le cuesta asumir que no estoy sola, que no soy un lastre para ti y los tuyos. Toda mi vida me sentí de esa forma, que cada cosa que padre me dio no fue por amor, sino porque esperaba que lo retribuyera con obediencia. Que debía pagar por el simple hecho de haberme dado la vida.

Anthony inspiró profundo. Cambió su posición para quedar de rodillas frente a ella. Tenía que mirarla a los ojos para convencerla.

—Jamás serás una carga para mí, Gwendolyne. Ni loco te pediría algo a cambio por lo que te doy.

—Lo sé. —Le acarició la mejilla suave y afeitada—. Eres el hombre más… hermoso, gentil y tierno que he conocido en mi vida. No necesitas pisotear a los demás para ser respetado.

Anthony atrapó su mano con gentileza y le besó la palma. Fue un toque largo, tibio, reverente. Se la llevó al pecho y la dejó ahí, para que ella sintiera el brioso palpitar de su corazón.

—Si quisieras, te daría mi vida entera y, aun así, no te pediría nada a cambio… Aunque no me correspondieras en mis afectos. Lo único que me importa es tu felicidad y tu bienestar.

Gwendolyne entreabrió la boca, ¿acaso estaba entendiendo bien lo que quería decir Anthony?

—¿Lo dices como amigo o…?

—Como amigo, como compañero, como el hombre al que le devolviste la capacidad de amar… Te amo… —Esbozó una tímida sonrisa—. Eso significan los tulipanes, es una declaración de amor. —Gwendolyne no podía hablar, solo lo miraba con sus ojos bien abiertos. La sonrisa de él se desvaneció, tragó saliva y añadió—: No importa si no sientes lo mismo…

Ella podía sentir en su palma los latidos de Anthony, el calor…

Su voz no obedecía, pero su cuerpo sí, e hizo lo que su alma le ordenaba. Se arrojó a los brazos de él, y pronto se vio envuelta con gentil firmeza. Inspiró el viril aroma que él desprendía. Se regodeó con esa sensación de sentirse amada, apoyando su mejilla en la solidez del ancho pecho.

No, no era un sueño ni una ilusión, y por fin pudo decir:

—Sí, siento lo mismo, *cariad*… ¿Cómo no te voy a amar? No imagino mi existencia si tú no estás presente en ella.

Anthony besó su cabeza, soltó el aire de sus pulmones, aliviado y, eufórico, la apretó más contra su pecho.

—Te amo, mi dulce Gwendolyne… Haces que todos mis fracasos y aciertos valgan la pena, porque me han hecho llegar a ti.

—Oh, Anthony… —Ella no sabía qué más decir, salvo—... Te amo tanto que no sé cómo empezar a demostrártelo.

—Mírame, querida. —Le alzó la barbilla con suavidad—. ¿Podrías empezar dándome un beso?

El rostro de ella se tiñó de carmín en un suspiro. Anthony adoró ese candor que arrebataría poco a poco. Ella ignoró el calor que se propagaba hasta su pecho y dijo:

—Sí… Bésame. —Y se entregó cerrando sus ojos. Sabía que podía confiar en él, que lo haría hermoso para ella. No importaba donde estaban o si los miraban.

No podía ser más perfecto, porque no tenía nada que esconder.

Primero sintió la tibia respiración, el roce de los labios que parecían arder, una caricia suave pero segura… Ella no sabía qué hacer, se sintió torpe, y él lo notó. Sobre su boca, Anthony susurró:

—Eres mi dueña, haz lo que quieras conmigo... Todo lo que me des será maravilloso, solo basta con que sigas tu instinto. —La besó y atrapó el labio inferior con dulzura. Lo soltó lento—. He soñado con tu boca y he sufrido pensando que nunca…

Y ella, sin más, lo besó. Anthony sonrió sobre sus labios y la recibió. Se saborearon con lánguida ternura, mas no con inocencia. Gwendolyne entendió lo que le enseñaron en la academia. Ahora tenía sentido lo que era ansiar más contacto, desear que se la comieran. La humedad de sus bocas no le pareció repugnante, sino lo contrario.

Y ahí aprendió lo diferente que era besar al hombre que amaba. No ser obligada.

Dio y recibió. No solo su boca se movía y disfrutaba a Anthony, una de sus manos acariciaba la mandíbula masculina, la otra se aferraba a la nuca y se enredaba en el rubio cabello corto.

Anthony agradeció tener un poco más experiencia para poder domar el deseo de ambos. Su dulce Gwendolyne ya lo estaba experimentando, y le exigía más profundidad sin notarlo.

Poco a poco bajó la intensidad, hasta reducir a cenizas esas llamas que amenazaban en convertirse en una hoguera.

Anthony enmarcó el rostro de Gwendolyne y acarició sus pómulos azorados y dijo:

—No deseo nada a medias ni a escondidas… Todo el mundo sabrá que te estoy cortejando, pero quiero que sepas que mis intenciones son más que serias. ¿Tienes alguna condición que deba cumplir para que me aceptes? —Gwendolyne asintió. Anthony lo intuyó—. ¿Es sobre tu fortuna? —La respuesta silenciosa fue afirmativa—. ¿Solo eso?

—Sí… quiero tener poder sobre el dinero que heredé. —Y un incipiente temor se reflejó en sus ojos.

No obstante, ese temor se extinguió al ver la amplia sonrisa de Anthony.

—Entonces no hay problema, a mí no me interesa poseer lo que casi te costó la vida. Hay una forma para que ese dinero sea tuyo y solo tuyo… Pero eso lo veremos más adelante… Mientras tanto, empieza a hacerte la idea de que pronto dejarás de ser la señora Langthorne, para convertirte en la señora Witney.

Y Gwendolyne sonrió. Sí, le gustaba cómo sonaba, eran como dos notas ligadas, sin pausas ni vacilaciones. Los dos estaban escribiendo una nueva melodía, una que no deseaban terminar.

Eterna, tal como el brillo de las estrellas.

Dolce

Cuando llegaron a Peony House, dos personas descargaban el arpa de Gwendolyne. El señor Reeves supervisaba que la entrega se llevara a cabo sin contratiempos.

Pronto se armó un revuelo en la casa del vizcondado de Rothbury. Justo en ese momento, llegó la familia de Anthony, quienes habían salido de compras a Bond Street. Saludaron a la pareja con soltura y familiaridad. A todos les sorprendió que Gwendolyne visitara Peony House para ensayar la pieza con la que se presentaría ante Grace. Si bien Anthony se los había anticipado, les pareció que ese plan se desmoronaría. Él no entablaba ninguna clase de relación con alguna mujer ajena a su círculo íntimo. Solo una vez lo vieron interesado por una dama, y ese cortejo se rompió de la noche a la mañana, y pareció no afectarle demasiado.

—¡Cuidado con el pomo de la puerta, Jack! ¡Detente! —exclamó el señor Reeves aproximándose a uno de los hombres que transportaban el arpa. Todos aguantaron la respiración mientras él les daba unas indicaciones, y cuando por fin pudieron entrar, soltaron un aliviado suspiro.

Los padres y hermanos de Anthony se situaron a ambos lados de la pareja para seguir observando, mas Olivia se inclinó hacia Gwendolyne y, discreta, dijo:

—Qué bueno que se animó a sacarle brillo a todo su talento. Laura me ha contado maravillas de usted, querida, tanto como música, así como maestra.

—Es muy amable, milady… Ha sido en gran parte gracias a Anthony, se ha convertido en un inmenso apoyo para mí.

Olivia arqueó una ceja y reprimió una sonrisa. ¿Así que se trataban de manera informal? Eso era alentador, nunca había sucedido tal proeza.

Entusiasmada por lo que se evidenciaba, repuso:

—Oh, es que Tony es adorable, yo no sé por qué no ha cortejado a nadie. En la boda de Emily demostró no tener aversión al matrimonio.

—Opino lo mismo. Quizás solo le falta encontrar a la indicada.

—Exactamente…

Mientras tanto, Andrew, el padre de Anthony, se inclinó hacia su hijo y preguntó en voz baja:

—¿Has leído el periódico últimamente?

Anthony frunció el ceño y miró a su padre.

—No, ¿por qué?

—Un sujeto hizo gala de todo su vocabulario en la sección «Cartas al director» del Times, cuestionando a la academia y tu rol como director. Después te la mostraré, es notable cómo se quejó tanto en tan poco espacio.

Anthony solo pensó en una persona. Ferdinand Welsh. Tensó su mandíbula y bufó por la nariz.

Con una mezcla de consternación y enfado, preguntó:

—¿Y cómo reaccionó mamá?

—Primero se rio, pero sospecha quién fue. —Miró de soslayo a Gwendolyne—. Hay gente que le encanta retorcer el cuarto mandamiento hasta convertirlo en pecado. No te preocupes, tu madre ya tiene un plan. Solo falta saber qué opina la señora Langthorne.

—Bien. Veré esa carta y le comentaré a Gwendolyne.

Andrew arqueó una ceja, mas no dijo nada y fingió que no notó el trato informal de su hijo hacia la señora Langthorne.

Anthony no solía confraternizar a la ligera.

De hecho, no confraternizaba con nadie fuera de sus amigos y parientes.

—Bien, hijo. No hay que subestimar a sujetos como ese.

—Lo sé.

Elijah y Violet se miraban de soslayo al notar que Anthony no soltaba a Gwendolyne. Le dieron un codazo a Florence que observaba la ancha espalda del señor Reeves, y ella los reprendió con la mirada hasta que ellos le mostraron esa excesiva caballerosidad de su hermano mayor.

En los labios de Florence emergió una sonrisa maliciosa.

Por su parte, Olivia, ansiosa por confirmar sus sospechas, sugirió:

—Creo que ya podemos entrar… Señora Langthorne, ¿sería

mucho pedir que nos muestre la pieza que está ensayando con Tony?

Gwendolyne miró de reojo a su… ¿pretendiente? No, ellos habían, de algún modo u otro, sellado un pacto. Un compromiso.

Eran prometidos.

Qué impresionante resultaba el cambio respecto a esa palabra. Antes era sinónimo a estar condenada a vivir la eterna tortura de ser la esposa de un hombre al que no amaba y que le repelía. Ahora era todo lo contrario, le dejaba un sabor dulce, lleno de esperanza. Era la certeza de tener un compañero fiel, la felicidad de amar y ser amada.

Sintió las palmaditas de Anthony en su mano, y aquello le dio la seguridad para responder:

—Será un placer mostrarle la pieza en la que hemos estado trabajando. El primer movimiento lo tenemos listo, pretendemos ensayar el resto durante los siguientes días.

Olivia aplaudió emocionada.

—Maravilloso.

Anthony le sonrió a su madre.

—Te darás cuenta cuando estemos listos. Ahora vamos a ver dónde situaremos el arpa.

—Vayan, estaré esperando.

Anthony y Gwendolyne entraron a Peony House sintiendo varios pares de ojos clavados en sus espaldas. Sabían que todos lo sabían; al fin y al cabo, no intentaron ocultarlo. En sus corazones bullía ese amor que por fin se podía demostrar, y que desencadenaba una extraña urgencia de no desperdiciar el tiempo, porque ya habían perdido demasiado por ocultarlo, por pensar que no eran dignos o merecedores de ese sentimiento.

Cuando llegaron a la sala de música, se encontraron con los ayudantes y el señor Reeves que verificaba que el arpa seguía intacta. Conforme, puso sus manos en jarras y admiró el instrumento que reinaba en medio de la estancia.

Anthony se aclaró la garganta para anunciar su presencia.

—Gracias por traer tan rápido el arpa, señor Reeves.

El hombre sonrió, orgulloso.

—Es un placer… ¿Dónde quieren ubicarla?

Gwendolyne recorrió la estancia con la mirada. Le parecía que había vivido toda una vida desde la última vez que estuvo ahí, escuchando el primer movimiento de la serenata que Anthony compuso para ella.

Cerca de la ventana y del escritorio había un buen lugar.

—Si te parece bien, Anthony, ese lugar es ideal. —Y señaló el espacio en cuestión.

Anthony se imaginó trabajando en la administración del vizcondado mientras escuchaba a Gwendolyne estudiando una pieza.

Ya no era necesario reprimir sus fantasías o convencerse de que era absurdo, ese sueño fugaz estaba muy cerca de convertirse en una realidad… Quizás no en Peony House, pero sí en el hogar que formaría con Gwendolyne.

—Sí, es perfecto. Si fueran tan amables, la pueden instalar ahí.

Mover el arpa hacia su lugar en la sala de música fue apenas un trámite. El señor Reeves, satisfecho con la entrega, ofreció su mano a Gwendolyne, quien la estrechó.

—Toda suya, señorita. —Y rompió el contacto. Esculcó uno de sus bolsillos y le entregó el afinador a Gwendolyne, quien lo tomó como si fuera un tesoro. Era el original, el que su madre usaba.

—Muchas gracias, señor Reeves. —Lo guardó en el bolsillo oculto de su falda, como si fuera un amuleto de buena suerte.

Anthony también estrechó la mano del señor Reeves.

—Gracias por todo.

—Es un placer, señor Witney. —Soltó la mano de Anthony e hizo un gesto a sus ayudantes, conminándolos a salir—. Mi misión ha terminado. Que tengan un gran día, se han llevado una joya.

El señor Reeves se dirigió a la puerta a paso vivo, chocó de lleno con Florence y la hizo trastabillar. Por puro reflejo la tomó de la muñeca para que no cayera.

Ese segundo fue eterno.

—Discúlpeme, señorita Witney… —Soltó a Florence como si quemara—. Debí ser más cuidadoso.

—No se preocupe, señor Reeves, yo era la que venía sin fijarme. —Estiró una sonrisa—. Solo ha sido un accidente.

El señor Reeves se limitó a asentir, inclinó su cabeza y se marchó a paso veloz.

Florence se quedó contemplándolo más tiempo de lo aconsejable.

Anthony carraspeó. Su mirada era burlona, era tan raro ver a su hermana tan… torpe.

Florence alzó su barbilla, digna, y entró a la estancia como si nada hubiera pasado.

—Tony, mamá pregunta si quieren que les traigan un refrigerio.

Anthony entrecerró sus ojos, suspicaz.

—Mamá siempre envía a Carruthers a preguntar. —Florence sonrió como si la hubieran pillado asaltando el frasco de las galletas—. ¿Qué quieres, diablilla?

—Tengo unas preguntas, es con fines… monetarios.

—¿Con quiénes hiciste una apuesta?

—Con Matt, Caleb y Grace.

Anthony se cruzó de brazos y le arqueó una ceja.

—¿Cuánto apostaron?

Florence se llevó las manos a la espalda y se adentró en la estancia, acercándose al arpa. Pulsó unas cuerdas y el dulce sonido reverberó fugaz en el aire.

—Oh, lo de siempre, una corona… Es para saber si tengo que hacer ajustes a mi presupuesto mensual.

—Has apostado mucho últimamente, ¿no te estarás convirtiendo en una ludópata?

—Es que tú das demasiado material.

—¿Demasiado? ¿Por qué no me entero de estas cosas?

Florence lanzó una sonrisita malévola.

—Porque arruinarías la diversión.

—¿Cuántas apuestas han hecho a costa mía estas semanas?

Florence contó con los dedos mirando el cielo raso y luego respondió:

—Cinco. Si ibas a durar menos de un mes como director. Si vas a terminar tu serenata a tiempo. Si lograrás aprenderte bien tu parte de la serenata que compuse…

—Pero si ayer solo la alcanzamos a leer. No es tan compleja.

—Andabas muy distraído… Ahora entiendo por qué. Bueno… ¿Cuál era la otra? Ah, sí, la otra es si vas a convertirte en sacerdote para seguir tu senda de santo. —Anthony se masajeó el ceño, su paciencia estaba llegando a su límite—. Y la última, pero no menos crucial, y que me haría ganar dos apuestas si es verdadera… Anthony, ¿estás cortejando a la señora Langthorne? Y si es así, ¿desde cuándo? Es muy importante el cuándo.

Anthony soltó un resoplido y dijo:

—Eres una bruja… Si te lo digo, ¿mantendrás la boca cerrada?

Florence soltó un gritito y aplaudió dando brinquitos.

—¡Oh, Dios mío, después de todo era cierto! —Se tapó la boca al ver la mirada severa de su hermano amonestándola.

—Silencio. —Florence asintió. Anthony consultó su reloj y reveló—: Desde hace media hora que estoy cortejando a Gwendolyne, pero no será por mucho tiempo, eventualmente nos comprometeremos.

Florence reprimió sus ganas de gritar y, a cambio de ello, ahogó un chillido y dio saltitos hasta llegar a Gwendolyne, y la abrazó.

—Ah, si yo sabía que usted lo había cautivado. —Se separó apenas para agregar—: Tony suele ser muy generoso y desinteresado con las personas, así que no crea que es así de amable solo porque la ama. Sin embargo, cuando habla de usted, ahí sí que se le nota. Es porque intenta ocultar lo que siente, pero falla.

Gwendolyne sonrió, miró de reojo a Anthony y dijo:

—Ahora ya no tendrá que ocultarlo.

Florence asintió. Soltó a Gwendolyne y abrazó a su hermano.

—Me alegro mucho por ti… No te cases tan pronto, para acostumbrarme a que no estarás. —Le besó la mejilla y apretó más el abrazo.

Anthony le besó la frente y repuso:

—Le daremos tiempo a mamá para que organice una boda como Dios manda.

Se separaron. Florence lucía una alegre sonrisa y sus ojos tenían ese brillo previo al llanto.

—Oh sí, no seas como Will. —Se sorbió la nariz y se secó las incipientes lágrimas—. Apenas le dio un par de meses. Estaba tan apurado por casarse con Laura.

—Ahora lo entiendo, yo solo deseo que empiece el resto de mi vida.

—Se te nota. —Inspiró hondo y añadió—: Bien, los dejaré a solas… No les garantizo que no los vayan a interrumpir, pero haré un esfuerzo.

Se despidió con un gesto y se dirigió a la puerta. Antes de cerrarla, Anthony le advirtió:

—No digas nada.

Florence puso sus ojos en blanco y los dejó a solas.

Anthony y Gwendolyne se miraron, cómplices. Un inusitado silencio los envolvió y se sonrieron. Él se acercó a su prometida a paso lento. Se atrevió a abrazarla por la cintura y ella solo cerró sus ojos.

Le dio un beso en que no apartó sus labios por largos segundos. Gwendolyne sentía cómo sus respiraciones se entremezclaban y se colgó del cuello de Anthony. Esa fue la señal para asolar la boca de ella y avanzar en esa nueva intimidad.

Ella no se quedaba atrás, su boca seguía la de él en esa lucha por tomar más del otro, hasta que sintió una ligera y húmeda caricia sobre sus labios. Era la punta de la lengua de Anthony que tanteaba hasta dónde podía llegar.

Era tan diferente a ese asqueroso beso que le dio Langthorne el día de su boda. Él la invadió sin más, como si fuera un aviso a lo que iba a suceder.

En cambio, Anthony parecía siempre estar buscando su consentimiento, persuadiendo con suavidad su entrega y eso era, precisamente, lo que la seducía y la instaba a borrar de su mente a ese hombre que nunca debió ser su esposo.

Tímida, abrió su boca y también buscó la lengua de él. El contacto fue fugaz, tentador. Cálido.

Y Anthony volvió a arremeter, con un poco más de profundidad. Su lengua acarició la de ella, probaron el sabor del otro en esa humedad compartida.

Gwendolyne disfrutó ese nuevo dulzor, esa nueva forma de besar. Seguía habiendo ternura, suavidad, pero también algo carnal. Él estaba dentro de ella y ella dentro de él.

El calor se extendió sobre su piel. Se irguió ante Gwendolyne una necesidad jamás experimentada, era como si todo su cuerpo palpitara anhelante por más contacto, hasta fundirse en uno solo.

Anthony se obligó a romper ese beso. Apenas podía soportar la cruda excitación. Y fue consciente de que su cuerpo no había reaccionado así desde esa fatídica noche con Ingrid…

Había olvidado lo que era sentir deseo.

Una parte de él se encogió, aterida. La otra lo intentó convencer de que esta vez sería diferente.

Porque era con Gwendolyne, y los dos estaban casi en las mismas condiciones. En el fondo, iba a ser la primera vez para ambos.

La abrazó con fuerza, inspiró su aroma inconfundible a jazmines y a primavera.

—Te amo, Gwen. —Besó su cuello y respiró sobre su piel.

—Y yo a ti, *cariad*… mi Leviatán.

—¿Me crees digno de ese apodo?

—Siempre lo has sido. Esa víbora te convenció de lo contrario. Lo único que podría agradecerle a esa infeliz fue que me dio tiempo para alcanzar a conocerte.

Anthony rio y ese abrazo terminó con sus manos unidas. Gwendolyne mostraba más facetas de sí misma, una ligeramente perversa, y a él le encantaba.

—Bastante retorcida tu conclusión, pero tienes razón… Ahora que lo pienso, esa relación estaba destinada al fracaso.

—Lógico, no hubieras soportado tanto a esa mala mujer.

Anthony se encogió de hombros. Tal vez habría tardado demasiado en darse cuenta de la clase de mujer que era Ingrid. A los veinte años el amor y el deseo le nublaron la cordura.

—Bien, debemos fingir que aquí no ha pasado nada… —Al fin su excitación se había desvanecido lo suficiente para que no fuera incómodo. Actuó natural, se dirigió al estante donde reposaba el estuche que contenía su violín y lo tomó—. ¿Probemos tu arpa para

atraer al respetable público?

—Hagámoslo. ¿Después me mostrarás el segundo movimiento?

Y Gwendolyne vio por primera vez en él un gesto hecho para seducir. Una de las comisuras de esa boca que había besado se alzó, y esos ojos la miraron dándole una sensual advertencia.

—Creo que ya has visto mi segundo movimiento.

Gwendolyne podría jurar que volvió a sentir la lengua de él dentro de su boca, bebiendo de ella. Su rostro se tiñó de un rojo furioso.

Anthony dejó el estuche sobre su escritorio, tomó una copia de la partitura que estudiaban y se la dio a Gwendolyne.

—Para el calor, querida.

—Oh, eres un bribón. —Se abanicó con la partitura y agradeció ese frescor—. Ahora parezco una amapola.

—Una adorable amapola. —Le acercó un atril y ella dejó de abanicarse. Hojeó la partitura hasta la página de la sonata que ya se sabía casi de memoria.

Anthony tenía su parte escrita en hojas sueltas, las que puso en otro atril. Inició su ritual de abrir su estuche, sacar el arco, tensar las crines, tomar el violín, probar su afinación.

A Gwendolyne le encantaba observarlo. Ahora podía decir que esos movimientos gráciles y suaves le resultaban seductores, y se dio cuenta de que él la acariciaba como si fuera su preciado Stradivarius, reverente.

Ella se centró en probar el arpa. Un par de cuerdas perdieron parte de su tensión con el transporte. Sacó el afinador que guardaba en su bolsillo y ajustó el tono con precisión.

Y luego de un rato, el silencio. Anthony la miró serio, concentrado.

Inspiraron al mismo tiempo y la música los unió.

La libertad de amarse se reflejó en cada nota, en cada acento, en cada silencio de esa partitura de la vida que ambos interpretaban y que a la vez componían.

La puerta se abrió con cautela. Olivia se asomó con una sonrisa y Anthony la invitó a entrar con una inclinación de cabeza. Ella no venía sola, llevaba de la mano a Andrew. Los siguieron los hermanos

de Anthony: Florence, Elijah y Violet.

Anthony y Gwendolyne estaban tan concentrados y compenetrados que no notaron la emoción en esa familia que los observaba, orgullosa. A lo largo de los años, ellos habían atravesado historias colmadas de felicidad y satisfacción, mas no indemnes, también fueron salpicadas por el sufrimiento, el perdón, las intrigas y la redención.

Olivia apoyó su cabeza en el hombro de su esposo, viendo que los ojos azulados de su hijo ya no eran velados por esa inexplicable melancolía. Ahora se veían felices, no solo por la mujer que tocaba el arpa con delicada perfección, sino porque parecía que Anthony recuperó algo que había perdido hacía mucho tiempo.

Cuando la última nota apenas se desvanecía en el aire, los aplausos surgieron espontáneos.

Anthony instó a Gwendolyne a que se levantara y recibiera las alabanzas, y dieron una reverencia que avivaron los aplausos. Olivia se acercó a la pareja, mirando a su hijo, elogió:

—Oh, ha sido hermoso… —Luego su atención fue hacia Gwendolyne—. Divino, querida, divino. Son una pareja excepcional.

Y aquella fue la señal para Anthony.

—Lo sé, mamá… Por eso estoy cortejando a Gwendolyne.

Olivia apretó las manos de ambos y repuso:

—No se esforzaron en ocultarlo… No tarden en formalizar, ya con dos bodas en el cuerpo tengo un listado de proveedores que son infalibles.

Anthony le sonrió. Tenía que pedirle matrimonio a Gwendolyne como debía, pero primero iba a disfrutar junto a ella esa etapa temprana de su romance.

Andrew secundó a su esposa, le palmeó la mejilla a su hijo con cariño y, acto seguido, tomó las manos de Gwendolyne.

—Si mi muchacho no se comporta a la altura, basta con que me lo informe. —Y le guiñó su ojo bueno.

—Anthony siempre se ha comportado como un caballero, milord. Pero le tomaré la palabra si se desvía de su camino.

—Así me gusta, señora Langthorne.

Gwendolyne al escuchar esa denominación tomó una decisión y

dijo:

—¿Les puedo pedir un favor a todos? Solo llámenme por mi nombre de pila, Gwendolyne… o Gwen, ni tampoco es necesaria tanta formalidad. —Arrugó su nariz—. Nunca me agradó, ni me acostumbré a mi apellido de casada.

Todos entendieron esa aversión, conocían las circunstancias de la viudez de ella.

Los hermanos de Anthony se acercaron a Gwendolyne. La primera en hablar fue Violet, que aseveró:

—Sé que pronto serás mi cuñada. A Tony le gusta hacer las cosas bien.

Elijah intervino con una sonrisa guasona:

—Ojalá le quites lo amargo. Tanto perfeccionismo lo agrió un poco.

Anthony lo miró con cara de pocos amigos y replicó:

—Si no tienes nada bueno que decir, entonces cierra la boca, pequeño diablo.

—Ay, son bromas, ridículo. —Miró a Gwendolyne—. La verdad no es amargo, pero le falta divertirse un poco.

—Creo que puedo hacer algo por él.

Florence le tomó la mano a Gwendolyne y le aseguró:

—Sé que impresionarás a Grace. Eres fabulosa tocando el arpa… Guardaré tu secreto y me haré la sorprendida cuando se presenten ante ella.

Gwendolyne le sonrió con complicidad. Qué alegría era sentirse bienvenida, arropada por una familia. Una que no cuestionaba, no rechazaba, no miraba por encima del hombro. Eran ruidosos, decían lo que pensaban y sentían. Brindaban afecto genuino, sin hipocresías.

Se sintió afortunada, agradecida. Nunca imaginó que la calidez de una familia podía sentirse así: sin miedo, sin deudas, sin condiciones. Sus ojos se desviaron hacia Anthony, y sin palabras él parecía decirle: «Todo lo que tengo, ya es tuyo».

Intermezzo

Esa tarde dorada de abril quedaría grabada en la memoria de Gwendolyne para siempre. Nunca había pasado tantas horas a solas con un hombre, y a nadie en Peony House le escandalizaba. Eso se debía, en parte, porque ensayaban el segundo y tercer movimiento de la sonata, pero también había una profunda confianza por parte de la familia en ellos y en todo lo que ocurría entre esas cuatro paredes.

No todo fue música, por supuesto. En los descansos conversaban para conocerse más, para entrelazar sus historias y encontrar puntos en común. Entre anécdotas, besos, y trivialidades, descubrieron esos hilos por donde tirar y hallar algo más profundo en lo superficial, y así descubrieron esos pequeños detalles que los unían. Ellos ya sabían la clase de persona que tenían al frente, se habían visto en los momentos más oscuros y vulnerables, en esos pequeños triunfos, enfrentando pruebas desafiantes en las que se demostraba la calidad humana.

Entre las cosas pequeñas se dieron cuenta de que las galletas eran una de esas debilidades que no se quedaba solo en la infancia, o que el perfume que usaban cada uno fue obra de la cuñada de Anthony, Laura, quien elaboraba fragancias personalizadas para sus seres queridos. A Gwendolyne le calentó el alma, saber que la directora sentía un afecto más allá del profesional hacia las maestras de la academia.

En Peony House, Gwendolyne conoció a Anthony como hermano e hijo. Era el lugar donde él se permitía mostrar ese lado más relajado y cariñoso, incluso más infantil. Aquello era contagioso, ella también se fue deshaciendo de esas normas encorsetadas de cómo comportarse, qué decir, en qué tono… En esa casa no se sentía como un objeto decorativo, sino una mujer de carne y hueso.

A eso de las cinco de la tarde, decidieron que ya habían ensayado suficiente para esa jornada; espaldas y brazos protestaban con dolor ante ese incombustible entusiasmo, que era alimentado por el placer de estar juntos haciendo algo que amaban.

Gwendolyne estiraba sus brazos y movía el cuello, Anthony

guardaba su violín. De pronto, Carruthers golpeó la puerta y entró.

—Señor, su madre me envía para invitarlos a tomar una taza de té en su salita privada.

Anthony, sin quitarle su atención a su violín, respondió:

—Enseguida iremos. Gracias, Carruthers.

—Se lo diré. —Y salió, cerrando la puerta tras de sí.

Gwendolyne rio.

—Fue tal como lo dijiste.

—Mi madre ha hecho una tarea titánica por no interrumpirnos antes, la conozco. El té de la tarde es una excusa perfecta para interrogarnos. —Cerró el estuche y le extendió la mano a Gwendolyne—. Vamos, querida, a saciar su curiosidad.

Ella tomó su mano y se levantó. Anthony aprovechó ese movimiento, la atrajo hacia él y le robó un beso.

—No bajes la guardia.

Y se la llevó de la mano a la salita privada de la vizcondesa, la cual se situaba en el ala opuesta de la casa.

Cuando Anthony entró con Gwendolyne, encontraron a Olivia y Andrew sentados en un sofá dándose un tierno beso en los labios. Ni siquiera se apresuraron a darle fin ante la presencia de ellos.

Para Anthony eran naturales esas demostraciones de amor, y sabía que afuera podían ser catalogadas de vulgares e inapropiadas. No obstante, él consideraba más escandalosa la frialdad, el desdén y las infidelidades dentro de una pareja, y que aquello fuera lo normal y esperable en un matrimonio.

Lo vulgar e inapropiado le resultaba infinitamente preferible.

Por su parte, Gwendolyne ya no le sorprendía tanto como al principio ver a dos personas besarse. Desde que se involucró con la nueva familia de su amigo Edward, la visión de uniones gélidas y convenientes dejó de ser la única alternativa de un futuro promisorio para las mujeres.

Era posible ambicionar más… Si tenía la suerte de que se dieran las condiciones.

Miró a Anthony. Sí, podía decir que tenía suerte.

Se sentaron en el sofá que estaba frente a los vizcondes. Olivia les sonrió y se dispuso a servir el té.

Sobre la mesita de centro había galletas, bollos y emparedados… y un periódico.

Andrew lo tomó y se lo ofreció a Anthony, mientras decía:

—Es sobre lo que te comenté, hijo.

Anthony lo tomó y fue directo a la sección «Cartas al Director» y leyó:

Señor Director:

Aprovecho este espacio a la ciudadanía para denunciar la atrocidad moral que se está cometiendo en la Academia Hope, institución que se dedica a educar a mujeres caídas en desgracia. En apariencia, su labor social es encomiable, pero dista mucho de ser un lugar decente.

Solo por poner un ejemplo: las maestras. En su mayoría, son jóvenes aristócratas que corrompen su inocencia al entrar en contacto con esas mujeres que no han caído en desgracia porque sí. No sé cómo sus padres permiten la aberración de exponer a sus hijas ante seres que son la escoria de la sociedad. ¿Hasta dónde va a llegar esa inmoralidad a la cual son sometidas? Estoy seguro de que se puede hacer caridad de otro modo, sin la necesidad de mezclarse con el pecado.

Es por ese motivo que he escrito, porque no solo hay aristócratas ejerciendo un trabajo cuestionable, sino también una persona muy importante para mí. Ella ha enviudado hace siete meses, y de ese tiempo lleva cinco trabajando en secreto en esa institución. En estos momentos, ella debería estar lamentando la muerte de su esposo en su casa, como mujer de bien, no estar envuelta en ese mundo que es el epítome de la decadencia. Temo por su cordura y su alma.

Lamentablemente, no he podido liberarla gracias a su director, el señor Anthony Witney, quien influye sobre ella y me ha prohibido todo contacto.

Todos me dicen que ella es mayor de edad y que

puede hacer lo que quiera, pero mi deber no sabe de leyes, sino de seguir la senda que Dios me dio al darme la bendición de tenerla en mi vida.

Esperando que mi ruego sea escuchado por la sociedad.

Fitzwilliam Warner

No había que ser un genio para descifrar que ese nombre era un alias de Ferdinand Welsh. Era bien sabido que los periódicos no solían poner el nombre verdadero del remitente de la carta. Las fosas nasales de Anthony se dilataron al contener sus ganas de ir a la casa de su futuro suegro y meterle su carta por el…

La voz de Gwendolyne lo sacó de esa espiral de ira, cuando preguntó:

—¿Hay alguna noticia interesante? —Y se comió una galleta.

Como toda respuesta, él le entregó el periódico y le señaló lo que acababa de leer.

A medida que su lectura avanzaba, el semblante tranquilo y feliz de Gwendolyne se desfiguró hasta evidenciar el horror e ira que la carcomía, al punto de estrujar el papel. Ella también había llegado a la misma conclusión. Ya era demasiado extraño que su padre fuera tan pasivo.

Miró a los vizcondes, sus manos aflojaron el periódico y se lo entregó a Anthony. Ellos los estudiaban con interés. Gwendolyne tragó saliva, no podía ni quería defender a su progenitor, y dijo:

—Supongo que ya saben quién escribió esa carta. Les aseguro que yo no pienso igual que mi padre y… —Su defensa se interrumpió cuando vio emerger una maternal sonrisa en los labios de Olivia.

—Lo sabemos, querida Gwen. No es la primera vez que lidiamos con opiniones de este tipo.

Andrew le tomó la mano a su esposa y terció:

—Lo que nos interesa saber, ahora que en un tiempo más seremos familia, es hasta dónde podemos llegar para que su padre deje de fastidiarnos.

Gwendolyne arqueó sus cejas, sorprendida ante aquella

pregunta que encerraba muchas posibilidades.

—¿Podría ser más específico, milord?

—Cuando alguien intenta meterse con uno de nosotros, nos encargamos de que reciba lo que merezca. Eso significa sacar alguno de sus sucios secretos a la luz por medio de la prensa, o entablamos demandas civiles por injurias y calumnias.

Olivia agregó:

—No enviamos nuestra respuesta mediante «Cartas al Director», eso es de aficionados, sino titulares en las portadas de varios periódicos, tanto serios, como sensacionalistas. Recogemos el guante y devolvemos el golpe con contundencia.

—Oh, vaya… —Carraspeó y bebió un sorbo de té—. Respecto a lo que ha hecho mi padre, ¿tienen algo en mente?

Olivia comió una galleta con parsimonia y luego bebió té. Al terminar dijo:

—Sabemos que su difunto esposo era un contrabandista y que parte de su fortuna, si es que no toda, la amasó gracias a ello. También sabemos que su padre es accionista de la Langthorne Shipping Company… Sacar a la luz ese hecho para fastidiarlo a él, podría arruinar esa empresa, pero también usted saldría perjudicada, ya que posee la mitad de las acciones. Tengo entendido que las está vendiendo, ¿no es así?

Fue el turno de Anthony de arquear sus cejas. A sus padres no se les escapaba nada.

Gwendolyne asintió y repuso:

—De hecho, la próxima semana debo asistir a una reunión de accionistas, consideran que es ilegal que haya puesto a la venta mis acciones. Pero ya he hecho mis averiguaciones y me he asesorado con el señor Montgomery, ellos no pueden impedirme que las venda.

Anthony se apresuró a agregar:

—La acompañaremos tío August y yo a esa reunión. No dejaré que Welsh intente intimidar a Gwendolyne.

Andrew asintió y dijo:

—Apreciaría que nos mantengan informados. —Su atención se centró en Gwendolyne—. De momento, no arruinaremos a su padre, pero tenemos que tomar otras medidas, que sean igual de públicas.

Pronto será el baile de beneficencia de la Fundación Hope. Conozco a mi hijo, si la está cortejando es porque la ama y sus intenciones son honorables.

—Y yo también siento lo mismo, lo amo con mi alma. —Guardó silencio, necesitaba ordenar sus ideas para que no se malinterpretaran—. Y estoy arriesgando todo lo que poseo por nuestra relación… Confío en él y en que cumplirá su palabra en los acuerdos que hemos tomado.

Andrew esbozó una ligera sonrisa. Estaba orgulloso, su hijo iba a hacer lo mismo que él, darle la legítima autonomía económica a su esposa, aunque la ley dictara lo contrario.

—Entonces su relación va directo al altar. Eso facilitará las cosas. Sugiero que aprovechemos la instancia que nos da el baile para anunciar su compromiso. Así demostraremos que usted no está perdiendo su cordura, ni es indecente. —Sonrió, cínico. Su tono cambió a la ironía y añadió—: Y que ha tenido la sensatez de contraer un enlace conveniente, que le hará escalar socialmente como su padre jamás imaginó… Será una futura vizcondesa.

En ese preciso segundo, Gwendolyne se dio cuenta de que eso último era cierto.

Vizcondesa… Ojalá en un futuro muy, muy lejano. Nunca había sido educada para ello. Se preguntó si algún día podría ser como Olivia, jugar con sus propias reglas en una sociedad que siempre intentaba señalarle cuál era su verdadero lugar.

La palabra vizcondesa se repitió en su cabeza como una letanía odiosa, incluso absurda. Como si alguien le hubiera vaciado un balde de agua fría que quemaba. Un fuego veloz trepó desde el cuello hasta la frente. Se tocó las mejillas, estaban caldeadas. Ante ese gesto, Anthony buscó su mirada. Sonrió y dijo:

—¿Te acabas de dar cuenta?

—Oh… Estee… Ay, sí… —Se tapó la cara—. Se me olvida que eres… el… el…

—El heredero del vizcondado de Rothbury. —Arrugó su nariz—. Sí, yo también no suelo pensar en ello, prefiero creer que mi padre vivirá para siempre.

Andrew y Olivia se miraron de soslayo. Esa ceguera social por

parte de Gwendolyne era una muy buena señal. Estaban seguros de que si ella seguía por esa senda, iba a ser —en un futuro muy, muy lejano— una gran vizcondesa.

Crescendo

Desde ese día, Anthony y Gwendolyne solo se separaban cuando él ensayaba con el Quinteto Divino o cuando ellos eran el director y la maestra de la Academia Hope. Confesar sus sentimientos cambió radicalmente la solitaria expectativa que tenían de sus vidas.

Se volvieron visitantes habituales de sus respectivos hogares. Anthony solía ir a casa de Gwendolyne los sábados y domingos, y salían a pasear. En la semana pasaban la tarde en Peony House hasta la hora de la cena. A veces, Olivia «secuestraba» a su futura nuera y, junto con Violet, iban de compras a Bond Street; había que confeccionar el vestido de gala para cuando anunciaran el compromiso.

Los besos robados se convirtieron en ese fugaz segundo anhelado. Esa inocencia que aún conservaban, pese a la crueldad del mundo, se reflejaba en ese roce de labios.

No obstante, también fueron perfeccionando ese arte de besar con pasión, en el que brazos y lenguas se enredaban, sus cuerpos se alineaban y, en medio de esa vorágine de sensaciones ardientes, eran conscientes de sus formas, de lo que provocaban sus caricias en el otro; latidos acelerados, respiraciones superficiales, el calor que irradiaban…, las ganas de tocar la piel del otro, de indagar qué había bajo la ropa. Anthony procuraba que Gwendolyne no notara su pétrea excitación, no quería hacerle recordar a Langthorne. Esa siempre era su señal para ahogar ese fuego y reducirlo a cenizas… tensas y sensibles cenizas, que se fundían con el anhelo, la euforia y el temor. Sabía que, cuando llegara el momento de escalar su relación al plano físico, su preciada musa sería comprensiva, amorosa y paciente con él, y que le perdonaría sus errores de principiante. Sin embargo, él también deseaba darle una primera vez indolora, que la dejara dichosa… No quería decepcionarla.

Decidió que lo mejor era buscar consejo. Su primera opción era Matt, sabía que él ya no era casto. Eso sí, lo haría después de la presentación de Gwendolyne a Grace, la cual ya tenía fecha definida, sería el 11 de abril. Todavía no les había dicho nada a sus amigos sobre su relación amorosa. Deseaba que solo vieran el talento de su

prometida tal como era, que no fueran influenciados por el hecho de que ella era algo más que una querida amiga.

Solo quedaba esperar… y soportar, estoico, los besos incendiarios de Gwendolyne.

*****

Los días pasaron hasta que el plazo se cumplió. El violín y el arpa fueron trasladados desde Peony House a la Academia Cross. Andrew tomó la misión de supervisar el viaje, mientras que Anthony y Gwendolyne decidieron ir a pie para calentar el cuerpo y aplacar el estremecimiento en sus miembros.

Su andar fue acelerado, firme, acompasado. Silencioso. No eran necesarias las palabras para llenar ese vacío, porque no era frío ni distante, solo estaban sumergidos en su propio mundo, concentrándose en ese pasaje complicado, o en qué momentos había que acentuar con fuerza esa nota particular o convertirla en apenas un susurro. A lo largo de los ensayos, Gwendolyne se dio cuenta de que Anthony no solo leía y obedecía lo que decía la partitura, sino que también intentaba entender la intención del compositor con sus anotaciones, el efecto que quería lograr en un determinado momento. Ver la música de ese modo le enseñó a comprender de mejor manera el arte que subyacía en una pieza, no solo era ejecutar sin mácula, sino también sentir y vivir cada acorde como si fuera lo último que iba a tocar en su vida.

Cuando llegaron a la Academia Cross, se quedaron quietos frente a la puerta de acceso. Anthony le tomó la mano y besó sus nudillos.

—Lo harás perfecto, mi Gwen. Yo estaré contigo siempre.

Gwendolyne lo abrazó fuerte. Se empinó en la punta de sus pies y le besó la mejilla.

—Lo sé, *cariad*… Serás mi Leviatán.

Él le sonrió. Ella interpretaba esa mítica y terrible bestia de una forma diferente, como si encontrara en él la fuerza para enfrentar a lo que temía. No se trataba de una necesidad de ser protegida, sino más bien tener un ancla que le ayudara a mantenerse firme.

—Parece que lo he sido desde el primer día, querida. Aunque no me hubiera dado cuenta de ello.

Gwendolyne lo abrazó, necesitaba sentirlo antes de entrar.

—Te amo.

—Yo también… ¿Subamos?

Se separaron y Anthony le abrió la puerta. Gwendolyne ascendió por la estrecha escalera. Él iba detrás de ella y le llegaba la estela de su fragancia, la que inspiraba y despertaba su imaginación.

En su fantasía, él tiraba de su falda para que ella se detuviera. Subiría los peldaños hasta igualar sus alturas, la acorralaría hasta la pared para devorar su boca, acariciar su cuello, sus pechos…

Sacudió de su mente aquella visión cuando Gwendolyne le consultó:

—Es esta puerta, ¿cierto?

—Sí, ábrela.

Apresuró su ascenso y la alcanzó.

Cuando traspasaron el umbral, se encontraron con un vestíbulo en el cual dejaron sus sombreros y guantes. Avanzaron, y ante ellos se extendió un pasillo amplio, a cada lado había dos puertas, al fondo se encontraba una puerta doble. Sobre ella, un letrero que tenía escrita en dorado la palabra «Auditórium».

Gwendolyne se tronó los nudillos.

—Auch, ¿no te dolió? —Ella jadeó, escondió sus manos al instante y detuvo sus pasos. Anthony ladeó la cabeza—. ¿Qué sucede? Estás como si hubieras asesinado un patito.

—No… no me di cuenta, yo sé que está mal… —Secó el sudor de sus palmas con su falda. Evocó el punzante dolor de la regla de madera que corregía esa mala costumbre, la mano castigadora de su padre. Con un hilo de voz, dijo—: Solo lo hago cuando… Perdón, no lo volveré a hacer.

Anthony vio miedo, ese que se reflejaba cada vez que ella hablaba de Ferdinand Welsh. En su interior maldijo mil veces a ese hombre que nunca fue capaz de ser un buen padre. Había herido de tantas formas a sus hijos, que parecía que ningún castigo iba a ser suficiente.

—Ay, querida… No te estaba amonestando. —La abrazó—. No

pasa nada… Era una broma, siempre le digo eso a Florence, ella también tiene esa costumbre, y lo hace a propósito para fastidiar a las personas. Mamá lo detesta, porque piensa que en la vejez de mi hermana va a tener las articulaciones tiesas. Cuando tenga ochenta veremos si puede seguir tocando la viola. ¿Te la imaginas? —Gwendolyne rio bajito—. Si desafina le diré: «Ahí tienes, por no hacerle caso a mamá, vieja terca».

—Oh, Tony, no seas malvado…

—¿Me has llamado Tony? Oh, eso es maravilloso… Ya sientes que eres de mi familia.

—Creo que sí, solo lo dije.

—Es mejor cuando sale sin pensar… —Enmarcó el rostro amado entre sus manos—. ¿Te sientes preparada para entrar?

Gwendolyne inspiró profundo para alejar a Ferdinand de su mente. Ya no vivía con él, ya no podía hacerle daño, no estaba sola. Soltó el aire de sus pulmones. Asintió.

—Entremos, *cariad*. —Anthony abrió la puerta—. Las damas primero.

El salón tenía una capacidad para unas setenta personas. En el pequeño escenario, los protagonistas eran el arpa y el violín, acompañados con sus respectivos atriles y partituras. La luz natural que entraba por las ventanas era reflejada por las paredes blancas, y le brindaba un ambiente de paz y quietud.

En primera fila se encontraban Andrew, Florence, Matt y Caleb. Grace estaba de pie y conversaba con ellos. Sonrió al darse cuenta de la llegada de Anthony y Gwendolyne. Con un enérgico gesto, los saludó.

—¡Al fin están aquí! —Grace fue a su encuentro, tomó las manos de Gwendolyne—. Qué placer tenerla en nuestra academia. Tony nos ha hablado maravillas de usted, señora Langthorne.

—Espero hacerle justicia a tanta alabanza.

—Tony no elogia a cualquiera. Si algo no le gusta, prefiere no emitir ninguna clase de comentario… —Sacó un reloj de bolsillo y consultó la hora—. Bien, en diez minutos empezamos. He invitado a algunos alumnos de esta academia y unos especiales que provienen del Colegio New Hope, aquí reciben clases avanzadas de música.

Espero que este cambio no le moleste. Siempre es bueno que accedan este tipo de presentaciones, sobre todo para quienes no pueden pagar un boleto de entrada.

Gwendolyne negó con la cabeza y respondió:

—No tengo problema, lo tomaré como si estuviera impartiendo una clase a mis alumnas.

—Perfecto. —Desvió su atención a Anthony, quien no le quitaba los ojos de encima a Gwendolyne. Ah, conocía ese tipo de mirada. Su amigo adoraba a esa mujer. Le chasqueó los dedos—. No te distraigas, jovencito.

Anthony estiró una sonrisa.

—Solo miraba una pelusa en el vestido de la señora Langthorne. —Con dos dedos tomó la motita imaginaria y la desechó.

Grace puso sus ojos en blanco, ¿a quién trataba de engañar?

—Claro, una pelusa. Mientras tanto, pasen al escenario para afinar y calentar. Yo iré a buscar a mis hijas y a los alumnos.

Anthony y Gwendolyne enfilaron sus pasos hacia su destino, saludaron al resto sin entretenerse demasiado y subieron al escenario. El ambiente se llenó de notas fugaces, ligeros ajustes, escalas, un fragmento de una pieza favorita.

Pronto los sonidos se mezclaron con el murmullo de los alumnos de la academia que se repartían en distintas partes, el chirrido de las sillas moviéndose, un carraspeo que hizo eco. Olivia también asistió, iba con Violet y Elijah. Marian, la hermana mayor de Anthony, guiaba a los alumnos del Colegio New Hope en sus asientos.

Anthony le dedicaba breves miradas de reojo a Gwendolyne, en las que se fijaba en su estado emocional. Se le veía más seria que de costumbre, no había rastro de ternura o suavidad en sus facciones.

Estaba concentrada al máximo, como una profesional.

Grace llegó con sus hijas mayores y se sentó en primera fila junto al Quinteto Divino y la familia de Anthony.

De pronto, el silencio.

Llegó el momento por el cual habían practicado durante

semanas. Anthony se adelantó unos pasos y con voz firme y solemne dijo:

—Les doy la bienvenida a esta presentación. Mi nombre es Anthony Witney y la distinguida señora que se encuentra a mi lado… —Señaló con un elegante gesto—… es Gwendolyne Langthorne. Interpretaremos para ustedes la *Sonata Número 6, Opus 115* para arpa y violín del compositor alemán Louis Spohr… Y como dato curioso, aún está vivo. —El público rio, no todos los compositores populares estaban muertos—. Espero que la disfruten.

Gwendolyne se levantó, tomó la mano de Anthony y dio una reverencia. Sus miembros apenas los sentía. Él le dio un ligero apretón a sus dedos y se dirigieron a sus posiciones.

Los aplausos de rigor fueron el preludio.

Silencio…

Anthony miró a Gwendolyne, ella estaba pendiente de su señal. Un movimiento ligero de cabeza marcó el *tempo*, inspiró y la música reinó.

De todas las veces que Anthony tocó junto a Gwendolyne, jamás estuvo tan compenetrado como en ese momento. Respiraba a través de la música del arpa y él le brindaba de vuelta el soporte de su violín. Sus miradas se cruzaban, y esos efímeros instantes se sentían como si se acariciaran con la melodía que flotaba en el aire y los envolvía.

El mundo y el tiempo dejaron de existir. Solo eran ellos dos y la música que los gobernaba, los fundía, los desafiaba en cada crescendo, en cada trino, en cada vibrato. En la mirada del otro encontraban el reflejo de su sentir. Ni siquiera el breve silencio que se derramaba entre cada movimiento de la sonata fue capaz de romper ese misticismo, ese que les hacía olvidar el leve dolor en las yemas de los dedos o la protesta de los músculos de sus brazos.

Durante media hora se entregaron por completo a la música. Era como si sus almas bailaran juntas, amalgamadas, intuyendo algo más: un deseo silente que no se verbalizaba, pero que crecía… paciente, esperando su momento.

Y cuando tocaron la última nota, solo podían escuchar el latido frenético de sus corazones. Se sonrieron.

Los aplausos llenaron la estancia, el público se levantó para seguir alabando el virtuosismo desplegado. En los ojos de los niños del Colegio New Hope se vislumbraba la ilusión de presenciar algo hermoso, para ellos era un privilegio que pocas veces podían disfrutar. Para los alumnos que ya eran jóvenes o adultos, aquella era una muestra de lo que podían alcanzar.

No obstante, quienes más aplaudieron fueron los miembros del Quinteto Divino. Anthony había demostrado una parte de él que ellos desconocían. Fue el director de ese dueto e hizo brillar el talento de Gwendolyne, quien fue la indiscutible estrella de la sonata. Sorprendidos y orgullosos de él en partes iguales.

Anthony se acercó a Gwendolyne, le tomó la mano y le besó los nudillos. En medio de los aplausos le susurró:

—Ha sido perfecto… Eres perfecta.

La instó a que se levantara para agradecer al público con una reverencia y los aplausos se salpicaron de voces que exclamaban una y otra vez: «¡Bravo, *bravissimo*!».

Anthony no podía sentirse más orgulloso de Gwendolyne. La había visto crecer tanto desde que la vio por primera vez. Luchaba contra sus demonios, intentaba no dejar que el pasado la dominara, enfrentaba el futuro con esperanza, esa misma esperanza que le permitió darle cabida al amor para entregarlo y recibirlo.

Por un instante, su atención se devolvió hacia sus compañeros del Quinteto, ellos eran los que más aplaudían; él sabía que Gwendolyne los había impresionado y, a juzgar por la calculadora mirada de Grace, ella ya estaba trazando un plan.

De pronto, sintió que Gwendolyne le apretaba la mano y la miró. Con los ojos anegados de emocionadas lágrimas, le susurró:

—Gracias… por darme el mundo.

—Siempre, querida mía. Espera, tengo que hacer algo bien… —Dejó su violín sobre la silla, esculcó su bolsillo y sacó algo que Gwendolyne no pudo notar. Ella entreabrió su boca al verlo plantar una rodilla en el suelo y abrir una cajita de madera. Un anillo de oro, medio aro labrado, tres zafiros, el del centro era el más grande. Los asistentes jadearon de sorpresa y volvieron a aplaudir con más fuerza—. Pasado, presente y futuro… es todo lo que soy y lo que te

ofrezco… Sé mi compañera en este dueto que nos queda, sé mi esposa.

Gwendolyne se secó sus lágrimas. En el pasado siempre intentó no ilusionarse con una propuesta de matrimonio, ¿para qué?, si su padre lo tenía todo calculado. Nada de sentimientos, solo una transacción a la que podía sacarle provecho.

Ver a Anthony haciendo realidad su sueño, su deseo más oculto, era la confirmación de que su vida ya no le pertenecía a nadie más que a sí misma. Ella por fin podía amar, bajo qué términos, elegir a quién sería su compañero… Y ese compañero era el hombre que estaba de rodillas ante ella, esperando su respuesta.

—Oh, mi Leviatán… Siempre ha sido un sí.

Anthony carraspeó intentando deshacer el nudo de su garganta, constreñida de pura felicidad. Tomó la mano derecha de Gwendolyne y deslizó el anillo en su anular. Discreto, secó la humedad de sus ojos mientras se ponía de pie. La abrazó con fuerza.

—Te amo, gracias por no cerrarme tu corazón.

—Podría decir lo mismo, *cariad*.

Se separaron y bajaron del escenario para recibir el cariño de sus familiares y amigos. Gwendolyne sentía que todo era un maravilloso sueño en el que solo faltaban sus hermanos, su gran preocupación. Era lo que empañaba su felicidad, aún no recibía ninguna noticia de Hywel o de Eira.

Poco a poco, el salón se fue vaciando. La familia de Anthony se ocupó de llevar el arpa de Gwendolyne a Langthorne House, y luego se dirigirían a Peony House para preparar una pequeña celebración. Solo quedaban los miembros del quinteto.

Acomodaron las sillas en círculo para conversar y descansar. Anthony se sentó al lado de Gwendolyne, jamás se había sentido tan completo y dichoso. Si fuera por él, lo gritaría a los cuatro vientos.

Florence carraspeó y extendió su mano:

—Empiecen a pagar sus apuestas, caballeros.

Caleb entrecerró sus ojos y cuestionó:

—¿Cómo sé que no sabías de antes?

—Porque apostamos el mismo día que Tony nos habló de

Gwen. Se lo tenía bien escondido el bribón, apenas lo confirmé hace unos días.

Matt se rascó el mentón y señaló:

—Pienso lo mismo, Caleb, parece que Florence hizo trampa.

La acusada puso sus ojos en blanco.

—Ustedes son unos malos perdedores, ¿cierto, Grace? Tú apostaste lo mismo que yo.

—Claramente, yo no sospeché. —Su rostro no decía nada, pero intuyó que todo terminaría en una boda desde que Anthony fue a conversar con ella. Pero eso era un secreto—. Han perdido la apuesta de la santidad de Anthony y que él estuviera cortejando a Gwendolyne. Nos deben dos coronas a cada una, par de sinvergüenzas.

Las formalidades a esas alturas se habían esfumado.

Caleb y Matthew hurgaron en sus bolsillos buscando monedas. De mala gana pagaron su deuda. Grace y Florence reían como crías.

Caleb miró con recelo a Anthony:

—Supongo que ya te aprendiste la serenata de Florence. —Esa era una de las apuestas que aún quedaba en pie.

—Por supuesto, me la sé de memoria.

Florence acotó:

—No me consta, lo tendrá que demostrar en el próximo ensayo.

Matthew hacía cuentas con los dedos y le preguntó a Anthony:

—¿Cuánto tiempo llevas siendo director de la academia?

—Casi un mes.

—¿Y qué tal va ese asunto?

Anthony sonrió guasón.

—Soportaré los tres meses sin problema.

Caleb y Matthew se miraron y negaron con su cabeza. Grace y Florence carraspeaban.

Gwendolyne no se abstuvo de comentar sin delatar a Florence.

—Parece que tienen otra apuesta, ¿o me equivoco?

Matthew asintió y dijo:

—Sí, pero todavía falta tiempo para cobrarla. Nunca se sabe… A todo esto, Tony, ¿ya terminaste tu serenata?

Él sonrió. Florence y Grace gimieron y protestaron. Caleb aplaudió y dijo:

—¡Leviatán lo ha hecho de nuevo! Presentando el trabajo al filo de la hora. ¡Bravo! —Miró a los demás—. Me deben una corona.

Grace, Florence y Matthew pagaron su deuda. Gwendolyne miró a Anthony y le dijo:

—¿Por qué no me lo contaste?

—Quería sorprenderte… Pero Matt lo arruinó.

—¿Cuándo la escucharé?

Grace aplaudió y terció:

—Eso, Gwendolyne, sin miedo a exigirle a ese compositor perezoso. Tanto talento y lo deja todo para el final.

Gwendolyne se apresuró a defenderlo:

—Ha sido complicado para él, no fue pereza.

—No vale, lo justificas porque eres su prometida.

El rostro de Gwendolyne se tiñó de rojo, se abanicó con la mano.

—Ay, sí es cierto… Le faltaba la inspiración.

Florence arqueó su ceja y cuestionó:

—Tony e inspiración jamás van en la misma oración. Él es metódico y disciplinado… Cuando quiere.

Anthony prefirió zanjar el asunto y confesó:

—La serenata era de Gwendolyne, se la improvisé cuando terminó la celebración de la boda de Emily y Edward… Le prometí escribirla, pero la olvidé. Todos estos meses intenté terminarla… —Tomó la mano de su futura esposa—. Definitivamente, me faltaba la persona que me inspiró en primer lugar.

Grace entendía a Anthony. Ella componía en base a métodos y conocimientos. Las pocas veces que ella sentía ese llamado a plasmar en música sus sentimientos, se debía a alguien que la desbordaba de amor. Primero, la inspiró su esposo y compuso una sonata. La serenata que ella ofreció para el festival fue por el profundo sentimiento que sus hijos despertaban en ella.

Alzó su barbilla y dijo:

—Retiro lo de perezoso… Pero ojalá no se repita. Me tenías nerviosa.

Matt, Florence y Caleb soltaron unas risotadas. Estaban seguros de que Anthony volvería a ser el último en entregar una composición en el futuro.

Anthony esperó, paciente, a que las risas cesaran. Cuando se redujeron a un dolor de barriga, añadió:

—¿Cuál es la posibilidad de que incorporemos un instrumento más en mi serenata?... ¿Que formemos un ensamble con arpa?

Todos clavaron sus ojos en Gwendolyne. Ella miraba a Anthony con gesto interrogante, y dijo:

—Pero si solo me has mostrado dos movimientos y en violín.

—Es la base, pero ya tengo las partes del quinteto y pensé que sería interesante agregar el arpa, solo si tú y los demás quieren.

Grace sonrió.

—Al paso que vamos, terminaremos formando una orquesta. ¡Me encanta! ¿Ustedes qué opinan? —La respuesta positiva llegó con asentimientos entusiastas. Miró a Gwendolyne—. Gwen, di que sí, eres extraordinaria. Será un placer si te unes a nosotros. Al menos inténtalo en la serenata que Tony ha escrito.

Gwendolyne boqueaba sin poder encontrar las palabras. Tocar ante unas cuantas personas no era lo mismo que en un festival en un teatro, pero… Oh, la experiencia de presentarse con tantos músicos talentosos era algo que no se vivía todos los días.

—Si a ustedes no les cambia demasiado los planes… —Tomó una inspiración, ya temblaba con solo pensar en ello—. Será un placer y un desafío.

Anthony le besó la mano a Gwendolyne.

—Gracias, querida. No solo inspiras, serás parte de ella.

Caleb, guasón, terció:

—Ay, no. Ahora es poeta. Gwen está haciendo que este demonio muestre todo lo que tiene escondido. ¡Jesús!

Las risas volvieron… Gwendolyne atesoró ese momento en su corazón. Su mundo se ampliaba, apenas podía asimilarlo.

Estaba cambiando otra vez, y no estaba Hywel ni Eira…

¡Dios, cuánto deseaba verlos!

Sforzando

Gwendolyne estudió el edificio que se alzaba ante ella. En una discreta placa de bronce adosada a la muralla de ladrillo, estaba escrito «Langthorne Shipping Company».

Sería una mentira decir que su pulso era regular y que estaba lista para enfrentar a su padre y a todos los accionistas. Pero también sería faltar a la verdad decir que ella estaba a un paso de desmayarse. Se encontraba justo en ese punto entre la valentía y el miedo.

Ahí estaba tratando de controlar su respiración, y no sentir que la vida se le iba. La escoltaban Anthony y August Montgomery como si fueran sus dos guardaespaldas. Ellos no dejarían que la situación se saliera de control.

Anthony la llevaba de la mano, bastó un ligero apretón para sacarla de su ensimismamiento

—¿Estás lista? ¿O deseas dar una vuelta antes? Todavía tenemos tiempo.

Gwendolyne inspiró entrecortado, el fuerte olor del puerto llegó a sus fosas nasales. Negó con su cabeza.

—No, entremos y terminemos de una vez por todas. —Tomó la aldaba de hierro con forma de puño y tocó la puerta.

Abrió un hombre de mediana edad, el recepcionista. Frunció el ceño al verla. Tardó unos segundos en recordar que la viuda del señor Langthorne iba a asistir a la reunión. No sabía si se trataba de esa jovencita vestida de rojo sangre, esperaba a alguien de negro y velo.

Sí, era imposible que fuera la señora Langthorne. Con un tono pomposo y prepotente indagó:

—¿A quién busca?

Ante esa desagradable pregunta, ella recordó todos los consejos que le dio Olivia antes de salir, alzó su barbilla y respondió:

—He venido a la reunión de accionistas. Soy la señora Gwendolyne Langthorne.

—¿No debería estar de luto? —«¿Y ser más adulta? Apenas es una chiquilla», pensó.

—¿No debería guardarse sus comentarios pedantes y desatinados? Mantenga la boca cerrada y no perderá su trabajo. Recuerde que la mitad de este lugar es mío… ¿Cuál es su nombre, señor?

El tono autoritario desconcertó al hombre. Era espeluznante en ese rostro de facciones inocentes.

—Rhys… Rhys Evans, señora.

Anthony y August se miraron y alzaron sus cejas. Langthorne usaba como alias el mismo nombre que el recepcionista… ¿Casualidad? Lo dudaban.

Gwendolyne, sin perder el temple, repuso:

—¿Qué espera, Evans? Abra la puerta.

El hombre parpadeó y les permitió la entrada. Solícito dijo:

—Por acá, por favor. Los guiaré a la sala de reuniones.

Ese cambio en el trato envalentonó un poco más a Gwendolyne. Su futura suegra tenía razón, una mujer con autoridad desconcertaba a los hombres, era sorprendente confirmar aquello. Debía seguir actuando de esa forma, su padre era más duro que Evans, pero ella no iba a ceder.

«No estoy sola».

No tardaron en estar frente a la puerta doble. Desde su lugar, Gwendolyne podía oír voces graves conversando, unas risas de suficiencia. Olor a tabaco.

Rhys abrió las dos puertas al mismo tiempo y dejó pasar a Gwendolyne, a Anthony y a August.

Las voces se acallaron, los hombres se pusieron de pie; una cortesía dada por inercia. En medio de esa nube de tabaco, Gwendolyne se abrió paso y buscó un lugar en esa impresionante mesa oval. En uno de los extremos se encontraba su padre, a quien no le dirigió la palabra. No porque quisiera, sino porque si lo hacía, su voz se quebraría. Necesitaba recomponerse, él seguía viéndose imponente, mas no tanto como antes. Era más alto que ella, pero, comparado con Anthony y August, parecía un pigmeo.

El único lugar que encontró libre fue el otro extremo de la mesa, alejada de los otros hombres, diez en total. No se sentía como si ella fuera la cabeza de esa empresa, más bien como si fuera

acusada de un delito.

«No se deje intimidar. Cuando los hombres están en grupo se vuelven valientes y arrogantes. Nunca baje la cabeza. No grite. No deje de mirarlos a los ojos». Los consejos de Olivia resonaban en su mente y le permitían evadir la sensación de empequeñecer.

No esperó a que le indicaran que se podía tomar asiento, solo lo hizo sin pedir permiso. No dijo ni una palabra, se limitó a mirarlos fijo. Ellos se sentaron y reanudaron su conversación, como si ella no existiera. Gwendolyne se encogió de hombros y se quitó los guantes con parsimonia.

Anthony consultó la hora en su reloj de bolsillo, faltaban diez minutos para las diez de la mañana. Él y August tomaron asiento a cada lado de Gwendolyne. El abogado sacó de su maletín todos los documentos que eran pertinentes para aquella reunión.

Mientras la ignoraban, Gwendolyne estudió cómo se comportaban esos hombres. Conocía sus nombres, pero no a quienes correspondían. El albacea de Langthorne fue el que trató con ellos cuando ella heredó las acciones, por lo que nunca fueron presentados personalmente. Fue una larga espera el trámite del traspaso de las acciones. Se suponía que debía tardar un par de semanas, pero se encargaron de dilatar el asunto durante meses.

O más bien, su padre lo dilató por medio de su puesto en la junta de accionistas. Ya no le cabían dudas.

Ahí estaban todos rodeando al gran Ferdinand Welsh, como si fuera una abeja reina, los demás parecían respetarlo con cierta pleitesía.

Anthony se inclinó hacia ella y susurró:

—Son las diez y cinco.

—Bien. —Gwendolyne tomó sus guantes y se levantó—. Caballeros, ha sido un interesante placer asistir a su reunión. Cuando tengan otro tema importante que tratar conmigo, me citan.

Anthony y August la secundaron, y la siguieron hacia la salida. La voz de Ferdinand tronó:

—¿A dónde crees que vas, jovencita?

Gwendolyne detuvo sus pasos. Su corazón aporreaba las paredes de su pecho.

«No estoy sola, no estoy sola, no estoy sola».

Calculó cada movimiento que la llevó a enfrentar los ojos de su padre. Solo se fijó en eso y dijo:

—A mi casa, ¿por qué? —Gwendolyne se sorprendió de su propia voz, de la firmeza, de lo desafiante que sonó a pesar de no haberla alzado.

—La reunión aún no ha comenzado. ¿Acaso eres tan ignorante que no sabes cómo funciona?

—Oh, sí sé cómo funciona. Las personas llegan puntuales y van al grano al tema que las convoca, no se dedican a fumar y conversar trivialidades masculinas. Consideré que cinco minutos era suficiente tiempo de espera. Soy una mujer ocupada, no estoy para sus tonterías. Me tuvieron ahí sentada un cuarto de hora, y no hicieron nada. No es problema mío que sean unos críos.

Ferdinand escupía fuego por los ojos. Ella no reaccionaba, solo se concentraba en respirar aunque el aire apestara. Inspirar y exhalar tranquila, ser consciente de cómo sus pulmones se movían.

Uno de los accionistas rompió ese tenso silencio que inundó la estancia y dijo:

—Señora Langthorne, ha sido un malentendido, por favor, tome asiento.

Esa interrupción fue una tregua inesperada. Aliviada, dirigió su atención al hombre que le hablaba.

—No lo catalogaría como malentendido, señor… ¿Cuál es su nombre?

—Benjamin Ford, señora.

—Señor Ford, un placer. Si no me equivoco usted es el vicepresidente. —El hombre asintió—. Bien, he de discrepar, esto no es un malentendido. Todos se dieron cuenta de mi llegada y optaron por no iniciar la reunión. Me citaron por un asunto específico y si no me quieren atender, entonces, ¿para qué voy a perder mi tiempo?

Benjamin se sintió ligeramente amonestado. Había sugerido que comenzaran la reunión, mas Ferdinand insistió en hacer esperar a la señora Langthorne. Al parecer, en esa jugarreta no consideraron el carácter de ella.

—Le prometo que no se repetirá… Caballeros, iniciemos la

reunión. Señor Welsh, empiece con la lectura del acta de la reunión anterior.

Gwendolyne asintió, junto con Anthony y August volvieron al lugar donde se sentaron al llegar.

Su prometido se inclinó levemente y dijo:

—Así se hace. Sigue así, querida.

Ferdinand se puso las gafas, abrió el libro de actas y se dispuso a leer.

En resumen, la última vez que se reunieron fue para anunciar que las acciones de Langthorne habían sido traspasadas a su viuda, y que se acordó una reunión para el 15 de mayo. Ese día se designaría un nuevo presidente.

Al terminar de leer, Ferdinand añadió:

—Como ya todos saben, se ha citado a esta reunión extraordinaria para tratar el asunto de la irregular venta de acciones por parte de la señora Langthorne. El otro punto es la revisión de un estatuto y aprobar unos cambios que he de proponer de cara a la elección de un nuevo presidente.

Benjamin asintió.

—Gracias, Ferdinand… —Miró a Gwendolyne—. Me temo, señora Langthorne, que no puede vender sus acciones.

—Señor Ford, no crea que soy una chiquilla ignorante. He leído los estatutos y el mecanismo de venta de acciones. Ahora que dejaron de entrampar el traspaso, tengo la facultad de hacer lo que se me plazca con ellas. No me interesa estar ligada a esta empresa de ninguna forma ni me pueden obligar a quedarme. ¿Me podrían indicar en qué artículo se señala que es ilegal que haga mi voluntad con mi propiedad?

Ferdinand esbozó una sonrisa suficiente y señaló:

—Como usted nunca ha pertenecido a una empresa, no sabe que también hay acuerdos tácitos, de caballeros. Una de esas normas dicta que, antes de ofrecer sus acciones a terceros, primero debe ofrecerlas a los accionistas.

Gwendolyne ladeó su cabeza.

—¿Eso es todo? Si tan solo me hubieran informado de ello desde un principio, me habría ahorrado varias situaciones molestas.

—Tomó un dossier y lo deslizó hacia el centro de la mesa—. ¿Quién quiere comprar mi parte? El valor total son cien mil libras. Lo vendería a menor precio, pero los perjudicaría, ¿cierto?

Silencio.

Ferdinand rio flojo. Con un tono condescendiente, dijo:

—No es tan sencillo, debe ofrecerlo de manera formal y esperar un plazo de seis meses.

Gwendolyne arqueó sus cejas, con falsa sorpresa.

—Seis meses… Vaya… Hay un problema. No estoy dispuesta a cumplir ningún pacto tácito entre caballeros, porque, a fin de cuentas, no tienen asidero legal, cualquier abogado lo puede corroborar. ¿No es así, señor Montgomery?

August con un tono monocorde dijo:

—Mientras no esté por escrito, ningún juez va a admitir un acuerdo verbal para impedir la enajenación de las acciones.

Gwendolyne le sonrió a August con gratitud. Miró al resto.

—Señores, tengo una fila enorme de personas que desean pagar hoy mismo por mi parte. No voy a esperar seis meses… ¿Cuál es el verdadero motivo de ese ridículo plazo?

Ferdinand se mordió el interior de las mejillas, un leve tic en el ojo lo entrecerró. Nada estaba yendo como se suponía… Debía cambiar su estrategia.

—Yo quiero comprar esas acciones, pero no tengo ese monto en mis manos.

Gwendolyne entrelazó sus dedos… Siempre supuso que su padre no atravesaba problemas económicos. Sin embargo, dominarla era su forma de tener poder sin gastar un penique.

Avaro.

Pero ya no la dominaba. Ella era una mala hija, una oveja descarriada. Ferdinand necesitaba tiempo para tomar el poder de la empresa, ese que daba por hecho hasta hacía unas semanas.

—Es una lástima que no tenga esa suma de dinero, padre… Va a tener que vender algo más que un arpa si quiere obtener la totalidad de mis acciones. —«¿De dónde ha salido eso?», pensó entre asombrada y divertida de su ácido sentido del humor—. No quiero esperar, me acabo de comprometer y quiero ese dinero para

invertirlo en un fideicomiso…

Ferdinand la miró de arriba abajo y repuso:

—Ni siquiera tuviste un año de luto.

—¿Por cinco días de matrimonio y una repugnante noche de bodas? Créame que si fuera por mí, habría bailado sobre la tumba de Langthorne con este mismo vestido. Creo que siete meses de luto ha sido un tiempo más que suficiente, excesivo diría yo.

—Eres una desvergonzada, una …

Anthony se levantó haciendo chirriar la silla. Su mirada era fría y afilada, su voz acerada fue un certero estoque cuando dijo:

—No insulte a mi prometida, Welsh. O le haré tragar cada una de sus palabras.

Ferdinand miró a Gwendolyne y luego a Anthony… Rio.

—¿Te vas a casar con un don nadie? ¿A él le vas a dar lo que Langthorne te heredó?

Gwendolyne rio.

—Usted está tan metido en su mundo empresarial que no sabe quién es en realidad el señor Witney… Es el heredero del vizcondado Rothbury, y usted ha provocado la ira de toda su familia y cercanos enviando una ridícula carta al director del *Times*… A mi prometido no le interesa mi dinero, comparado con la fortuna de su familia, lo mío son migajas.

Anthony añadió:

—Le gusta mucho jactarse de su superioridad, pero aquí usted es el don nadie. Ni siquiera tiene un puesto en la Cámara de los Comunes. —Y se sentó con propiedad.

Gwendolyne tensó una sonrisa a los demás que observaban el intercambio, anonadados, y dijo:

—Disculpen a mi padre, no sabe diferenciar la familia de los negocios y los mezcla… Bien, supongo que ha quedado claro que nadie quiere ni puede comprar mis acciones, por lo que yo seguiré vendiéndolas. Ustedes hicieron un pacto de caballeros… para su información soy una mujer, y sus reglas no me afectan… ¿Hay alguna posibilidad de continuar con el siguiente punto de la reunión? De verdad, podríamos estar horas dando vueltas al asunto, yo no cambiaré de opinión.

Silencio.

Gwendolyne miraba fijo a su padre. Ella se preguntó por qué se empecinaba tanto en obtener ese poder. Si supiera que toda esa empresa estaba sucia.

¿Cómo podía confirmar si él estaba al tanto sin que se diera cuenta?

Las lecciones que le dio su hermano volvieron a su mente… «Una forma de saber si alguien te está estafando es pidiendo una auditoría. Se vuelven locos si mencionas esa palabra».

—Bueno, mientras intento vender estas acciones, sería conveniente que se hiciera una auditoría. Con ese respaldo, podré convencer a las personas que están interesadas en comprar. Tengo que certificar la honorabilidad y rentabilidad de esta empresa.

Ferdinand asintió, pero eso no evitó que el tic de su ojo fastidiara de nuevo.

—Creo que no hay problema en su petición. El señor Renquist puede dar fe de nuestra impoluta contabilidad.

Renquist era el tesorero del directorio.

Gwendolyne esbozó una sonrisa. La respuesta positiva y sin vacilación de su padre abría la posibilidad de que él no estaba al tanto de los negocios sucios de Langthorne… Sin embargo, esa veloz claudicación tampoco la dejaba tranquila. La auditoría era su ventaja, no la iba a desaprovechar.

—No dudo de la confiabilidad del señor Renquist… Pero preferiría un auditor externo. No se preocupen por el dinero, yo lo voy a contratar y pagaré sus honorarios, y espero que le den las facilidades para que realice su trabajo de manera expedita.

El señor Renquist asintió:

—Yo no tengo ningún problema en que auditen las cuentas. ¿El resto está de acuerdo?

Todos alzaron su mano. Gwendolyne también.

El señor Ford zanjó:

—Bien, moción aprobada. Mientras se realiza la auditoría, si alguno de ustedes desea comprar las acciones de la señora Langthorne, puede hacerle su oferta. ¿De acuerdo? —No hubo respuesta negativa—. Bien, pasemos al siguiente punto. ¿Qué parte

de los estatutos hay que revisar, señor Welsh?

—Dado los últimos acontecimientos, quisiera proponer que, si en el futuro, las acciones de alguno de nosotros quedan en manos de… una o más mujeres, que estas sean representadas en el directorio por un hombre.

Gwendolyne no se abstuvo de comentar.

—No me sorprende que venga de su parte esa ridícula propuesta. ¿Qué tiene de malo que una mujer se haga cargo de sus propios intereses?

—Ustedes no tienen idea de nada, solo de vestidos y frivolidades.

—Ah, qué gracioso, acabo de comprobarles que sí tengo idea… y bastante. Nadie nace sabiendo sobre una organización como esta, pero se aprende si se tiene la voluntad. Si una mujer hereda acciones o las compra, ella decidirá si quiere ser representada o no, no ustedes. Según los estatutos, este tipo de cambios deben ser aprobados unánimemente, y yo me opongo a esa propuesta aberrante y misógina… Su moción ha sido denegada.

Anthony y August se miraron de reojo. Si hubieran podido aplaudir, ya le estarían doliendo las palmas de las manos.

El señor Ford arqueó una ceja, sabía que no se aprobaría esa idea con la señora Langthorne como accionista. ¿En qué estaba pensando Welsh?

No había nada más que hacer.

—Bien, creo que ha sido todo por hoy. —Se sentía agotado, no estaba acostumbrado a esa clase de espectáculo tan… belicoso—. Nos veremos en la próxima reunión para la designación del presidente de la junta… Supongo que para ese entonces contaremos con su presencia, señora Langthorne.

—Por supuesto, no quiero pagar una multa de diez libras por no asistir.

—¿Diez libras? Hasta donde sé son dos.

—Dígale eso a su secretario, él indicó eso en la citación.

—Estoy seguro de que ha sido una equivocación por parte de Welsh… —Miró al aludido—. Quédate un rato más, necesito conversar un par de cosas contigo. Los demás pueden retirarse.

La reunión resultó ser un desastre. Welsh había traído asuntos personales a la empresa fastidiando a su hija. No iba a permitir que se repitiera esa situación incómoda en la siguiente reunión.

Gwendolyne se levantó. August tomó todos los documentos sobre la mesa y los guardó. Anthony le ofreció el brazo a su prometida.

Cuando pasaron por el lado de Ferdinand, Anthony se inclinó y le susurró al oído:

—Siga acosando a mi prometida, a mi familia o a la academia y lo lamentará. Esto ha sido solo el comienzo.

Ferdinand no reaccionó ante la amenaza, ya sabía que Ford lo iba a amonestar, no le daría más motivos…

Por primera vez en su vida no se atrevía a seguir sus impulsos. Debía ser más cauto.

Sí, solo era el comienzo.

Y esta vez, él tenía la sensación de no poder dictar las reglas del juego… Esa muchachita lo quería hundir.

Con fuoco

Gwendolyne no mentía al declarar que era una mujer ocupada. Después de la reunión, ella y Anthony debían volver al trabajo. Pudieron haberse tomado el día libre, pero ellos tenían responsabilidades: una academia y un vizcondado que administrar, clases que impartir y planificar, pruebas que revisar, seguir organizando un festival de música para las alumnas —aquello no lo habían olvidado ninguno de los dos— y una boda que organizar.

Se despidieron de August, quien iba en dirección opuesta y ellos se subieron al carruaje de Gwendolyne.

Se sentaron uno al lado del otro. Él la rodeó con un brazo y soltaron un resoplido casi al mismo tiempo. El conocido traqueteo del vehículo les anunció que ya estaban en marcha hacia su destino.

Gwendolyne apoyó su cabeza en el hombro de Anthony y él tomó su mano entrelazando sus dedos. Le besó el dorso y se quedó ahí por largos segundos, deleitándose con la suavidad de la piel de su prometida.

—Estoy muy orgulloso de ti, querida. Pudiste superar todos tus temores y fuiste un verdadero tormento para ellos.

Gwendolyne todavía estaba asimilando que había pasado esa crucial prueba. Una parte de ella se sentía poderosa, y la otra, aún se cuestionaba si lo había hecho bien o no.

—Se sintió tan… irreal. Estaba ahí, hablando sin que me temblara la voz…, sin que me dieran ganas de llorar. Me sorprendía que esa mujer que imponía su posición era yo.

—Me parece que ni tú misma te has dado cuenta de lo mucho que has crecido, querida. Nadie volverá a pisotearte, no lo permitirás.

En eso ella tenía que darle la razón, ya no era la misma muchacha que había aceptado todas las órdenes de Ferdinand Welsh. No las cuestionaba, no se rebelaba… Era una persona entumecida, incluso en el pensamiento.

—Jamás creí que iba a vivir una experiencia así. Ellos me miraban como si yo no debiera estar ahí, como si no valiera nada… Pero no pudieron callar mi voz, no tenían el poder de silenciarme.

—Así es. Quizás no te diste cuenta, pero en un momento tu padre cerró sus ojos más de lo normal. Era como ver a un niño que intenta convencerse de que si no lo ve, no existe. Y, para su desdicha, no podía dejar de escucharte… Estoy seguro de que tu voz insurrecta lo perseguirá por siempre.

Gwendolyne soltó la mano de Anthony solo para acurrucarse en él y lo abrazó.

—Pese a todo lo que ha hecho mi padre, lo cierto es que no tengo intenciones de vengarme… —Suspiró—. Solo quiero vivir tranquila, que se olvide de mí, tal como pretendía al arreglar mi matrimonio. Al fin y al cabo, no esperaba que Langthorne falleciera tan pronto, negoció un testamento para garantizar cierto poder… No entiendo lo iluso que fue, nadie le aseguraba que las condiciones pudieran ser cambiadas.

Anthony estrechó un poco más su abrazo, como si quisiera alcanzar a la antigua Gwendolyne, y consolarla. Le besó la coronilla.

—Hay sujetos que creen en la palabra del otro, solo por ser hombre… A ese punto llega su desprecio hacia las mujeres. Tuviste la mala suerte de tener un padre como él… Y, por lo que he visto, tampoco lo hizo mejor con tu hermano.

—Hywel siempre fue rebelde, al menos lo que yo recuerdo, tenemos una diferencia de casi once años. Yo creo que no fuimos lo que padre quería a causa de mi madre, ella influyó mucho sobre nosotros, era muy cariñosa, gentil. Padre siempre la criticaba y la comparaba con su primera esposa. Se casó con mi mamá un par de años después de haber enviudado… Mis tres hermanos mayores fueron los hijos del primer matrimonio. Mi madre los trató como si fueran suyos. Pero ellos enfermaron de consunción, fallecieron uno tras otro, esto pasó antes de que Eira y yo naciéramos. Dicen que Hywel se salvó porque en esa época había sido enviado a un internado para que lo enderezaran, pero el resultado fue peor para padre… Cuando llegaba de vacaciones, solo se dedicaba a pasar tiempo con nosotras. A pesar de que él era mucho mayor, nos enseñaba a pelear, siempre nos decía que nadie debía tocarnos sin nuestro consentimiento, que debíamos alejarnos de las personas que nos incomodaban… No entendía por qué se empeñaba tanto, pero

ya de adulta lo entendí… Desde el primer minuto que conocí a Langthorne fue un suplicio, pero no podía desobedecer. Era estar atada de manos.

—Hywel fue un buen hermano, dentro de sus posibilidades.

—Sí, lo fue… lo es. Estoy preocupada por él y por Eira… Les escribo casi todos los días, pero no he recibido respuesta.

—Sé que pronto tendrás noticias, ten paciencia. —Le besó de nuevo la coronilla—. A veces queremos respuestas inmediatas, pero no siempre es como uno quiere… —Se quedaron en silencio. El carruaje redujo su velocidad. Se separó de Gwendolyne y abrió la ventanilla para mirar mejor y notó que había una larga fila de carruajes. Llamó la atención del cochero y le ordenó—: Mark, cuando tenga la oportunidad, busque un desvío. Llegaremos mañana a este paso.

—Como ordene, señor Witney.

—Gracias. —Cerró la ventanilla. No estaba molesto por el retraso, era más tiempo a solas con Gwendolyne. Volvieron a abrazarse y retomó el hilo de la conversación—. ¿Le has contado a tu hermano sobre nosotros?

Ella sonrió. Ese sombrío velo del pasado se esfumó de sus ojos. En esos días sus cartas estaban llenas de felicidad, de sueños que se alcanzaban.

—Sí, le he contado todo…

Anthony arqueó una ceja. Con un tono seductor, preguntó:

—¿Todo, todo?

Gwendolyne sintió que un leve calor trepaba por su cara. Carraspeó al recordar el último beso que se dieron el día anterior en ese mismo carruaje; profundo, lleno de ansia y anticipación.

—Me reservo algunas cosas, las más privadas. —Tal como el palpitar entre sus piernas, el escalofrío recorriendo su piel, ese estado embriagante que apenas podía contener.

—¿Privadas? —Y su pulgar, perezoso, acarició su hombro.

—No puedo decirle cómo me besas y lo que siento cuando lo haces.

—Ya veo, ¿se escandalizaría si se llegase a enterar? —No dejó que ella respondiera. Besó la suculenta boca con premeditada

lentitud.

Ella se entregó sin ofrecer resistencia. Siguió ese juego que le hacía olvidar, era una especie de armisticio con la realidad, en la que solo importaban ellos dos.

Anthony tenía una fijación con el dúctil vientre de su prometida, era capaz de abarcarlo entero con su mano. Recorrió la curvilínea silueta confinada por la ropa, y podía imaginar la suavidad de su piel. Jugó con el límite del decoro al recorrer las delicadas costillas y apenas rozar la erótica curva de los senos.

Gwendolyne buscó la lengua de él, y arremetió, voluptuosa, cuando él le dio la bienvenida. Sus respiraciones se transformaron en sensuales bufidos, que expulsaban aire caliente. Se aferró a la solidez del torso de Anthony. A través del calor y la ropa se vislumbraban los músculos que se contraían y relajaban.

Un gemido grave escapó de la garganta de Anthony en el momento en que ella, osada, soltó su agarre y descendió por el costado, pasando por la estrecha cadera, hasta llegar al acerado muslo. Sí, duro, tenso…

De pronto, Gwendolyne sintió la necesidad de indagar más, averiguar si había dejado atrás el miedo de probar. Quería cruzar una frontera autoimpuesta; conocer el cuerpo del hombre que sería su esposo.

El hombre que amaba con todo su ser.

Rompió el contacto de sus labios y se bebió la mirada de Anthony. La pupila se había dilatado tanto que apenas quedaba un halo azul.

—¿Me dejas tocarte ahí?

A Anthony se le secó la boca, no necesitaba que su prometida precisara a qué se refería. Estaba seguro de que con solo sentir la mano de ella sobre él, le haría explotar. No le importó la vergüenza si eso ocurría, ya era un paso gigantesco que Gwendolyne quisiera tocarlo, para él ese hecho era más preponderante y, a la vez, lo necesitaba. Ansiaba sentir esa tímida caricia que demostraba el deseo de su prometida. Ella quería enfrentar una parte de él, humana y carnal, que podía traer a su memoria su noche de bodas… O podía profanar ese recuerdo con algo nuevo y hermoso, juntos.

No sabía hasta dónde iban a llegar, mas ya no quería seguir sofocando ese fuego que lo consumía cada día.

Tomó esa mano que esperaba sobre su muslo, y guio su lento ascenso hasta llegar al tenso promontorio de su entrepierna.

—No necesitas pedir permiso para poseer lo que ya es tuyo. Mi espíritu, mi cuerpo, todo te pertenece.

Gwendolyne sintió el rígido calor en la palma de su mano. Anthony la liberó para que hiciera su voluntad. Ella, con una mezcla de inocente curiosidad y morbo, tanteó sus formas sobre el pantalón y recorrió con gentileza esa longitud.

En su mente no apareció Langthorne ni su noche de bodas.

No sintió asco, no existía el miedo, solo esa ansia febril y natural de descubrir la intimidad que se forjaba entre ambos.

El ceño de Anthony se contrajo, apenas podía tolerar esas abrumadoras sensaciones, las había olvidado. Sus caderas, en contra de su voluntad, se alzaron buscando más presión, más roce.

Ella apretó, gentil. Sintió el estremecimiento del miembro y él gimió. Lo miró, preocupada de haber hecho daño.

—¿Te duele?

—En parte, pero no es malo… Es tanto placer que duele.

—¿Quieres que deje de tocarte?

—En este punto solo quiero que sigas hasta el final, pero… no sería justo para ti.

—¿Por qué?

—Porque no sé si estás preparada para que haga lo mismo contigo.

Gwendolyne lo miró por un instante que parecieron horas. Tragó saliva. Lo cierto era que ella también anhelaba avanzar un poco más en esa nueva cercanía, que él la tocara y le mostrara lo que solo conocía en la teoría.

—Quiero saber cómo se sienten tus caricias.

Anthony se mordió el labio inferior. Había alcanzado algo que pensó que le sería vedado hasta su noche de bodas. No le iba a quitar la virtud a Gwendolyne en un carruaje, pero bien podía iniciar un camino sin retorno para ambos. Uno que disfrutarían.

—Abre mi pantalón, querida.

Ella inspiró profundo y desabotonó la prenda. Anthony le facilitó la tarea y la bajó lo suficiente para dejar a la vista su enhiesto miembro.

Gwendolyne entreabrió su boca, sus labios se resecaron al ver cómo era en realidad; una mata de rizos claros y ensortijados rodeaba sus tensos testículos y una orgullosa y considerable erección, la cual ella empuñó con decidida gentileza. Era terciopelo y ardiente piedra.

—Puedes apretar más… Dios santo… Sí… —La mano de Anthony tomó la de ella y le enseñó cómo debía estimularlo. De arriba abajo, constante, firme.

Una y otra vez.

Él se asombró de lo dormido que estuvo su cuerpo todos esos años, mas las sensaciones de ese nuevo despertar eran diferentes; más profundas e intensas. Apretó los dientes para no derramarse, debía controlarse. Él no quería terminar todavía, quería alargar un poco más ese tormentoso paraíso. Se centró en la fascinación que se reflejaba en los ojos de Gwendolyne descubriendo cómo podía volverlo loco; para ella era demasiado simple, demasiado sencillo y, al mismo tiempo, complejo.

Envalentonada, cambió el ritmo, enfatizó la presión en esa punta roma y voluminosa.

La respiración de Anthony se fue acelerando. Sus pulsaciones se dispararon. Sintió que estaba a nada de traspasar ese umbral en que no había vuelta atrás. Impidió que ella siguiera estimulándolo, apresando esa mano perversa.

—Detente, por favor… Te lo suplico… —Su cuerpo tembló al reprimir el animal impulso de expulsar su simiente, la sombra del éxtasis lo envolvió y se disipó—. Dios…

Enmarcó el rostro de su prometida y asedió esos labios con hambre. Con su lengua penetró su boca tal como quería hacerlo con otra parte de su cuerpo, reclamarla para él, entregarse a ella. Saboreó el dulzor de esa lengua hasta apaciguar el deseo que seguía rebelándose contra su voluntad.

Sin dejar de besarla, apresó uno de los pechos de Gwendolyne. A través de la ropa pudo sentir que el tierno pezón se erguía con su

toque. La otra mano se las arregló con maestría para alzar las capas de ropa. Recorrió la pierna, deleitándose con las sedosas formas. Pronto sintió la piel desnuda de la cara interna del muslo, bendita fuera la abertura ribeteada de la ropa interior.

Bendita fuera su mujer, su deseo se reflejaba en la humedad resbaladiza que percibía en la ingle. Cubrió los rizos del monte de Venus con codicia. Ella no esperó ninguna orden, abrió sus piernas para darle acceso.

Gwendolyne siseó al sentir los gentiles dedos escudriñando en su intimidad. Anthony la recorría y acariciaba, esparcía su néctar por doquier, delicado, con la misma devoción que le profesaba a su Stradivarius.

Jadeó cuando él frotó y presionó un punto tenso, palpitante y sensible. Uno que desconocía su ubicación hasta ese preciso momento.

Anthony le susurró:

—Cuando estés sola en tu cama… pensarás en mí. Te tocarás como yo lo hago… Averigua de lo que es capaz tu cuerpo, de lo que disfrutas, del placer que puedes darte en solitario.

Gwendolyne no podía hablar, solo gemía al sentir ese elusivo gozo. Anthony asediaba y se retiraba, dejándola al borde de la desesperación. Sin ser demasiado consciente, su espalda se arqueaba, alzaba sus caderas buscando su pérfido y milagroso toque.

Anthony solo podía imaginarse dentro de ella, llenándola. Pero faltaba tiempo y paciencia para ello. No obstante, conocía otra alternativa.

—Ven, monta a tu hombre… Acaríciame con tu sexo…

Ella lo miró con sorpresa.

—¿Có… cómo?

—Siéntate sobre mí, como si montaras un caballo a horcajadas… Déjame enseñarte, no entraré en ti. No todavía, pero lo disfrutarás… ambos lo disfrutaremos. Cierra las cortinas de la ventanilla.

Gwendolyne obedeció, no le importaba nada más que seguir sintiendo.

Cuando quedaron sumidos en la sensual penumbra, Anthony siseó al sentir ese resbaladizo calor sobre su erección, anhelaba un último impulso antes de drenarse.

Ella ardió ante el contacto con el pétreo calor en su intimidad. Abrumador y excitante en partes iguales. Pocas cosas podían ser tan lascivas y, al mismo tiempo, tan bellas y sublimes. Entre ellos todo era un decadente mar de encaje, algodón y seda que ocultaba a ojos ajenos lo que hacían.

—Muévete con el vaivén del carruaje. Acaríciame, acaríciate.

Tomó sus caderas, marcó el ritmo y enseñó el primigenio movimiento. El instinto animal en su más pura expresión.

Gwendolyne gimió al sentir el impúdico roce que Anthony potenciaba con estocadas que iban a su encuentro. El recato se esfumó, no importaba nada más que el deleite que estaba experimentando, esa urgencia por encontrar aquella incognoscible sensación.

Anthony apenas podía tolerar el divino castigo, era tanto o más placentero que penetrarla. Gwendolyne lo cabalgaba buscando el punto preciso, perdida en su propio placer. A él no le importaba ese voluptuoso egoísmo, quería que ella alcanzara el éxtasis. Todo indicaba que estaba muy cerca de lograrlo.

—Oh… Dios… Tony…

Los movimientos de Gwendolyne ganaron velocidad, presión, precisión. Eso era lo que necesitaba para seguir esa sensación que crecía con cada sensual embate, en el que recorría toda esa longitud.

—Tómalo, Gwen… Soy tuyo…

Ella se inclinó tan solo un poco… Ahí estaba, eso era… Al fin… Se aferró a él como si se le fuera la vida…

Más rápido… Sí, la perfección. La fragancia del deseo de ambos inundó la cabina.

Anthony ya no pudo aguantar más, se dejó aplastar por el placer. Se derramó. Se sentía como olas gigantescas e inacabables encharcando su ombligo, mientras ella seguía fustigándolo, como si quisiera dejarlo vacío.

Sensible, pero aún firme, siguió el ritmo de su prometida.

Jamás olvidaría cómo ella gemía su nombre cuando el placer la tomó por sorpresa, el estremecimiento y la tensión, el acuoso calor que se embadurnó, espeso, sobre él. Ella le mordió el hombro para no gritar, como si lo estuviera marcando como su propiedad.

No le importó el dolor. Por extraño que pareciera, le encantó.

Gwendolyne se detuvo. Jadeante, se derrumbó laxa y trémula sobre el firme hombro de su amante. Jamás imaginó que su cuerpo era capaz de experimentar tal celestial dicha. Toda ella temblaba, apenas podía recobrar el aliento.

Eso era el placer, eso era la pasión… y ni siquiera él la penetró. Se preguntó cómo sería sentir esa explosión con él llenándola. Y se dio cuenta de que con Anthony no experimentaba ninguna clase de miedo, ni le traía malos recuerdos. La seducía, la enamoraba, sabía que podía decir que no y él se detendría. Todos esos besos y caricias la fueron despertando para ese momento que fue perfecto.

Anthony la abrazó fuerte, su Gwendolyne había disfrutado, se había entregado a él… Él no era un inútil, era un buen amante para ella. Un nudo apretó su garganta. Lo ignoró, con voz grave y estrangulada, confesó:

—Es la primera vez que lo hago así.

—Me gusta ser la primera…

—La primera, la única… la última.

Gwendolyne suspiró y le besó la suave mejilla afeitada. Enmarcó el rostro de su prometido, esa mirada tenía un inusual y vulnerable brillo.

—Te amo, *cariad*. —Una sonrisa ladina adornó sus labios—. Ahora puedo declarar con toda propiedad que eres un hombre capaz de satisfacer a una mujer. Y si alguien dijo lo contrario en el pasado, es porque mintió o no supo ver el maravilloso amante que eres. —Él sonrió con una pizca de arrogancia masculina renovada—. Pero te tengo una mala noticia.

—¿Cuál?

—Voy a querer más… Ahora entiendo por qué es adictivo.

—No eres la única, querida pícara… Has despertado a Leviatán.

Coral

Rhys Evans abrió la puerta y se encontró con un hombre joven, castaño, delgado y que usaba gafas.

—Buenas tardes, señor. Me presento, mi nombre es Oliver Fields. Soy el auditor que envió la señora Langthorne para revisar la contabilidad de la empresa. Usted debe ser el señor Evans. —De su bolsillo sacó su tarjeta de visita y se la entregó—. Tengo entendido que mi señora les anunció que llegaría hoy.

Rhys revisó la tarjeta como si estuviera tratando de encontrar alguna trampa, mas todo se veía en orden. Su nombre y apariencia correspondía a la del hombre que tenía en frente, y que fue detallada en la nota de la señora Langthorne.

Abrió más la puerta.

—Sígame, por favor. —Y lo dejó entrar.

Oliver asintió con una amable sonrisa y lo siguió.

Llegaron a una puerta que Rhys golpeó y abrió para anunciar:

—Señor Renquist, ha llegado el auditor.

—Gracias, Evans, que pase por favor.

Oliver se encontró a dos hombres, el que estaba frente al escritorio debía ser el tesorero de la junta de accionistas. El otro solo se limitó a observarlo con expresión afable.

El señor Renquist se levantó y extendió su mano.

—Señor Fields, lo esperábamos. —Oliver la estrechó firme y la soltó—. Le presento al señor Ferdinand Welsh, secretario de la junta.

Oliver estrechó también la mano de Ferdinand.

—Es un placer conocerlos. La señora Langthorne les envía su más sincera gratitud por acceder a esta auditoría. —Esbozó una sonrisa—. A juzgar por la buena reputación de esta compañía, sé que esto solo será un trámite.

El señor Renquist asintió y repuso:

—También espero lo mismo. —Miró a Ferdinand—. Seguimos conversando mañana, ¿te parece? Debo entregarle al señor Fields la documentación.

—Por supuesto… Señor Fields, ¿tiene un estimado de tiempo en lo que va a tardar su auditoría?

—Depende mucho del movimiento de la naviera, de los años que tenga de funcionamiento y qué tan ordenadas estén las finanzas.

—Comprendo… Bien, los dejo para que puedan trabajar, quince años de contabilidad son considerables. Que tengan ambos un buen día.

Oliver y el señor Renquist agradecieron al mismo tiempo. Cuando quedaron a solas, el tesorero dijo:

—Welsh tiene razón. Revisar la contabilidad de quince años no es poca cosa.

—Así es… Es momento de ponerme manos a la obra.

Y ver si Welsh también ocultaba cosas…

*****

Los días que le sucedieron al encuentro en el carruaje se transformaron en una montaña de dudas y de ansiedad para Anthony. No podía cantar victoria solo por haber tenido un acercamiento sexual satisfactorio con su prometida. Deseaba hacerlo todo bien, no quería cometer errores que podrían ser un retroceso para la confianza de ambos.

Ese viernes, después de un ensayo particularmente intenso del quinteto, Anthony, Caleb, Matthew y Florence fueron a dejar a Gwendolyne a su casa. El siguiente destino era Peony House.

Cuando el mayordomo abrió la puerta de la residencia del vizcondado, Anthony se quedó atrás. Florence dio media vuelta, extrañada.

—¿No vas a entrar?

Anthony miró a Caleb y a Matt…

—Iremos al Brook’s.

Matt asintió, se apoyó en el hombro de Anthony y repuso:

—Tony nos contagió su santidad, y hace meses que no vamos a tener una alcoholizada conversación masculina en un club.

La mentira era del tamaño del palacio de Buckingham, pero Matthew nunca pondría a su amigo en evidencia frente a su irrespetuosa hermana de lengua afilada.

Caleb le dio palmadas en la espalda de Anthony y añadió:

—Si quieres nos acompañas, pero tendrías que disfrazarte de hombre.

Florence los miró como si fueran unos niños.

—Jamás me ha interesado ir a esos templos masculinos. Es cosa de escuchar lo que conversan en los bailes cuando piensan que nadie les pone atención. Gracias por el ofrecimiento, Cal, pero preferiría ir a un garito.

—Me mantengo alejado de esos antros. Mi padre me ha contado demasiadas veces que su vida disipada casi le costó lo que más apreciaba.

Florence, curiosa, preguntó:

—¿Su fortuna? En esa época era soltero.

Caleb sonrió socarrón.

—No, algo más valioso en ese entonces… —Arqueó sus cejas, guasón—. Está entre el ombligo y las rodillas.

Florence tardó unos segundos en comprender. Su boca formó una asombrada «O».

—Increíble.

—También digo lo mismo. En su afán de que yo no siga esa viciosa senda, me da demasiada información… Que tengas buenas noches, querida.

—Beban con moderación y no se metan en problemas. Tony es un hombre comprometido.

Matthew puso su mano en el pecho y dijo:

—Te prometo que volverá de una sola pieza.

—Más te vale. —Miró a su hermano—. ¿Pretendes ir con tu violín a alcoholizarte?

—Por supuesto que no. —Le entregó el estuche a Florence—. Gracias, hermanita hermosa.

—Adulador.

Florence entró a Peony House y la puerta se cerró. Caleb volvió a palmearle la espalda a Anthony y dijo:

—Más vale que sea cierto que quieres ir al Brook’s y no correr a la casa de tu prometida, bribón.

—A decir verdad, necesito un trago.

Matthew y Caleb se miraron. Era un hecho, Anthony necesitaba valentía líquida.

*****

En un rincón discreto del Brook's, los tres hombres alzaron su vaso de *whiskey* y brindaron. Bebieron y degustaron el líquido ambarino en silencio.

Anthony miró, ensimismado, los colores del arcoíris que se producían en el cristal del vaso cuando la luz entraba por cierto ángulo. Parpadeó lento y miró a sus amigos que también estudiaban sus vasos, como si el contenido fuera un elixir mágico. Bebió otro trago y disfrutó del ardiente viaje del alcohol por su garganta.

—¿Ustedes han estado alguna vez con una mujer virgen?

La pregunta brotó de golpe. Caleb y Matthew lo miraron con sus cejas arqueadas.

Carraspeos, miradas evasivas… Un trago más.

Un inquietante mutismo.

Anthony sintió que había cometido un error.

—No es necesario que me contesten... Olvídenlo. —Se bebió de golpe lo que quedaba de su vaso y esculcó uno de sus bolsillos para pagar la cuenta—. Yo invito.

Se levantó.

La voz de Caleb le ordenó:

—Siéntate, ridículo. —Se revolvió el cabello y apuró su vaso—. No me imaginé que harías semejante pregunta, demonio…

Matthew bebió todo lo que quedaba de su vaso y añadió:

—Ni yo… —Resopló—. No te vayas, nos pillaste desprevenidos.

Anthony los miró como si fuera un gato feral frente a un humano que le ofrecía comida. Cauteloso, volvió a sentarse. Matthew pidió al mesero otra ronda de *whiskey*.

Cuando sus vasos volvieron a estar llenos, Caleb respondió:

—Nunca le he arrebatado la virtud a nadie… Solo he estado con una que otra señorita disipada o alguna joven viuda que quiere pasar un rato placentero.

Matthew coincidió con su primo asintiendo.

—Tampoco es que seamos unos libertinos, solo aprovechamos cuando se da la ocasión. Y siempre con protección, no tengo ganas de enfermar o dejar a ninguna mujer embarazada. Primero me caso con ella antes que permitir que un hijo mío sea un bastardo. Asumo que tu pregunta es por tus futuras nupcias… —Alzó sus cejas y se formaron tres surcos en su frente—. Gwendolyne es… o sea… ella no ha…

Anthony solo hizo un gesto con su cabeza para confirmar lo que su amigo insinuaba.

—Langthorne murió cuando intentó reclamar sus derechos maritales a la fuerza. Ella mintió para que no anularan su matrimonio e impugnaran el testamento.

—Vaya… Bueno, yo también mentiría en esa situación. Respondiendo a tu pregunta, y desde un punto de vista médico, solo tienes que asegurarte de que ella esté relajada, a gusto y que tú ocupes toda tu experiencia acumulada en contenerte e ir despacio. Siempre dicen que es mejor dar una estocada certera, pero yo creo que eso solo es porque los hombres no se quieren tomar el tiempo y ser delicados. No les importa arruinar la primera experiencia femenina, asumen que el dolor es inevitable.

Caleb alzó su vaso, conviniendo con los dichos de Matt y luego agregó:

—Una vez, hace unos diez años… Demonios, pensé que lo había olvidado… —Reprimió un escalofrío, bebió un trago—. Bien… Escuché sin querer una conversación de las Grandes Damas cuando hablaban de sus primeras veces. Todas ellas aseveraban que fue casi indoloro y se lo atribuían a la pericia y paciencia de sus esposos. Ellos aseguraron primero el placer de ellas para relajarlas y después… Supongo que eso les facilitó las cosas. Es inquietante cómo las damas hablan del asunto con tanta soltura, como si fuera el clima… En fin, solo debes echar mano a tu experiencia y todo saldrá bien.

No obstante, la expresión contrita de Anthony explicó lo que él no verbalizaba.

Caleb y Matthew entreabrieron sus bocas, asombrados. Al mismo tiempo dijeron:

—¿Jamás has…? —Y dejaron la pregunta en el aire.

Anthony se encogió de hombros y volvió a tomarse el contenido de su vaso de golpe, esperando a que se rieran de él. Pero solo hubo un largo e incrédulo silencio, el cual él aprovechó para relatar una versión resumida de sus fallidas experiencias previas.

A medida que narraba, la cara de sus amigos se fue desfigurando a la misma velocidad que sus vasos se fueron vaciando. Caleb con el cejo fruncido, aseveró:

—¿Qué clase de mujer rechaza la idea de moldear a un hombre a sus gustos?

Anthony hizo una mueca y repuso:

—¿Una que no quiere ni tiene alma de maestra? No es por defenderla, pero yo tampoco se lo advertí, le mentí.

Matthew negó con su cabeza y lo señaló con el índice.

—Ningún hombre advierte ese asunto, por todos los cielos. Uno se planta con arrogante actitud de sapiencia sexual… y lo arruina en dos segundos. Pero ahí está esa exquisita mujer que solo sonríe y espera cinco minutos para tener su revancha. Y, ¡santo Dios, cómo se lo goza! A ti te tocó una verdadera arpía… Dos, si contamos a Anna. Ella no debió creer que cumplirías con tu palabra y tomó la opción más segura. Tony, hay cosas que indican si una mujer disfruta, sobre todo cuando lo haces sin quitarle la virtud… Se nota si estás atento a ello. —Se quedó callado unos segundos pensando en sus propias experiencias previas, retomó el hilo y reflexionó—: Con razón evadías o te retirabas temprano de los bailes donde estaba Ingrid… Vaya, yo hubiera hecho lo mismo, con aquella humillación no quedan ganas de cruzarse en su camino.

—A veces es inevitable… Pero ya he pasado página. Gwendolyne lo sabe todo… —Inspiró hondo. Recordó ese viaje en el carruaje, el placer que experimentaron… Una maravilla… Un milagro… Uno que podría no repetirse—. A veces pienso que tiene demasiada fe en mí. No quiero causarle dolor ni decepcionarla cuando llegue el momento.

Caleb le dio unas palmadas en el brazo.

—Gwendolyne te ama, Tony, y eso marca la diferencia en todo.

Será la primera vez para ambos, ella no te ve como una especie de trofeo, eres su futuro esposo. Si no les resulta al principio, da igual, tendrán toda la vida para seguir intentándolo. Ustedes tienen algo muy especial… Algo de lo que, seguro, muchos hombres con un largo prontuario se arrepienten en algún momento de sus vidas: tu prometida tendrá casi todas tus primeras veces, así como tú tendrás las de ella. ¿Cuántos pueden decir lo mismo? Un buen amante no nace, se hace, amigo mío. Y serás perfecto para ella… Mi padre siempre ha dicho que en la alcoba todo se debe conversar sin juzgar, aunque sea incómodo. Mientras exista el consentimiento, todo es válido en una pareja.

Anthony alzó su vaso que ya había vaciado.

No sabía si era el *whiskey* o la conversación, lo cierto era que sus miedos se habían disipado.

—¡Mesero, otra ronda!

*****

Un par de horas después, Gwendolyne despertó cuando escuchó voces masculinas afuera de su casa.

Somnolienta, se sentó sobre su cama y aguzó su oído…

—¡Encuéntrame a la luz de la luna a solaaaaaas, y entonces te contaré un cuento! ¡Debe ser contado soooooooolo a la luz de la luna, en la arboleda, al final del valle!…

¿Entonaban *Meet Me by Moonlight, Alone* en una versión más que desafinada?

Gwendolyne arqueó sus cejas y ahogó un jadeo.

Esa voz era de Anthony. Sabía que era él, había escuchado su timbre de tenor al solfear las notas de las partituras. Sin embargo, en ese momento arrastraba las sílabas como si tuviera la lengua dormida.

—Debes prometer venir, pues tengo algo que deciiiiir, lo que te dejará contenta por el resto de tu comiiiiiino.

¿Ese era Caleb?

—¡Así no es la *ledra*, Cal! —reprendía Anthony—. ¡Es camino!...

—¡Perdóóón!

—Otra vez… Uno, dos… tres…

Cantaron de nuevo a destiempo.

—Debes prometer venir porque dije que mostraría a las flores nocturnas su Reina…

¿Matthew?

La voz de Anthony cantó el siguiente verso:

—No apartes tu dulce cabeza, esta es la más hermosa que jamás se haya visto. ¡Oh!, encuéntrame a solas a la luz de la luna… Encuéntrame a solas a la luz de la luna.

Gwendolyne se levantó y se puso el salto de cama. Encendió una vela, la señal de que prestaba atención. Le estaban dedicando una ebria serenata.

Una muy ebria y encantadora serenata.

Escuchó las voces de Matt y Caleb animando a Anthony, quien siguió cantando:

—La luz del día puede servir para el alegreeeeeee, el desconsiderado, el despiadado, el libre…. pero hay algooooo en los rayos de la luna que es más dulce para ti, mi dulce y preciosa Gwen y para mí.

»¡Oh! recuerda asegurarte de estar allíííííí porque aunque aprecio mucho la luz de la luna, no me importa todo en el aireeeeeee si quiero la dulce luz de tus ojos, tus belloooos ojos Gwen… así que encuéntrame a solas a la luz de la luna, encuéntrame a solas a la luz de la luna.

Gwendolyne se asomó por la ventana. Ahí estaba Anthony sosteniendo un ramo de flores. Caleb y Matt abrazados y risueños. Todos tambaleaban con aspecto desaliñado.

Cuando Anthony vio a su prometida, sonrió, abrió sus brazos y exclamó:

—¡Abre la ventana, mi dulce Gweeeen! ¡Te amo, tesoro mío! ¡Abre tu ventana a este hombre que te adora!

Gwendolyne sonrió, un ligero rubor tiñó sus mejillas y abrió su ventana. Caleb y Matt le daban palmadas y despeinaban a Anthony, celebrando su éxito.

Ella se apoyó en el alfeizar y dijo:

—¿A qué se debe esta hermosa serenata? —Su sonrisa reprimía

una carcajada. La situación era tierna, pero muy cómica—. Ya me has dedicado dos, querido.

—Solo he venido a manifes… —Hipo—. Manifestar cuánto adoro a mi musa… Mi Euterpe galesa. Te traje peoníasss de Peony House.

—Oh, qué hermoso detalle, querido…

—No puedo trepar para dártelas, me puedo romper la crissssma.

—Ciertamente, no hay nada que te facilite la escalada… y te quiero entero para nuestra boda. Espera, iré a buscarlas.

—Aquí me quedaré, preciosaaa… aunque tardes toda la nocheeee.

Gwendolyne tomó la palmatoria y bajó, apresurada, a la primera planta. Al llegar al vestíbulo, la esperaba Matley vistiendo una bata y portando una vela.

—¿Desea que le prepare un café al señor Witney?

—Oh, no se tome la molestia.

—De ninguna manera, señora… El señor viene bastante… alegre. Insisto.

—Está bien, muchas gracias.

Gwendolyne abrió la puerta. Ahí vio cómo Caleb y Matthew empujaban a Anthony y lo animaban:

—Ve a los brazos de tu amada, campeón.

—Ella te va a cuidar…

Anthony, tambaleante se aproximó y le ofreció las peonías. Ella las recibió e inspiró su fragancia.

—Muchas gracias, mi ebrio Leviatán.

—Siempre tuyo… bella, mía.

—¿Quieres tomar un café con los demás? Me parece que no están en buenas condiciones.

—Sí, qué gran idea, hermosa… —Hipo—. Creo que me va a venir muy bien. —Se giró hacia sus amigos y dijo—: Me quedaré un ratito a tomar un café. ¿Quieren acompañarnos?

Matt y Caleb se apresuraron a negar con su cabeza. El primero dijo:

—Nooooo… —Chasqueó su lengua—. Ya es tarde… ¿Cierto,

Cal?

—Sssíííííí… Iré a la casa de mi abuela para evitarme la reprimenda de mi madre… Además, el chef de ella, Baudin, tiene el mejor remedio para curar la resaca… No es por despreciar tu café, Gwen… pero esa cosa sí que es efectiva… No quiero saber qué diantres le echa porque tiene un sabor *rarrísimo*.

Matt sonrió y palmeó la espalda de su primo.

—Pero qué buena idea has tenido, hombre. Vamos con nuestra abuela y nos evitamos problemas… —Hizo un gesto con su mano y se despidió—: *Adieu, mon ami!*

Caleb abrazó a Matthew y también se despidió:

—*Ciao, ciao, Antonio!*

Gwendolyne tomó de la mano a Anthony, y él se dejó conducir al interior de la casa con una sonrisa bobalicona.

—¿Sabes que te amo, mi Gwen?

—Sí, querido. Yo también te amo mucho. Vas a tomarte un café para que te despejes y luego descansarás.

—¿Contigo?

—No tengo otra habitación preparada. Dormirás conmigo.

—¿No te molesta que esté así?

—¿Así cómo?

—Un poquito beodo.

Gwendolyne rio.

—Eres un beodo muy adorable e inofensivo.

—Muy, muy inofensssivo. Leviatán está dormido, dormido.

En ese momento, el mayordomo los interceptó llevando una bandeja con todo lo necesario para servir el café. Gwendolyne, amable, le solicitó:

—Por favor, llévelo a mi habitación.

Matley solo asintió. No juzgaba a la señora de la casa por llevar a su prometido a su alcoba. A fin de cuentas, pronto contraerían matrimonio y el estado del señor Witney era… divertidamente lamentable.

Solo esperaba que no vomitara. Ahí sí sería lamentable para la servidumbre.

Subieron la escalera. Anthony tropezó y se rio. Gwendolyne

negó con su cabeza.

—¿Por qué bebiste tanto?

—Se me pasó la mano… Esta es la… es la tercera vez que me emborracho en la vida.

—No has respondido mi pregunta.

—Me fui al Brook's con los muchachos. Conversamos sobre la vida, las mujeres y una cosa llevó a la otra…

Llegaron a la habitación de Gwendolyne. Entraron y ella lo invitó a sentarse en la silla que estaba frente al pequeño escritorio. En ese lugar Matley dejó la bandeja y dijo:

—Si necesita algo más, no dude en llamarme, señora.

—Gracias, Matley… ¿Podría dejar mis flores en agua?

—Por supuesto… —Tomó el ramo y añadió—: Que tengan buenas noches.

Anthony hizo un gesto de despedida y dijo:

—Gracias, Matley, cuidaré a su señora como un tesoro. Le prometo que no la tocaré ni con el pétalo de una peonía.

Matley no dijo nada, miró a Gwendolyne y esbozó una sonrisa. Pocos segundos después, ya estaban a solas.

En silencio, ella servía el café. Anthony la miraba embelesado apoyando la mano en su mentón.

—Soy un hombre con demasiada suerte… El día en que hagamos el amor… Dios, solo quiero que disfrutes tanto que no tengas que recurrir a mentiras para demostrarme que sí lo haces.

Gwendolyne le acercó la taza y, en virtud de tanta franqueza espoleada por el alcohol, interpeló:

—¿Crees que esa vez en el carruaje te mentí?

—Oh, no… Sé que te gustó, me mordiste… —Bebió un sorbo, el cálido amargor inundó su boca—. Ah, tu expresión, tu voz, cómo temblabas… No podré olvidarlo nunca… Eres una delicia, mujer.

—Yo tampoco olvidaré lo que sentí, y estar contigo fue hermoso y muy placentero. No podría mentirte en el futuro. Supongo que si hay algo que me esté desagradando, tendré la libertad de decírtelo.

—Oh, sí tienes que decírmelo para corregir el rumbo. —Sonrió, su imaginación volaba—. Lo único que sé es que siempre te

disfrutaré. No hallo la hora de casarme contigo.

—Yo también, pero hay que darle tiempo a tu madre, está muy ilusionada de poder hacer todo lo que no pudo con las bodas de tus hermanos.

—Y yo que los criticaba tanto por no esperar, ahora estoy en su misma tensa y dura situación… —Irguió su postura y palmeó su pierna—. Ven, siéntate conmigo…

Gwendolyne arqueó una ceja.

—¿Estás seguro? Es posible que Leviatán reviva.

—¿Por qué lo llamas así?

—Tú lo llamaste así hace quince minutos.

—Ah, tienes razón… —Gwendolyne rio, se sentó en su regazo y se aferró a su cuello. Él la tomó por la cintura. Aspiró el aroma de su piel—. Me encanta como hueles… como un jardín de jazmines. Laura se lució haciéndote ese perfume.

—Sí, me lo obsequió para mi cumpleaños.

Aquella palabra le hizo fruncir el ceño a Anthony y preguntó:

—¿Cuándo estás de cumpleaños? Qué torpe, hemos conversado tantas cosas y nunca te lo he preguntado. ¿Qué clase de bestia insensible soy?

—No te mortifiques yo tampoco te lo he preguntado. Cumplí veintidós el 25 de febrero. ¿Cuándo es el tuyo?

—Cumpliré veintiséis el 21 de agosto. —Le besó el cuello—. Y ya seré un hombre casado para esa época…

—Y yo me habré casado dos veces en menos de un año. ¡Uy, qué escándalo!

—¿Eso que escuché fue un sarcassssmo? Oh, mi Gwen, te estás juntando mucho con mi madre y las damas de la familia. —Bebió más café.

—Las damas de la familia son una gran escuela. Aunque a veces es difícil desarraigar creencias propias de mi crianza, todavía me escandalizan algunas cosas.

—Todo será cuestión de tiempo ya lo verás. Serás tan temible como la vizcondesa Rothbury. Ya lo probaste con tu padre, se lo pensará dos veces antes de fastidiarte.

—Eso espero… El señor Fields me envió un mensaje ayer, ya

está trabajando en la contabilidad de la naviera.

—Maravillosssso… Oliver es un genio… No tanto como Emily, pero se defiende muy bien en su área.

Se quedaron en silencio. Gwendolyne jugaba con el cabello corto de Anthony, mientras él se bebía el resto de su café.

De pronto, ella sintió un golpe seco. Miró al suelo y ahí estaba la taza vacía. Un ronquido.

Anthony se había quedado dormido.

Gwendolyne se levantó del regazo de su prometido y recogió la taza.

Otro ronquido.

Ella acarició el rostro de Anthony, la barba del día le raspó la palma.

—Levántate, Tony. No puedes quedarte ahí… —Besó su frente. Él parpadeó lento y le sonrió—. Vamos a la cama.

—Será la primera vez que paso toda la noche con una mujer… —Se levantó y la abrazó por la cintura.

—También será mi primera vez, cariño.

—¿Con una mujer?

—No, con un hombre… Qué literal eres.

Gwendolyne agradeció que la distancia del escritorio a la cama fueran solo un par de metros. Anthony se desplomó sobre el colchón. Apenas pudo girarse para quedar de costado.

Y no se movió más.

Gwendolyne soltó un suspiro. Le quitó los zapatos y cubrió a su prometido. Se quitó su salto de cama y se acostó. Él le daba la espalda y ella lo abrazó por la cintura.

—Te amo, Tony. Descansa.

Ronquido…

—Te adoro, preciosa Gwen…

Ronquido…

A pesar del ruido, ella se durmió.

*****

—Señora Langthorne… —Golpes en la puerta—. Señora

Langthorne…

Gwendolyne no sabía quién era esa señora. Ni le importaba. Se giró, se acurrucó y balbució:

—*Gadewch i mi gysgu, er mwyn Crist!*[7]

Una voz masculina masculló:

—¿Por qué tienen que hacer tanto ruido? Mi cabeza está a punto de estallar.

Gwendolyne abrió los ojos de golpe. Era de día… Una espalda ancha. Una cabellera rubia. Y un fuerte olor a fermentación etílica.

Y lo recordó…

—Señora Langthorne… Es urgente…

Ah, cierto. La señora Langthorne era ella.

—Ya voy, Matley.

Gwendolyne se levantó, se puso el salto de cama y abrió la puerta.

El mayordomo, aliviado, solo dijo:

—Señora, el señor Welsh…

Gwendolyne puso los ojos en blanco.

—¿Mi padre ya vino a fastidiar tan temprano?

—No… es su hermano. Ha vuelto, ha traído a su hermana… y a su madre.

Da capo

Gwendolyne creyó que había escuchado mal.

—¿Dijo «madre»?, ¿mi madre?

—Así es, ella y sus hermanos la esperan en la sala de estar… Si me permite el atrevimiento, le recomiendo que baje sin dilación. Su madre y su hermana requieren de atención inmediata. —Miró de soslayo a Anthony, quien parecía no respirar—. Creo que le pediré a la cocinera que prepare su levantamuertos.

Gwendolyne asintió. Iba a ser un incordio si veían a Anthony en esas paupérrimas condiciones.

—Sí, hágalo. Cuando le den el brebaje, le informa lo que está sucediendo… También pida que preparen el desayuno… y que las muchachas habiliten tres habitaciones.

—Como ordene, mi señora.

Gwendolyne cerró la puerta. No sabía qué sentir primero, parecía que todas sus emociones se agolpaban en su pecho para reclamar prioridad y, en esa lucha, solo había un extraño vacío, una inusitada calma que le permitía moverse y pensar con claridad.

Bajó las escaleras sin prisa ni pausa. Pese a sentir un ligero temblor en sus miembros y el acelerado palpitar de su corazón, cada paso era dado con pasmosa seguridad.

Abrió la puerta de la sala de estar con cautela, casi sin hacer ruido. Primero vio a Hywel, ojeroso y desaliñado. En esas mismas condiciones se encontraba Eira, quien tomaba de la mano a otra mujer. Su mirada se desvió hacia ella, cabizbaja, espalda encorvada, cabellos blancos… Ya no era cómo la recordaba, el tiempo hizo mella en su piel, pero el inconfundible perfil, ese lunar sobre el pómulo, la nariz recta y pequeña. Y de pronto, Gwendolyne sintió como si el tiempo se comprimiera en su pecho, haciendo que su cuerpo recordara antes que su mente, y le hizo saber que sí era su madre.

Cientos de recuerdos cayeron como una avalancha sobre ella. Su voz, sus caricias, su aroma, la elegante manera de pulsar las cuerdas del arpa, las dulces melodías que aprendió.

Volvió a mirar a su hermano. Los ojos de ambos se anegaron en lágrimas. Sin palabras, él le confirmaba que ese momento era

real, que la espera había terminado.

Su mirada alternaba entre todos sus seres queridos. Gwendolyne no sabía a quién abrazar primero… No tuvo oportunidad de tomar esa imposible decisión. En cuanto Eira y su madre repararon en su presencia, se levantaron y la abrazaron con fuerza.

Y solo en ese momento predominó en su corazón, una terrible y abrumadora mezcla de pesar, culpa, felicidad y alivio. Las tres mujeres lloraron sin necesidad de tener que explicar o decir nada, parecía que todas habían vivido y sufrido lo mismo. No importaban los años de separación, el silencio, la distancia, la incertidumbre. Ahí estaban las tres desahogándose en libertad, sin que nadie las hiciera callar, sin que les dijeran que su dolor no era algo digno de ser expresado.

Hywel procuró quedarse al margen, él ya había llorado en soledad, ya había abrazado a su hermana y a su madre. No obstante, al ver a las tres mujeres que más amaba en el mundo juntas por fin, sintió una infinita desazón. Siempre llegaba tarde, nunca buscaba lo suficiente…

Siempre intentando demostrar que era más de lo que Ferdinand Welsh decía de él.

Gwendolyne se secó las lágrimas, pero no cesaban de llenar sus ojos. Vio a su hermano, apretaba su mandíbula y sus labios.

—Oh, Hywel… Ven, hermano… abrázanos… Hywel…

Él no se negó, se unió a ellas intentando abarcarlas a todas. Después de tantos días manteniéndose estoico, fuerte, con la mente fría, pudo ceder a la ilusión del descanso. Porque esa historia no terminaba ahí.

—Perdónenme por llegar tarde… —Besó las cabezas negras de sus amadas mujeres—. Yo debí volver antes, yo…

Gwendolyne alzó sus ojos y lo reprendió:

—No es tu culpa, Hywel. Padre hizo lo que quiso con todos nosotros…

—Las abandoné, me preocupé solo de mi dolor, de lo que viví… No las protegí, fui un cobarde.

—Hywel, eras apenas un niño… Padre sabía cómo manipularte para que no soportaras más de una semana en casa.

Era extraño darse cuenta de algo tan lógico en ese momento. Cada vez que él llegaba a casa, Ferdinand se encargaba de presionarlo hasta lograr que él se marchara. Si no podía dominarlo, optó por propiciar su alejamiento.

Cobarde, estúpido… Siempre creyó ser más inteligente, pero caía con facilidad en su manipuladora trampa.

Volvió a sentirse como un niño… Uno que sufrió vejámenes y aberraciones en el internado, uno que recibía humillaciones y maltrato en su propia casa, y que apenas podía ser consolado en secreto por su madre. Su rostro se bañó de lágrimas calientes.

Hywel de pronto se vio rodeado de las mujeres que adoraba. Él lloraba como ese niño que se refugiaba en su madre, como el joven que pretendía ser invencible para sus hermanas, pero que no tenía el poder ni la madurez para hacer su propia rebelión.

Y cuando las lágrimas fueron tantas que se secaron, cuando solo quedó un dolor sordo en el pecho y en la garganta, ese fue el momento de hallar el equilibrio… Gwendolyne suspiró entrecortado y buscó su propia voz.

—Quiero saber tantas cosas, pero primero… —Besó a su hermana en la mejilla—. Te amo, Eira. Perdóname si nunca te demostré mi cariño o si no supe acercarme a ti…

Eira negó con su cabeza, sonrió, mas su mentón tembló.

—No hay nada que perdonar, Gwen. Yo tampoco te facilité las cosas, también fui egoísta, solo quería irme de esa casa. Tarde me di cuenta de que mi vida iba a ser peor… —Se sorbió la nariz—. Pero nunca te rendiste conmigo, tus cartas fueron un ancla para mi cordura, no me permitían responderlas todas, ni tampoco como quería, pero…

Gwendolyne le besó la frente.

—Te entiendo, ya hablaremos de ello… —Miró a su madre. Muchos decían que los hijos de Ferdinand se parecían a él físicamente, pero ese tono azul que todos compartían en sus ojos era de Cerys Welsh. Cálidos, amables, expresivos—. Todavía no puedo creer que estés aquí, mamita… Perdóname por no buscarte… por olvidarte… yo te amo tanto, te he recordado tanto estos días, como si supiera que iba a verte otra vez… —Cerys no dijo nada, solo

negó con su cabeza, gimoteando, y se limitó a besar a su hija en la frente y en sus mejillas. A Gwendolyne le extrañó ese mutismo y miró a su hermano, interrogante.

—Mamá no puede hablar por el momento… —Se masajeó la nuca y apretó los labios—. Hace unos meses la golpearon, perdió algunos dientes y le dislocaron la mandíbula… —Apretó los labios para contener la ira—. A raíz de esa lesión, apenas puede abrir su boca, le produce mucho dolor.

Gwendolyne se tapó la boca, horrorizada… ¿Quién golpearía tan duro a su madre como para hacer semejante daño?

—¿Dónde encontraste a mamá?

—En el mismo lugar que a Eira, en el Gartnavel Royal Asylum. A fin de cuentas, Ferdinand Welsh sí dijo la verdad, la internó en un manicomio. Glasgow hubiera sido el último lugar en el que hubiera pensado ir. Como familia, no tenemos ninguna conexión con ese sitio.

Gwendolyne hirvió de ira e indignación. Hasta hacía unos días no pretendía vengarse de Ferdinand. Ahora solo quería que sufriera mil veces más…

—Santo Dios… —Miró a Eira—. ¿Quién te internó?

—Mi esposo. Me convertí en un estorbo que debía ser silenciado cuando descubrí que su primera esposa no estaba muerta, sino encerrada en el ático… Pensaba que me estaba volviendo loca, escuchaba ruidos… Todos fingían que nada sucedía, incluso cuando ya no tenían que ocultarlo.

—¿Y qué pasó con esa mujer?

—No sé qué habrá hecho Craig con ella, solo sé que todo este tiempo la ha mantenido como si fuera un fantasma. —Inspiró hondo y recordó ese día que abrió la puerta del ático, y esa mujer se abalanzó sobre ella gritando palabras ininteligibles. Pobre criatura.

—¿Padre sabía que te internaron?

La pregunta de Gwendolyne la trajo al momento. Eira asintió.

—Sí, pero lógicamente, Craig no le dijo que su primera esposa estaba viva. Cuando padre lo visitó y conversaron sobre mi situación, Craig le dijo que no podía tenerme en casa en mi estado y que me internaría en un manicomio privado. —Se encogió de hombros—.

Mintió y me envió al de Glasgow sin saber que en ese lugar también se encontraba nuestra madre. Me di cuenta de que estaba ahí cuando llevaba tres meses confinada.

—Padre es tan estúpido… —Sus fosas nasales se dilataron de pura frustración, deseaba ver el mundo arder… No, más bien deseaba ver a su padre arder.

Sin embargo, no demostró su creciente furia. Necesitaba ordenar la situación, pero, al menos, ya tenía una visión general de lo que había sucedido.

En ese momento, apareció Matley en la estancia para anunciar solemne:

—El desayuno está servido, señora.

—Gracias, Matley… —Su atención volvió a su familia—. Supongo que no han probado bocado.

Hywel negó con su cabeza.

—Apenas el barco atracó en Londres, vinimos directamente a verte. —Su estómago rugió.

Una ligera risa brotó de la boca de Gwendolyne.

—Bien… ¿Vamos? Primero desayunaremos, luego tomarán un baño y descansarán… Tengo varios vestidos que les pueden quedar, pero casi todos son negros…

De inmediato, Gwendolyne pensó en las Grandes Damas, en sus amigas de la Academia Hope. Ellas estarían encantadas de ayudar en acoger y proteger a su familia. También vino a su mente Matthew, para que atendiera a su madre y a su hermana. Estaban tan delgadas, tan maltratadas…

Pero primero debían saciar el hambre del cuerpo, porque el de justicia, parecía que nunca iba a ser satisfecho…

*****

Gwendolyne observaba con disimulo a Eira y a Cerys. Le partió el alma ver a su hermana comiendo como si nunca lo hubiera hecho. En pocos minutos, ella vació el cuenco con gachas, se bebía el té y cerraba sus ojos de puro placer, saboreaba el dulzor de los panecillos de miel, se llenaba la boca de huevos revueltos. En cambio, su

madre, por más que quisiera atiborrarse de comida, solo podía remojar el pan en la leche para ablandarlo. Sin embargo, se dio el gusto de vaciar el frasco de mermelada y beber chocolate caliente. Cada movimiento de su mandíbula era pausado, frágil y doloroso.

Cruzó su mirada con Hywel. Él también las observaba, estaba segura de que sentía lo mismo: impotencia, cólera… culpa. La culpa se los carcomía.

¿Cómo se podía expiar un pecado que no fue hecho a propósito?

Nada podían hacer, al menos no en ese preciso instante. Gwendolyne bebió el último sorbo de té y preguntó:

—¿Hywel, pudiste leer mis cartas? Te escribí todos los días desde que te marchaste.

Hywel sonrió. Se limpió la boca con la servilleta.

—Mientras estuve en Edimburgo, leí todas tus cartas. Luego no pude porque fui a Glasgow. Lamento no haberte respondido, pero el silencio era mejor que dar migajas de información que solo te angustiarían, fueron semanas esperando una señal.

Eira le tomó la mano.

—Gracias a tus cartas, Hywel pudo encontrarme. Craig no podía seguir fingiendo que nada pasaba. Todos los días llegaba una, por lo que no le quedó más remedio que llevármelas al manicomio para que te escribiera. ¿No te ha llegado mi respuesta?

Gwendolyne negó con su cabeza. Hywel resopló:

—Vigilaba la casa de Craig día y noche, hasta que logré convencer a una sirvienta y le pagué muy bien para que me revelara qué había pasado con Eira. Todos estaban al tanto de que se encontraba internada en un manicomio desde hacía un año pero no en cuál. Lo único que sabían era que no se encontraba en Edimburgo, de ser así todo el mundo se enteraría. Y un día me avisaron que Craig iría a dejar la correspondencia al manicomio, solo me bastó seguirlo. Cuando él cumplió con su objetivo, esperé un día, me presenté y pude hablar con Eira. Ella me contó que mamá estaba ahí mismo, pero confinada en una celda de castigo. —Guardó silencio, se tragó las lágrimas al recordar su encuentro, tanto dolor, tanta impotencia… tantos lamentos—. Lo único bueno de haber

amasado una fortuna fue que me dio la posibilidad de sacarlas de ese lugar ese mismo día. Compré al director y le ordené que informara, con dos semanas de diferencia, que Eira y mamá han muerto… Craig se enterará en dos semanas y padre, la próxima…

—Ojalá se traguen esa mentira. —Se agarró la cabeza con ambas manos. No concebía tanta crueldad—. Oh, Dios…

—Sí, yo también espero lo mismo… —En sus labios hubo un atisbo de sonrisa al añadir—: Cuando pasamos por Edimburgo, recibí el resto de tus cartas y las leímos mientras volvíamos a Londres. ¿Así que caíste en las garras de un Heredero del Diablo? Debí haberlo anticipado, la influencia de esas ovejitas descarriadas es impresionante.

El carmín se propagó en el rostro de Gwendolyne, tanto por lo que decía su hermano, como recordar que Anthony estaba con resaca en su alcoba.

—Oh, ellas no hicieron nada… Ya sabes cómo sucedieron las cosas. Anthony solo ha sido un hombre excepcional conmigo.

Eira rio con suavidad y le tomó la mano a su hermana.

—Cuando leí tus cartas me alegré mucho por ti. Ibas cambiando tanto en cada una de ellas, en tan poco tiempo. En cierto modo, me alivia que Dios haya preparado algo diferente para ti…

Gwendolyne le sonrió. Quizás era cierto, porque ella ahora tenía poder, y no permitiría que su hermana y su madre volvieran a ningún horrible lugar, ya fuera al lado de hombres crueles o en algún manicomio. Aún no entendía cómo su madre había conservado su cordura… o quizás gran parte de ella, todavía no podía dimensionar el verdadero deterioro de su cuerpo, de su alma y de su mente… Tantos años; doce parecían ser doscientos…

Miró a Cerys… Ella le brindaba una sonrisa escondida y tímida en sus ojos vidriosos.

—Mamá, todo cambiará. Te lo prometo. Nunca más podrán hacerte daño. —De soslayo notó la figura de Anthony en la entrada del comedor. El peso que sentía sobre sus hombros y su corazón se hizo más liviano. Carraspeó y delató su presencia—: ¿Qué tal la resaca, *cariad*?

Anthony solo estiró una sonrisa ante los cuatro pares de ojos

azules que lo escrutaban. Matley ya lo había puesto al tanto. Se centró en la mirada de la mujer mayor y supo que de ahí provenía la dulzura tenaz de Gwendolyne. Envaró su espalda y dijo:

—Tengo una muy buena explicación. —Con su cejo fruncido, amonestó a su prometida con cariño—. Gwen, van a creer que soy un alcohólico… —Volvió a sonreír a los demás—. En verdad tengo una muy buena explicación.

Hywel alzó una ceja inquisitiva.

—La estoy esperando, porque su presencia en esas fachas me hace pensar cosas y que, por muchas explicaciones que me dé, ninguna me va a hacer pensar algo bueno.

Anthony envaró aún más su postura y puso sus manos a sus espaldas, como si fuera un alumno travieso frente al director.

—Bueno, anoche salí con mis amigos a conversar al Brook's, nos pasamos un poco con el *whiskey* y terminé cantando *Meet Me by the Moonlight*, *Alone* frente a esta honorable casa.

Gwendolyne, reprimiendo una sonrisa que arruinaría la solemnidad de Anthony, acotó:

—Me trajo peonías del jardín de su casa, y lo invité a tomar un café… Anthony es un caballero de pies a cabeza, incluso cuando está un poquitín beodo.

Hywel le entrecerró los ojos a su hermana.

—Lo defiendes porque es tu prometido.

—Desde luego… Y rato después, se quedó dormido… Ay, no me mires de esa forma, Hywel.

—No te miro de ninguna forma, es tu conciencia la que se siente cuestionada.

—Como sea… —Resopló. A su hermano le encantaba sacarla de quicio. Dirigió su atención hacia Anthony e insistió—: ¿Cómo va tu resaca?

—Mentiría si dijera que va de maravilla, pero el brebaje de tu cocinera es bastante… interesante. Por lo menos ya no siento que la cabeza me va a estallar.

—¿Vas a desayunar con nosotros?

Hywel intervino:

—Tiene que desayunar con nosotros. Todavía tengo preguntas

que hacerles a ambos. Gwen está irreconocible, en un mes y medio se transformó en otra persona. —Sonrió, se levantó y le estrechó la mano—. Gracias por cuidar a mi hermana… Ya le estoy temiendo a la tradición del ramo de novia, en su familia es infalible.

—Así es. Y para nuestra boda tengo que instaurar la tradición que prometí para los varones…

—¡Dios me ampare! Venga, tengo que presentarle a mi hermana y a mi madre…

Adagio doloroso

Cuando la luna se reflejaba en los vidrios de las elegantes casas de Mayfair, Gwendolyne encendió la vela de la palmatoria y se levantó de su cama. No podía conciliar el sueño.

Fue a la habitación de su hermana y abrió la puerta con sigilo. Dormía profundamente. Hizo lo mismo con Cerys. Su madre parecía un pequeño bulto en esa cama que parecía demasiado grande para su frágil cuerpo.

Después del largo desayuno, Eira y Cerys tomaron un reconfortante baño de tina, secaron sus cabellos al fuego de la chimenea y se acostaron para descansar.

Durmieron todo el día. Gwendolyne apenas perturbó su sueño para darles algo de comer a media tarde y en la noche. Se preguntaba cuánto tiempo les tomaría recuperar la fuerza para vivir, no física, sino del alma. ¿Habría esperanza para ellas? ¿Se podía seguir adelante después de una cruel existencia que no se merecían?

Solo el tiempo le daría las respuestas.

Se dirigió a la habitación de Hywel. Había un halo de luz que se colaba por la rendija de la puerta. Golpeó y entró.

Su hermano revisaba unos documentos y los dejaba de lado. Ni siquiera él se tomó la molestia de dedicarle una sonrisa, solo pudo darle una de esas que, en vez de transmitir tranquilidad, le daba a entender que no era capaz de fingir que estaba bien.

Gwendolyne se sentó a su lado y se apoyó en su hombro, tal como cuando ella tenía siete años. Y tal como en ese entonces, él la abrazó y se quedaron en silencio, no había nada que explicar porque ya lo sabían todo.

Hywel suspiró. Gwendolyne salió de su ensimismamiento y dijo:

—¿Trabajo atrasado, *cariad*? ¿Por eso saliste después del desayuno?

—Sí. Fui a recoger la correspondencia a Fullham y los registros contables en el puerto… ¿En qué piensas? ¿Por qué no te puedes quedar dormida?

—Sé qué le dirán a padre que mamá murió… Pero sé que no podemos tenerla encerrada, ella tiene que disfrutar sus años de vida… Y Eira… Ya sabes lo que dijo Tony, a Craig lo podemos denunciar por bígamo, pero necesitamos pruebas. Si en el interín se entera de que ella está viva y reside en Londres, puede venir a reclamarla… —Abrazó sus rodillas y apoyó su frente en ellas—. No quiero ser más esa muchacha que espera a que sucedan las cosas, tengo que actuar antes y defenderlas. Esos hombres son una amenaza para cualquier persona, y esto último ha sido la gota que rebalsó el vaso.

—Sí… —Se masajeó la nuca, intuía hacia dónde se dirigían los pensamientos de su hermana—. ¿Qué quieres hacer? Te recuerdo que el asesinato y, peor aún, el parricidio es ilegal.

Ella levantó la cabeza.

—No, ¿cómo se te ocurre?... —Lo había pensado, sí, pero lo descartó de inmediato. Su felicidad estaba en primer lugar, no iba a arriesgarse a perderla por eliminar a esos hombres—. No… Si Craig llega a enterarse de que Eira está aquí, lo podríamos mantener a raya poniendo las cosas en su lugar, ya sabes, negociar. Si él deja a Eira en paz, nosotros no diremos nada acerca de su primera esposa.

—¿Y si él se niega?

—Tendremos que buscar una manera. En estos momentos, nosotros tenemos la ventaja: la distancia y el engaño. Eira y mamá podrían vivir contigo en Fullham. La mansión de Edward está alejada de toda la gente que las conoció. —«Aunque mamá está irreconocible», pensó con pesar—. Pero solo como medida temporal, ellas deben descansar de tanta inhumanidad. Sin embargo, tampoco es la idea que ese lugar se convierta en una jaula de oro para ellas. Necesitan protección sin perder su libertad.

—Tienes razón… Yo tendría que volver a Escocia para recabar pruebas o testigos, pero primero tengo que ponerme al día con el trabajo. Va a arribar una carga de un momento a otro y debo verificar que no venga amañada... Me llegó una carta de Edward y resultó que… Northwood… y Langthorne tenían el 80 % de la flota corrompida para sus negocios. No puedo descuidar los asuntos de la empresa aquí.

—Oh, a pesar de que uno está en la cárcel y el otro muerto, pareciera que nunca dejan de fastidiar… Mira, no tienes que hacerlo todo tú, contrata los servicios de Horatio Montgomery. Él estaba averiguando el paradero de mamá, pero tuviste la suerte de hallarla primero. Él tiene más recursos para investigar a Craig, incluso encontrar otras pruebas para deshacernos de él.

—Aunque no me guste delegar ese asunto a otra persona, no tengo alternativa. Sé que Montgomery es más que confiable, nos ayudó mucho cuando estábamos investigando el contrabando. Mañana hablaré con él… ¿Y qué haremos respecto a padre?

—No creo que él se quede quieto por mucho tiempo. Estoy segura de que la auditoría va a arrojar las pruebas de que Langthorne inyectaba capital proveniente del contrabando… y no me sorprendería si alguien más está al tanto. Quiero usar eso como arma para hundir esa empresa, ya ni siquiera me interesa vender las acciones. Si lo hago, perjudicaría a un inocente; mejor las doy por perdidas. Después de todo, con el dinero que obtendré de las tierras que venderé es más que suficiente para mí.

—Padre tiene otros negocios, no puedes hundirlo solo con la naviera.

—Parece que no le está yendo tan bien, no tenía las cien mil libras para comprar mi parte… y puede ser que esté vendiendo objetos de valor. Solo estoy especulando, me baso en el hecho de que se deshizo del arpa de mamá cuando me casé y yo la compré en una tienda por simple coincidencia. Sabes que son costosas, debió recibir al menos diez mil libras por ella.

Hywel la miró con sorpresa.

—Quizás por eso se jactó de que me sacó de su testamento, puede ser que no tenga mucho que heredar… Vaya, tendría que averiguarlo.

—Eso pensé… —Suspiró—. ¿Estaré siendo una mala hija por querer arruinar a mi propio padre?

—Cualquier otra persona te diría que la venganza no es buena… Pero a veces la justicia no llega o lo hace demasiado tarde. Por mi parte, solo te diré una cosa, Gwen: una vez que todo está hecho, no hay lugar para el remordimiento. Lo que hagas y sus

consecuencias quedarán dentro de ti, y tú tendrás que aprender a lidiar con ello. No obstante, lo que vaya a sucederle a padre no será más que el resultado de sus propias acciones… Lo que ha hecho con nosotros no tiene perdón de Dios. Seremos su *karma*.

—¿*Karma*? ¿Qué es eso?

—Algo que aprendí en la India… Todo lo que haces y piensas, se te devuelve, ya sea bueno o malo.

Ya no eran solo víctimas, eran aliados. Hermanos.

Unidos.

Y eso marcaba toda la diferencia.

*****

La pluma rasgaba, veloz, el papel. En esa oficina era casi el único sonido que Oliver escuchaba con claridad. Por la ventana y las paredes, se colaba el barullo ahogado del ajetreo de las otras oficinas y el puerto. Tal como había anticipado Renquist, quince años de contabilidad no era algo fácil de auditar. Sin embargo, debía conceder el hecho de que el trabajo del tesorero era notable, daba gusto diseccionar esos números, era como cortar mantequilla con un cuchillo caliente. Detallado, ordenado, fácil, preciso.

Demasiado preciso.

Y cuando las cuentas eran tan impecables, solían ser así para no ser cuestionadas, ni siquiera por el auditor más prolijo.

Sonrió al encontrar ese patrón, dos veces al año un embarque acostumbraba a dar más ganancias de lo habitual cuando no debería. No se justificaba el motivo, solo eran números. Pero si se cotejaba ese aumento con el papeleo y el registro de facturas, aparecía el común denominador; un ligero cambio en la tasa de conversión, un incremento en el precio de lista de la carga y, por arte de magia, las mermas disminuían. En todos los documentos sospechosos figuraba Rhys Evans como receptor de la información, y aprobado por Reginald Langthorne y Ferdinand Welsh.

En ese momento golpearon la puerta. Oliver alzó la mirada y su pluma quedó en el aire.

Hablando del rey de Roma…

Ferdinand se internó en la estancia con propiedad y se sentó frente a él. Lo escrutó por eternos segundos antes de señalar:

—El señor Renquist me ha comentado que usted es un verdadero genio, señor Fields. Ya lleva más de la mitad del trabajo hecho.

Oliver se acomodó las gafas y dejó la pluma en el tintero.

—Oh, el señor Renquist exagera. Desde luego que no menciona nada acerca del trabajo impecable de contabilidad, es realmente notable… —Aspiró para seguir hablando, pero todo quedó en el aire.

Ferdinand arqueó una ceja y alzó su barbilla.

—¿Pero…?

—Me temo que no puedo compartir esa información con usted, señor Welsh.

Ferdinand ladeó su cabeza y dijo:

—¿Cuánto le paga la señora Langthorne?

—¿Perdón?

—No se haga el sordo, Fields.

Oliver lo miró con una expresión que Ferdinand no pudo interpretar. No sabía si era burla o amabilidad.

—Me paga lo suficiente, señor.

—Lo que ella le haya pagado yo podré superarlo.

Oliver lo miró por largo rato a los ojos, debatiéndose y analizando la situación. Se quitó las gafas y limpió los cristales con excesiva parsimonia.

Sin mirarlo, preguntó con voz monocorde:

—¿Y qué quiere a cambio?

«Ya te tengo», pensó Ferdinand. Esa simple pregunta ya era una admisión.

—Necesito que la contabilidad sea perfecta… Y tiempo.

Oliver se puso las gafas, las acomodó con su dedo medio sutilmente levantado.

—Corríjame si me equivoco, ¿me está proponiendo que oculte información en una auditoría oficial?

Ferdinand sonrió de medio lado.

—Solo estoy proponiendo algo que nos beneficie a todos, señor Fields.

—¿Acaso esa «perfección» no es una desventaja para usted? Es precisamente lo que quiere su hija para poder vender las acciones.

—Me conviene menos que ella intente hacer de esto un escándalo… Como podrá comprobar, las cosas están tranquilas ahora.

—Es complicado lo que usted pide… ¿Sabe? He notado algo curioso en los registros, ¿conoce al capitán Clayton? —El ojo de Ferdinand tembló, ese maldito tic. Oliver sonrió como si no hubiera dicho nada—. ¿De verdad se imagina cuánto me está pagando su hija?

—Ya le he dicho, le pagaré lo que sea necesario.

—En realidad es una cantidad obscena para un contador. La señora Langthorne ha sido muy generosa.

—Dígame, ¿cuál es su precio?

—No lo sé… Es complicado y peligroso servir a dos amos.

—Lo que sea lo triplico. ¿Quinientas?

Oliver fingió que se lo pensaba… Sonrió como si llevara la ventaja en una subasta.

—Casi… Tendrían que ser seiscientas libras si quiere triplicar. —Ferdinand arqueó sus cejas—. Le dije que ella me estaba pagando muy bien.

—¿Y cómo sé que no me está embaucando?

—Es asunto suyo si me cree o no. —Se arrellanó en la silla y se cruzó de brazos—. De cualquier forma, estoy ganando un montón de dinero.

Ferdinand lo estudió. Ese hombre era como un maldito zorro… Pero todo zorro tiene su precio para convertirse en una gallina.

—Serán seiscientas libras, entonces. Mañana recibirá su pago.

Oliver sonrió.

—Muy generoso de su parte… —Acomodó las hojas frente a él—. Ahora, si me disculpa, debo continuar con mi trabajo.

—Desde luego, señor Fields.

Cuando Oliver escuchó el sonido de la puerta al cerrarse, solo se limitó a tomar la pluma del tintero con la misma serenidad con la que había recibido la oferta.

—El problema de los números… —murmuró para sí mientras escribía—. Es que a veces no se sabe para quién trabajan.

*****

Gwendolyne entró en la habitación de Eira. Su hermana estaba recostada, con la mirada absorta en el sutil movimiento de las cortinas. Una brisa fresca ventilaba la estancia, trayendo consigo el aroma de las flores que atiborraban un elegante jarrón chino.

—*Cariad*, he venido con el médico del que te hablé, Matthew… Eeeeeh, bueno, técnicamente es lord Hudswell. ¿Podemos entrar? —Eira miró a su hermana. Sus labios se curvaron en una resignada sonrisa y asintió—. No tardaremos tanto, ya ha revisado a mamá.

—Por supuesto… ¿Cómo está ella?

—Bien, dentro de todo.

Matthew y Gwendolyne entraron a la estancia con cierta cautela. Él hizo una ligera inclinación de cabeza, la que Eira respondió.

—Buenas tardes, señora Craig. —Dejó su maletín de cuero sobre la mesita de noche, acercó una silla y se sentó frente a Eira—. Lo que haré es una examinación de rutina. Gwendolyne me ha comentado donde estuvo… ¿Desea que su hermana la acompañe mientras tanto?

Eira guardó silencio y se miró las manos. El médico era más joven de lo que imaginaba. Le sorprendió que fuera tan considerado, y su tono de voz era tranquilizador. En el manicomio los médicos no se caracterizaban por su amabilidad…

—No es necesario. —Su atención se dirigió hacia su hermana—. No te preocupes. Estaré bien.

Gwendolyne estuvo a punto de preguntarle si estaba segura, pero prefirió callar. No quería que su hermana se sintiera incapacitada de alguna forma.

—Está bien… Los dejo.

Cuando quedaron a solas, Matthew solo dijo:

—Gracias por la confianza, sé que no es fácil. —Inspiró largo y profundo, e inició el examen—. Bien, le tomaré el pulso…

Matthew tomó los signos vitales, auscultó con un foneidoscopio, comprobó la temperatura, revisó la dentadura, el cabello, la nariz, los oídos. Todo lo anotaba en su libreta.

Para Eira era extraño sentir el tacto tan gentil de un hombre. En los ojos de lord Hudswell no había nada más que un interés científico, pero a la vez, humano. De pronto, la voz afable de él preguntó:

—¿En el último tiempo ha tenido dolores extraños o ha notado que algo está fuera de lo habitual?

El corazón de Eira se aceleró y respondió:

—No he sangrado…

Aquella críptica sentencia hizo que la serena mirada de él cambiara a la preocupación por un fugaz instante.

—¿Desde hace cuánto?

—Unos tres meses… No estoy segura, se pierde la noción del tiempo cuando se está encerrada.

Una punzada atravesó el vientre de Matthew. Anotó la cifra y la subrayó. Debía formular la siguiente pregunta de rigor, pese a que le temía a la respuesta.

—¿Cuándo fue la última vez que tuvo relaciones íntimas?

El silencio se extendió entre ellos como un manto denso que no permitía hablar para romperlo.

Eira tragó saliva y se humedeció los labios con la lengua.

—¿Es necesario que responda esa pregunta?

—Lo siento mucho, pero es imperativo… Todo lo que me relate quedará entre nosotros como secreto profesional. He hecho un juramento, no divulgaré nada, se lo prometo.

Eira asintió con un leve gesto.

—¿Le puedo hacer una pregunta?

—La que desee. No la juzgaré.

A Eira se le llenó la boca de saliva. Cada vez que lo recordaba le daban ganas de vomitar. Respiró pausado y regular para sofocar las náuseas. Al cabo de una eternidad, logró articular:

—¿Una mujer puede quedar embarazada si un hombre le arroja su semilla a la cara?

La sórdida imagen se solidificó en la mente de Matthew. No

importaba cuánto tiempo llevara practicando medicina. Había cosas que todavía le provocaban una profunda indignación, y le hacía cuestionar su fe en la humanidad.

Midió su tono de voz para que sonara neutral, y respondió:

—No, me temo que eso es imposible. Un embarazo se produce cuando el varón deja su semilla dentro de la mujer, al penetrarla en su intimidad. Jamás sucederá si aquello ocurre en la cara, en la boca… o el ano.

El mentón de Eira tembló y sus ojos se tornaron vidriosos. Dos goterones corrieron por sus mejillas y ella las secó con el dorso de su mano.

—Bueno… Entonces, lo que hizo el guardia no pudo haberme embarazado. —A Matthew le costó todo su autocontrol par no exclamar de pura ira. Apretó la mandíbula y sus fosas nasales se dilataron. Eira respiró entrecortado—. Es un alivio, pensé que ese hombre había logrado lo que mi esposo nunca pudo…

Matthew hizo una breve anotación… Carraspeó y prosiguió con su interrogatorio.

—Anteriormente, ¿sus ciclos de sangrado eran regulares?

—Así es…

—Bien… Este hombre, el guardia… él no…

Eira negó con su cabeza.

—No, él solo… se tocaba cuando pensaba que estaba dormida… y…

—Entiendo. Debo asumir que la última vez que tuvo intimidad fue con su esposo.

—Un año, quizás un poco más.

—Bien… ¿Podría levantarse y quitarse el camisón? Sé que es molesto para usted y…

—No se preocupe, ya no siento vergüenza. Los lunáticos perdemos el pudor de la desnudez.

Con movimientos lentos, Eira se levantó y se quitó el camisón. Matthew se guardó mil maldiciones al ver cómo sobresalían los huesos de las clavículas, las costillas y las caderas. Se había dado cuenta de su delgadez cuando le tomó el pulso, mas no dimensionó la gravedad hasta ese momento. La madre de ella, Cerys, también

estaba muy delgada, pero se lo atribuyó a su dificultad para comer.

Palpó buscando protuberancias o puntos de dolor, incluso olfateó para encontrar algún olor corporal fuera de lo normal. Si hubiera sido por él, se habría limitado a un examen visual, pero debía ser exhaustivo. Los manicomios no se caracterizaban por el buen trato a los pacientes, lo demostraban los hematomas repartidos en la piel de Eira.

—Puede vestirse. Gracias, señora Craig… Bien… —Volvió a anotar en su libreta, para darle cierta privacidad.—. Sin duda es extraño que su sangrado se haya interrumpido, pero por lo que me ha contado no se debe a un embarazo. Dentro de mis prácticas profesionales, he constatado que algunas mujeres que tienen una alimentación deficiente muestran ese síntoma… Quizás este es su caso. La tendré en observación al igual que a su madre. Procure comer, ganar peso para restablecer su salud y vigor. Por lo demás, y dentro de su estado actual, no veo mayores problemas.

—Sí, me alimentaré con muchas ganas, milord… —Se acostó y suspiró—. Quizás es una bendición no tener sangrado… A lo mejor Dios me ha dejado de castigar.

Matthew la observó y volvió a anotar.

—A diferencia de muchos colegas, no considero que el sangrado femenino sea una maldición, una enfermedad, un castigo o una muestra de debilidad. Es un misterio inherente a su naturaleza, tan antiguo como la creación misma… Ni siquiera considero que se debe «curar» algo que ha sido dispuesto por Dios, sino entenderlo, respetarlo y aliviar las incomodidades que surgen.

—Es la primera vez que escucho algo así.

Matthew se encogió de hombros.

—Aunque no lo crea, muchos colegas me tildan de abominación por pensar de esa manera. —Y le guiñó el ojo—. Si vuelve su sangrado, me lo hace saber y anote su regularidad en un calendario.

Eira sonrió con genuina simpatía.

—Así lo hare. Muchas gracias… —Se distrajo con el inusual color de ojos del médico. No sabría definir si eran verdes o azules. Se reprendió por pensar en algo tan banal y se centró en otro

asunto más importante—. Milord, ¿cómo está mi madre? ¿De verdad está bien?

—Su lesión lleva mucho tiempo. —Guardó sus pertenencias en el maletín—. Supongo que, los médicos que la trataron, hicieron poco y nada más allá de poner su mandíbula en su lugar, pero intentaré buscar una solución que mejore su calidad de vida.

—Ojalá Dios lo ilumine.

—Eso espero. —Se levantó—. Volveré la próxima semana a controlar su estado. Que tenga un buen día, señora Craig.

—Usted también, milord. Nunca deje de ser una «abominación».

Matthew asintió y se retiró de la estancia.

Eira se abrazó el vientre… Ahogó un largo gemido. El alivio la azotó con una fuerza casi dolorosa. Ninguna nefasta criatura no pedida se arraigaba en su interior.

—Gracias, Dios… Gracias…

Sotto voce

El mayordomo golpeó la puerta del despacho de Ferdinand y luego la abrió. Descubrió a su amo trabajando en la contabilidad.

—Mi señor, acaba de llegar una carta para usted.

Ferdinand no alzó la mirada, solo se limitó a ordenar:

—Déjela ahí, sobre las otras.

El mayordomo obedeció. No obstante…

—Si me permite el atrevimiento, le sugiero que la vea a la brevedad. —Aquellas palabras hicieron que la pluma se detuviera. Los ojos de Ferdinand se clavaron en el mayordomo y luego en la carta—. El remitente es de Glasgow.

No fue necesario añadir más. El mayordomo se retiró en silencio.

Ferdinand se quedó mirando el sobre con recelo. El tictac del reloj de pie parecía estar azuzándolo para que lo abriera de una vez por todas.

Bufó y se concentró en su labor, anotaba con afán las cifras en su libro contable. Oliver Fields fue un escollo duro de sortear, pero su inversión le estaba rindiendo frutos; ya tenía el tiempo necesario para reunir el dinero que le permitiría comprar las acciones, y hacerse del control de la naviera. Por fin se iba a deshacer de la molesta presencia de Gwendolyne.

Fue un iluso al pensar que su hija recurriría a él para representarla cuando Hywel se fue de Londres. Debió haberla vigilado, haber sido más firme…

Pero no pudo anticipar que su hija más obediente, la que aprendía más rápido y la más sumisa iba a convertirse en una impredecible, ambiciosa y rebelde casquivana.

Tal como Cerys.

Volvió a mirar la carta, parecía provocarlo con sus puntas dobladas y las letras borrosas del remitente, pero no necesitaba leerlo, sabía quién le había escrito…

Se restregó los ojos, le estaba fallando la vista.

Tomó la maldita carta y la abrió.

Glasgow, 16 de abril de 1845

Estimado Señor Welsh:

Escribo esta misiva para informar el sensible fallecimiento de su esposa, la señora Cerys Welsh, a causa de fiebres, la cual ha diezmado a nuestros internos.

Nos vimos en la necesidad de actuar con rapidez, debido a su acelerada putrefacción y la de otros, por lo que ha sido enterrada en una fosa común de la Necrópolis de Glasgow.

Reciba mis sinceras condolencias.

Henry Lochlan
Director del Gartnavel Royal Asylum

Ferdinand siempre se preguntó qué sentiría el día que le llegara esa noticia. Constataba que no era capaz de darle un nombre que precisara a lo que experimentaba en ese momento. Parecía una amalgama de confusas sensaciones que no podía distinguir del todo, mas de algo estaba seguro, no se acercaba a la indiferencia. Era extraño, como una fisura imperceptible, pero aguda.

No obstante, recordó cuando conoció a Cerys y su virtuosa música con el arpa. Lo primero que pensó fue que ella era perfecta para ser su segunda esposa; poseía juventud, belleza y vitalidad para terminar de criar a los vástagos de su primer matrimonio, y estaba seguro de que los hijos que concebirían serían especiales.

Grande fue su suerte de que ella necesitaba de un esposo con urgencia, pues su familia estaba en la ruina. En tan solo un mes ya eran marido y mujer.

Por un instante el tiempo retrocedió. Recordó a Cerys en la luminosa sala de música, estaba arrodillada junto a Eira enseñándole las partes del arpa, Gwendolyne dejaba de lado su muñeca y prestó atención a la lección. La voz de su mujer era suave, sus movimientos eran sutiles, pacientes, como si estuviera ejerciendo alguna especie de hechizo sobre sus hijas. Cuando lo vio en la penumbra del vano de la puerta, le sonrió. Era un gesto simple, cotidiano… mas él supo en ese instante que esa mujer, con toda su fragilidad, tenía un inmenso poder; sostenía el corazón de su hogar y de su familia.

Sacudió su cabeza.

—Estúpidos sentimentalismos.

Arrugó la carta y la lanzó al papelero que estaba cerca.

Al final, ella terminó siendo un estorbo que debilitaba a sus hijos con sus sensiblerías. Lo había convencido de que no debía ser tan duro con ellos, que la disciplina era tan importante como la ternura y el afecto.

Ella amó a los hijos que no engendró y lloró sus muertes, adoraba a Hywel, a Eira, a Gwendolyne. Para Cerys, sus hijos, tanto adoptivos como de sangre, eran su tesoro más preciado.

¿Y él? Parecía que no alcanzaban para él los afectos de su esposa. La profundidad de su amor no era como el que le profesaba a sus hijos.

Anhelar su afecto, ese fue su error, y todavía lo estaba pagando.

Su respiración se aceleró… Sí, debía admitir que sí sentía algo que podía identificar. Ira, impotencia por todo lo que desperdició gracias a Cerys.

El amor no educa, no disciplina, no deja herencia.

—Bien muerta estás, maldita.

De pronto, una opresión se instaló en su pecho. Era un dolor sordo que se propagaba en todo su torso. El aire apenas entraba por sus fosas nasales, le costaba respirar.

Sus latidos erráticos se aceleraron y sudó frío.

Se quedó quieto… Inspiró lento… lento… lento… Poco a poco sus costillas parecían ceder.

Y el dolor se fue…

Su atención volvió a la carta arrugada en el papelero, sentía como si su esposa lo señalara con un dedo acusador. En su memoria resonaban con escalofriante claridad las palabras de Cerys cuando se la llevaban a Glasgow…

«Te maldigo, Ferdinand, por separarme de mis hijos. Han sido lo más sagrado de mi vida… Y ellos serán tu ruina».

Bufó con desdén para borrar ese recuerdo que hacía eco en su mente y en las paredes de esa misma estancia. Las maldiciones de una mujer desequilibrada eran tan efectivas como llenar un cántaro

roto.

—Patrañas.

*****

En la silenciosa salita privada de Gwendolyne, Oliver acercó un informe hacia ella.

—Como le comenté anteriormente, todo está listo. Dilaté la auditoría lo que más pude para crispar los nervios de su padre, pero resultó ser un hueso duro de roer. —Gwendolyne tomó el informe y lo hojeó. Él se apresuró a comentar—: Como puede apreciar, señora Langthorne, todo está en orden… al menos en el papel.

—Entiendo, sabía que esto iba a suceder… Dígame, en su opinión profesional, ¿qué tan bien le va a la naviera?

Oliver se ajustó las gafas e hizo una ligera mueca.

—Si me lo pregunta, es un buen negocio. Demasiado bueno diría yo. —Se inclinó hacia ella—. ¿De verdad va a vender las acciones?

Ella seguía leyendo el informe, pero de todos modos le estaba prestando atención a Oliver y respondió:

—Lo estoy considerando.

—Debo admitir que poseer la mitad de ese negocio es algo tentador… Aunque…

Gwendolyne cerró el informe y lo miró.

—Aunque…

—Usted se va a casar pronto, todas sus posesiones pasarán a manos de su futuro esposo.

—Eso no me importa en realidad. Aprenderé de esta empresa mientras pueda, ¿no cree? Quién sabe, a lo mejor inicio mi propio negocio a través de mi esposo.

—Siempre es bueno aprender… y ser ambicioso. —Ladeó su cabeza y, con curiosidad, preguntó—. ¿Tanto confía en el señor Witney?

Gwendolyne sonrió de medio lado.

—Confío en él y en su familia… De todas formas, ya estamos en el proceso de invertir el resto de mis posesiones en un

fideicomiso. Él me permitirá administrar mi dinero en lo que se me plazca.

—Un hombre poco ortodoxo, sin duda.

—Tiene el ejemplo de su padre. Lord Rothbury es un hombre excepcional.

—En eso le voy a dar la razón… Bien. —Se levantó y le ofreció su mano, Gwendolyne la estrechó—. Nos vemos en la reunión para elegir al nuevo presidente de la naviera. Ahí también presentaremos el informe.

—Gracias por su trabajo impecable, señor Fields.

—Ha sido un placer… Aunque, a veces en este rubro, uno nunca sabe si está cavando una mina de oro o su propia tumba.

Gwendolyne arqueó una ceja y le dedicó una mirada críptica. Un segundo se alargó entre ellos y luego señaló:

—Anthony me dijo que usted es bastante dramático. Ahora le encuentro toda la razón.

—Exagera, él dice eso porque no le gusta Shakespeare… tantas tragedias y traiciones. —Se ajustó las gafas y pensó: «Sobre todo, traiciones».

Gwendolyne arrugó su nariz, a ella tampoco le gustaba tanto el drama.

—Que tenga un buen día, señor Fields.

—Usted también. —Oliver hizo una leve inclinación de cortesía y se marchó.

Gwendolyne se quedó observando el informe; no obstante, no le dedicaba ni el más mínimo pensamiento a la auditoría, esa era la menor de sus preocupaciones. Las principales eran su madre y su hermana.

Llevaban tres semanas guardando reposo. Matthew, contrario a la convención de poner un vendaje suelto, ideó un arnés de cuero para la mandíbula de Cerys para inmovilizarla lo más posible. También decretó que su alimentación se basara en una dieta blanda y líquida, consistente en sopas y papillas las que deberían ser succionadas a través de una pajita de plata… A pesar de que su madre daba indicios de recuperación, a Gwendolyne no le bastaba, le dolía no poder escuchar su voz. Era consciente de que era egoísta

de su parte, pero necesitaba saber que estaba bien. No le bastaba con las palabras que escribía en una libreta o con sus ojos y esas tenues y frágiles sonrisas.

Todas las noches oraba para la recuperación de Cerys y la de Eira.

Su hermana le preocupaba tanto o más que su madre. En tres semanas ya había ganado peso y sus hematomas desaparecieron. Siempre estaba en silencio, no quería hablar de lo que vivió en Escocia.

El cuerpo sanaba, pero sus almas… A veces temía que el daño fuera tan irreversible que ya no quisieran vivir más.

En cuanto Matthew las diera de alta, las llevaría a la mansión de Edward junto a Hywel para que siguieran recuperándose. Vivir en medio de la naturaleza, sin el riesgo de que alguien conocido las descubriera era lo mejor en ese momento.

Suspiró. En dos días más sería la inauguración de los conciertos en los que participaría el Quinteto Divino, y también sería su debut musical como miembro invitada de la agrupación. Le hubiera encantado que su madre y su hermana pudieran ir a verla…

A veces se sentía culpable de tener un presente tan maravilloso y un futuro lleno de sueños por cumplir. A veces no sabía cómo darles a su madre y a su hermana esa felicidad, esa chispa que la colmaba de dicha y las animara a vivir.

Anthony le decía que lo único que ella podía hacer era darles las facilidades de que hicieran su voluntad. Más allá de eso, era imposible controlar más la situación, sobre todo cuando se trataba de vidas ajenas… Le insistía que tuviera paciencia.

Quizás encontraría paciencia cuando tuviera la certeza de que su madre y su hermana se sintieran seguras, sin el temor a ser dominadas y encerradas por un hombre.

*****

Al día siguiente, en la tarde, Anthony ayudó a bajar a Gwendolyne del carruaje. Se encontraban en pleno Bond Street. Ella agradeció esa improvisada salida que le propuso su prometido. Con

una sonrisa en los labios, preguntó:

—¿Al fin me dirás qué hacemos aquí?

—Quiero que me ayudes a pensar… —Se detuvo frente a un escaparate donde se exhibían sombreros—. Para nuestra boda tengo que instaurar una nueva tradición para los solteros.

—Oh, es cierto, para que ustedes no le quiten la oportunidad a una de las solteras con el ramo de la novia.

—Sí… No niego que es divertido ver sus caras de odio supremo, pero me he comprometido a dejar esa tradición libre de hombres… ¿Qué demonios les voy a lanzar a los solteros?

—¿Rocas? —Y rio.

Anthony hizo una mueca que daba a entender que estaba considerando esa sugerencia. Luego negó con su cabeza y arrugó la nariz.

—No quiero que se vea como una lapidación de esas pobres almas… —Nada lo inspiró en ese escaparate y siguió caminando por la acera.

Gwendolyne observaba distraída otra tienda donde vendían zapatos. Hubo un par que le llamó la atención e hizo una nota mental. Retomó el hilo de la conversación.

—La novia lanza su ramo, el novio… —Se quedó pensativa—. ¿Qué cosa especial llevan los hombres el día de su boda?

—Las ganas de tener su noche de bodas. —Y movió sus cejas con picardía.

—Estoy hablando en serio, *cythraul*[8].

—Y yo también, mi Euterpe galesa… Bien… Pues qué aburridos somos, solo nos ponemos un traje elegante y adornamos con alguna flor en la solapa… Las mujeres se esmeran más… A todo esto, ¿cómo va el asunto de tu vestido de novia?

Gwendolyne sonrió… Debía admitir que dentro de la vorágine de actividades que involucraba la organización de un matrimonio, disfrutaba mucho de ese tipo de detalles.

—En unos días iré a la casa de lady Croft… digo de Bernie, para conversar sobre ello. Tenía su agenda cerrada para confeccionar vestidos este año, pero siempre tiene uno apartado para la familia.

—Qué suerte. Lo único que sé es que ella hace magia. Mi primo se casó con una mujer muy interesante y llena de talentos ocultos.

—Sí, Bernie es una mujer increíble… Ese día en que se casó Edward, constaté que para ustedes, como familia, el matrimonio es mucho más que una alianza o conveniencia.

—Definitivamente… Provenimos de familias que prefirió apostar al amor y eso lo inculcan a sus descendientes.

—¿Ninguno de ustedes ha tenido que hacerlo por honor o conveniencia?

—Por suerte, no… Pero nunca se sabe. Nosotros no estamos exentos de jugar con las reglas que impone la sociedad. Intentamos proteger a nuestras damas de verse obligadas a contraer un matrimonio a la fuerza, pero para nosotros, los hombres, es más complicado. El honor prima, y no todas las mujeres tienen una familia que las blinde de un escándalo.

—Tienes razón… Oh, mira. —Se detuvo frente al escaparate de una sastrería, se exhibía un elegante traje. A Gwendolyne no le costó imaginar a su prometido con prendas tan soberbias—. Qué hermoso detalle tiene ese pañuelo.

—¿Ese solitario? —Era un pequeño cristal ovalado que reinaba en el nudo de la prenda. Arqueó sus cejas, la idea que atravesó su mente fue precisa—. Oh, ya sé… Puedo lanzarles el pañuelo que llevaré al cuello, decorado con un solitario… Y el que lo atrape, tendrá que usar la piedra de ese solitario en alguna joya para su futura esposa.

Gwendolyne sonrió. Una piedra preciosa duraría más que un ramo de novia, sería eterna.

Tal como el amor que sentía por ese hombre.

La campanilla de esa tienda tintineó. Anthony y Gwendolyne miraron por curioso impulso. Era lord Crawley, el esposo de Ingrid. A su memoria volvió ese humillante día en el museo.

El hombre pasó por el lado de ellos, dando largas y apresuradas zancadas. No les dedicó ni una sola mirada.

Casi al mismo tiempo salía otro hombre, quizás el dueño de la tienda, que empuñaba su mano y exclamaba:

—¡Y no vuelva a aparecer por aquí, a menos que me pague!

¡Lord Sinvergüenza!

Anthony y Gwendolyne miraron la espalda de lord Crawley que se alejaba más rápido todavía. El dueño de la tienda siguió mascullando:

—¿Cuál es el problema de estos estirados? En vez de gastar su dinero en burdeles, deberían pagarles a sus sastres… ¡Imbécil! —Y entró en la tienda dando un portazo que hizo tintinear con violencia la campanilla.

Anthony, desconcertado, reanudó su paseo. Gwendolyne, aferrada a él, todavía miraba hacia la tienda donde ocurrió el incidente. Sintió el leve tirón de su prometido que seguía su camino. Ella parpadeó y lo alcanzó en un par de pasos.

Ninguno de los dos dijo nada por largo rato. Pasaban frente a los lujosos escaparates sin mirarlos realmente. No obstante, una y otra vez ambos reproducían en sus mentes lo que ocurrió y, una y otra vez, llegaban a la misma conclusión.

Cualquiera que le colmara la paciencia a su sastre por no pagar estaba en la bancarrota. Y debía ser mucho dinero para que un hombre común lo insultara a todo pulmón, en pleno Bond Street, sin temor a las represalias.

Y eso significaba que Ingrid, tarde o temprano, se vería en la necesidad de buscar un nuevo protector. Ella se había casado, todo lo que heredó de su primer esposo, Crawley lo despilfarró.

Anthony suspiró…

Durante años había fantaseado con una disculpa. No, con un castigo. Una humillación pública. Y ahora que por fin se anticipaba esa derrota… Solo sintió lástima por Ingrid, su futuro se atisbaba denigrante.

Sí, sentía lástima… y un extraño alivio.

Serenata

Los aplausos se fueron apagando. Grace sonrió al público con el encanto y seguridad que le otorgaba la experiencia. En las primeras filas se encontraban todos los familiares del Quinteto Divino, quienes siempre asistían —por lo menos— a la jornada inaugural de sus presentaciones.

—Muchas gracias por el cálido recibimiento y por la paciencia de llegar hasta el final de este festival. Han sido tres horas de excelente música, y tenemos la difícil misión de cerrar con broche de oro. Interpretaremos para ustedes una composición colectiva titulada *Serenata encadenada*. Su nombre se debe a que cada uno de nosotros compuso una de las partes que escucharán a continuación, entrelazando su creación con la siguiente, como si cada alma del quinteto hubiera tejido sus emociones en un solo hilo musical… Como podrán apreciar, nos presentamos como quinteto, pero pueden ver a seis. Esa es la sorpresa de hoy, contaremos con la talentosa arpista, la señora Gwendolyne Langthorne y, si han leído el programa, es a quien hemos dedicado esta serenata… Espero que la disfruten.

En medio de los aplausos, Grace tomó su lugar e hizo contacto visual con cada uno de sus compañeros. Ellos respondieron con un leve gesto, estaban más que preparados. El momento por el cual trabajaron por tantos meses había llegado.

Gwendolyne tragó saliva, posó sus manos sobre las cuerdas, lista para tocar las primeras notas. Un temblor leve, invisible, recorrió sus miembros y atravesó su espina dorsal. No estaba sola, pero el corazón le latía como si fuera la única persona sobre el escenario…

Una señal.

Silencio absoluto.

Y la música se propagó en el Covent Garden Theatre.

Anthony se había presentado en público más veces de las que podía contar y, si de algo estaba seguro, era que esa noche quedaría grabada en su memoria. Cada nota, cada mirada furtiva que le dedicaba a Gwendolyne la recordaría hasta el fin de sus días.

Una serenata era una pieza que cumplía una función emocional. Su objetivo era buscar el perdón ante un error, dar consuelo, o demostrar qué tan profundo eran los sentimientos de quien componía o ejecutaba.

Anthony sentía que esa *Serenata encadenada* no solo era una pieza dedicada a su prometida, sino también era el culmen de su propia transformación, una que no anticipó ni pidió, pero que era bienvenida, se entregaba a ella con el corazón abierto.

En cada movimiento de esa pieza se sentía identificado. Ese estado inicial en la que él, estático, vivía una supuesta vida perfecta, pero en el fondo, una parte de él se despreciaba a sí mismo.

No era un verdadero hombre, no era suficiente, no sería como los demás.

No se atrevía a mostrar su corazón.

Hasta que conoció a Gwendolyne e improvisó una serenata, una que parecía salir de un lugar arraigado y oculto de su alma. Nunca imaginó que su música resonaría en ella, como un eco distante, porque, aunque no lo dimensionó al principio, estaba tanto o más rota que él…

Durante meses pensó que todo seguía igual y, por más que intentó engañarse, el curso de su vida había cambiado para siempre.

Enfrentar sus miedos, aceptar sus errores y dejar ese ciclo inacabable de autocastigo no era parte del plan, así como tampoco lo fue conocer a alguien como Gwendolyne.

Fue una bendición. Todos los días agradecía tener una mujer como ella. Lo impulsaba a sacar lo mejor de él, porque su Gwen merecía a un verdadero hombre a su lado.

Un amigo, un compañero, un esposo, un amante.

Era su vuelo hacia la libertad.

La serenata estaba llegando al último movimiento, el que representaba la consolidación de su relación. Anthony la miró con ferviente adoración… Sin palabras, ella le susurró un «Te amo».

No hallaba la hora de casarse con Gwendolyne...

La presentación continuó, el Quinteto Divino —y compañía— estaban tan concentrados que no percibían las emociones que desataban en el público. Algunos se movían al son de la música con

una ensoñadora sonrisa; otros tomaban de la mano a su pareja y esta inclinaba su cabeza hacia el amor de su vida; y también había algunos que evocaban tiempos felices y encontraban un consuelo, una esperanza de que no todo estaba perdido.

Y cuando tocaron la última nota al unísono, esa que se alargaba en una moribunda despedida, fue el momento en que todos volvieron a la realidad.

Un silencio tan efímero como infinito se devoró todo sonido. Parecía que el público estuviera recordando cómo volver a respirar.

Grace, Caleb, Florence, Matt, Anthony y Gwendolyne se miraron desconcertados, y sin más…

La ovación.

Aplausos ensordecedores, personas de pie, alabanzas y vítores. Se produjo una catarsis entre los músicos y el público, que había conectado con ellos de una forma única y especial. Una mujer mayor en la tercera fila lloraba en silencio, su pañuelo temblaba al compás de sus lágrimas. Un joven apretaba la mano de su prometida, como si esa música hubiera sellado su destino… Todos, sin excepción, apreciaban ese inefable momento, e intentaban conservar en su memoria los pasajes que más disfrutaron, porque, de la única manera que podrían volver a escuchar esa serenata, era volviendo a la próxima función.

Vivir la música era un privilegio, un efímero placer que pocas veces se repetía.

Anthony buscó la mano de Gwendolyne, invitándola a ponerse de pie para recibir el cariño del público. El arpa había elevado su música a otro nivel. Lo supo cuando él miró a su hermana, a sus amigos, esas sonrisas orgullosas, pletóricas de satisfacción, al saber que dieron lo mejor de cada uno.

Agradecieron con reiteradas reverencias y les regalaron ramos de flores. Los demás músicos se unieron a ellos para recibir también los aplausos por una jornada inolvidable.

Gwendolyne apenas podía creer que todo era real. Si no fuera por el agarre firme de Anthony, hubiera pensado que era un sueño.

Levantó la vista hacia los palcos y ahí vio a Hywel sonriendo, aplaudiendo con furor…, pero no estaba solo.

Sus lágrimas corrieron como ríos al notar en la penumbra a Cerys y a Eira. En sus rostros se traslucía el orgullo, el amor… la esperanza. Estaba segura de que su madre y su hermana también sintieron lo que ella experimentó cuando Anthony tocó su alma con su serenata.

Un cálido consuelo.

Esperaba que recordaran esa época en que disfrutaban hacer música, que, pese a que era una imposición de Ferdinand, era algo que él nunca pudo corromper.

Saludó a su familia lanzándoles un beso y gritó a viva voz:

—¡Los amo! ¡Los amo!

*****

Cada uno de los integrantes del Quinteto Divino celebró esa jornada triunfal en la intimidad de su hogar. A la noche siguiente, lo harían en grupo, justo para el anuncio oficial del compromiso de Anthony y Gwendolyne.

Peony House fue el lugar elegido.

Cuando Olivia notó que Hywel, Cerys y Eira entraban junto a Anthony y Gwendolyne se acercó a ellos con una sonrisa radiante.

—Oh, al fin tengo el placer de conocerlas. —Miró con cierta picardía a Hywel—. A usted ya lo conocí en el matrimonio de mi sobrina, señor Welsh. Estoy muy contenta de que hayan aceptado mi invitación.

Hywel tomó la mano de Olivia y la besó.

—Cómo no aceptarla, milady, usted es imposible de olvidar. —Arqueó su ceja—. Tampoco he olvidado a su esposo.

Andrew estrechó su mano con la de Hywel y repuso:

—Sé que mi belleza también impresiona —bromeó a costa de su cicatriz en forma de cruz, que deformaba el lado derecho de su cara—. Bienvenido a la familia, señor Welsh.

—Muchas gracias, milord.

Olivia tomó de la mano a Cerys, la miró como si no existiera ese arnés que fijaba su mandíbula y dijo:

—Gracias por venir, sé que no ha sido fácil para usted y su hija

estar en un lugar extraño después de su última experiencia en Escocia. —Tomó también la mano de Eira—. Espero de corazón que se sientan cómodas y queridas. Somos un poco ruidosos cuando estamos en familia, ojalá no se escandalicen.

Cerys esbozó una sonrisa que llegó a iluminar sus ojos y apretó la mano de Olivia. Eira puso su mano sobre las de ellas y añadió:

—Gracias por haber cuidado de mi hermana y por recibirnos en su familia, milady.

—Es lo menos que podemos hacer. Gwendolyne se ha ganado su lugar y el cariño de todos nosotros, solo por el hecho de ser una excelente mujer y por amar a Tony.

Gwendolyne pensó que ya se había acostumbrado a los elogios de Olivia, pero constató que todavía se sonrojaba. Anthony, enternecido, la abrazó por la cintura y le besó la sien, lo cual hizo que su rostro se encendiera aún más.

Florence no perdió la oportunidad de bromear:

—Tony, suelta un rato a tu prometida, no va a huir.

—Mira cómo la suelto… —Solo para molestar a su hermana, tomó la mano de Gwendolyne y repartió besos a lo largo de todo el brazo.

—Muy maduro de tu parte.

Florence se unió a los otros hermanos de Anthony, Elijah y Violet. Juntos se acercaron a la familia de Gwendolyne y también les dieron la bienvenida.

En eso llegó la hija mayor del vizcondado de Rothbury —en un avanzado estado de gravidez—, Marian, junto a su esposo Horatio Montgomery y su hijita, Scarlett. Solo faltaban William y Laura, ellos todavía estaban en su viaje de luna de miel. Según los cálculos de Olivia, iban a llegar justo para el matrimonio de Anthony.

Para Cerys, ver a esas familias erigidas por el amor, eran la prueba tangible de que ella no era una loca, una ilusa, ni una mujer débil por poner en primer lugar los sentimientos. Durante todos los años de encierro, se cuestionó su cordura, sus creencias, los valores con los que la criaron. Lo único que la mantenía incólume fue la esperanza, sabía que sus hijos, tarde o temprano, la buscarían. Fue una dolorosa bendición cuando enviaron a Eira al mismo lugar. Se

sostuvieron una a la otra, y el anhelo de ser encontradas se reforzó… Y ahora, tenía la dicha de ver la sonrisa de sus hijos ante la felicidad de Gwendolyne. Aquello refutaba lo que Ferdinand aseguraba, que el amor y la ternura no servían de nada.

Nunca pudo entender por qué él cambió tanto. Se suponía que, si bien ella no se había casado enamorada, aprendió a amar a su esposo y, por un tiempo, fue feliz y creyó que él también la amaba…

De pronto, ese corazón se volvió de piedra y ella, de un modo absurdo e inesperado, se convirtió en una enemiga. Una amenaza para su propia familia.

Todavía estaba unida a su esposo… Uno de ellos debía partir de este mundo primero para liberar al otro.

Ella ahora tenía motivos de sobra para seguir viviendo, quería ver a sus tres hijos felices. Gwendolyne era la primera.

Hywel y Eira se merecían la dicha de amar y ser amados.

Y ella… Ella podía decir que no solo era una madre que se estaba recuperando de las heridas que le propinó la vida, sino también era una mujer que estaba recogiendo las piezas de su existencia para construir algo nuevo. Por primera vez en mucho tiempo, deseaba vivir por lo que aún le quedaba… A pesar de todo, Ferdinand Welsh no le había arrebatado todo. Aún respiraba, aún vivía y era amada.

*****

El ambiente pronto se distendió. Cerys se atrevió a tocar el arpa después de toda una vida. La acompañaba Florence haciendo armonías con la viola. Eira cantaba, evidenciando su talento innato para transmitir emociones. El resto de la familia disfrutaba de ese improvisado concierto que sanaba almas.

En un rincón aparte, los hermanos menores de Anthony conversaban con Gwendolyne. Elijah, en un tono de secretismo, relataba:

—Y cuando Tony descubrió que Florence había matado, accidentalmente, a toda la camada de patitos, dio un discurso en el funeral que ella les hizo para que se fueran al cielo.

Violet agregó:

—Nunca le dijo a nuestros padres, ni a nosotros. Nos enteramos hace poco cuando ellos soltaron esa anécdota sin querer. —Gwendolyne reía imaginando el funeral de los malogrados patitos—. Si hubieras visto la cara de nuestros padres.

Elijah asintió con sus cejas arqueadas.

—Con eso queda claro que Tony sabe guardar secretos, pero no por mucho tiempo.

Violet lo amonestó con la mirada:

—Ay, Elijah, lo expones como si lo hubiera dicho a los cinco minutos. Guardó silencio por casi veinte años… Reconoce que es bastante confiable.

—Bueno, sí… Ah, es que me encanta fastidiarlo, pero como ahora anda tan feliz cuesta sacarlo de quicio. No me queda más remedio que respetarlo. —Posó su mirada acusadora en Gwendolyne—. Gracias por arruinarlo.

Ella alzó sus manos, como si estuviera rindiéndose. Mil veces culpable.

—Ha sido un placer sacarlo de ese pozo de amargura. ¿A que no es encantador?

Apenas terminó de decir esas palabras, ella sintió un toque sobre su hombro y la voz de Anthony que decía:

—Me basta con que tú me encuentres encantador. —Miró a sus hermanos—. Apuesto que estaban hablando de los patitos muertos.

Elijah y Violet negaron con demasiada vehemencia. Gwendolyne apretó los labios para no dejar escapar una carcajada. Carraspeó y aseveró:

—Solo están elogiando a su hermano mayor.

—Voy a fingir que me lo creo… Me llevaré a mi prometida un momento.

—¡Uuuuuuuuh! —exclamaron Elijah y Violet.

Gwendolyne tomó el brazo de Anthony y se dejó conducir. Salieron de la casa, la noche fresca y el aroma de las peonías del jardín les dieron la bienvenida.

Sus pisadas sobre la gravilla se escuchaban lentas entre los parterres. La voz de Anthony irrumpió en medio de esa calmada

melodía.

—Te extrañaba.

—Pero si me has visto todos los días.

—Sí, pero siempre estamos rodeados de gente. Cada vez que tenemos una oportunidad, algo o alguien lo arruina. Quería unos minutos a solas contigo.

Gwendolyne apoyó su cabeza en el hombro de Anthony.

—Oh, *cariad*. Falta poco para que nos casemos.

—Lo sé… Me tiene loco no poder tocarte como quisiera.

Gwendolyne se lamió los labios. Evocó esa tórrida tarde, la sintió en la piel.

—A mí también me gustaría repetir lo que hicimos en el carruaje, pero lo que menos tenemos es privacidad… —Guardó silencio por algunos segundos. Un ladrido lejano se escuchó rompiendo la noche—. ¿Te cuento un secreto?

—Dime… Te juro que no diré nada.

Gwendolyne recordó la conversación de los hermanos de su prometido. Sin duda Anthony podía guardar secretos por, al menos, veinte años.

—Casi todas las noches hago lo que me pediste en el carruaje.

«Ay, santo cielo», pensó él, sintiendo que su miembro se tensaba de golpe. Su imaginación voló. Ignoró al sentido común que le rogaba no averiguar más, y preguntó:

—¿Y qué tal la experiencia?

—Al principio me avergonzaba mucho… pero… pero después pensé que tuviste motivos para decirme eso… ¿Tú haces algo parecido? ¿Piensas en mí y te tocas?

Anthony carraspeó. ¿Cómo diablos una conversación podía ser tan natural e incómoda a la vez?

—Intento no hacerlo tan seguido, ni tan rápido… Quiero darte una inolvidable noche de bodas… ¿Y al final pudiste?

—Sí… es adictivo… Al principio no alcanzaba a llegar a esa gloriosa sensación que sentí contigo, pero cuando descubrí la manera… Ay, es impresionante. Incluso logro ese… ¿cómo explicarlo?

—¿Clímax?

—Sí, suena bien… ese clímax lo alcanzo dos o tres veces.

«Ay, Dios santo», gimió su cerebro y el roce de su pantalón se volvió tortuoso.

—Creo que para nuestra noche de bodas no llegarás con tanta ansiedad. Recuerda, lo que hagas conmigo será maravilloso.

—Me hace sentir más segura, menos ignorante… Quiero que también sea maravilloso para ti… Lo que hagas, independiente de si es rápido o no, será hermoso, porque seremos los dos y tenemos toda la vida para conocernos en ese ámbito.

—Tienes toda la razón… Bueno… Creo que esta noche pensaré mucho en ti.

Gwendolyne sonrió ladina.

—Yo también, *cariad*, yo también.

Dies Irae

A las diez de la mañana del 15 de mayo de 1845, Rhys Evans abría la puerta doble de la sala de reuniones de la Langthorne Shipping Company. Gwendolyne agradeció con un ligero asentimiento y entró con postura recta y barbilla alzada. La acompañaban Hywel, Anthony y Oliver.

En medio de la nube de humo de tabaco se hizo un silencio sepulcral.

Miró a Ferdinand directo a los ojos. Era extraño verlo con una expresión diferente a la ira. Evidenciaba una inusitada tranquilidad con sus labios casi curvados.

Los ojos de Gwendolyne se convirtieron en dos rendijas escrutadoras. Ferdinand aparentaba disfrutar ese momento, era como si estuviera saboreando la victoria. Ni siquiera la presencia de Hywel parecía afectarlo.

Benjamin Ford carraspeó, le sonrió a Gwendolyne y comentó:

—Felicitaciones por el anuncio de su compromiso, señora Langthorne. Leí en el periódico que lo hicieron a lo grande.

Gwendolyne asintió y esbozó una sonrisa:

—Así es. En un comienzo, el objetivo de la fiesta era para recaudar fondos que financian una fundación de caridad. Sin embargo, mi futura suegra, quiso aprovechar la oportunidad de tener reunida a toda la aristocracia para anunciar nuestro compromiso.

—Tengo entendido que usted colabora con ella impartiendo clases de música en la Academia Hope.

—Eso es cierto. Ha sido un placer para mí participar en ese proyecto, me ha llenado de satisfacción. Pero no ha sido fácil, una vez enviaron una carta al director del Times para expresar su desaprobación, y cuestionaron mi moral y mi cordura por no estar llorando a Langthorne. Lo cierto era que yo prefería hacer viva la palabra de Dios, ayudando y protegiendo al prójimo.

—Oh, no sabía que había sucedido eso. Considerando sus circunstancias y si me pongo en su lugar… Creo que fue lo mejor.

—Exactamente. En fin, hay gente que tiene demasiado tiempo

y hablan desde la más supina ignorancia.

—Suele pasar… Bien… creo que ya es hora. —Aplastó su cigarro en el cenicero. Esa fue la señal tácita de que ya era momento de tomar asiento y dijo—: Señora, caballeros, iniciemos esta reunión… Señor Welsh, háganos el favor…

La voz de Hywel se alzó en medio del susurro general cuando preguntó:

—¿Cuál de los señores Welsh?

Benjamín arqueó una ceja.

—Solo veo a uno.

—¿No nota el parecido? —Hywel estiró una cínica sonrisa y desvió su vista hacia Ferdinand—. Papi y yo somos como dos gotas de agua.

Sin palabras, Benjamin le pidió una confirmación a Ferdinand, el cual solo hizo un gesto afirmativo de cabeza, casi imperceptible.

—Bien, me refería al señor Ferdinand Welsh, señor Welsh.

—Puede llamarme «señor Hywel» para evitar confusiones.

—Lo tendré en cuenta… —Esperó a que todos tomaran asiento. Gwendolyne se sentó en el mismo lugar que en la reunión anterior. Anthony a su derecha, Hywel y Oliver a su izquierda—. Procedamos a la lectura del acta.

Ferdinand se levantó y leyó los acuerdos a los que llegaron y los temas que se abordaron en la reunión anterior, la cual fue de carácter extraordinario… Todos recordaban la tensión de ese día.

Y tal parecía que esa reunión tampoco sería la excepción.

Ferdinand finalizó:

—Hoy, a petición de la señora Langthorne, aparte de realizarse la elección del presidente del directorio, se leerá el informe de la auditoría que solicitó la antes mencionada. Si no hay oposición de los miembros de la junta, procederemos a la elección.

»Tal como se ha establecido en los estatutos, los nombres de los candidatos fueron puestos por voluntad propia en la urna sellada que tienen frente a ustedes. —Señaló con un gesto una caja negra, lacrada con el monograma de la compañía. Sobre la tapa había una ranura—. Luego votaremos en secreto escribiendo el nombre del candidato de su preferencia en los papeles que tienen delante de sus

puestos. Se gana con mayoría simple. Si el ganador ya ostenta un lugar en la directiva, deberá dejarlo libre y lo tomará alguien que él designe. Señor Ford, tenga la amabilidad de abrir la caja y anunciar a los candidatos.

Benjamin rompió los sellos y la abrió. Sacó tres papeles plegados, desdobló el primero y leyó:

—Candidato número uno: Ferdinand Welsh. —Desdobló el siguiente—. Candidato número dos: Su servidor, Benjamin Ford. —Desdobló el último—. Candidato… perdón… Eeeeeeh… Candidata número tres: Gwendolyne Langthorne.

Toda la junta miró a Gwendolyne como si hubiera dicho que volaría hacia la luna en corsé. Los susurros no se hicieron esperar. ¿Qué plan retorcido estaba ejecutando la viuda de Langthorne?

Ferdinand sabía que su hija solo estaba fastidiando. Era lógico que su infantil objetivo consistía en revolver las aguas, le encantaba llamar la atención. Con una sonrisa desdeñosa la amonestó:

—Señora Langthorne, esta empresa no es un salón de té donde usted puede estar intrigando. ¿Cuál es el propósito de que se postule para presidente, si la celebración de la reunión pasada se debió a su intención de vender las acciones que posee?

Gwendolyne cruzó sus dedos y se inclinó hacia adelante, tan solo un poco, y respondió:

—Es una pregunta muy justa… Bueno, he cambiado de opinión gracias al informe del señor Fields… Pero ya llegaremos a eso, no me quiero adelantar tanto.

Sin embargo, esa respuesta era insuficiente para Ferdinand y contraatacó:

—Ya es un hecho que pronto se va a casar con el señor Witney, ¿no? Le recuerdo que la ley es clara, su identidad legal pasará fusionarse con la de su esposo. No podrá mover un dedo sin su consentimiento. Y sus posesiones, incluyendo las acciones de esta compañía, serán de él. Si usted es milagrosamente se convierte en presidente, tendremos que elegir uno nuevo en ¿cuánto?, ¿uno o dos meses?

Gwendolyne sonrió y miró a Anthony. Él señaló:

—No será necesario, en cuanto firme el acta de matrimonio,

también le otorgaré a mi esposa un poder de representación. De hecho, tengo la documentación lista, solo falta que lo firme. Ella actuará en mi nombre y tendrá poderes ilimitados. Pregúntele a cualquier abogado, es completamente legal. Tengo demasiadas responsabilidades como para hacerme cargo de esta empresa. Mi futura esposa está más que capacitada para ejercer su misión.

La junta miró incrédula a Anthony. El señor Renquist, sin pensar, replicó:

—Pero… pero eso nunca se ha visto. ¿Qué clase de hombre deja que una mujer tome el mando de su propiedad?

—Yo. —Se inclinó hacia adelante—. Soy un hombre que confía en las capacidades de una mujer. Ellas crían, sostienen hogares enteros, consuelan, enseñan… y, aun así, las llaman débiles.

—No es lo mismo, las mujeres no están capacitadas para tomar decisiones, son seres emocionales, veleidosos, débiles…

—Curioso… A la reina no le gustaría saber que califica de esa forma a las personas de su sexo. Solo los hombres empiezan las guerras y provocan miserias, y se supone que son lógicos, fríos y desapasionados. Yo más bien creo que el mundo estaría mejor si fueran ellas quienes tomasen las decisiones… En fin… La ley me ampara, mi mujer tendrá el poder en esta junta, les guste o no. —Se arrellanó en su asiento e hizo un gesto—. Creo que es momento de votar por su presidente.

Negando con la cabeza, los miembros de la junta tomaron el papel que tenían en frente, y con lápiz grafito escribieron el nombre de su candidato. Solemnes, doblaron su voto y lo depositaron en la misma urna en la que estuvieron los nombres de los postulantes.

Once papeles. El señor Ford tomó la urna y la abrió. Ferdinand llevaría el conteo de los votos.

Se desplegó el primer sufragio:

—Ferdinand Welsh…

Y ese nombre se escuchó siete veces. Ford tuvo tres votos, y Gwendolyne, uno.

Un resultado esperable para ella… Se dio el gusto de votar por sí misma, aunque fuera en una junta.

El señor Ford, un tanto decepcionado por el resultado de la

votación, solo le quedó anunciar:

—Por una indiscutible victoria, el señor Ferdinand Welsh es el nuevo presidente de Langthorne Shipping Company. Un aplauso, por favor, le deseo una próspera gestión. —Le estrechó la mano al nuevo presidente con seguridad y la soltó.

Los aplausos no se hicieron esperar. Ferdinand, con el pecho hinchado de orgullo, se inclinó para recibir los deseos de éxito. Ser el presidente le otorgaba un poder para cambiar la dirección de la empresa y hacer un infierno para Gwendolyne. Tarde o temprano iba a obtener las acciones, y ya nadie lo detendría. De soslayo, vio que su hija y su prometido solo se dedicaban a mirarse las uñas, Hywel intentaba atrapar una mosca. El molesto tic movió su ojo.

Desvió su atención. Se encontró con una fría mirada, ni siquiera parpadeaba.

Oliver Fields.

Durante toda la votación el auditor no susurró ni media palabra. Ni una mueca. Imperturbable.

Hasta ese preciso momento.

Oliver solo le guiñó el ojo. El gesto fue tan rápido, que seguro pasó desapercibido para Gwendolyne y sus lacayos.

Había ganado. El dinero siempre le brindaba aliados.

Cuando los aplausos cesaron, Ferdinand, como primera medida de su mandato, nombró al nuevo secretario: el señor Blunt. La segunda medida fue tomar el control de la reunión, relevando al señor Ford.

—Prosigamos con la última parte de esta reunión. —Se sentó con propiedad a la cabeza de la mesa—. Señor Fields, puede proceder ahora con el informe de la auditoría.

Y se hizo el silencio.

Oliver se levantó. Ceremonioso, entregó una copia del informe a cada miembro de la junta. Todos hojearon con aire distraído, no dudaban de la calidad del trabajo del señor Renquist, el tesorero. El auditor carraspeó, se llevó las manos a la espalda y dijo:

—Como pueden apreciar en el informe, la contabilidad de Langthorne Shipping Company es pulcra, ordenada, y detallada. Una máquina bien engrasada que solo da ganancias. —Ferdinand esbozó

una sonrisa que ocultó tras el informe que fingía leer—. El señor Renquist y sus predecesores han hecho una labor extraordinaria a lo largo de todos estos años, lo que facilitó mucho mi auditoría. Mi veredicto es que todos pueden respirar tranquilos, y la señora Langthorne, a pesar de que ha cambiado de opinión, es libre de vender sus acciones, con la seguridad de que esta es una empresa confiable…

—Fabuloso. Muchas gracias, señor Fields, por su inmejorable trabajo.

—Oh, pero todavía no he terminado, señor Welsh… —Solo esa frase que dejó flotando en el aire hizo que un escalofrío recorriera el espinazo de Ferdinand. Oliver le sonrió, siniestro. Once pares de ojos se centraron en el auditor—. Sin embargo, y pese a lo impecable que resultan ser los números, son en extremo inmaculados… Y eso me hizo sospechar, sobre todo, teniendo en cuenta los antecedentes criminales del difunto señor Langthorne.

Las sienes de Ferdinand latieron.

Sus ojos se desorbitaron hasta llegar a un punto doloroso.

Fields…

¡Lo había traicionado!

¡¡El maldito había actuado todo el tiempo!!

La cara de los miembros de la junta se desfiguró, y una oleada de protestas no se hizo esperar. En medio de esa airada cacofonía masculina, Gwendolyne solo observaba con interés a Oliver.

El señor Renquist no soportó la incertidumbre, y lanzó la pregunta que los miembros de la junta formulaban en sus cabezas.

—¿A qué se refiere con los antecedentes criminales de Langthorne? Le exijo más respeto a nuestro difunto fundador. Todos tenemos mucho que agradecerle.

Fue el turno de Hywel para intervenir y se levantó de su silla. No fue necesaria ninguna palabra para conminarlos a que se callaran.

—Gracias, señores, por su atención. Tenemos todos los antecedentes para aseverar que el señor Langthorne sí era un criminal. Si leen la página veinte del reporte, comprobarán el historial delictual del señor Langthorne, y por el cual yo podría

entablar una demanda civil a esta empresa por asociación ilícita. —El sonido del papel al pasar las páginas, mezclado con susurros incrédulos, se elevó como un terrible zumbido que penetró en los oídos de Ferdinand. Con disimulo, se golpeó las orejas para disipar esa terrible sensación—. No estoy aquí por ser el hijo del señor Welsh, sino porque soy el representante legal en Inglaterra de la Assam Tea Company, la cual fue víctima de la corrupción de su flota, la que fue usada para contrabando de opio… Me parece que la mayoría, por medio de la prensa, estuvo al tanto del escándalo y menoscabo financiero que sufrimos.

»Resulta que el señor… —Las fosas nasales de Hywel se dilataron antes de decir—: Jonah Northwood…, amigo íntimo del señor Langthorne, fue condenado a cadena perpetua por los delitos de tráfico de opio, contrabando, evasión de impuestos, soborno y corrupción a funcionarios públicos, asociación ilícita y conspiración criminal. Como comprenderán, un negocio de esa magnitud no se puede llevar a cabo por solo una persona, siempre hay un socio, y ese socio era su querido señor Langthorne.

Ferdinand no soportó seguir escuchando a Hywel. Era como si estuviera le dando incontables paladas a su fosa mortuoria, e interrumpió:

—¿Y qué…? —Cerró sus ojos, no podía encontrar la maldita palabra. La tenía en la punta de la lengua. Lo intentó otra vez—… ¿Y qué…? —Inspiró. Al fin la halló. Era tan simple que se reprendió por su inusual torpeza—. ¿Y qué pruebas tienes de ello? Northwood no confesó, ni se defendió en el juicio. Que hayan sido amigos no implica que sean socios en el delito... A veces, nunca conocemos el lado oscuro de las personas.

Hywel tensó una sonrisa y repuso:

—Usted sabe mucho sobre lados oscuros, ¿no? Por supuesto que tengo pruebas. —Gwendolyne le ofreció un dossier y él lo tomó y lo lanzó al centro de la mesa—. Ahí está toda la documentación detallada. Desde que detectamos las irregularidades contables en nuestra flota, hemos estado investigando en conjunto con la policía portuaria y el afamado detective privado, Horatio Montgomery. Las pesquisas han arrojado el *modus operandi* de Northwood y su

principal secuaz. El primero se encargaba de enviar sus cargamentos desde la India a través de nuestra flota. Langthorne, usaba el alias de Rhys Evans… —Cejas arqueadas y miradas furtivas se clavaron en dirección hacia la recepción—. Sí, usaba el nombre del señor que todos conocemos. No iba a usar su nombre real para contactarse con los dueños de las casas de fumadores. Necesitaba un chivo expiatorio. La inocencia del verdadero señor Evans ha sido confirmada, puesto que, en posteriores redadas, quienes hicieron tratos con el famoso Rhys reconocieron a Langthorne por medio de un retrato.

Ferdinand sentía que la sangre se le agolpaba espesa en el pecho, cada latido era más tortuoso que el anterior. El aire parecía insuficiente. Debía hacer callar a Hywel.

—¿No crees que es absurdo que alguien tan conocido como el señor Langthorne, dueño de una próspera naviera, se involucre en un negocio de esa calaña, arriesgando su… su… su reputación?

—Irónico, ¿cierto? Pero nuestro difunto amigo se disfrazaba y operaba de noche. Era cliente habitual en tabernas de dudosa reputación, burdeles y era asiduo visitante de barrios, donde ninguno de nosotros quisiéramos estar. En todo caso, en las casas de fumadores no existimos a menos que seamos proveedores o clientes. Langthorne fue reconocido por sus facciones y la inconfundible cicatriz que tenía en su mejilla izquierda… Página veintidós del informe… —El infernal susurro de las hojas volteándose se elevó en el aire—. Esta empresa se erigió con dinero sucio… No solo contrabando, sino también con cuestionables prácticas empresariales.

Gwendolyne se levantó para relevar a su hermano, que ya se sentaba, y añadió:

—Esta empresa no solo se fundó con dinero sucio, Langthorne también inyectaba capital que obtenía a través de sus actividades ilícitas… —Miró a Ferdinand a los ojos—. Y tenía un cómplice en esta misma junta directiva. Este sujeto se encargaba de visar esas entradas de dinero disfrazadas; podían ser variaciones en tasas de cambio, un sospechoso aumento en el precio de venta de algunas cargas, una mágica disminución en las mermas e incluso uno que

otro embarque fantasma… Siempre había un motivo para que ese aumento de dinero estuviera bien justificado. Página quince del informe. El nombre del cómplice está subrayado.

En pocos segundos todas las miradas estaban clavadas en Ferdinand. Una gota de sudor corrió por su sien. Sus ojos se desorbitaron cuando, de reojo, notó que Oliver se ponía de pie.

Sin apuro esculcó el bolsillo interno de su levita y, por un eterno segundo, todos lo miraron sin respirar. Como si fuera un mago sacando un conejo de su sombrero, sacó un fajo de billetes bancarios y los lanzó sobre la mesa.

—Y aquí tienen la prueba del soborno que el señor Langthorne me pagó para no evidenciar sus prácticas deshonrosas. —Le sonrió a Ferdinand y acomodó sus gafas con su dedo medio elevado—. Ya le dije, la señora Langthorne me paga demasiado bien, un soborno no me tienta.

Gwendolyne esbozó una sonrisa de suficiencia y añadió:

—Un hombre que vende a sus hijas, que menosprecia a su hijo, que abandona a su esposa en un manicomio solo por ser cariñosa con su progenie, manipulador, corrupto, cómplice de delitos deleznables y, además, se atreve a abusar de la confianza de ustedes, la junta directiva…

Un elevado coro de voces masculinas e iracundas llenó la sala. Benjamin tomó el dossier que Hywel dejó sobre la mesa y pasaba las hojas, frenético; reportes policiales con los testimonios, el retrato de Langthorne, el informe del detective privado… Con sus ojos inyectados en sangre miró a Ferdinand.

—¿Es cierto?... —Silencio. Benjamin se levantó y tomó de las solapas de la levita a Ferdinand y lo zarandeó—. ¡¿Es cierto?!

—No tenían por qué enterarse. —Evadió su mirada—. No es… no es ilegal.

—¡Pero no es correcto, por todos los infiernos! —Lo soltó con brusquedad haciendo tambalear la silla.

Hywel, desde su posición, y lanzándole una sonrisa cínica a Ferdinand, arremetió:

—No solo lo hizo porque la ley no lo castiga. También se aseguraba de que el único negocio que le queda siguiera dándole

dividendos… ¿Cierto que lo has perdido casi todo, papi? Apenas has conservado unas tierras que no sirven para nada y las acciones de esta naviera… Te aferraste a esta empresa con dientes y uñas, sin importar a quienes perjudicabas con tus acciones. No eres más que un cobarde traidor.

El señor Renquist, al escuchar esas palabras, le propinó una mirada asesina a Ferdinand. El informe de la auditoría temblaba en sus manos.

—¡¿Dónde está tu ética, tu moral?! Nos han visto la cara de idiotas todos estos años. Mi reputación está en entredicho por haber confiado en ti y en tus explicaciones… —Miró a los miembros de la directiva, se levantó y se inclinó ante ellos—. Les juro por mi vida que no conocía el carácter de estas operaciones, mi participación fue involuntaria y guiada desde el engaño. Ofrezco mi renuncia y dejo a su disposición el cargo de tesorero.

Gwendolyne alzó su mano y sentenció:

—Señor Renquist, en el mismo informe del señor Fields se establece su inocencia. Por mi parte, todavía cuenta con mi confianza.

—Muchas gracias, señora Langthorne.

—Es mi deber… Por favor, de momento, solo llámeme «señora». Pronto dejaré de usar este apellido, que lo único que me ha traído es vergüenza y desdicha, y eso el dinero no lo puede aliviar. —Centró su atención en su padre. Él se encontraba abatido, mirando la nada. La compasión no se asomó ni un ápice en su corazón—. Señores, conforme al artículo siete, inciso cuarto de nuestros estatutos, queda estipulado que: «Cualquier miembro del directorio que incurra en conducta impropia, deshonrosa e inmoral, que perjudique los intereses de esta sociedad, puede ser removido por votación, sin requerir de su consentimiento o su presencia en la asamblea». Las pruebas son contundentes. Como accionista mayoritaria, exijo que sea sometida a votación la inmediata expulsión del señor presidente y, junto con ello, la pérdida de los derechos de participación y de votación en esta ilustre junta de accionistas.

El silencio otorgó. Todos seguían leyendo el informe y

estudiando las pruebas de la investigación. De tanto en tanto, le propinaban miradas reprobatorias a Ferdinand. Él parecía haber perdido la voz… Lo cierto era que una mano invisible apretaba su garganta, por más que soltó el nudo de su pañuelo, el aire no entró.

Necesitaba respirar. El olor del tabaco que flotaba en el ambiente era insoportable y lo ahogaba. Le daba vueltas la cabeza cada vez más rápido. La voz de Gwendolyne era un maldito eco lejano.

—Alcen la mano quienes están a favor de la expulsión.

A la luz de los hechos, los mismos que votaron por él como presidente se vieron en la obligación de volver a dar su voto para expulsarlo. Se sentían como unos títeres que bailaron al son de todo lo que Ferdinand, prometía. Se suponía que en su gestión se duplicarían las ganancias.

Ya sabían a qué clase de artimañas e irregularidades recurriría para lograr esa meta que, en ese momento, ya no parecía tan viable.

El resto, indignados por las pruebas entregadas, también alzaron su mano. Ferdinand era una mancha para la reputación de la empresa. Esperaban que el escándalo no saliera de esas cuatro paredes. Si eso sucedía, iba a ser un golpe tremendo del que sería difícil recuperarse. El precio de las acciones podría bajar, los clientes perderían la confianza en ellos… El negocio se hundiría en cuestión de meses.

Gwendolyne plantó sus manos en la mesa:

—La junta ha expresado su voluntad. Señor Welsh, haga el favor de retirarse de la sala. Desde hoy en adelante, su participación en esta empresa solo se va a limitar a recibir el dinero de las ganancias… Al resto de esta honorable junta, gracias por su atención, y les advierto, no se vuelvan a dejar engañar por este… señor al que nunca más llamaré padre. Ese título siempre le quedó grande.

Ferdinand se levantó. Trastabilló mientras ansiaba desabotonarse el cuello de la camisa. Su mano temblorosa, después de fallar varias veces, apenas logró asir el pomo de la puerta y, cuando este giró, cruzó el umbral, tropezando.

Sus piernas apenas respondían.

Cayó como una torre vencida por el peso de su propia arrogancia.

Nadie quiso ayudarlo.

Tras varios intentos, Ferdinand logró ponerse de pie.

La puerta quedó abierta. A los oídos de todos llegaban los sonidos de los pasos torpes y los resuellos acelerados de Ferdinand que, conforme transcurrían los segundos, se alejaban, convirtiéndose en una melodía manchada de vergüenza.

Un espeso silencio inundó la sala. En el aire quedó la sensación de haber vivido una pesadilla, una que era demasiado real.

Y lo era… Porque esa no era una pesadilla, sino la realidad.

Gwendolyne se dirigió a la puerta y la cerró. Se tomó su tiempo para volver a sentarse, conforme y satisfecha. Para ella, cualquier humillación era poca para todo el daño que su progenitor había causado.

No estaba en su mano hacer más de lo que había hecho, pero había logrado limitar el poder económico de su padre.

Inspiró con los labios apretados, miró a los miembros de la junta y luego dijo:

—Tal parece que debemos repetir la votación para la presidencia. Aunque, para ahorrarnos tiempo, sugiero que el señor Ford, como segunda mayoría, asuma el puesto. Alcen sus manos los que quieran ratificar esta moción. —La misma situación anterior se repitió. La decisión fue unánime.

Benjamin Ford era el nuevo presidente de Langthorne Shipping Company. Y su primer mandato fue designar al puesto vacante de secretario.

Cinco segundos después, Gwendolyne era la nueva secretaria de la junta.

Ni ella misma lo esperó. Tampoco el resto de los caballeros.

De súbito, la puerta se abrió de golpe… Era Rhys Evans, y en su rostro ceniciento se reflejaba el pánico.

—¡Pronto, un médico! ¡El señor Welsh se ha desvanecido!

Nadie se movió. Ni una pizca de compasión se asomó.

El juicio había terminado.

Un veredicto inapelable.

Y el castigo recién empezaba.

Allegro

Un jadeo femenino y colectivo la recibió. El rostro de Gwendolyne se tiñó de un adorable carmín.

Olivia se llevó la mano al pecho. Emocionada a más no poder.

—Oh, serás la novia más hermosa de Londres. Tony se enamorará más todavía de ti, querida.

—Puede suceder lo mismo por mi parte cuando lo vea vestido de gala.

Florence negó con la cabeza y argumentó:

—No, imposible. Los hombres son muy aburridos, no hay diferencia entre un baile o una boda. Y ya lo has visto de gala.

Gwendolyne recordó el baile de compromiso. Anthony era el hombre más apuesto del mundo. Para su desdicha, apenas pudieron perderse cinco minutos para besarse escondidos en un rincón de la terraza.

Maldito decoro.

Violet soltó una risita burlona.

—Uy, creo que recordó algo especial, pareces una amapola, Gwen.

Todas las damas rieron.

Ella se abanicó con las manos para disipar el calor de sus mejillas.

Bernie, la artífice de aquel vestido de ensueño, le ajustaba los últimos detalles para verificar que el calce fuera perfecto. Se quitó un alfiler que sostenía con la boca y señaló:

—Supongo que tus cuñadas te han informado de la tradición de las damas de la familia… Gírate un poco más allá.

—¿La de lanzar el ramo?

—No… ¡Ay, me pinché! —Se chupó el dedo para aliviar su dolor y frenar esa gota de sangre que podía manchar la seda.

Marian, la hermana mayor del clan Witney, tenía sobre su barriga un platillo con pastitas y dijo:

—Se me olvidó decirle, pero es que apenas nos hemos visto. —Fustigó a sus hermanas con la mirada—. Y parece que a estas damitas olvidadizas también. —Se comió una galleta y añadió

cuando tragó—. Durante la recepción nos reunimos todas las mujeres de nuestra generación…

Olivia alzó su barbilla, ofendida.

—A las madres nos excluyen… Si no fuera por nosotras, ustedes no estarían aquí.

—Ay, mamá. Al final se enteran de todos modos. Es una tradición de nuestra generación… Hay cosas que una madre no debería saber. —Olivia le arqueó una ceja. Marian sonrió, traviesa, y se comió otra galleta. Con la boca llena dijo—: Como cuántas veces nos besamos detrás de una cortina, o cuando nos perdemos por quince minutos, con la excusa de que vamos a comer pastel a la cocina.

—Son unas diablillas.

—Nos criaron las reinas del averno, ¿qué más quieren?

Florence rio y retomó el hilo de la conversación:

—Nuestra tradición nupcial dicta que la novia se reúne con todas las damas, por lo general somos la familia y amigas cercanas, y nos tiene que contar su historia de amor… con detalles. Mientras más, mejor.

Gwendolyne la miró con una mezcla de nerviosismo y timidez.

—¿En serio? No recuerdo que en la boda de Emily y Edward haya sucedido.

—¿No te diste cuenta cuando todas desaparecimos? No te invitamos porque… Bueno, estabas de luto… y…

—No te preocupes. No lo noté, yo solo estaba escuchando la música de la orquesta. En todo caso, fui testigo de parte de esa historia.

—Es cierto… Bien, en esta boda, Violet podrá unirse a escuchar tu historia de amor.

—¡Al fin! —exclamó la aludida—. Dejé de ser una niña… Ah, ya quiero saber qué cosas melosas te dice Tony… ¿Tienes algún sobrenombre cariñoso? No, no me digas nada, esperaré la boda.

Bernie rio. Probó la caída del vestido y agregó:

—Ya verás que es muy divertido. Los Herederos del Diablo suelen parecerse en muchos sentidos… Bien, mírate al espejo, querida.

Gwendolyne se atrevió a girarse. Miró el inmenso espejo que tenía a sus espaldas. El reflejo le devolvía la imagen de una mujer que no conocía. Envuelta en un vaporoso vestido de seda blanca, parecía la princesa de un cuento de hadas.

Una osada princesa.

La tela se ceñía a sus curvas y elevaba sus pechos. Una delicada gasa velaba sus hombros para conservar una mínima cuota de recato. La falda amplia, salpicada con cristales, llena de capas era una verdadera obra de arte. Nada se le igualaba.

Así vestida, se casaría con el amor de su vida en unas cuantas semanas.

Ese era un sueño infantil que, hasta hacía unos meses, nunca imaginó que se iba a cumplir. Ferdinand la obligó a no albergar una ilusión vacía.

Dejó de pensar en él. A veces era inevitable, la marcó de tantas formas posibles que sus pensamientos la traicionaban. Sobre todo cuando era feliz, porque comparaba su presente con su pasado. Su existencia era como haber vivido dos vidas con dos destinos opuestos.

Gwendolyne estaba segura de que sus hermanos y su madre sentían algo parecido. Ferdinand era el factor gravitante en la historia familiar, pero ahora sabían que nunca más podría ejercer ese poder. Él era una especie de fantasma que jamás se iría, mas no tenía injerencia sobre su vida, sus decisiones o sus sentimientos.

Aunque estuviera vivo, prefería ignorar su existencia, como el fantasma que era, incorpóreo e intrascendente.

Se sacudió la imagen de él y sonrió.

Acarició la seda de su vestido de novia, era la última prueba antes de la boda. Se encontraba rodeada de fabulosas mujeres que la halagaban, la apreciaban y la habían acogido en su seno junto a Eira y Cerys.

Miró a su madre, otro sueño que se estaba cumpliendo. Estar con ella en sus días más felices, verla con los ojos anegados en lágrimas, con ese orgullo que solo una madre puede experimentar, era un regalo de incalculable valor. La distancia del tiempo perdido no mermó el amor que sentía por ella ni un poco.

Cerys se secó las lágrimas con un pañuelo. Sus cabellos blancos contrastaban con las facciones que aún conservaban un rastro de juventud. Una buena alimentación, la vida tranquila en Fullham y la mejoría de su mandíbula, ayudaron a que ganara peso y, con ello, se atenuaron las líneas de expresión que marcaban su rostro. Ese cambio mostró en la madre de Gwendolyne una belleza sabia, etérea y atemporal.

Ese día, en la mañana, Matthew le dio el alta y quitó el arnés mandibular. Las indicaciones para seguir con la recuperación era comer alimentos blandos, no abrir demasiado la boca y hacer algunos ejercicios para fortalecer la musculatura.

Ese fue un buen momento que Cerys eligió para darle una probada a su nueva libertad. Inspiró…

La voz pausada, vacilante, dulce y contenida de ella fue el regalo que recibió Gwendolyne ese día.

—Te ves… preciosa… hijita. —Era tan extraño volver hablar, era su voz y a la vez no lo era.

Gwendolyne abrió sus ojos y de inmediato la visión de su madre se tornó borrosa por las lágrimas. Era la primera vez que escuchaba su voz en más de doce años.

Se arrimó al regazo de Cerys, abrazándola por la cintura y lloró.

—Mamita… mamita linda… Qué felicidad escuchar por fin tu voz.

Cerys le acariciaba la cabeza con ternura y le besó la sien. Como si su lengua estuviera acostumbrándose a volver a moverse al compás de su boca, sus palabras fluyeron con lentitud.

—Y yo no hallaba la hora de decirte lo mucho que te amo, —Miró a Eira, le extendió su mano. Su hija la tomó y le acarició los dedos—. Lo mucho que las amo.

Eira se acercó a Cerys y se arrodilló junto a su hermana para abrazarla. Por mucho tiempo pensó que su lazo fraternal se había roto de una forma irreversible, pero Gwendolyne jamás le guardó rencor ni le recriminó su frialdad en el pasado. Y es que su hermana tenía un corazón inmenso y una voluntad inquebrantable… Fue la elegida por Dios para terminar con la desdicha de su familia. Bastó con que su vida cambiara para que los hilos del destino de todos se

desenredaran, y tuvieran la oportunidad de tejer otra historia.

La de ella avanzaba lento, tenía fe de que pronto podría ser libre. No le importaba haber perdido su virtud por estar en un matrimonio nulo. Tampoco quería detenerse demasiado en pensar en todos los años desperdiciados al lado de un monstruo… Ella, tarde o temprano, tendría una nueva oportunidad de vivir bajo sus propias reglas, y ningún hombre volvería a decirle qué hacer.

Cerys las besaba y acariciaba con devoción y ternura.

El resto de las damas las observaban con la emoción brotando en sus ojos. Olivia era la que más lloraba. Cada vez que veía a mujeres que tenían una nueva oportunidad, y constatar que ella había aportado con un granito de arena por medio de la Fundación Hope, fortalecía su convicción de que hacía lo correcto. No importaban cuántos rumores, cuántas habladurías, cuántas cartas al director enviaran sus detractores. Ver a mujeres construyendo su propio destino era lo que la impulsaba a continuar…

Si salvaba a una sola, se daba por pagada… En veinticinco años ya había perdido la cuenta. Y era inmensamente feliz por ello.

*****

Las alumnas de la academia aplaudieron con fervor cuando terminó el festival de música, organizado por el director Witney y la maestra Langthorne.

Jamás habían presenciado un espectáculo tan sublime y sin tener que pagar un penique. Les sorprendió ver al director tocando junto a la agrupación a la cual pertenecía, el Quinteto Divino, ejecutando piezas que jamás habían tenido la posibilidad de escuchar.

No obstante, lo más impresionante del festival fue la presentación del barítono y director del Olympic Theatre, George Alexander Lee, quien interpretó *Largo al factotum* de la obra *El Barbero de Sevilla*.

El programa del festival no solo contaba con el listado de los artistas y las piezas ejecutadas, también tenía escrita la letra de esa famosa aria y su traducción para que ellas pudieran comprender

mejor.

Suspiraron con ilusión y sonrieron pícaras cuando anunciaron la última parte del festival. El señor Witney tocaría, junto a la señora Langthorne, el dueto que ensayaron en la academia. Todas ellas sabían que, en ese salón, esa pareja se formó, era evidente cómo ellos trataban de fingir que no pasaba nada, cuando en realidad sus gestos los delataban. Para nadie fue una sorpresa cuando el director y la maestra se atrevieron a anunciar que estaban comprometidos.

Las alumnas de la academia disfrutaban de la ilusión del «final feliz». La magia de la silla de la oficina del director lo hizo una vez más al unir a una nueva pareja. Era un hecho indiscutible.

Y cuando la última nota del dueto compuesto por Louis Spohr murió, la esperada ovación final los envolvió. Anthony y Gwendolyne hicieron sus reverencias, mas en el momento en que él se inclinaba, notó que una pareja entraba al auditórium. Sonrió con genuina alegría e hizo un gesto de saludo a los recién llegados, lo que desvió la atención de todo el mundo.

—¡Will, Laura, bienvenidos! —Ahí murió la solemnidad del director interino de la Academia Hope. Tomó de la mano a Gwendolyne y bajaron del escenario.

El barullo alegre de las alumnas saludando a la directora —la nueva señora Witney, dado que se había casado con el hermano mayor de Anthony, William— colmó el auditórium. Una agridulce sensación las invadió. La llegada de ella solo significaba que el tiempo del señor Witney había concluido. Le habían tomado mucho cariño —y más de alguna sintió un afecto platónico, que no pasó más allá, porque él ya tenía dueña—.

Ninguna de ellas olvidaría las anécdotas y experiencias de su gestión como director interino.

Anthony soltó a Gwendolyne solo para abrazar a su hermano mayor. Se dieron esas alegres y sonoras palmadas masculinas que hacían resonar sus espaldas.

—Te extrañé, Will. —Se separaron sin soltarse—. ¿Cuándo llegaron?

—Anoche…

—Ya pasaste a Peony House, supongo.

—¿Quieres que mamá me desherede? Por supuesto, también visitamos Rock Hall… Hubiésemos vuelto a casa, pero Laura quería ver cómo estaban las cosas por aquí.

Fue el momento de Laura para saludar a Anthony, y le dio un beso en la mejilla.

—Tony, has hecho de la academia un teatro. ¡Me encanta!

—No me digas que no lo imaginaste.

—Pues no, a veces eres muy serio. —Anthony se encogió de hombros. Laura sonrió y miró de soslayo a Gwendolyne—. Anda, bribón, haz la presentación formal.

Anthony, con el corazón bullendo de orgullo y felicidad, tomó de la mano a Gwendolyne y dijo:

—Will, Laura… les presento a mi prometida, la encantadora señora Gwendolyne. —Omitió su apellido a propósito. Lo hacía cada vez que podía para que ella no arrugara su nariz con disgusto cuando lo oía. Ni siquiera le agradaba el de soltera.

Gwendolyne hizo la reverencia de rigor, como si el tenaz cuchicheo de las alumnas no existiera.

Laura le tomó las manos.

—Qué felicidad más grande, querida. Se ha llevado lo mejor de los Witney, después de mi esposo, claramente.

Gwendolyne rio ante esas palabras y repuso:

—Creo que voy a discrepar. En mi experiencia, Anthony es lo mejor de lo mejor de los Witney.

Laura arqueó las cejas y miró a su primo:

—Veo que la tienes embaucada. —Volvió su atención a Gwendolyne y le guiñó el ojo—. Mejor dejémoslo en empate. Es lo más sano para ambas… Felicidades, les deseo un futuro maravilloso.

El abrazo que Laura le dio fue cálido, afectuoso, como todos los que recibía por parte de los allegados de Anthony. Le hacían sentir querida y apreciada… Sabía que su afecto era sincero, porque ya había sido testigo del desdén y desagrado que ellos podían demostrar con una persona *non grata*. Eso sucedió en el baile para recaudar fondos para la Fundación Hope, en la cual anunciaron y celebraron también su compromiso…

Ella bebía limonada junto a Anthony después de haber bailado un vals. De pronto, notaron que Ingrid llegaba al baile, acompañada por un hombre mayor que no era su esposo.

Los rumores no se hicieron esperar. Por donde ella pasaba, la gente comenzaba a hablar a sus espaldas escudándose detrás de abanicos o copas de vino.

A los oídos de ambos llegaban los susurros que cotilleaban que lord Crawley estaba siendo acorralado por acreedores de toda clase… y cuando decían de «toda clase», eso incluía a cobradores que iban desde sastres hasta matones de garitos y apuestas ilegales.

Nadie sabía de él desde hacía semanas. La última noticia que se comentaba era que lady Crawley, harta de que los acreedores golpearan su puerta noche y día, se fue a la casa de una tía viuda.

Y ahí estaba ella, con su barbilla alzada como si los rumores no la alcanzaran, pero cometió la torpeza de cruzar su mirada con la de Anthony. Él mantuvo el contacto, firme, seguro, esperando a que ella hiciera algún gesto desagradable o burlón. Sintió que Gwendolyne se aferraba a su brazo. Sabía que ella también miraba a Ingrid, aunque supuso que el gesto de su prometida era asesino.

Ingrid fue la primera en romper el contacto. Le sonrió a su acompañante, le susurró algo que provocó una sonrisa pícara en el hombre, y luego se separó de él.

Gwendolyne no le quitaba la mirada de encima a Ingrid, hasta que notó que se detuvo frente a Matt y le sonrió, coqueta. A lo lejos, se podía ver que él respondía del mismo modo…

Sin pensarlo dos veces, Gwendolyne le dijo a su prometido:

—Tony, debes advertirle a Matt que esa mujer…

Él le tomó la mano y se la besó:

—Matt sabe qué clase de mujer es.

Así ella lo comprobó. Tras unos segundos de coqueteo, el rostro de Ingrid se desfiguró ante la mirada desdeñosa de Matt, quien apenas le dedicó un gesto de cabeza y le dio la espalda.

En cuanto lo hizo, él notó que ella y Anthony miraban. Sin demora, se acercó a ellos, abriéndose paso entre los invitados.

Al llegar a la pareja, Matt se peinó con los dedos, hastiado.

—Lady Crawley no pierde el tiempo… ¡Uf!

Anthony soltó un resoplido. A veces, la consecuencia de los actos llegaba con demasiada fuerza.

Gwendolyne, a pesar de intuir que el intercambio no fue bueno para Ingrid, se apresuró a interrogar:

—¿Qué te dijo esa serpiente venenosa?

Matt arqueó sus cejas

—Calma, calma, querida… tanto odio no es bueno.

—Me da lástima, pero la detesto de todas formas. ¿Qué te dijo?, ¿qué le dijiste?

—Me invitó a salir a dar un paseo… Le pregunté por el vejestorio que la acompañaba… Me dijo que solo era un amigo… Yo le pregunté si su amigo no era bueno para dar paseos… Ustedes me entienden… Ella me confesó que sus paseos eran aburridos, que necesitaba algo fresco… y joven. —Matt sonrió con malicia—. Yo le dije que era una lástima no poder ayudarla… Y le advertí que dejara de insinuarse a los hombres en el baile de nuestras madres o la echaría a patadas. —Puso sus ojos en blanco—. Le diré a las Grandes Damas que no la vuelvan a invitar. Que resuelva sus asuntos en otros eventos, no en los nuestros… Le advertiré a Caleb… y a los más jóvenes. Nunca se sabe si son unos ingenuos. Ustedes sigan con su limonada.

Gwendolyne sabía que ese era el principio de la caída en desgracia de Ingrid. Dejaría de ser invitada en la mitad de los eventos importantes de Londres. Con el tiempo, todas las familias respetables le darían la espalda.

Eso le dejaría solo una alternativa a Ingrid, ir a reuniones de cuestionable reputación. Y eso era lo mismo que estar a un paso de la prostitución y el vicio.

La detestaba, mas no le deseaba mal. Sin embargo, estaba segura de que lady Crawley terminaría cavando su propia tumba.

Los recuerdos abandonaron la mente de Gwendolyne y volvió al momento. William, su futuro cuñado, le tomó la mano y se la besó.

—Felicidades, querida. Bienvenida a la familia.

—Gracias, señor Witney.

—A estas alturas no valen las formalidades, ¿no cree?

—Tienes razón, William.

Él asintió, conforme. Las cuñadas eran una hermana más.

Laura puso sus manos en jarras y dijo:

—Por más que nos apuramos no alcanzamos a escucharlos… —Aplaudió tres veces para llamar la atención de las alumnas, y todas ellas, al oír ese sonido tan peculiar y significativo, guardaron silencio—. Señoritas, ¿les gustó el festival?

—¡¡¡Síííííí, señora Witney!!! —Las voces hicieron un obediente eco en la estancia.

—¿Y ya han exigido el bis?

—¿Qué es el bis? —preguntó Magnolia en el fondo del salón.

—Si les ha gustado el espectáculo, pueden pedirle a los músicos que vuelvan a tocar una vez más… —Laura empezó a aplaudir lento y pausado, con una sonrisa malévola ordenó—: Ve a tocar algo bueno, Tony… ¡Otra, otra, otra!

El auditórium fue como una bulliciosa caja de resonancia. Las alumnas no cesaron en pedir otra pieza hasta que Anthony y Gwendolyne volvieron al escenario.

Y él hizo lo que mejor sabía hacer, improvisó con su preciado Stradivarius. Nada podía fallar, estaba junto a su musa, quien lo siguió con su arpa con arpegios y armonías.

Y disfrutó de ese nuevo movimiento, con su mente abierta, lista y dispuesta para recordar.

Tempo, allegro.

Compás de tres cuartos.

Un vals.

Todas se mecían al ritmo de la música, fascinadas. Laura y William bailaron como si estuvieran en medio de un elegante salón.

Esa misma noche en Peony House, Anthony transcribió junto con Gwendolyne ese vals improvisado.

Se tituló «El vals de Euterpe y Leviatán».

Y cuando la tinta de la última nota se secaba sobre el papel, Gwendolyne no solo escuchó música, escuchó su nueva vida comenzando.

Grave

Esa mañana de junio, Hywel entró a la habitación de Ferdinand. Una vez a la semana lo visitaba, no porque sintiera un profundo afecto filial o por lástima, sino por su odioso sentido del deber.

Después del desvanecimiento que Ferdinand sufrió tras su expulsión del directorio de accionistas de la naviera, no volvió a levantarse. Apoplejía fue el lapidario diagnóstico del médico.

«Ha sido un golpe apopléjico severo… Es imposible que vuelva a hablar o a mover su cuerpo, y dudo que su mente tenga cierta lucidez»…

No obstante, Hywel podía sentir la mirada de su progenitor siguiendo cada uno de sus movimientos. Abrió las cortinas y las ventanas para refrescar el aire viciado, que parecía ser una desagradable mezcla de orina, ungüentos, heces, sudor y vejez.

Mientras respiraba aire fresco, Hywel señaló:

—Llamaré a la enfermera para que te limpie… Apestas.

Salió de la habitación.

Ferdinand odiaba las visitas de su hijo. En su mente podía encadenar todas las palabras para dar la orden de expulsarlo, pero su boca solo balbuceaba. No era capaz de juntar dos sílabas de forma coherente, se sentía como una bestia, a la que le habían arrancado la mitad del cerebro. Así, Hywel aprovechó su involuntario silencio, y tomó el poder sobre lo que le quedaba, despidió a su fiel mayordomo y a todo sirviente que no fuera esencial para atenderlo.

Aunque atender era un eufemismo. Pronto se dio cuenta de que sus cuidadores eran estrictos; si rechazaba la comida que le daban, eran capaces de hacer que el hambre se lo devorara hasta el día siguiente… Estaba a merced de una enfermera malhumorada que lo cambiaba tres veces al día, lo alimentaba con horribles sopas y se quejaba de él sin piedad.

Cuando la enfermera llegó junto con un ayudante, comenzó el inacabable ritual de la humillación.

Le quitaban el camisón, los pañales y lo aseaban con movimientos bruscos y firmes. Ferdinand era consciente de su propia fetidez mientras lo movían de un lado para otro, gruñía como un

animal para protestar, pero ellos hacían caso omiso.

—Ah, ya está balbuceando como idiota otra vez, señor Welsh. Siempre he dicho que usted está pagando por todas las veces que insultó a su hijo, y por despreciar tanto a sus hijas y a su esposa… Johnny, ayúdame a sentarlo para cambiar las sábanas, el pañal se pasó… Dios, menos mal que el señor Hywel me paga un dineral para soportar esta tortura.

Para que sus deposiciones no permearan el colchón, pusieron un lienzo de cuero debajo de las sábanas, lo cual no subsanaba del todo la putridez. Por mucho que la limpiaran con vinagre, Ferdinand sentía que su cama se había convertido en una letrina.

El proceso de cambiarlo en las mañanas podía tardar media hora o más, y para Ferdinand ese momento era la eternidad en el infierno.

Cuando terminaron, se retiraron resoplando de puro alivio. Hywel entró a la habitación portando la correspondencia. Tomó una silla y se sentó al lado de la cama.

—Bien, tu abogado ya comprobó tu incapacidad ante el tribunal. Con esto finalizado, se han legalizado los poderes de representación para que yo tome posesión total de los bienes que te quedan. Ahora sí que tengo la potestad de hacer y deshacer con tu… «legado», si es que a esas miserables acciones las puedes llamar así… En fin, se las venderé a Gwendolyne. También me desharé de las dos propiedades que tienes en el campo y esta casa, tengo que terminar de pagar las deudas que adquiriste con los bancos… No sé cómo no quedaste antes en la bancarrota. —La respiración de Ferdinand eran bufidos furiosos. Hywel los ignoró—. Ah, se me había olvidado que, hace unas cuantas semanas, llegó una carta de Craig, mi cuñadito adorado… Él no tiene idea de cómo estás. Este es nuestro pequeño secreto familiar. Es una vergüenza tener a alguien como tú en estas condiciones. —Rompió el sello, desplegó la carta y leyó—: Estimado Ferdinand… espero que estés, bla, bla, bla… Lamento informarte que Eira ha fallecido en el manicomio. —Miró a su padre y esperó una reacción. Los ojos hundidos de Ferdinand solo se abrieron y aulló como un animal. Hywel agradeció a Dios haber podido rescatar a su hermana. Tarde o temprano, el contenido de

esa carta habría sido una cruel realidad. Siguió con la lectura—: ¿En qué iba? Ah, sí… Una epidemia de fiebres arrasó con la mitad de los pacientes, entre ellos, mi esposa. La han enterrado en una fosa común… —Dejó de leer, volvió a escrutar a su padre y ladeó la cabeza—. Me pregunto si te dijeron lo mismo acerca de mi madre… —Los ojos de Ferdinand se abrieron más—. ¿Qué cómo lo sé? Bueno… ¿Sabías que Craig es bígamo? Su primera esposa estaba encerrada en el ático de su propia casa y Eira lo descubrió… ¿Te dijo que mi hermana escuchaba voces de una mujer llorando y gritando obscenidades? ¿Se hizo pasar por el pobre esposo que no sabía qué hacer? ¿Por eso te pidió consejo y le sugeriste enviarla a un manicomio? —Rio—. Bueno, no la internó en uno privado en Edimburgo como te prometió, sino al asilo real de Glasgow… ¿Te suena, papito? Adivina a quién encontré ahí. —Sonrió, regodeándose de ese momento, porque los alaridos de Ferdinand eran dramáticos.

Hywel, con movimientos lentos y premeditados, se levantó y abrió la puerta…

Una mujer de cabellos blancos y vestida de gris entró. Ferdinand sintió que su corazón se salía de su pecho con cada latido… Era… era…

Cerys.

¡No! ¡No podía ser! ¡Ella estaba muerta! ¡Muerta!

Cerys se aproximó a él. Los ojos azules de Ferdinand destellaban incredulidad y esa ira que ella tan bien conocía. Pero él ahora era tan solo un guiñapo humano.

Los segundos se estiraron hasta un punto en que se rompieron en millares de recuerdos, todos oscurecidos por años de confinamiento.

No era la misma mujer del pasado. Pero tampoco quería seguir siendo la sombra de lo que fue…

—Eira no está muerta… Ha estado conmigo desde que su esposo la envió a Glasgow… Más bien exesposo… o… No sé cómo catalogar a ese monstruo. Logramos hallar evidencias para probar su delito de bigamia y lo hemos denunciado. Pronto tendremos la anulación de su matrimonio y Craig pasará una temporada en la cárcel… Mi niña será libre. Ese infeliz casi mató el espíritu de mi

hija… Si no fuera por Hywel y Gwendolyne... —Lo miró fijo. Tan solo imaginar los sufrimientos que cada uno de ellos pasó, le hacía hervir la sangre y gritar de impotencia. Sus fosas nasales se dilataron al compás de su respiración furibunda. Alzó su mano y lo abofeteó. No le importó que la piel le escociera por el impacto. Se inclinó y susurró al oído de quien fue su esposo—: Deberías morir por todo el daño que le hiciste a mis hijos, por alejarme de ellos… Pero incluso el ángel de la muerte te desprecia… Y pensar que durante muchos años yo te amé… —Por un segundo el corazón de Ferdinand se detuvo. ¿Había escuchado bien? ¿Cerys lo amó?—. Aprendí a amarte tal como eras y sentí que me correspondías, pero fue una tonta ilusión para que mi vida no fuera tan miserable… ¿Qué daño te hice para merecer todo ese castigo? —Se irguió y limpió sus lágrimas con rabia—. Con los años me di cuenta de que solo me despreciabas por el simple hecho de ser una mujer, al igual que a mis niñas… Solo somos objetos, un medio conveniente para dejar descendencia, obtener poder, alianzas comerciales… ¿Y a Hywel? Quizás tu maltrato solo fue la envidia que sentías por su gran intelecto, de su forma única de ver el mundo… Mi niño ahora es un hombre que esconde sus sentimientos tras un muro, esos que antes demostraba con tanta facilidad… Él no quería que viniera a verte, dijo que era inútil, que quizás no eras capaz de entender… Pero he comprobado que no he perdido mi tiempo. Tu mirada me dice que comprendes todo.

»¿Recuerdas cuando te maldije y sentencié que mis hijos iban a ser tu ruina? Me hubiera gustado decir que fue cierto, pero a la luz de los hechos, me parece que tú mismo la provocaste. Lo tuviste todo y hoy ni siquiera te queda la dignidad… Y yo… yo he sobrevivido, quizás no de la mejor manera, pero ahora tengo la fuerza suficiente para levantar a mis hijos, acompañarlos mientras sanan sus heridas… Verlos alcanzar su felicidad. Tu plan falló desde el momento en que me elegiste como esposa. No pudiste matar mi amor por mis hijos y tampoco me pudiste borrar de sus recuerdos…

»No volveré a visitarte, ni siquiera el día de tu muerte. Solo necesitaba desahogarme, sacar todos estos sentimientos que se pudrieron en mi corazón y escupírtelos en la cara. Ferdinand Welsh,

te mereces cada humillante segundo de tu miserable existencia, por lo que has hecho y por lo que dejaste de hacer.

Dio media vuelta y abrió la puerta. Lo miró por última vez… Lo único que podía agradecerle a ese hombre fue haberle dado a sus maravillosos hijos, de lo contrario, habría muerto mucho antes de que la enviaran a Glasgow.

—Yo te quise… y tu traición dolió más. Pero no más que ver el dolor en los ojos de mis hijos. Por ellos estoy aquí. No por ti.

Cuando el sonido de la puerta reverberó en la estancia. Dos ríos desembocaron en las sienes de Ferdinand. En su mente gritaba el nombre de Cerys… La mujer que amó y destruyó… Pero su voz solo emitía un gemido lastimero...

Uno que nadie iba a atender, que no iban a lamentar.

Le rogó a Dios que se lo llevara… Suplicó piedad. Una muerte rápida.

Esa muerte no llegaría pronto. Y esa, entre todas las condenas posibles, era la peor.

Le quedaba un camino lento, doloroso e inexorable.

Duetto

Todas las damas solteras y casadas escuchaban la historia de Gwendolyne con los ojos llorosos. En la biblioteca de Rock Hall, residencia del duque de Hastings, el relato estaba llegando a su fin al igual que esa tarde de inicios de julio. Algunas partes ella las omitió por honrar el secreto que guardaba sobre la iniciación sexual de su esposo, y otras eran demasiado íntimas como para soltarlas sin más…

Reviviendo las emociones de ese día en Grosvenor Square, Gwendolyne narraba cuando halló el arpa de su madre y le abría su corazón a Anthony, sentados bajo un árbol en la plaza, exponiendo toda su vulnerabilidad…

—Y Tony en ese momento me dijo: «Si quisieras, te daría mi vida entera y, aun así, no te pediría nada a cambio… Aunque no me correspondieras en mis afectos. Lo único que me importa es tu felicidad y tu bienestar»… Ay, en ese momento, fue tan… No podía creerlo. Yo sabía que lo amaba, pero cuando me dijo eso y sentí que era recíproco… Ha sido el momento más feliz de mi vida.

Algunas se secaban las lágrimas. Otras suspiraron, emocionadas, con sonrisas ensoñadoras.

Violet estaba con sus cejas arqueadas, asombradísima, e intervino:

—Vaya, nunca creí que Tony fuera tan… romántico. Siempre se ve tan serio, amable y correcto, cuesta imaginarlo más emocional.

Gwendolyne sonrió enamorada y repuso:

—Y cuando tiene unas copas de más, es un adulador. El amor lo sobrepasa y tiene la necesidad de decir «Te amo» en cada oración… Una noche llegó ebrio a mi casa, junto con Matt y Caleb, y me cantaron una serenata tan desafinada y hermosa.

Florence rio al recordar que su hermano llegó a Peony House, al otro día, con un aspecto de estar entre la vida y la muerte.

—Es un digno Heredero del Diablo enamorado. —Recordó otros relatos de amigas, su hermana mayor, sus primas políticas—. Cada uno tiene su historia y sus diferencias, pero debo admitir que cuando hallan la horma de su zapato, se transforman… Se vuelven mejores

hombres de lo que ya son.

Gwendolyne asintió. A lo largo de las semanas previas a su boda, le contaron casi todas las historias de los matrimonios de esas familias que la habían acogido, tanto a ella como a su hermana y a su madre, como una más.

—Sí, mi Leviatán es hermoso.

Eleonor, la prima de ambas, intervino:

—Y ya solteros esos demonios son excelentes hombres. No se les puede comparar con la horda de estúpidos sin honor que están fuera de nuestro círculo…

Sophie, Rachel, y Charity se miraron de reojo con preocupación. Hermana, amiga y prima de Eleanor, al igual que ella, impartían clases en la academia Hope. Ya había pasado más de un año, pero era evidente que el corazón de Eleanor todavía no se recuperaba de la humillación de haber sido cortejada por media temporada, y luego ser abandonada sin más. El innombrable llevaba un año desaparecido. No manejaban todos los detalles de esa relación, pero el final abrupto se convirtió en la comidilla entre las debutantes y la aristocracia en general.

La maldición de las Damas del Diablo era imposible de romper. Ninguna de ellas se casaba antes de los veintiuno… Y si ocurría el milagro de contraer nupcias, ya eran unas solteronas que estaban más cerca de ser abuelas que madres.

Eso decían desde la más profunda envidia.

Una Dama del Diablo, tarde o temprano, caía… Pero nadie decía que era un camino fácil.

Eira también estaba ahí. La historia de su hermana ya la conocía, pero las damas la invitaron a ese ritual femenino. Según ellas, tenía derecho a estar ahí por ser soltera y por ser hermana de Gwendolyne.

En cierto modo, tenían razón. Gracias a la investigación de Horatio Montgomery, pudieron reunir pruebas y denunciar al esposo de Eira, no solo por bigamia —que ya era grave—, sino también por secuestro de su primera esposa y falsa pretensión de muerte. En esos momentos, Craig viajaba en barco a Botany Bay, en Australia. Ahí se quedaría para siempre.

Lamentablemente, para la primera esposa de Craig era tarde. Su cordura se había esfumado mucho tiempo atrás, y su familia la envió a un manicomio privado en Edimburgo. Eira esperaba que el trato fuera mejor que en el de Glasgow.

Una parte de ella se sentía tranquila, pero no libre de verdad. No negaba que en Fullham había encontrado paz, mas era extraño vivir sin el yugo de un hombre sobre su vida. Necesitaba descubrirse a sí misma, se sentía perdida, sin… propósito.

La música apenas la llenaba. Gwendolyne le decía que aprendiera a tocar otro instrumento, que quizás el arpa ya no era suficiente… O que intentara ver la posibilidad de hallar otra cosa distinta, alcanzar algún sueño o fantasía que parecía imposible en su infancia o juventud, cuando Ferdinand sofocaba toda esperanza.

Por el momento, solo disfrutaba la tranquilidad que le daba la luz del sol. La noche se había convertido en su enemiga, sombras y pesadillas la dejaban jadeante e insomne.

En ese instante golpearon la puerta. La cabeza rubia de Anthony se asomó.

—¿Ya terminaron? Me quiero ir de luna de miel.

Una hilarante cacofonía femenina se burló de él y le lanzaban epítetos como bribón, impaciente, aguafiestas, aburrido, etcétera, etcétera, etcétera…

Gwendolyne le sonrió y se levantó. El resto de la historia era fácil de adivinar, la respuesta a la declaración de Anthony era evidente: ella lo amaba con el alma. Los demás detalles los podían dar varias de las presentes que fueron testigos de las diversas demostraciones públicas del afecto de su esposo.

—Iré a cambiarme, *cariad*. El viaje a Rothbury es largo.

Se acercó a su esposo, le besó la mejilla. Para él cada roce era una maravillosa tortura que recorría toda su piel.

—Mientras tanto, iré a imponer mi ritual masculino.

Grace estaba cerca de la pareja, con la curiosidad instalada en su rostro, preguntó:

—¿De qué demonios hablas, Tony? ¿Ritual masculino?

—En la boda de Emily lo prometí, ¿no lo recuerdas?

—No estaba en el grupo de las solteras, ridículo.

—Ah, tienes razón. Bueno, los hombres ya no iremos por el ramo, ni le quitaremos la oportunidad a una dama. Ahora tendremos un ritual propio para que nadie pelee.

Sophie, una de las más indignadas cuando Anthony interceptó el ramo en la boda pasada, se levantó.

—Eso tengo que verlo.

—Síganme, damitas. Será digno de ver.

Gwendolyne rio y, acompañada por Eira, se dirigió a la habitación de huéspedes donde se encontraban sus pertenencias.

Anthony tomó dirección contraria, seguido de todas las damas que ansiaban ser testigos del inicio de una tradición.

Cuando llegaron al salón de baile, él se subió a una silla y lanzó un silbido poco aristocrático.

Lo tenía todo preparado, la orquesta cesó su música de golpe y los invitados miraron al flamante recién casado.

—¡Quiero que todos los caballeros solteros se reúnan frente a mí! —Desató el pañuelo de seda y se lo quitó. El cuello de su camisa quedó flojo y abierto—. En la boda pasada, fui el último caballero que se atrevió a intervenir en el ritual femenino del lanzamiento del ramo de la novia… Prometí a las ilustres damas solteras que, si me casaba, iniciaría una tradición nupcial para nosotros.

Con las cejas arqueadas, Caleb interpeló:

—¿No era una broma?

—Al principio, sí… Pero me he casado y tengo que honrar mis promesas, por mucho que hayan nacido de una broma.

Caleb puso sus ojos en blanco y masculló:

—Ah, siempre tan correcto. ¡Nos quitaste la diversión!

—No, les estoy dando más… ¡Todos los solteros aquí! ¡No se hagan los desentendidos!

Las damas solteras los animaron —más bien obligaron— a que obedecieran.

—¡No sean cobardes!

—¡Les llegó su hora!

—¿No les gustó meterse con el ramo?

—¡Ahora los quiero ver!

Cuando un considerable grupo de jóvenes mayores de

diecisiete años estuvo reunido frente a Anthony, él dio las indicaciones, mientras anudaba el pañuelo para transformarlo en un proyectil nupcial.

—Lanzaré este pañuelo que está adornado con un solitario. El afortunado caballero que lo atrape, y si se casa, tendrá que mandar a confeccionar una joya a su esposa con la piedra preciosa de este mismo solitario… y, lógicamente será su turno de perpetuar esta tradición.

Un ligero silencio flotó en el aire. En realidad, la idea era una… ¡una genialidad!

Matthew rompió el silencio, dio dos aplausos y dijo:

—Ya, es hora de enfrentar nuestro destino. Retrocedan unos pasos… ¡No te alejes tanto, Bestia! —reprendió por su apodo a Gabriel, hijo del dueño de casa—. ¡Tú tampoco, Diablo! —Ese era Elijah.

—¡Qué fastidioso eres, Marbas! —rezongaron al unísono los acusados. Los apodos demoniacos siempre aparecían en las pequeñas confrontaciones. Gabriel y Elijah pusieron sus ojos en blanco y avanzaron los diez pasos que retrocedieron.

Anthony constató que todavía quedaba un grupo considerable de solteros, los Herederos del Diablo más jóvenes. Ellos no sufrieron el mismo nivel de estigma que los mayores, pero sí continuaron con la tradición de protegerse entre ellos y mantenerse firmes con sus convicciones y valores, que no siempre eran acordes a la sociedad imperante.

Les dio la espalda… De reojo, notó que su esposa entraba en el salón, ataviada con un vestido más sencillo… «Más fácil de quitar», pensó, ladino.

—¡A la una! —Hizo el ademán de lanzar el pañuelo. Varios saltaron ante la finta. Las risotadas no se hicieron esperar—… ¡A las dos!... —Dio media vuelta y reprendió a Caleb por su apodo demoniaco—: ¡No te escapes, Andras! ¡Hywel, no te hagas el tonto, únete! —El aludido obedeció arrastrando los pies. Anthony volvió a darle la espalda—: ¡A las…! ¡Tres!

El pañuelo voló. Sin excepción, todos intentaron atraparlo. Hombros anchos y brazos fuertes chocaron. Matt lo rozó con su

dedo…

Un ganador.

Hywel miró su trofeo con incredulidad. Sin perder un segundo, se lo guardó en el bolsillo.

Las bromas no se hicieron esperar.

—Ya está en edad de merecer, señor Welsh.

—¿Quiere ser padre o bisabuelo?

—Gracias por darnos un tiempo más de soltería.

—¡Ha llegado su hora!

Al final, a él no le quedó más remedio que reír. En cuanto llegara a casa, le escribiría a Edward, estaba seguro de que cuando su amigo leyera esa carta —en cuatro o seis meses más— se partiría de la risa.

Negó con la cabeza. Se metió la mano al bolsillo y palpó ese pañuelo… Tal vez… Quizás… Levantó la mirada y se encontró con los ojos azules de cierta ovejita negra.

Sophie Montgomery.

Ella le sonrió y se acercó.

—Más le vale que honre la nueva tradición, señor Welsh.

—Mi palabra es lo único que tengo de valor. Por supuesto que la honraré.

Ella entrecerró sus ojos con un tinte de reproche.

—No creo que algunas damitas en India concuerden con usted.

Hywel se llevó la mano al pecho. Ahí se clavó el dardo que Sophie le lanzó.

—¿Acaso uno no puede ser amable y adulador sin que crean que estoy proponiendo matrimonio?

—Quizás tiene un punto. ¿Las mujeres allá son muy ingenuas?

Hywel se lo pensó por unos segundos.

—Tal vez demasiado inocentes. Son como un lindo rebaño de cientos de ovejitas blancas, es difícil diferenciarlas… Oh, ahí viene Gwen. Es su turno de atrapar el ramo, *cariad*.

Sophie miró hacia donde indicaba Hywel. Sonrió, su amiga se veía hermosa. La felicidad le sentaba de maravillas, al igual que a su primo. Nunca lo había visto sonreír por tanto tiempo.

Una ligera punzada de envidia la atravesó. No se tomaba muy

en serio los coqueteos de Hywel, ni los de nadie. Cuando era debutante la ilusionaban, pero la realidad era más dura; eran una peligrosa diversión para las damas y para los varones, una excusa fácil para evitar el compromiso.

Sin perder más tiempo, ella se fue al centro del grupo que se estaba formando de entusiasmadas damas solteras.

La sonrisa de Gwendolyne era inamovible. Su corazón parecía no dejar de aletear dentro de su pecho.

Sin embargo, era inevitable para ella hacer comparaciones. En menos de un año, era la segunda vez que se casaba. Algunos podrían decir que estaba loca —probablemente su progenitor, era el único argumento que le podía dar— por volver a contraer nupcias si tenía dinero y cierto poder.

Quizás sí lo estaba, pero de amor.

Era su gran salto de fe, porque Anthony valía la pena.

Y esa era la inmensa diferencia con su primer matrimonio, el que aceptó porque no había otra alternativa, ni la voluntad para sublevarse. Ahora podía elegir entre muchas opciones, pero casarse con Anthony no implicaba renunciar a ellas. Tenía un trabajo… Dos, a decir verdad, en la naviera y en la academia; la pasión que significaba para ella la música; una familia que solo crecía: la que creyó que perdió y la que la acogió.

No importaban las pérdidas o el dolor, la felicidad que en ese instante sentía le hacía pensar que no le podía pedir más a la vida.

Le dio la espalda a las damas solteras para lanzar el ramo. Inspiró el aroma de las peonías rosas y blancas, y deseó que, quien atrapara esas flores, encontrara un amor tan precioso como el que ella tenía.

—¿¡Están listas!?

—¡¡Síííííííí!!

Sin decir nada más, Gwendolyne lanzó el ramo con fuerza. Miró por su hombro cómo sus amigas, nuevas parientes y conocidas alzaban sus manos y saltaban.

Ningún varón intervino…

¡Sophie!

Gwendolyne rio. La misma que le regaló su azahar en la boda

de Emily y Edward atrapó el ramo. Aplaudió y fue a abrazarla.

—Esta vez no te escaparás, Sophie, *cariad*. —Se separó de ella y le besó la mejilla.

La aludida le mostró la punta de su lengua como si fuera una cría. Miró de soslayo a Hywel. Su expresión era insondable. Pagaría por saber qué estaba pensando… o sintiendo.

Se distrajo de sus cavilaciones cuando las demás la abrazaron y felicitaron. Si la tradición seguía siendo tan efectiva, era posible que pronto se reunirían para un nuevo matrimonio… o dos. Con los hombres que tenían su propia tradición, las posibilidades aumentaban.

La música de la orquesta reanudó su repertorio. Anthony, en un movimiento furtivo, tomó la mano de Gwendolyne. Era la hora de partir o no alcanzarían el tren.

La despedida fue larga. Cada uno de los invitados quería dar su último parabién a esa joven pareja que tenía todo por delante. Los Witney, del mismo modo que los Welsh, le dieron su adiós a Anthony y a Gwendolyne con los ojos vidriosos y abrazos apretados. Sabían que volverían a Londres al terminar el verano, pero ellos ya no serían los mismos ni vivirían en Peony House. Otra etapa en la vida de todos se iniciaba, una vez más. Los recién casados habían comprado una propiedad cercana a la de los padres de Anthony, esa sería la residencia del heredero del vizcondado de Rothbury hasta que, en muchos, muchos años más, llegara lo inevitable.

El bullicioso carruaje que arrastraba tarros y ollas viejas los llevó a la estación de trenes de Euston, a las afueras de Londres. El tren con destino a Newcastle partiría a las nueve de la noche.

Cansados de tantas emociones, durmieron abrazados en el compartimiento de primera clase —que para su desgracia no era privado—.

Llegaron a su destino casi trece horas después. Alec, el primo de Anthony, les recomendó la posada The Grey’s Lantern. Limpia, buena comida y con un excelente mercado para visitar.

Gwendolyne solo vivió la mitad de su vida en Gales y la otra en Londres. Para ella, ese viaje era como si el mundo se abriera ante sus ojos, otro aire, otro paisaje, otros sonidos. Mientras iban en el

carruaje en dirección a la posada, ella vio el cielo cubierto de nubes amenazantes y preguntó:

—¿Cuánto tiempo nos quedaremos aquí?

Anthony sonrió con cierta malicia…

—El viaje en tren ha sido bastante agotador, y se viene una típica tormenta de verano. ¿Te parece que descansemos hasta que pase y luego partimos a Rothbury? Pueden ser varios días, nunca se sabe con las tormentas aquí en el norte.

Gwendolyne, anticipando lo que aquello significaba, sintió que el anhelo y la ansiedad recorrían su cuerpo, pero no de un mal modo. De pronto, se le antojó que el carruaje iba demasiado lento.

—Me parece perfecto.

Cuando llegaron, Anthony pidió la mejor habitación, y mientras esperaban a que subieran sus pertenencias, saciaron el hambre con un desayuno tardío en el comedor. Para ambos, esa obligatoria prórroga espoleaba el deseo que ya se sentía en el aire. Espeso, ardiente y una velada incertidumbre.

Ya era momento de saciar otra hambre, una que se venía sintiendo desde hacía meses.

Subieron la estrecha y oscura escalera. Anthony iba detrás de su esposa. Hizo realidad su fantasía; tiró de su falda para llamar su atención y ella se detuvo. Lo miró interrogante. Él la alcanzó hasta igualar sus alturas y, gentil, la acorraló contra la pared. Sus cuerpos se alinearon y Gwendolyne pudo sentir la rígida longitud de él incrustándose en su monte de Venus.

En esa solitaria penumbra, él la besó tal como lo anhelaba. Devoraba la boca amada, famélico, y ella respondió con esa misma hambre. Gwendolyne se aferraba a los brazos de su esposo con fuerza, al tiempo que él la tomó por la cintura con una mano, y con la otra se apoderó de uno de sus pechos.

Sus lenguas se entrelazaban con lúbrica furia, la cual fue interrumpida por el sonido de los pasos de alguien que se acercaba.

Se miraron con la respiración agitada. Gwendolyne le tomó la mano y se dirigieron a su habitación, la número siete.

Al entrar, Anthony se limitó a cerrar con llave. Tomó una honda inspiración. Necesitaba calmarse, todo su cuerpo se estremecía, al

fin iba a suceder. Con sus ojos dio una rápida inspección al lugar. La chimenea caldeaba el ambiente con sus llamas briosas, la lluvia ya salpicaba el vidrio de las ventanas…

La cama mullida que aguardaba por ellos.

Su mirada se detuvo en su esposa. Ella le daba la espalda, también estudiaba la habitación.

—¿La alcoba es de su agrado, señora Witney?

Ella dio media vuelta con una sonrisa. Le encantaba su nuevo apellido, se sentía ligero, no como una carga. Nunca más sería Welsh o Langthorne.

—Tiene lo necesario, mi Leviatán.

—¿Estás nerviosa?

—Me tiemblan las piernas… —Rio sin poder contenerlo—. Muero por estar contigo.

Anthony se acercó a ella y la abrazó. Cerró los ojos y le besó el cuello.

—Te amo, Gwendolyne Witney. —Inspiró el aroma de su piel—. Siento que, independiente de lo que he vivido, he anhelado amarte toda mi vida.

Ella estrechó más el abrazo.

—Y tú llegaste cuando pensé que solo me quedaba un largo camino de soledad… Te amo, *cariad*.

La dulzura de ese tierno beso que se dieron les calentó el alma y acompasó sus corazones.

Anthony se alejó de los labios de Gwendolyne solo para desabotonar el corpiño, y ella, a su vez, hizo lo mismo con la levita y el chaleco. Las prendas de ambos quedaron arrimadas sobre una silla.

El mismo destino sufrieron las restantes, formando una montaña de colores y texturas donde se mezclaban la seda, el algodón y la lana.

Las horquillas que confinaban el largo cabello negro de Gwendolyne dormían sobre la mesa de noche.

La desnudez los encontró admirando el cuerpo del otro. Llevaban tanto tiempo imaginando cómo sería verse despojados de toda prenda, que el pudor no apareció. Anthony, reverente,

acariciaba la piel del vientre de su esposa con la punta de sus dedos. Gwendolyne se deleitaba con la sedosa dureza de los músculos del torso de su hombre, que le hicieron recordar las perfectas estatuas griegas del Museo Británico.

Él enmarcó el rostro de Gwendolyne y la besó atrayendo el sinuoso cuerpo al suyo. Sus lenguas se encontraron al mismo tiempo que sus pieles tibias. Se recorrieron, acostumbrándose al toque curioso del otro. Ella hundía sus dedos en el tenso abdomen, acariciaba los muslos velludos, ascendía y empuñaba con delicadeza la enhiesta erección. Anthony, por su parte, se deleitaba con la suavidad y ductilidad del cuerpo de su mujer; no obstante, a cada toque le daba cosquillas. Él rio con esa inesperada reacción.

Quizás no debía ser tan tierno. Instó a que Gwendolyne se aferrara a su cuello y la alzó. La llevó en brazos a la cama y la depositó sobre el colchón. Se deleitó con la imagen de ella, mirándolo a los ojos, con el cabello derramado sobre la almohada y sus mejillas arreboladas.

—Si te incomoda algo de lo que haga, me lo dices y dejaré de hacerlo.

—Lo haré. Te lo prometo.

Con movimientos medidos y parsimoniosos, Anthony se acostó al lado de ella. Sus manos bien abiertas se embelesaron con cada curva, cada monte y cada llanura de esa virgen geografía. Se apoderó de los pechos de Gwendolyne con su boca, saboreó la cúspide rosa con su lengua. Al mismo tiempo, ella cruzaba sus piernas, tensaba sus muslos y enredaba sus dedos en los cabellos de su esposo, instándolo a que continuara con ese sensual asedio.

Anthony se regodeó una y otra vez con esa carne turgente. Lamió y succionó hasta que el cuerpo femenino se empezó a arquear buscando más contacto. Con esos mismos movimientos involuntarios ella rozaba su miembro y lo estimulaba. Llegó a él la fragancia de la intimidad de su mujer y supo que era el momento de tentarla un poco más.

Se incorporó y se situó entre las piernas de su esposa, quien las abrió para él sin miedo, con la más pura intención de que él entrara. El aroma de Gwendolyne era adictivo e inolvidable. A su

mente llegó esa ardiente tarde en el carruaje y su miembro se endureció más. Se cernió sobre ella, apoyando sus manos en el colchón, sin agobiarla con su peso. Sus labios y su lengua dejaron un rastro húmedo mientras descendía entre los pechos, en dirección hacia el vientre.

Se irguió al llegar al monte de venus coronado de rizos oscuros y húmedos. Se lamió los labios. Su voz, colmada de deseo, rogó:

—Muéstrame cómo te tocas. Enséñame cómo te das placer.

—Me da vergüenza… —Rio de tan solo pensarlo y se tapó la cara—. No estoy sola.

—En ese caso, cierra los ojos e imagina que no estoy.

—Es imposible… —Acarició la erección de su esposo—. Siento tu calor y tu aroma.

—Bien, no importa. Será cuando estés preparada… Entonces, si me permites…

Gwendolyne se descubrió el rostro, y sus ojos se abrieron con asombro cuando notó que su esposo se acomodaba entre sus piernas, alzaba sus caderas y la besó ahí… ¡Ahí! Pensó que él nunca haría algo como eso, le habían contado que muy pocos lo practicaban.

Todo pensamiento se diluyó en su mente. La lengua de Anthony la recorría entera. Eran demasiadas sensaciones para definirlas. Echó la cabeza para atrás y abrió más sus piernas, desesperada por sentir más. El instinto se apoderó de sus actos, sus manos descendieron, separó más sus pliegues y sus caderas se movieron buscando el ritmo perfecto.

Anthony, fascinado por la entrega de Gwendolyne, se atrevió a superar otra barrera. Delicado, tanteó con sus dedos la entrada al paraíso y, aprovechando cómo ella se movía, la penetró poco a poco.

Gwendolyne sintió esa invasión y cómo su interior se acostumbraba a albergarla… Para su sorpresa, era lo que necesitaba, sentirse llena. La boca de su esposo no le daba tregua y una sensación de vacío se estaba instalando dentro de ella.

Y de pronto, ese pérfido dedo se hundió más y ella alcanzó esa destellante sensación, esa que iniciaba la avalancha de gozo. Apretó su interior, tal como lo hacía cuando estaba a punto de caer al vacío.

Anthony obedecía a su cuerpo, a su compás y la devoraba como un animal.

Se tensó una y otra vez…

Tan delicioso, tan exquisito…

Húmedo, caliente y resbaladizo…

La boca de Anthony le propinaba un voluptuoso castigo a ese lugar que ella siempre estimulaba, ese punto divino y escondido.

—¡Oh, sí! ¡Ahí!

No necesitó nada más. Gwendolyne solo se dejó llevar, montó el brioso corcel del deseo y soltó las riendas. El placer galopó a través de su cuerpo, erizando su piel, y la habitación se llenó de sus gemidos que no se molestó en ahogar.

El gozo parecía no querer irse. Se prolongó durante largos e interminables segundos en los que pensó que moriría; su corazón se salía de su pecho, y parecía no importar. Fue tanto, que llegó a un punto demasiado sensible, tensó sus músculos internos por última vez y se quedó quieta, esperando a que amainara su gloriosa tormenta.

Anthony respiraba con sensual furia, inmóvil, con aquel nudo de carne entre sus labios. Su esposa era una verdadera maravilla, hecha para gozar de su hombre.

El ambiente se plagó de sonidos: sus respiraciones agitadas, el crepitar del fuego, la lluvia inclemente que azotaba la tierra.

Anthony soltó con lentitud a su esposa y ella, al verse liberada, se desmadejó. Él la observaba con fascinación y con un creciente orgullo masculino. Pudo sentir el éxtasis de Gwendolyne en sus dedos, en su boca, en sus oídos. No había duda de ello.

Se limpió los labios, feliz, mas no satisfecho.

—Es mi turno... Lo siento, mi bella, no soporto más… Te prometo que te compensaré.

Gwendolyne, todavía recuperando su aliento, replicó:

—Ay… Creo que ya lo hiciste… No siento mis piernas.

Anthony sonrió, perverso.

—Ya lo veremos.

Durante las últimas semanas, él se preguntó si se sentiría demasiado inseguro en el crucial momento de hacerla suya. Llegado

a ese punto, esa incertidumbre se había esfumado. Solo tenía en mente hacer que fuera lo más indoloro posible para su esposa.

Al menos tenía el consuelo de haberla hecho disfrutar primero, así ella no tendría un recuerdo decepcionante de él en su iniciación sexual.

«No sentir las piernas es un buen comienzo», pensó, pícaro.

Sus pulsaciones se dispararon cuando tomó su miembro y lo embadurnó con el femenino elixir. Gwendolyne jadeó, sensible.

Él siseó como si esa miel quemara. La febril sensación resultaba abrumadora. Tal como la primera vez.

Alejó los malos recuerdos de su memoria y ahuyentó el fantasma de Ingrid en su orgullo. Se concentró en su esposa… Tanteó la estrecha entrada con la punta roma de su miembro.

Y empujó tan solo un poco.

Inspiró. Necesitaba domar el impulso de enterrarse con una fuerte embestida. El sedoso calor de Gwendolyne lo seducía a que se dejara llevar, pero se mantuvo estoico, debía abrazar esa sensación y controlarla.

Firme, paciente y tortuosa fue esa primera penetración. El acuoso interior de Gwendolyne parecía constreñirlo para luego relajarse y dejarlo pasar.

Se frenó cuando algo dentro de ella ofrecía cierta resistencia. La miró. Se encontró con los ojos de su esposa que lo observaba interrogante.

—¿Pasa algo, *cariad*?

—¿No te ha dolido nada? —Ella negó con su cabeza.

Anthony inspiró entrecortado. Retrocedió un poco y volvió a penetrar hasta esa barrera. Se secó el sudor de la frente

Retrocedió y empujó un poco más.

Un poco más…

—¡Ay! —se quejó Gwendolyne. Anthony se paralizó. Ella negó con su cabeza y repuso—: Perdón no quise asustarte, *cariad*… Solo ha sido un pinchazo, me tomó por sorpresa.

—Si quieres, me detengo.

—No. Sigue, por favor… Para mí también es importante.

—Está bien… Intenta relajarte, acabas de apretarte.

Gwendolyne asintió e inspiró hondo.

Anthony volvió a retroceder tan solo unos milímetros. Empujó sin prisa siguiendo la respiración de su esposa…

Inspiración…

Expiración…

Embestida…

Una y otra vez…

Y las puertas del Edén se abrieron para él. Cerró los ojos y se contuvo para no derramarse. Parecía no haber espacio entre ellos, la sentía en todas partes; el calor, la humedad, esa deliciosa sensación que lo recorría por completo, y que despertaba su lado más primitivo y animal.

Él podía decir que esa sí era su primera vez. No recordaba que fuera así, tan sublime y sensual.

—Dios… Ya está…

Gwendolyne, emocionada por su esposo, lo animó a continuar.

—Hazlo, Anthony… Sigue, no temas… Soy tuya.

—Quiero disfrutarte. No quiero que acabe.

—No importa cuánto tardes. Me tendrás para siempre… Déjame sentirte también.

Anthony se inclinó sobre su esposa, sus manos sostuvieron su peso. La besó y sus lenguas se enredaron. Ella asió las caderas de su esposo, enterrando sus dedos y lo instó a que se moviera.

Anthony se tomó su tiempo para obedecer.

Se retiró y acometió… lánguido.

La dicha dulce y pura lo cautivó.

Arremetió con más fuerza.

Las manos de su esposa descendieron hasta sus nalgas y las apretó.

—Oh, Tony, se siente tan bien… No te detengas. —Contrajo su intimidad y se sintió deliciosamente colmada—. Dios, es exquisito.

Y él dejó de contenerse… Lo que le siguió fue una carrera frenética por llegar más al fondo.

No supo cuántas veces embistió, solo sabía que, con cada estocada, se acercaba más al urgente impulso de vaciarse.

Tampoco se lo facilitaba su esposa que lo seguía en cada

encuentro, se estremecía y exigía más.

Y más…

—Más… No te detengas… ¡Sigue! ¡Sigue!

Anthony obedeció. Se lo dio todo, tal como ella quería. Se entregó, no se contuvo. Sus testículos se tensaron. No le importó nada más. Se derramó como nunca en su vida. Una y otra vez, expulsaba su simiente, llenándola, sin dejar de darle a su esposa lo que demandaba.

—¡No te detengas!… —La voz de Gwendolyne quedó suspendida, justo cuando el placer la volvió a capturar y la despedazó.

Con cada febril penetración, su esposo se llevaba un trozo de su alma desgarrada y se la devolvía remendada.

La fuerza la abandonó, así como el poderoso éxtasis… Nunca imaginó que el placer la arrasaría tan de repente, sin aviso. Sin embargo, cuando sintió a Anthony estremecerse dentro de ella, pareciera que hubiera encendido una hoguera en medio segundo.

Lo siguiente que sintió fue el peso de su esposo sobre ella… Y nada terrible pasó. No hubo miedo, oscuridad, ni apareció la mirada acusadora de Langthorne, solo el cuerpo agotado de Anthony que encontraba refugio y descanso en ella.

Las gotas de lluvia golpeaban la ventana, como únicos testigos de esa unión.

Anthony abrió los ojos y se incorporó sobre sus antebrazos para liberar a Gwendolyne de su peso. Se encontró con el rostro saciado de su mujer.

Se sonrieron. Su primera vez resultó ser hermosa, pasional, divertida y sensual. Una extraña mezcla que les parecía tan nueva como natural entre ellos.

Un fugaz destello de luz los encandiló. El trueno retumbó en sus pechos. Anthony enarcó sus cejas como un bribón.

—Creo que la tormenta durará una semana.

Gwendolyne fingió afectación.

—Uy, qué terrible, ¿qué haremos para no aburrirnos?

—Ya se nos ocurrirá algo, mi amada musa… —Le guiñó el ojo—. Tú siempre me inspiras.

Bajo una tormenta de verano y entre las brasas de una chimenea norteña, la inspiración llegó a los diez minutos. El voluptuoso *duetto* que Gwendolyne y Anthony compusieron fue de esos que eran infinitos, uno que, en cada nota, prometía durar más allá de la última página. Se volvieron virtuosos músicos tocando el cuerpo del otro, como si fuera un sagrado y precioso instrumento. Ese que los acompañaría siempre, incluso más allá de la eternidad.

Bis

Londres, 15 de mayo de 1850.

Gwendolyne entró sin avisar al despacho que compartía con Anthony. Él levantó la mirada. Su pluma quedó suspendida en el aire, a la expectativa. El rictus de su esposa era severo.

Sin mayor preámbulo, él le preguntó:

—¿Cómo te fue?

Ella alzó su barbilla. Su gesto cambió de la seriedad a una femenina arrogancia.

—Querido, estás hablando con la nueva presidenta de la Witney Shipping Company.

Anthony sonrió. Dejó la pluma en cualquier lugar, se levantó y abrazó a Gwendolyne con fuerza hasta que ella despegó sus pies del suelo.

—Estoy muy orgulloso de ti, mi Euterpe… —La besó por largos segundos mientras la depositaba de nuevo en tierra firme. Se mecieron a un son perezoso. Luego de lo que pareció una ínfima eternidad, sin soltarla, indagó —: ¿Estuvo muy reñida la votación?

—El señor Renquist ofreció una honorable contienda. Obtuve el triunfo por dos votos. Su plan de trabajo era tan bueno como el mío, pensé que él iba a ganar. En todo caso, no me hubiera molestado.

—Quizás quién te dio la ventaja...

—Yo sí sé… Fue el señor Ford, creo que lo he inspirado.

—¿Por qué lo dices? —Abrazados, él seguía meciéndose, rozándose con su esposa, y ella lo secundó.

—Él tiene dos hijos, pero el varón no se interesa por la empresa, prefiere gastar dinero. En cambio, a su hija siempre le ha importado el funcionamiento de la naviera. Ford ha aprendido estos años que ser hombre no es garantía de éxito, y hoy ha llevado a la muchacha para que vaya aprendiendo el negocio.

—Estoy muy feliz por ti.

—Gracias, *cariad*… ¿Y tú, cómo ha ido el trabajo hoy?

Anthony hizo una mueca mientras hacía cuenta de todas las actividades que intentó realizar, pero que eran constantemente

interrumpidas por su hija.

—Ahora, tranquilo, gracias a mi suegrita adorada.

Gwendolyne sonrió.

—¿Mamá se ha llevado a Celyn?

—Sí, hace diez minutos. La vio muy inquieta y prefirió llevarla de paseo a Hyde Park para que yo pudiera trabajar. No sé qué haríamos sin ella.

—Eso quiere decir que estamos solos, ¿no?

Esa pregunta encerraba más de lo que decía. Anthony sonrió de esa forma que a ella le encantaba.

—Si vamos ahora a nuestra alcoba, podremos hacer todo el ruido que queramos. —Anthony ya se hacía la idea… Y cierta parte de su anatomía también.

—¿Y después tendremos que fingir que nada ha pasado? —Ella sonrió. Él adoraba ese gesto pícaro que se dibujaba en los labios de su esposa. Los dedos de Gwendolyne caminaron sobre el pecho de Anthony.

—Nos haremos los idiotas, como siempre.

—Me parece un plan perfecto… ¿Quién sabe? Si tenemos suerte, hoy concebimos al segundo.

Anthony se mordió los labios, eso significaba que podía decirle adiós a ciertas restricciones —que no implicaban la abstinencia necesariamente—. Su esposa quería esperar un tiempo antes de concebir a su segundo hijo, para poder disfrutar de la crianza de su primogénita. Él debía darle la razón. Como él no tenía las mismas obligaciones que su padre, tenía un poco más de tiempo para dedicarle a Celyn, la que pronto cumpliría tres años.

Se enamoró de su hija en cuanto supo que ya venía en camino. Era idéntica a su Euterpe galesa. Inquieta e inteligente. Con una voz preciosa que no era silenciada.

Adoraba cuando lo llamaba «¡Papá!», y corría con torpeza a abrazarle las piernas.

Sí, era momento de ponerse en campaña para traer a otro Witney al mundo. Adoraba el proceso.

Anthony besó a su esposa, la alzó entre sus brazos y se la llevó a la alcoba…

Un año después, en la cálida primavera de 1851, nació Gareth Witney, segundo en la línea de sucesión del vizcondado de Rothbury.

Una nota más se agregaba a ese dueto sin fin, que seguiría sonando en cada rincón del hogar que habían construido juntos, con amor, complicidad y entendimiento.

Quedaba mucho más por delante, y solo tenían una certeza: siempre, siempre se elegirían, porque juntos eran la única música que deseaban escuchar.

Agradecimientos

Y hemos llegado al final de una nueva historia. Mi gratitud hacia mis lectoras —y algunos lectores— es infinita a estas alturas de mi carrera como escritora.

En esta serie, en especial, debo agradecer a toda la gente que trabaja en el Centro Cultural Espacio Matta, lugar donde mis hijos estudian música —violín, mi hija mayor; violonchelo, el menor—. Ahí he aprendido mucho sobre las dinámicas entre los músicos, cómo es un ensayo, cómo preparan concierto y cómo son las clases. Me dan una cantidad obscena de material que plasmo en estas historias.

Al escribir una nueva novela intento ponerme alguna clase de desafío. Esta vez fueron ambos personajes, Gwendolyne con un stress postraumático y Anthony con un mal debut… Si él no hubiera tenido a Gwen, habría terminado quizás cómo… —muy frustrado, amargado y solterón quizás—. Si ella hubiera estado sola, habría terminado en un manicomio por sus crisis de pánico… Gracias a mí que le di una red de apoyo para que pudiera sortear sus obstáculos.

Menos mal que en el siglo XXI ya no nos pueden llamar locas solo porque sí… Aunque pensándolo bien…

En fin, estos son los agradecimientos.

Gracias a las comunidades lectoras que difunden mi trabajo: grupos de Facebook, bookstragramers, clubes de lectura, la gente de Wattpad… en fin, son un gran equipo de marketing para una autora autopublicada como yo. Sus reseñas, artes, opiniones, todo es apreciado cómo no lo imaginan.

Gracias a mi familia por apoyarme siempre en todo lo que me propongo. Sin ellos no podría escribir tanto…

Gracias a mis chincolitos, mis retoños, mis vástagos… por eso… por haberme convertido en mamá.

Gracias al marido, porque ejem… también da material.

Y no menos importante, gracias a ti por llegar a este punto. Espero que sigas leyendo mis historias.

Nos leemos en un tiempo más.

Hilda Rojas Correa

Sobre la autora

Hilda Rojas Correa, es el seudónimo de Pamela Díaz Rivera, nació en julio de 1980, en Santiago de Chile. Es la mayor de tres hermanas, casada, madre de dos hijos, productora multimedia de profesión y se autodenomina como una romántica empedernida.

La primera novela que escribió fue, «Yo, tú, ellos… nosotros» en el año 2013. Sin embargo, no se tomaría en serio el oficio hasta el año 2015.

Desde entonces, ha autopublicado más de veinte novelas de romance contemporáneo, histórico y fantasía mitológica.

Si has disfrutado de esta novela, síguela en las distintas plataformas de compra y redes sociales, comparte su trabajo y regala un comentario.



---

[1] *Querida (o)*

[2] *Dios mío*

[3] *Necio*

[4] Maldita.

[5] ¡Oh, cómo la desprecio!

[6] Ella es una mujer hermosa, pero su corazón es negro.

[7] Déjenme dormir, por el amor de Cristo!

[8] Demonio